

25 d.

TESORO
DE
AUTORES ILUSTRES.

—
TOMO XVI.

LOS TRES REINOS.

TESORO

ARTORES ILUSTRES

TOMO VII

LOS TRES REINOS



E. Duchier sc. 1844.

EL VIZCONDE D' ARLINCOURT

LOS
TRES REINOS.

TERCER VIAJE DEL

PEREGRINO.

Por el vizconde d'Arincourt.

TRADUCCION

de D. J. V. M. de G.



Barcelona.

IMPRESA DE DON JUAN OLIVERES ,
CALLE DE ESCUDELLERS , N. 53,

Reg. 916 1844.

LOS

TIRES REINOS.

REINOS REINOS

PEREGRINO.

Por el comercio de...

REINOS

REINOS REINOS



REINOS

REINOS REINOS

REINOS



I.

« ¡La Inglaterra!... ¡Escribir sobre la Inglaterra! ¡Qué vasto campo de dificultades! » Esto me decían mis amigos cuando volviendo á tomar mi báculo de viajero, me encaminaba hácia las islas Británicas.

Sí, sin duda; el escribir sobre la Inglaterra seria una empresa llena de dificultades, si yo quisiese pintar las costumbres de esta gran nacion, profundizar sus leyes, sondear su política, y escudriñar las miras de su gobierno; pero lejos de mí tales intenciones, « como peregrino parto, y escribiré como poeta. »

La Inglaterra no es uno de aquellos países que proclaman en voz alta la *libertad* como á soberana, y la persiguen clandestinamente como á enemiga: sus jefes, respetando los derechos de la tribuna y de la prensa, se guardan bien de decir á la nacion, como Escipion á las tribus reunidas: « ¡Callad! yo sé mejor que vosotros lo que os conviene. » Ella no teme tampoco la gran cuestion de la legitimidad desde el dia en que se escribió en Roma sobre un sepulcro: « *Aquí yace el último de los Estuardos.* » La Inglaterra es un país privilegiado, bajo muchos aspectos, en nuestra era de desórden en que se ven por todas partes pueblos y soberanos que se miran mutuamente con inquietud y combaten furtivamente con deslealtad. La constitucion inglesa ha adquirido ya fuerza de cosa juzgada y su

mérito ha sido probado por sus resultados. Ya no se pregunta *de donde sale ni que fecha tiene*. ¿Qué importa esto? Cuando para la creacion de un edificio inmortal se han endurecido en el crisol el cobre, el bronce y el oro, ¿pregunta nadie que tiempo tiene? Se tiene el monumento y esto basta.

Lejos de toda cuestión política, esta página será la única en que se hallen reunidas las grandes palabras de *constituciones, asambleas, revoluciones y libertad*; estamos desgraciadamente en una época en la cual han perdido en parte su valor á fuerza de ser analizadas. Las revoluciones ya no se miran sino como comedias mejor ó peor representadas. Si triunfa la iniquidad, se aplaude; si la virtud sucumbe, se silba. Los grandes principios no son ya mas que tesis de los cuales cada uno saca una consecuencia á gusto de su interés personal; lo que hace que ya nada hay respetable sino la fuerza; nada respetado mas que el oro; y que la moral misma haya llegado á ser un problema.

¿Qué resultado han producido nuestros cincuenta años de trastornos? una indiferencia general hácia todas las cosas. Nadie se apasiona ya por ningun poder porque no se tiene fe en ningun reinado. No se sabe á quien es menester creer, y en este deplorable estado de incertidumbre se toma el partido de no creer en nada. Por una parte se teme al pueblo, y no se quiere que sea él quien gobierne, aunque se le proclama soberano; y al mismo tiempo que se le da libertad, se procura enfrenarle, aun que el bocado le ensangrienta la boca; se quiere que su soberanía espere en el momento mismo en que una revolucion le ha coronado. ¡Mas ay! ¿qué es un pueblo semejante? Por otra parte se tiene miedo á los reyes; se consiente en que reinen pero sin autoridad suprema y solo como simulacros coronados á quienes se prohíbe mandar. Así la autoridad soberana no viene á ser mas que un oficio cualquiera, que necesita un hombre de carácter astuto y flexible, profundamente disimulado ó completamente nulo: ¿pero qué son tales príncipes?

Hay un recuerdo penoso que lastima el alma de un francés al poner el pie en el suelo británico, y es la *hospitalidad del Belerofonte*. Cruelas páginas son aquellas en las que, cerca del nombre de Napoleon figura el de Hudson-Lowe, horrible cuadro aquel en que se ve al carcelero de Santa Helena ó representante de Albion, poniendo por decirlo así un freno á la lengua y al corazón de su cautivo, pesar su hambre y medir su sed, contar sus respiraciones y sus arrugas, é insultar en fin al águila por entre los hierros de su jaula!... (1).

Repito que no se encontrarán en este libro esas controversias *de república ó de monarquía, de hecho ó de derecho*, que se presentan de continuo á la pluma á medida que se observan las costumbres y las instituciones de un país. Yo no he viajado ni para atacar ni para defender, no quiero ser ni cortesano ni declamador, he recorrido las islas Británicas para buscar solamente, así como lo habia hecho en Alemania, en Rusia, en Suecia, en Prusia y en Sajonia, cuadros poéticos, grandes recuerdos, curiosas anécdotas y personajes interesantes, *yo no diserto, solo pinto; no juzgo, solo refiero*.

No me gusta buscar *mas que el bien*, sobrados hay que especulan con *el mal*. Sin embargo, ya sé que es mucho mas fácil cautivar la atención con la sátira, que excitar el interés con la alabanza; pero no importa, yo prefiero el silencio del olvido á los triunfos del escándalo: demasiados son los que mordaces ven bajo negros colores á los príncipes, á los pueblos y aun á la especie humana por entero; yo no mojaré mi pluma en hiel, pues harto inclinados somos á descubrir las llagas sociales; por mi parte yo no me complaceré en ponerlas á la vista persuadido que no conseguiré con ello curarlas. No obstante, ¡cuántas veces en mis largos viajes y observando de cerca los orgullosos actores de los dramas políticos, me he reído de lástima viendo algu-

(1) Sir Hudson Lowe acaba de morir.

nos de entre ellos detrás del telon preparar el efecto que debian producir en escena! ¡Cuán miserables son entre bastidores los altos colosos del teatro! ¡Cuántos velos podría levantar! cuántos tiros disparar si tal quisiese! « *Yo hago cenizas* » decia un *ranchero* sorprendido durante la noche haciendo un fuego horroroso; muchos hombres de estado han trabajado del mismo modo, y no pocos escritores han hecho lo mismo; en cuanto á mí, huyo de los unos y de los otros, porque así como todo lo que crea me atrae, todo lo que destruye me repele.

Debo decir además que yo creo que el escritor, que acogido con benevolencia por los países extranjeros, se introduce en los palacios y cabañas con la mira de estudiar malignamente las costumbres, falta á los deberes del reconocimiento y del honor. Si en los países por donde pasa tiene empeño en atacar á los hombres, que guarde su independencia, no mezclándose con la multitud mas que para conservar su individualidad; que no acepte ningun favor ni ningun homenaje de aquellos por los que no tiene ningun afecto ni simpatía; que no vaya á tenderles la mano como un hermano para herirlos en seguida como un enemigo, y que su conciencia no le diga: « *Es vergonzoso pagar los beneficios de la hospitalidad con traiciones y vilezas.* » Cuando con los progresos de la civilizacion todas las distancias se aproximan, y todas las naciones confraternizan, ¿es un papel honroso de llenar el de querer perpetuar las antiguas enemistades de los pueblos? Derramando injurias y desprecios, se levantarán discordias y odios; yo por mi parte con una intencion directamente opuesta, alejaré las sombrías pinturas y me guardaré de amargas diatribas. Cuando en la tierra extranjera me es penosa una cosa, vuelvo la cabeza y me callo; pero cuando un objeto me ofrece encanto y puede tener una aplicacion útil, corro á examinarle y escribo. Arrastre y silbe la serpiente; yo como el ave paso y canto.

El 14 de julio atravesaba yo la Bélgica para ir á Ostende,

en donde debia embarcarme para Londres. En Gante me detuve un poco para volver á ver la casa de Santiago Artavelo. El balcon del famoso Cervecerero rey tiene hoy dia esta inscripcion: *Aquí pereció víctima de una faccion el 24 de julio de 1345 Santiago Artavelo, que elevó los Comunes de Flandes á una grande prosperidad.* ¡Dése ahora crédito á las inscripciones!

Á las dos de la mañana me embarqué en Ostende: el tiempo estaba bueno y la travesía fue admirable; el viento rizaba apenas la vasta superficie de los mares y vogábamos con rapidez. Á medio dia el sol brillaba con todo su esplendor; pero ya nos acercábamos al Támesis, y á lo lejos veíamos negros vapores acercarse hácia nosotros á medida que nos aproximábamos á la capital. Pronto estos vapores se aumentaron, y cuando en fin hubimos pasado de *Gravesend* á 28 millas de Lóndres, dijimos adios al astro del dia, y nos hallamos en medio del rio Támesis.

Es imposible no quedar lleno de admiracion, cuando se llega á la gran ciudad por el gran rio: se está durante ocho leguas en una larga calle de árboles de navíos, bosque marítimo del cual los millares de mástiles se elevan mas altos y mas rectos que los árboles mas gigantescos. Por todas partes hay un movimiento, una agitacion, un comercio, una actividad y una batahola que no se puede explicar. El magnífico hospital de *Greenwick* (se pronuncia grinitche) (1) es el primer monumento que se presenta desde este punto hasta el desembarcadero. Nuestro *Steamer* (2) no pudo manio- brar sino con muchísimo trabajo al través de los buques, barcos, botes, esquifes, que cruzaban en todos sentidos. Yo hubiera querido contar las embarcaciones que andando andando topaban con la nuestra, sea delante, sea detrás; pero tuve que renunciar pues su número era demasiado

(1) Se sabe que en inglés las palabras no se pronuncian como se escriben. Así decia un chancero: En Londres se escribe *Salomon* y se pronuncia *Nabucodonosor*.

(2) *Steamer*, barco de vapor.

considerable; por desgracia la niebla y el carbon de piedra, cuyos vapores extendian por encima de mi cabeza una especie de velo rojizo, entristecian mi admiracion. Todo este movimiento comercial bajo nubes y sol y con un cielo sin azur, me parecia maravillosamente sombrío y de una esplendidez tenebrosa; mi entusiasmo tenia frio.

No obstante, extendiendo las miradas en derredor de mí, ¡qué vasto campo para el pensamiento!... Los millares de buques que hacen el comercio del mundo entero y llevan y traen las fortunas mas colosales habian llegado allí de las cuatro partes del globo: ¡cuántas existencias estaban ligadas de un polo al otro á los atrevidos navegantes!... Yo me acordaba que un año antes entraba en San Petersburgo por el Neva, y comparaba los dos cuadros: ¡cuán poco se parecian!... La llegada á Petersburgo por el lado de *Cosmstadt* llama particularmente la atencion por lo grandioso de su rio, y por la cantidad de sus palacios, templos, columnatas y flechas; la entrada de Londres por el rio no presenta al contrario ningun edificio majestuoso, ningun monumento que llame la atencion, á no ser el hospital de Greenwich; y las casas que se hallan colocadas en las riberas del Támesis están ahumadas, puercas, mal construidas y casi todas habitadas por la poblacion trabajadora. Nada hay allí sacrificado al culto de las bellas artes, todo está consagrado á los trabajos de la industria. Allí no se trata de poesía, sino de comercio; la reina de los mares, parece no querer adornarse; porque sabe que si la diese la gana tendria bastante oro y talento para *monumentalizar* á su gusto todas sus orillas, y esta conviccion la basta: pero si por un lado *en las gigantescas construcciones* y en los puntos pintorescos la llegada á Peterburgo por el Neva sobrepuja en mucho á la de Londres por el Támesis, ¡qué inmensa inferioridad tiene por otro lado la capital rusa en cuanto al movimiento comercial y á los prodigios industriales!... En esto Londres no tiene comparacion. ¡Qué hay de mas maravilloso que sus *doors*! Los doors son vastos es-

tanques, en los cuales van á acuartelarse las legiones de buques que recibe diariamente la soberana de las costas marítimas: los buques entran en el Támesis por un pequeño canal que se abre y cierra á su entrada. Los *doors* estan rodeados de vastos almacenes en los que se amontonan todas las producciones del universo, y donde cada buque deposita sus riquezas. No puede uno figurárselo si no lo ha visto, el cuadro que presentan en medio de una ciudad inmensa estos pequeños puertos aparte, donde se agita tumultuosamente y sin descanso una innumerable poblacion de marinos, comerciantes y trabajadores (1). Las maravillas de la industria humana están en verdad negras, puercas y cubiertas de humo; pero el genio del comercio no brilla menos por esto en toda su majestad. En medio de creaciones colosales, la altiva Albion, que extiende su centro á las cuatro extremidades del globo, dicta sus órdenes supremas á todas las naciones sus tributarias, y como la inmensidad parece su dominio, así lo infinito parece su lote.

¿Cómo mirar friamente los *doors*, en los que lo *positivo* llevado al *non plus ultra* de lo grandioso acaba por hacerse *poesía*? ¿Donde no hay mas que grandes imágenes á la vista, cómo no se ocurrirán expresiones elevadas que vendran á los labios?... El entusiasmo y la imaginacion no rechazan ningun terreno donde crecen, no importa que palmas, donde se tejen, no importa cuales coronas. El horno del Cíclope tiene su *poesía* como el jardin de Armida, y así como las demás potencias de la tierra, el comercio tiene tambien sus glorias.

(1) Los almacenes del door de Santa Catalina, que costaron, segun dicen, veinte y cinco millones, están sostenidos por enormes columnas de hierro; uno de ellos tiene una bodega donde caben veinte y ocho mil barriles de vino; por esta sola bodega se puede juzgar de la dimension de sus salas superiores. En cuanto á la cantidad de los buques que se alojan en estas inmensas plazas de agua pública, su número es tan enorme y varia tanto, que es imposible fijarlo, ni aun aproximativamente.

El día siguiente al de mi llegada á Londres era un domingo, y en este día la gran ciudad dándose aparentemente á Dios por entero, se anonada para el mundo. Las casas están cerradas, lo mismo las tiendas, los carruajes no circulan y no es permitido ni trabajar ni jugar, no habiendo tampoco teatros: la danza no se consiente, ni la música se tolera. El domingo en Inglaterra es como un día de duelo y de consternación, la piedad parece la muerte; no obstante, hay quien afirma (pero quizás esto es una calumnia) que esta sombría afectación de piedad no es otra cosa mas que un negocio de forma y de costumbre, y los ingleses tienen un profundo respeto por la *costumbre*, que es una religión para ellos (1).

Yo deseaba vivamente ver la famosa Torre de Londres, y no correspondió completamente á lo que yo me esperaba. Su exterior no tiene nada de sorprendente; antes estaba rodeada de fosos pero ahora los llenan de tierra, y esto acaba de despoetizarla. Las armas y las joyas que encierra tienen sin duda un gran precio; pero á una capital como Londres se la piden maravillas, y cuando no se halla sino lo que hay por todas partes se encuentra uno chasqueado. La fortaleza en medio de la cual está el edificio cuadrado, con un torreón en cada ángulo, que llaman la torre de Londres, es una especie de pueblecillo en donde se alquilan cuartos, y hay tiendas y tabernas. La reunión de todo esto es miserable, porque las casas son barracas, las tiendas cuchitriles y las tabernas verdaderas tiendas de vino, y no cafés como lo son las llamadas tabernas inglesas. Al través de estas pobrezaas se encuentran restos de edificios almenados; pero sus dimensiones no tienen nada que no sea mezquino. Se me enseñó el cuarto en donde fueron

(1) La exageración del reposo en los domingos es llevada á tal punto, que un lord, paseándose uno de estos días en el campo y habiéndosele ocurrido silbar andando, fue bruscamente interrumpido por un joven casi indignado. — ¡Ah milord! ¡silbar en un domingo!

ahogados entre dos colchones los hijos de Eduardo, que es pequeñísimo, pues solo tiene algunos pies cuadrados y de cualquier modo da pena al verlo el crimen; cometido en semejante sitio pierde su imponente horror para recaer en innobles perversidades: no se puede uno figurar allí hijos de reyes y altas figuras históricas, y el gran asesinato político queda reducido á las proporciones de una muerte á lo *Fualdes*.

Me detuve delante del torreón de Ana Bolena; y ví la plaza en donde fue decapitada Juana Grey (1). La parte de la ciudadela que se abrasó no ha mucho no estaba unida á la gran torre; nada anuncia aun que se deba volver á construir lo que el fuego ha devorado. Este era un arsenal: entre las piezas de artillería que se han encontrado despues del incendio y que la actividad de este ha estropeado mas ó menos, reparé el primer cañon que tiró en la primera batalla en que empezó á ilustrarse.... la pólvora. Llámase el *cañon de Crecy* (2).

Los bazares de Londres no ofrecen nada superior á los de París; el mercado de Coventgarden es curioso por la cantidad de frutos de todos los países y de todas las estaciones que ofrece á la vista. Por desgracia cuesta cada cosa el rescate de un rey; y á propósito de esto, apresurémonos á decir que el que no tiene en Londres sus bolsillos llenos de dinero, no tiene mas que hacer sino marcharse lo mas pronto posible de una ciudad, en que, como Tántalo, se morirá en medio de las aguas.

La casa de la ciudad, *Mansion house*, es un gran edificio cuadrado que da sobre el Támesis, y tiene proporciones que llaman la atencion; pero está de tal modo ahumada

(1) Se muestra en la Torre el hacha que cortó la cabeza á Juana Grey y á Ana Bolena: Sobre el empedrado del patio, cerca de la prision, está aun visible el sitio del cadalso por la piedra que allí es menos blanca.

(2) Se muestran tambien cañones tomados recientemente á los chinos; nada tienen de particular.

con los vapores del carbon de piedra que envuelven la ciudad, que cuesta trabajo el distinguir las bellezas de su arquitectura. En el primer momento creí que acababa de escapar milagrosamente de un incendio, y que no se habia tenido aun tiempo de hacer desaparecer las señales de él.

Al salir de la casa de la ciudad, dirigí mis pasos hácia la nueva maravilla del mundo, que la Inglaterra debe al talento de un francés (1). El *Tunnel* bajo el Támesis es sin contradiccion una de las obras mas admirables de nuestra época, y la única en su género. ¡Cuánta audacia y perseverancia se necesita para llevarla á cabo! Pero, ¿son los resultados tan completos como se deseaba? Permitido es el dudarlo. ¿Se verán los carruajes rodar bajo la bóveda sobre la cual pasan los navíos? La generacion actual no estará quizás destinada á gozar de este nuevo prodigio. Se bajan cerca de cien escalones para llegar al *Tunnel*, que tiene de doce á quince mil pies de largo; además para hacer á las dos bóvedas de bajo del rio una pendiente suave que conduzca los carros y los coches, se harán necesarios tales trabajos y tales gastos que se detiene uno asustado al pensarlo. ¡Cuántas propiedades no hay que comprar! ¡Cuántas casas que echar al suelo! ¡Cuántas tierras que remover! ¿Y el producto recompensará tantos sacrificios?... En todos casos, y tal cual es, el *Tunnel* no deja de ser una de las atrevidas empresas que sobrecogen de admiracion. ¡Qué no puede tentar el ingenio del hombre, y qué es lo que no puede llegar á conseguir! Se camina ya por debajo de los rios, mañana se correrá por cima de las nubes. Yo no desconfio ya de ningun descubrimiento; las barreras de la naturaleza caen cada dia delante del poder de los progresos. Por entre montañas y precipicios hendemos los aires á carrera tendida: corremos en cabalgaduras de agua hirviendo: las alas de Icaro no pertenecen ya solamente á la fábula. ¡Quién sabe si algun dia serémos todos otros tantos Icaros!

(1) Mr. Brunel.

Con premios y recompensas el hervidero furioso del tiempo actual completará el trastorno general de todas las ideas pasadas. Este siglo no marcha, sino que galopa, y como nuevos Titanes, escalamos todos los Olimpos. ¡Mas ay! ¡nos llevará esto al cielo!...

La iglesia de san Pablo de Londres pasa por ser, después de san Pedro de Roma, la mas hermosa basílica de Europa; yo la saludé con recogimiento, pero sin entusiasmo manifiesto. Esta iglesia está mal situada: casas miserables obstruyen sus alrededores; además, lo confieso, no me gusta sino el estilo gótico en punto á monumentos religiosos, y las bellas líneas de las construcciones de la Grecia, bella arquitectura para los templos del paganismo, no me conmueve la imaginacion en el punto de vista cristiano. Cuando se trata de la oracion y del Eterno, me gusta prosternarme bajo naves con ojivas, delante de altares con santas imágenes, á lo largo de las naves con vidrios de colores, y junto á los pilares de la edad media; yo quiero pavimentos sombríos, una solemnidad reflexiva, y algo de misterioso é indefinido, como el alma y el pensamiento del hombre. No obstante, aunque san Pablo sea una metrópoli imponente, yo no podia en aquel recinto, donde no hay santuario ni tabernáculo, creermé en un templo, sino en un teatro; en punto á culto, no puedo reducirme al de la diosa *Razon*, ni yo creeré que el mejor modo de impulsar al fervor y á la piedad sea el no hablar ni á la imaginacion ni al alma. Se queda uno admirado de los mausoleos de san Pablo, que son obras maestras de mármol, y sorprenden sus esculturas, pues hay prodigios de habilidad; pero falta el pensamiento cristiano. Ninguna cruz bajo las bóvedas santas; la imagen del Salvador está ausente: ¿qué digo? ¡ausente! está proscrita. Nada despierta vuestra fe, nada reanima vuestra creencia, nada recuerda la otra vida; yo buscaba la casa del Señor, y no veia sino la obra de los hombres, y aunque buscaba á Dios antes de todo, lo hallaba todo.... excepto á Dios.

Subí al campanario de san Pablo para mirar desde allí la gran ciudad; ¡mas ay! las nieblas, el humo, las emanaciones del carbon de piedra y todos los vapores posibles, cubrian las orillas del Támesis, y nada pude ver distintamente.... sino la espesura de la atmósfera.

Una gran solemnidad se preparaba en la ópera; desde 1834 no se habia dado una semejante. La reina Victoria estaba en su gran palco, de gran gala, rodeada de las primeras personas de la corte; yo tuve mucho trabajo para procurarme un billete, pues para tal dia se pagaban por una luneta hasta cincuenta escudos, y por un palco ochocientos francos. Tres palcos colgados de raso blanco y terciopelo carmesí, con flecos de plata y con muchísimos adornos de oro y adornados con trofeos, esperaban á la jóven soberana. Dos maceros vestidos á usanza de la edad media y con grandes alabardas estaban de pie delante del palco real, donde, como inmóviles estatuas, parecian ser sus pilares. A las siete y media la reina entró, tocada con solos sus cabellos y coronada con una magnífica diadema de brillantes, y su vestido azul resplandecia con la pedrería que lo adornaba. El príncipe Alberto, con uniforme encarnado, acompañaba á S. M., y las damas que la seguian eran la duquesa de Bucelench y la condesa Duamoza; detrás de ellas iba el conde de Jarsay y lord Edward; el telon se levantó al instante, y sobre la escena, en el fondo de la cual un telon representaba la reina coronada y varias figuras alegóricas, Lablache, al frente de toda la compañía italiana entonó el *god save the queen*, mientras la sala resonaba con aclamaciones. S. M. saludó á la asamblea diferentes veces con suma gracia, y en seguida empezó la ópera.

Era esta el *Barbero de Sevilla*, cantado por Lablache, Mario, Fornisari, Grisi, etc. y el baile de *Oudina*, en que la famosa *Cerito* desempeñaba el principal papel. Lablache estuvo admirable, y fue aplaudido por la reina. Despues del primer acto del *Barbero*, *Fanny Esler* y la *Cerito* ejecutaron un padedú, y no recuerdo haber visto nada de mas

maravilloso en su género; ambas bailarinas echaban el resto de su habilidad, ó mas bien por obtener el premio hacian prodigios; dos partidos habia á la sazón en Londres sobre su mérito. Los *Eslerianos* y los *Ceritianos* estaban ansiosos y palpitantes, mirando la lucha de las dos brillantes rivales, que se elevaban y giraban en medio de los mas vivos aplausos; jamás caballeros en la arena, jamás luchadores en el circo, desplegaron mas indecibles esfuerzos de soltura y de habilidad para vencer y triunfar. La Cerito, verdaderamente no danzaba, sino que se balanceaba en el aire, y me recordó esta respuesta á una pregunta hecha sobre la *Taglioni*. ¿Porqué no permanece en los aires? *Porque acabaria por fastidiarse.*

Después del segundo acto del *Barbero*, siguió el baile de *Oudina*, compañero de la *Silfida*, con sola la diferencia de que la *Silfida* es la ninfa de los aires, en tanto que *Oudina* lo es de las aguas. Londres tiene tambien su baile del *Alma* que es la ninfa de las llamas; de suerte que todos los elementos están en danza.

La Cerito excitó el entusiasmo en el paso de la *sombra*. Alumbrada de un modo fantástico por los rayos de la luna y rodeada de vapores verdaderos que se exhalaban de un lago, mostraba una diafaneidad inconcebible, perseguia su sombra y esta parecia escapársele, pareciendo la Cerito tan imposible de cogerse como ella. Yo creia que ambas acabarian por evaporarse juntas con los reflejos del sol y las nieblas de Osian (1).

Este baile tiene una encantadora decoracion en la cual se ven todas las *Oudinas* danzar en las aguas, en tanto que una barca pasa por cima de sus cabezas. Las numerosas cascadas de esta pieza me recordaban una representacion de *Robin de los bosques* en Aix-la-Chapelle, en la cual grandes saltos de agua verdadera bajaban de muy alto y con

(1) En una representacion á beneficio de la Cerito, se repartieron por el teatro muchas composiciones poéticas en elogio suyo.

gran ruido al teatro, de donde corrian á un cristalino arroyo: las cascadas del teatro de Londres no eran tan acuáticas.

El teatro de la ópera es vasto, pero de mal gusto: se diría que es un palomar con todos sus mamotretos; cada palco y cada piso, es un agujero pequeño colgado de telas encarnadas, de donde se ven salir cabezas mal iluminadas; y la reunion es de una uniformidad muy triste, pues no hay ni riqueza ni poesía.

La ciudad de Londres es inmensa, y sus distancias desmesuradas: las calles son anchas, tiradas á cordel, guarnecidas de soberbias aceras y adornadas de bellos edificios. Los *square*, sobre todo, excitan la admiracion del viajero; son plazas públicas cuyo centro es un bonito jardin inglés rodeado de verjas de hierro. Los propietarios de las casas que las rodean tienen cada uno una llave para pasearse en dichos jardines cuando quieren. ¿Hablaré ahora de la cantidad de parques y de bosquecillos que forman como vastos campos en medio de la grande capital? París no ofrece nada en este género. *Green-park*, *San James park*, *hide-park*, *Renginston garden*, *Regent park*, etc. tienen bosques, estanques, praderas y pabellones, de los cuales no se puede pintar el encanto. *Regent park*, sobre todo, es un vergel encantado donde se creeria uno en medio de las apacibles bellezas de un risueño paisaje, ó en los jardines deliciosos de una rica quinta, si por todas partes no se viesen una hilera infinita de palacios con columnas, pórticos, frontones y estatuas, que se hallan en Londres por todas partes. Londres ya no es lo que en las orillas del Támesis; la negra ciudad del comercio; cambia de forma, y limpia, adornada y brillante, se hace la ciudad perfumada de la aristocracia; allí ya no hay casas de trabajadores, sino habitaciones de príncipes.

Estuve en una magnífica fiesta campestre dada en uno de los magníficos jardines que acabo de describir: el *royal botanic societi*. Una parte de la nobleza inglesa se hallaba

reunida en sus bosques y florestas. Aquel sitio, lleno de plantas raras y de arbustos curiosos, era como un gigantesco vaso de flores; la atmósfera estaba embalsamada y resonaba con los sonidos armoniosos de una música militar.

Por todos lados se elevaban inmensas tiendas, donde estaban expuestas sobre graderías todas las maravillas de Flora; no lejos habia pequeños lagos llenos de góndolas, de grutas pedregosas, de montañas con templetes y con salas de baile bajo toldos, país de flores, de montes de flores, de flores por todas partes, y bajo la radiosa primavera, en la cual el alma parece tambien empavesarse y uno mismo cree reflorcer.

Hyde park tiene una estatua de lord Wellington, erigida por señoras que abrieron una suscripcion al efecto. ¡ Cosa extraña! Aquella figura que está desnuda como la *Verdad*, ha recibido un nombre *de la fábula* y se llama *Aquiles*. Así pues, *el príncipe de Waterloo*, está representado con las facciones del *hijo de Tetis* por alusion á sus hazañas, pero no ya como en otros tiempos es la fábula de moda. Aquella mole mitológica tenia poco encanto para mí; las estatuas de *Gog* y de *Magog*, los dos gigantes de la ciudad que se ven en la gran sala comunal de *Guildhall* (1) me gustaban mas. Hallé en ellas algo de original y de particular; la imaginacion se puede extraviar á su placer en la contemplacion de estas extrañas figuras vestidas de un modo inconcebible, pintarrajadas de todos colores y con dorados de todos géneros; yo hubiera querido saber su historia, y aun sin saberla, me parece que por una especie de presentimiento no me hubiera sido imposible escribirla. Estos eran sin duda antiguos héroes... en las antiguas relaciones de los antiguos tiempos.

Fuí á Westminster, y me detuve tristemente delante de la casa en donde fue decapitado Carlos I. *Witehall* tiene un as-

(1) Hay allí cuatro monumentos de mármol, de los cuales dos están elevados al famoso Pitt y á su padre.

pecto lúgubre, pero Westminster!... ¡Ah! con cuánta admiración recorrí esta vasta basílica, poblada de mausoleos, en la cual el alma se siente dominada de una tristeza solemne, en tanto que el corazón está lleno de un vivo entusiasmo. No se puede definir la emoción que se experimenta en medio de aquel inmenso palacio de la muerte. ¡Cuántas cenizas humanas! pero también, ¡qué cenizas! Todo lo que la grande Albion tuvo de poderoso y de inmortal tiene allí su monumento fúnebre. Son páginas bien elocuentes las tumbas en que se lee en alguna manera la historia de Inglaterra. ¡Cuántas famas en todos géneros! El príncipe negro, Isabel, María Estuardo, el Poeta Shakespeare, el actor Garrick, Pitt, Fox, Castelreaje, Sheridan, etc. etc. todas las celebridades británicas están reunidas en el último punto de cita de la fama: á cada paso un nombre histórico y un nombre predilecto de la gloria viene silenciosamente á herir vuestros ojos en frente de su fría sepultura, y recordando su agitada vida, se dice con el orador cristiano: *¡Dios solo es grande!*

Dios: él, esta eternidad de los cielos es quien debería dominar en Westminster sobre *las eternidades de la tierra*. Pues bien, así como en San Pablo ninguna imagen me hacia dirigir hácia él el pensamiento, allí tampoco nada de santuario divino, ningun cuadro para la otra vida, nada que os diga: Después de la nada coronada, *¡ved aquí la luz inmortal!* Y no obstante, ¿qué hay de más religioso que los edificios góticos en los que el pensamiento cristiano ha desplegado todos los esplendores del talento?... Cómo no hacer oración bajo las misteriosas ojivas donde tantas almas grandes han implorado al cielo y han visto pasar tantas glorias!....

La capilla de Enrique VII, que fue fundada por este monarca, es un prodigio de arquitectura de la edad media, las piedras del techo son verdaderos encajes, y el tallado es tan maravilloso que la vista apenas puede creerlo (1). No lejos

(1) Allí están todas las banderas de los caballeros del Baño y el sepulcro de Enrique VII.

están los dos sillones de la coronacion : bajo el del monarca está colocada una gran piedra informe sobre la cual en otros tiempos coronaban á los reyes de Escocia. Este granito me hubiera parecido colocado mas poéticamente si le hubiese hallado en el fondo de algun antiguo monumento de la Caledonia cerca de las torres de Morven y en la morada del hijo de Fingal (1).

Se me habia aconsejado el visitar la prision de *Newgate* y fui allá. ¡Cuántas puertas de hierro, jaulas con varas, caballos de frisa, cerraduras, cerrojos y cadenas!... ¡Cuántas medidas tomadas contra la evasion!.. Pero para que el cautivo no pueda salir, se deja apenas entrar la luz. El aire está interceptado tambien por altas paredes con trone-
ras enrejadas, que quitan la vista del cielo: allí se está muerto para la naturaleza entera. El condenado no sabe ya allí mas que por el recuerdo lo que es la vida. ¡Ah! la vida en el tiempo en que se está libre cuán bella y risueña es! Esta idea es su suplicio de todos los instantes; este recuerdo es el aprendizaje de la condenacion. El hombre en medio de la sociedad se queja, y gime con el menor revés de la fortuna; ¡pero ay! ¿se atreveria á lamentar de la suerte si pensase en el encarcelado por toda su vida que solo, lejos de sus semejantes, privado de luz, desterrado de la naturaleza, olvidado, degradado, perdido, no tiene alrededor de sí mas que las paredes de su calabozo, ni otro medio para salir de su desesperacion que la puerta del sepulcro?....

En la casa de correccion de *Bridwell* tuve un penoso espectáculo que considerar. Hay allí una rueda gigantesca de 45 pies de ancho que llaman *Treadwhcel*: diez prisioneros

(1) Mas tarde, en el norte de la Escocia y no lejos de Morven, vi en las ruinas de *Bunstaffnage* el lugar donde estaba antes esta piedra de las coronaciones.

El túmulo de los hijos de Eduardo está en *Westminster*; pero no pudieron asegurarme que contuviese sus restos: ¡pobres príncipes! su verdugo reposa en *Windsor*.

á la vez están obligados á hacerla dar vueltas continuamente con los pies, subiendo sin descanso al modo de la ardilla en su jaula, el suplicio de esta subida forzada, de este suplicio de *Egion*: es tal que no pueden sufrirla mas de cinco minutos, se reposan otros cinco y así alternan, relevándose los otros, y esto dura todo el dia. Cuando entran los cautivos los pesan para juzgar de la disminucion sucesiva de sus fuerzas y medir sus facultades y sus torturas: pocos resisten largo tiempo, la rueda y su trabajo no sirven mas que para atormentarlos. ¡ Es posible que en el pueblo mas filantrópico y civilizado de la tierra exista un resto tal de los tiempos bárbaros! (1)

De *Bridwell* fui á *Bedlam*, donde me esperaban nuevas emociones dolorosas. Recorrí aquel soberbio establecimiento con admiracion y dolor. Sus galerías, que se pierden de vista, son magníficas, pero llenas de dementes cuya alegría ó tristeza son igualmente siniestras. Encerrados en una doble prision interior y exteriormente, fuera de sí mismos, sin luz, sin esperanza y sin salida, aquellos desgraciados batallaban á la vez bajo dos condenaciones; con todo los cautivos de *Bedlam*, no tienen como los de *Newgate*, la tortura de los recuerdos y de los remordimientos, pero tambien los de *Newgate* tendrían si quisiesen una ventaja sobre los de *Bedlam*, la cual es el poder refugiarse con el pensamiento al cielo, y hallarian tambien así una esperanza. El preso loco, despues ni siquiera es un animal, porque todo está estropeado en él, y sin hallarse con las condiciones del hombre, no se halla tampoco en la clase de las bestias.

En una de las salas de *Bedlam* está el retrato de Enrique VIII pintado por *Holbein*. Su fisonomía desagradable la forman una boca encogida, una barba espesa, ojos pequeños, nariz corta y mejillas abotagadas. *El Barba azul* del

(1) Esta prision á costado seis millones, y tiene cuatrocientos presos.

trono inglés, el real asesino de mujeres, me parecía que estaba en su propia casa estando en *Bedlam*; pero debiera estar allí en vida porque bajo la púrpura soberana es la mayor calamidad un loco sanguinario.

Mi día había empezado por tristes imágenes y se concluyó con risueños cuadros. Esta es la vida; siempre contrastes: las alegrías dando la mano á las tristezas; la existencia del hombre se parece á la naturaleza del niño, las mismas impresiones se suceden alternativamente, las risas y las lágrimas, unas y otras pasan á la aventura, como por casualidad ó capricho bajo los placeres y las penas.

Estaba convidado á un baile en casa de Lady Chesterfield, noble señora que ocupa uno de los bellos palacios de Londres, donde nada falta en punto á comodidad y lujo: galerías con retratos de familia (1), salones con artesonados dorados y un jardín delicioso reunían aquel día lo mas selecto de la sociedad inglesa. A las cuatro y media de la tarde debia empezar el baile. El rey de Hanover estaba allí, y yo le fuí presentado por la duquesa de Bearfort. S. M. me habló largo tiempo de mis viajes y me reconvino por no haber visitado sus estados, convidándome á ir á verlos. El rey aunque de una edad avanzada habla con una vivacidad llena de juventud; sus cabellos son blancos y su vista se ha acortado, pero su ingenio y su conversacion no dejan de estar llenos de encanto; fue uno de los hombres mas hermosos de su tiempo.

Aquella misma mañana tuve tambien una larga conversacion con una de las personas históricas á las cuales no se puede uno acercar sin un vivo movimiento de curiosidad: *el duque de Wellington*. Su señoría, inclinado bajo el peso de los años y recordando á *Edipo* ó *Belisario*, estaba rodeado de homenajes y de inciensos, como un monarca ó un ídolo. Se disputaban con empeño una de sus pala-

(1) Entre los nobles antepasados del lord actual, está el célebre Chastelfiel.

bras, de sus miradas ó de sus sonrisas, y la muchedumbre se apiñaba á su paso. Reparé que el entusiasmo no se ha enfriado aun en Inglaterra hacia el héroe de los tiempos pasados... Sí, *de los tiempos pasados*, repito estas palabras, porque hemos caminado tanto desde 1816, que estamos lejos de él mas de un siglo. Los *cien dias* forman cien años de fecha.

Poco tiempo hacia que estaba yo en Londres cuando la reina Victoria dió un baile: para ser convidado me hubiera sido necesario ser presentado á la corte; pero como no habia habido *levey* despues de mi llegada, tampoco habia habido *presentacion*; y tuve un verdadero pesar, cuando la reina dignándose derogar en mi favor la etiqueta acostumbrada, me hizo convidar á la fiesta.

Aquel dia comia yo en casa de lady Blessington, una de las musas de Inglaterra que une el ingenio á la belleza: mucha satisfacion tuve en conocer esta celebridad literaria, pues ya habia admirado su talento y pude rendir homenaje á sus gracias (1). En su casa estaba el gallardo conde d'Orsay su yerno *el rey de los elegantes* en Londres! ¿Es este su mas hermoso título? No por cierto; una obra de las mas dignas de atencion ha señalado su nombre al reconocimiento de sus compatriotas. El conde d'Orsay ha fundado en Londres una sociedad de beneficencia con el objeto de procurar socorros á todos los franceses indigen-

(1) Lady Blessington ha publicado unas veinte obras las cuales han obtenido una gran aceptacion: tales son con particularidad ensayos y fragmentos. *Viaje á la isla de Whigtot*. *Linterna mágica*. Este libro contiene preciosas conversaciones con lord Byron. *Los dos amigos*. Historia irlandesa, donde está tratada con ingenio la cuestion del *Rapeal*. *Las víctimas de la sociedad*; *confesion de un viejo gentil-hombre*. Este picante libro encierra la historia de seis amores con el retrato de seis mujeres. *Confesiones de una dama vieja*. Este libro es el compañero del antecedente. *La aya*, *El perezoso en Italia* y *El perezoso en Francia*, *La lotería de la vida*, *Meredickth*, *La belleza de una estacion*, etc. Todos estos libros han hecho europea la reputacion de la condesa Blessington. Yo la debí la ventaja de conocer al célebre escritor Bulwer.

tes: por sus cuidados ha sido abierta una casa de asilo donde todos los desgraciados de su nacion hallan un abrigo protector. Honor al que desde el mas alto trono de la moda ha podido prever que se puede ser á la vez príncipe de los elegantes y padre de los desgraciados (1).

Lord Brougham hacia parte de los convidados de lady Blessington: la conversacion fue viva y llena de expresiones felices: á la misma comida asistieron *Westmacitt*, famoso escultor, los célebres pintores *Adwin*, *Landseer*, *Stanfield* y *Grant*, y tambien nuestro afamado *Gudin*. ¡Con cuánto sentimiento tuve que dejar aquella reunion de talentos para ir á vestirme de etiqueta!... ¿Pero tenia motivo de quejarme? Otra fiesta me llamaba.

Á las once llegué al palacio de Buckingherne; aquella misma mañana habia yo examinado su exterior. El edificio llama poco la atencion, pero en frente está el parque de San James con sus vastas praderas verdes, sus hermosas alamedas, sus grandes árboles y sus aguas cristalinas: yo concibo muy bien que la reina prefiera esta residencia al antiguo palacio ahumado de San James, que con sus torrecillas almenadas y sus galerías con vidrios pequeños parece un claustro ó una prision.

La reina estaba ya en el baile y habia tenido la extrema bondad de preguntar diferentes veces por mí; la muchedumbre de carruajes me habia hecho llegar tarde. El embajador de Francia, conde de San Aulaire, se apresuró á presentarme á S. M. que se hallaba en un trono en el fondo de una de las galerías del palacio. Las grandes damas de su corte la ro-

(1) El capital de la sociedad de beneficencia fundada por el conde de Orsay se aumenta todos los dias, gracias á los donativos numerosos de las almas caritativas. *El Correo de Europa*, excelente periódico francés que se imprime en Londres, ha publicado hace poco la lista de los nuevos suscriptores, entre los cuales citarémos al duque de Burdeos. S. A. ha dado cuarenta libras esterlinas.

Añadiré aquí que el conde de Orsay cultiva las artes con un inmenso resultado; dibuja muy bien, y pinta maravillosamente.

deaban , y entre ellas estaba la princesa Clementina de Sajonia-Coburgo hija de Luís Felipe , que acababa de llegar de Portugal con su marido. La reina iba vestida de blanco : su vestido estaba adornado con ramos y pedrerías , llevaba tambien flores y piedras preciosas en su peinado , y todo formaba un conjunto de la mas rica y elegante sencillez. Una dulce sonrisa asomaba á sus labios, y en la reunion de su persona tenia todo cuanto se puede imaginar de mas eminente. Habiéndose levantado al acercarme S. M. se dignó dirigirme en francés expresiones las mas lisonjeras ; se expresa admirablemente en casi todas las lenguas de Europa, y yo tuve ocasion de contemplarla un instante segun mis deseos. ¡ La confianza y la dicha resplandecian en sus facciones ! ¡ Cuántas gracias en efecto ! ¡ No se halla en el caso de bendecir á la Providencia que se ha complacido en colmarla de todos los favores de la tierra , y que á la mas brillante de las posiciones visibles, no ha juntado el contrapeso de los sufrimientos ocultos !...

La reina de Inglaterra tiene por esposo al mas hermoso de los príncipes de estos tiempos ; y este marido , dado enteramente á ella , la adora como si fuese una querida y la respeta como á su dueño ; heredero del trono es su hijo adorado , y junta á todos sus goces un triunfo de mas , el carácter firme de un hombre á la angelical dulzura de la mujer , un pueblo prosternado delante de ella con entusiasmo que no la atribuye ninguna de las faltas que se cometen y que la bendice por todo el bien que se hace. ¡ Qué destino y qué existencia (1) !

¡ Qué cosa hay de mas eminentemente poético que esta encantadora jóven coronada , á los pies de la cual se inclina una de las mas poderosas naciones de la tierra !... El centro altanero y formidable de la grande Albion está allí entre las manos de una delicada y graciosa ninfa , y este ce-

(1) Si , verdaderamente , yo soy demasiado dichosa ; decia un dia la reina á sus damas , motivo hay en esto para asustarse.

tro no se hace ciertamente pesado á la linda mano que parece no obstante no poder ser apta sino para sostener gasas y guirnaldas. Al sencillo abandono de la bella adolescente se junta en ella la noble dignidad de la alta soberana y la mezcla es encantadora. ¡Cuánta debilidad y cuánta fuerza! Oh poder supremo de un principio, una caña dominando encinas, una flor árbitra del mundo (1)! ..

El baile iba á empezarse: los aposentos del palacio de Buckingham estaban magníficamente adornados, particularmente el salon del banquete en el fondo del cual resplandecía una magnífica vajilla de oro y plata; á su lado estaba la sala de los refrescos, que me llamó la atención por sus colgaduras de cachemir blanco con tejidos de oro; que habian sido en otro tiempo y en la India la tienda de *Tipoc-Said*.

Presentado al príncipe Alberto, que tambien se dignó conversar conmigo de mis viajes por Europa, le hablé largamente de su hermano, con el cual habia cenado en el palacio del rey de Sajonia cuando dicho príncipe fue á presentar á su esposa en la corte de Dresde. La recién casada era hija del gran duque de Baden. El marido de la reina Victoria es, como se sabe, uno de los hombres cuya hermosa figura es tal cual se la representa la imaginacion de los novelistas en los héroes que ofrecen á la admiracion de sus lectores; pasa por serio y frio, pero yo le hallé al contrario lleno de animacion y de cortesía. Su lenguaje era tan amable como benévola su acogida. Habla el francés con elegancia; mi conversacion con él me fue deliciosa de continuo, hasta que la reina abrió el baile con una contradanza francesa bailada con el príncipe de Sajonia-Coburgo, marido de la princesa Clementina (2). Acostumbrado á las funciones de París en que no se hace mas que andar, experi-

(1) Tales fueron mis impresiones en Londres viendo á la reina Victoria en julio de 1843.

(2) La princesa Clementina figuraba en ella bailando con el duque de Cambridge.

menté una satisfaccion verdadera, viendo un baile donde se bailaba realmente; la orquesta era perfecta, y el golpe de vista de las salas deslumbrante. La reina de Inglaterra tiene el piececito mas lindo del mundo y baila de un modo que arrebatara; se dice que habiendo cultivado las artes, canta tambien maravillosamente. ¡Cuántas coronas á la vez!

En cada uno de los salones de *Bukingham* estaba colocado un trono y un estrado; así que la jóven reina habia bailado en uno de dichos salones, iba á hacerlo en otro, en donde su llegada así como su salida era saludada con el aire de *god save the queen*: todo esto daba un gran movimiento á la fiesta. Cada vuelta de S. M. ofrecia á las damas sentadas en el recinto á donde pasaba la dicha de hallarse alternativamente cerca de ella. Mujeres hermosas las habia allí en abundancia: ¡qué facciones tan finas y delicadas: ¡cuántos rostros encantadores! Es menester concurrir á la alta sociedad de Londres si se quiere uno formar una idea de lo que es una reunion de bellezas; la Inglaterra en punto á poéticos rostros, es el país por excelencia.

Allí no hay los poco graciosos *fraques negros*, que no deberian figurar sino en las solemnidades funerarias; los hombres llevan sus uniformes; algunos grandes señores de Escocia llevaban sus vestidos de *jefes de Clans* (1), y entre las flores y los encajes no se veia mas que oro y piedras preciosas. Cerca de la giralda de las gracias brillaban las armas del valiente. El esplendor era diverso, pero el brillo semejante, armonía variada pero completa, y allí bajo las melodías de la fiesta y á la luz de innumerables bugías todo parecia en torno de la reina despedir rayos de amor y de gloria.

Dejé el baile á las dos de la mañana y pocas horas despues estaba en el camino de hierro de *Blacwell*, que conduce al real arsenal de *Woolwich*; este camino verdadera-

(1) De este número era el lord Coran, hijo del duque de Argyl, y vi danzar la *reel* escocesa.

mente curioso, es una verdadera senda del *Diablo Cojuelo*. En él se rueda como Asmodeo por encima de los edificios, de los techos y de las calles; suspenso en el aire, corre uno sobre las cabezas de una población inmensa, y hasta se pasa por medio de muchas casas (1). Saliendo de él visité el magnífico *door* de las Indias occidentales, y después me embarqué en el Támesis. En el barco de vapor ví sentada á una jorobadita de un rostro muy distinguido.

— Es muy linda, le dije á uno que estaba cerca de mí en voz baja, pero él me contextó con frialdad.

— Tiene un relieve.

El gobernador del arsenal real, me hizo ver aquel establecimiento por menor y servir en seguida un excelente almuerzo. Bajo sus ventanas, se podían contar 24,000 cañones y 2.000,000 de balas. Añadamos á este número 12,000 piezas de artillería en diferentes puertos, y todas las que se hallan en los buques ingleses, ¡qué prodigiosa cantidad! Se me aseguró que en 1814 la Inglaterra tenía más de mil buques de guerra con 40,000 cañones, y sobre los buques mercantes cerca de 25,000. El arsenal posee en este momento muchas bocas de fuego, carabinas, sables, banderas y *tam-tams* tomados en las últimas guerras de la China. Me divertí mucho mirando ciertos vestidos militares de los hijos degenerados de *Gengiskan*, que se imaginaban tomando formas de tigres espantar á sus enemigos, para huir en seguida como *conejos*.

Vense en Woolwich dos balas de cañón, que han estado 300 años bajo del agua. Así que las sacaron al aire se hicieron pedazos, y á un soldado que se puso un fragmento en el bolsillo se le quemó el vestido. Qué esto nos lo explique quien pueda.

El arsenal tiene delante de sus muros una vasta llanura y á sus lados un jardín inglés que parece un valle suizo. Se

(1) Hay allí una cuerda para utilidad de los vagones que ha costado 75,000 francos.

ven rebaños, hay aguas sobre las cuales se echan toda suerte de puentes militares, los soldados van allí á trabajar en la tierra y en obras de carpintería, á construir y maniobrar en aquellos bosques de una Tesalia guerrera, llamada *Military ripositori*; y bajo los árboles á la orilla de los rios nada de mas pintoresco á la vista que estos pastores con uniforme y soldados zagales.

En una de las salas de Woolwich, se me hizo ver una cosa muy curiosa: las cenizas de los *bauknotes* (billetes de banca) quemados durante las últimas guerras de Francia, á medida que entraban. Se entregaron á las llamas 444,000 por dia, y esto duró 13 meses. Estas cenizas aglomeradas, forman una pequeña piedra azulada. No lejos de allí hay en movimiento perpetuo: una bola pequeña sobre una bandejita, que anda sin cesar y da movimiento á un reloj: hace 35 años que no la han tocado, nunca se ha detenido, y corre aun (1).

Como es necesario que los recuerdos de Napoleon se hallen por todas partes, se me mostró una cochera donde se halla el delantero del carruaje que conducia el cuerpo de Napoleon en su féretro sobre las arenas de Santa Helena.

Una hermosa mañana de julio fui á *Windsor* por un camino de hierro y con mucha rapidez. La víspera habia yo visto la famosa Universidad de *Oxford* y el colegio de *Eton*, donde fue educado Enrique VII (2). Estos parajes me habian encantado; pero no quiero describirlos: ¿quién no ha leído sus descripciones? *Windsor*, fundado por Eduardo III, *Windsor* el ideal de los castillos góticos, sobrepusó todo cuanto mi imaginacion esperaba. Allí está la reunion de todos los esplendores de la edad media, á las cuales se

(1) El arsenal tiene una sala donde se halla lo necesario para equipar 40,000 caballos de tiro.

(2) *Eton* especie de claustro fortificado, fue fundado por Enrique VI. El reverendo *C. Hawtray* me le mostró detalladamente. Fox y Canning, fueron educados allí y están escritos sus nombres sobre los bancos que ocupaban en la sala de las clases. *Eton* tiene 700 alumnos.

ha juntado todo el lujo de la civilizacion; de lo alto de la fuerte torre que rodea un círculo de torrecillas y torreonnes, de pórticos y de galerías (porque Windsor es en sí solo una reunion de no sé cuantos castillos góticos) se despliega á la vista un panorama maravilloso. El país es un magnífico jardin inglés sin fin, en el cual la naturaleza ha esparramado como á manos llenas sus mas graciosas maravillas; además en los aposentos de esta residencia real, ¡cuántos salones, salas de armas, trofeos caballerescos, bóvedas y museos! Allí se hallan los bustos y retratos de cuanto la Inglaterra tiene de ilustre. No se ha seguido la necia costumbre de no poner en aquel palacio nacional mas que griegos y romanos ante la admiracion pública; se ha tenido el acierto de reunir en él las inmortalidades de la patria; sin embargo, yo dirijo aquí una reconvencion á la gran Bretaña: en Windsor como en Westminster falta la imágen de un grande hombre; pues en vano se busca á lord Byron (1).

En uno de los recintos del palacio se ve el mástil contra el cual estaba apoyado Nelson cuando fue herido de muerte; la bala fatal está á sus pies y numerosos trofeos le rodean. Entre las salas que mas llaman la atencion, citaré la de san Jorge, la de Waterloo (2), y sobre todo la de Vandick (3).

La capilla gótica de Windsor, donde se eleva el magnífico mausoleo de la reina Carlota, es uno de los parajes en que

(1) No he visto en ninguna parte un monumento á su gloria: me han asegurado que en Westminster han rehusado una estatua del grán poeta hecha por Canova.

(2) Allí se ven todas las figuras históricas de 1816 pintadas con mucho talento. *Cárlos X. El emperador de Austria. El papa Pio VII. El emperador Alejandro. El rey de Prusia. El duque de Richelieu. Sresstranbres Blachet. Castlereagh. Canning.*, etc. ¡Ah! todos murieron ya: solo les sobreviven *Meternich, Nesobrede y Wellington.*

(3) Uno se para con enternecimiento delante del retrato de Cárlos I con su mujer Enriqueta, hija de Enrique IV y sus hijos al lado. Es una obra maestra de Vandick.

no solo la vista está encantada, sino tambien la imaginacion, que se entrega á las glorias pasadas.... á la vista de las grandezas presentes. En cuanto al parque que rodea á Windsor, es una continuacion de deliciosos jardines reunidos en uno solo. Yo recorrí en carretela una infinidad de bosquecillos; y aunque mis caballos hendian el aire, empleé seis horas en dar mi vuelta, y aun para no ver mas que una pequeña parte del parque (1); pero elegí, es verdad, la mas poética: *Virginia Watres*. Este paraje es una Helvecia con sus lagos, sus montañas y sus cascadas. Se cree uno á cien leguas de la capital y solo se está á pocas millas.

Las cercanías de Londres tienen una belleza admirable. Los sitios del parque de *Richemond* son célebres. El castillo real de *Hampton-Court* (2) tiene algunos cartones de Rafael del mas grande precio. En sus jardines hay una cepa ó parra, que tiene 110 pies de largo y que produce anualmente 1,200 libras de ubas, el año último dió 1,300.

En Londres habia yo sido admitido en el *club* de los *Trabajos* y en el del *Ateneo*; pero me aproveché poco de este favor; preferia los salones donde veia mujeres hermosas, á los mas magníficos clubs de donde estaba desterrada la mas amable mitad del género humano. Los clubs de Londres merecen no obstante una mencion particular. Son verdaderos palacios, con salones, galerías y bibliotecas, en los cuales le son á uno prodigados á la vez todos los alimentos del cuerpo y del espíritu; así es muy difícil el hacerse recibir (3). En el *Ateneo*, que tiene 1,250 miembros, de los cua-

(1) La estatua colosal de Jorge III sobre una roca, en lo alto de una pequeña montaña produce un grande efecto.

(2) El castillo de *Hampton-Court* fue dado por Volsey á Enrique VIII pero no fue un regalo de afecto, sino un don de desesperacion. A proposito de espléndidas moradas citemos aquí el palacio de lady Salterlad en Londres: nada de mas admirablemente suntuoso que su escalera que es una sala de concierto; en una de sus galerías hay cuadros de *Vanlyck* y de *Murillo*, y el famoso cuadro de la casa de Stranfor por *Pablo de la Roche*.

(3) Solos diez extranjeros pueden ser recibidos en el *Ateneo*.

les 50 al menos son príncipes, duques ó marqueses, no se puede admitir un nuevo miembro sino cuando hay una vacante y hay á veces sobre 4,400 aspirantes. Cuando yo estuve, el primer nombre que debia entrar en suerte, hacia nueve años que estaba en expectativa: aun se puede esperar mas.

Se halla en los salones de los clubs una porcion de personajes distinguidos: yo hallé hombres muy amables y recogí una historia singular que voy á referir.

El diente del esqueleto.

Lord James Wildson, se habia enamorado en Londres perdidamente de una de aquellas bellezas llenas de gracia y de molicie que aman pronto y olvidan del mismo modo; que á la tercera ó cuarta pasion, se imaginan amar por la primera vez, y que persuadidas de la duracion de cada una de sus impresiones, así como de la verdad de cada una de sus palabras, engañan con la mejor buena fe del mundo.

Wildson se habia comido una gran parte de su caudal y de sus posesiones; y en cualquiera posicion que la suerte le hubiera hecho nacer, hubiera devorado del mismo modo todo cuanto hubiese tenido en su poder. Abogado se hubiera comido á sus clientes; mercader, su tienda; soldado, sus municiones; marido, su mujer, y rey su pueblo.

Por lo demás era un excelente jóven que no carecia ni de valor, ni de rectitud; pues se sentia inclinado á hacer todas las acciones buenas, aunque habia hecho muchas tonterías; el peor de los males, al adelantar la carrera de la vida, no es siempre el haberse separado del honor, sino el haber perdido el gusto hácia él. James en sus impulsos

de corazón estaba lleno de entusiasmo y de expresión. Si de *expresión* por que se es poeta tanto en las más altas como en las más bajas condiciones aun que no se haya nunca escrito nada: Hay vidas entre las de los hombres, de las cuales no se ha escrito ni un solo verso y que son sin embargo admirables poemas.

La belleza elegida por Wildson, Mistris Jenny Vurnwood, era viuda, y pretendia haber adorado á su marido: esto no tenia nada de imposible; además sostenia que habia permanecido fiel á su memoria: esto estaba menos probado; pero lord-James vivia con la feliz convicción de que en punto á constancia y amor, Jenny, sencilla, pura y sin mancha, era el modelo de las mujeres.

Wildson estaba un dia sentado á la mesa almorzando opíparamente con muchos de sus alegres camaradas.

— Amigo, le dijo un jóven francés llamado Haumont, con la cabeza caliente con el vino, ¿estás aun aprisionado en las redes de la misma belleza? Esto se hace tan respetable que debemos inquietarnos. Miedo tengo que tu cabeza no llegue á descomponerse en medio de tu cándida fidelidad á lo *Amadis de Gaula*, esto llegará á ser una enfermedad, ten cuidado!

— En ello está su dicha propia, dijo otro.

— Sí su dicha propia, y tan propia que la compra.

— No: porque quien compra paga, respondió sir Jorge Derving, uno de los lores del banquete, y nuestro James está muy poco provisto de fondos por ahora: se ha comido hace poco su última posesion, y no tiene en expectativa otra cosa que devorar sino es un tío, y este está correoso, es uno de los intrépidos viejos absolutamente empeñados en vivir, con los cuales no se acaba nunca.

— Nuestro amigo James, interrumpió lord Fitzmoon, es bastante buen mozo para no tener necesidad de vaciar su bolsa al mismo tiempo que abre su corazón; dejémonos de chanzas pesadas, porque él seria capaz de *tomar de ellas*

satisfaccion, quiero decir de dar ó de recibir una buena estocada en el pecho.

— Mi querido Wildson, volvió á decir sir Jorge, tú ves á tu hermosa con los ojos de la imaginacion.

— Y la imaginacion, interrumpió el jóven francés, es el telon del teatro, en el cual todo es soberbio en perspectiva y al acercarse todo son mamarrachos.

— Sabrás, prosiguió sir Jorge, que yo he sabido algo de muy divertido sobre tu virtuosa Jenny. Adoraba hace algunos años á un guapo pintor francés, llamado Alejo, jóven alto y bien dispuesto, que la daba lecciones de litografía... ¡Vamos, hete aquí todo sofocado! estás tan aturdido como las gallinas, que creyendo haber empollado una echadura de lindos pollitos, se hallan con una porcion de patillos que se arrojan al agua.

— Sir Jorge, exclamó James, esa es una atroz calumnia. ¿A dónde está ese Alejo?

— Murió.

— ¿De amor?

— No enteramente de eso, sino de miseria.

— ¿Y tú te atreves á asegurarme, respondió Wildson, que Mistris Vurnwood le amaba?

— Muy positivamente, querido amigo. Jenny arrullaba por Alejo cuando Alejo litografiaba por Jenny, y érase un duo delicioso.

— Es falso.

— ¿No es bien sencillo este bueno de James? respondió alegremente lord Fitzmoon. Apuesto á que se imagina ser la primera pasion de su Dulcinea.

— Si se me probase lo contrario, replicó Wildson fuera de sí, al instante me iria....

— ¿A dónde?

— A la China.

— ¿De veras?

— ¡Bueno!... ¡un juramento!... para mí esto es un drama.

— ¡Tú en China! exclamó Fitzmoon, yo apuesto á que no.

— ¿Cuánto?

— Quinientas guineas.

— Cuento con ellas, exclamó Wildson: Jorge, continua tu historia.

— Vamos á ella. Jenny amaba á su Alejo con tanta sensibilidad, que le llenaba de toda especie de regalos: sortijas, zapatillas, relojes, botecitos, albums, y todo esto con su cifra, una tierna y brillante J. coronada de laureles y de rosas, porque ella rabia por las cifras, que son en ella una *monomanía*: ved aquí el alfiler de James.

— Es verdad una J. de diamantes.

— Y su sortija una J. en forma de serpiente.

— Y su corbata, tambien con una J. bordada.

— Dios eterno, exclamó Haumond, si yo tuviese todas las de Alejo, ¡qué regimiento de mayúsculas!

— ¡Y qué hilera de pruebas!

— Silencio, milores, replicó el francés, dejemos en paz las J.

— Dejádme pues acabar mi relacion, continuó sir Jorge Derving: mi pobre pintor era jugador, todas las J. fueron sucesivamente empeñadas, y en la mas horrible indigencia se fué á morir Dios sabe donde.

— ¡Si hubiese ido á la China, lord James!... exclamó Haumond, riéndose á carcajadas, tú podrias ir á llorar sobre su tumba.

— Ya te veo en Peckin, dijo lord Fitzmoon á su amigo, cuando vuelvas tráenos opio.

— Con tu oro, replicó Wildson, prepara tus quinientas guineas. Wildson hubiera querido enfadarse, pero no habia modo de luchar contra el torrente de chanzas que llovian sobre él por todas partes; además no se mezclaba nada de amargo ni de ultrajante en las malicias de sus compañeros, y era su alegría sin hiel y los dardos que le dirigian carecian de veneno.

Acabado el desayuno se propusieron varios planes de diversion.

— Vamos á visitar el famoso gabinete de anatomía del Doctor Charchman? dijo lord Fitzmoon á sir Jorge.

— Con mucho gusto respondió este.

— ¿Pero despues del buen desayuno que acabamos de hacer, replicó James con un tono burlon, ¿cres tú que el ver disecar sea cosa favorable para la digestion?

— Yo no creo, contestó sir Jorge, que bajo el bisturí se engorde.

— En lugar del cuerpo añadió Fitzmoon, nos disecarémus el espíritu.

— Sí, pero en primer lugar, exclamó Haumond ¿habrá materia sobre que trabajar?

Aquellos amigos se hallaron en pocos minutos en casa del célebre anatómico, el cual habitaba un barrio retirado en la extremidad de Londres, donde su gabinete, lleno de curiosidades de todos géneros, atraia la muchedumbre á su casa. Allí se veian momias de Egipto, huesos antidi-luvianos, y esqueletos modernos, y por medios de mecánica ó de electricidad movian los esqueletos de muchos raros animalejos: tambien se ostentaban pomposamente una porcion de fetos, de abortos y monstruos, colecciones mas ó menos fúnebres y horrores mas ó menos visibles; todo tenia tendencia á lo lúgubre, pero á veces se hacia grotesco.

No obstante en el fondo de una estrecha galería, especie de bóveda cuyo aspecto sobrecogia, estaban de pie contra sus paredes una larga hilera de esqueletos que resaltaban sobre las paredes entapizadas de negro, y este diminutivo de las catacumbas, no estaba alumbrado mas que por la lámpara de los sepulcros: allí parecia respirarse un aire mortuorio.

El mismo doctor Charchman habia disecado aquella funeraria asamblea, sabia sus nombres y hubiera contado en caso necesario la historia de todos, pues habia examinado

su vida y aun mas su muerte.

Lord Wildson con la cabeza un poco caliente de resultas del excelente almuerzo, se acercó á un enorme esqueleto que estaba colocado en uno de los ángulos de la sala. Este individuo, se decia para sí, debió ser muy bizarro en su tiempo; que admirable armazon de hombre: y al pensar esto le ocurrió la idea de apoderarse de algun fragmento del difunto, así como se procura tener el autógrafo de algun hombre célebre: para esto se subió á un taburete, y en un momento en el cual nadie fijaba en él la atencion ni las miradas arrancó un diente del esqueleto.

Este deseo fue coronado de un pronto y feliz éxito, porque el muerto: no trató siquiera de disputar sus restos al usurpador, y le abandonó su quijada con la mejor voluntad del mundo.... ¿Qué oposicion podia hacer? Wildson, orgulloso de su victoria, metióse su trofeo.... en el bolsillo, sin tomarse tiempo siquiera para mirarlo: era un *colmillo*.

La visita del gabinete del Doctor Charchman se habia concluido, y la alegre turba resolvió para acabar alegremente el dia, hacer una partida de campo en los alrededores de Londres. Wildson, Fitzmoon, sir Jorge, y Haumond tenian prontos sus caballos y carruajes y continuaron haciendo mil locuras. Carreras á caballo, justas sobre el agua, y en fin una comida sobre la yerba, y buenos vinos de todas clases. Yo trago como una sima y bebo como una esponja, decia Fitzmoon á Haumond, y cada cual parecia empeñado en ver quien decia mas extravagancias, pareciendo disputarse la palma de la locura.

No obstante, uno solo fué víctima de todas estas ideas delirantes, y fue el lord Wildson, que yendo á ordenar la comida en la fonda mas inmediata, se le desbocó el caballo, y cayendo en un foso lleno de pedruscos, se hirió en el rostro y sacó la mandíbula y los labios bañados en sangre.

Lord Wildson, habiéndose levantado con trabajo, no se halló en la posibilidad de reir, y no pudo ya tomar parte

en la diversion. La parte inferior de su rostro tuvo que envolverse con un pañuelo de seda, y sin poder comer ni beber, sufría demasiado y tuvo que retirarse.

El herido entra en su casa en un estado deplorable y se arroja en su lecho no pudiendo sostenerse de fatiga y de dolor, teniendo no solo el rostro lastimado con la caída, sino la cabeza atolondrada con el vino, y muchas contusiones en el cuerpo. Además los pensamientos mas negros le agitaban el alma.

— He robado un diente á un muerto, se decia á sí mismo, y ved aquí que no sé cuantos dientes he perdido.... y *colmillos* quizás!... Esto es visiblemente un golpe de la Providencia, que me castiga por donde he pecado. ¡Es posible que mi caballo, que no se desvoca, tórnase hoy el freno entre los *dientes*!... ¡solo para romperme los míos!

Esto no es hablar lógicamente, pero cuando se tienen las quijadas desechas no se piensa en coordinar discursos, no es un purista sino un dentista lo que hace falta. En el momento en que por cualquier mortal accidente se tienen las encías en derrota no se recurre á una gramática sino á una dentadura postiza.

Ciertamente continuaba sir James: yo lo siento, aunque no me atrevo á asegurarme de ello, lo menos tengo un diente roto, y harta suerte será la mia si no he perdido tres ó cuatro: mañana veremos. ¡*Mellado!* esto será horrible. Jenny me ha dicho con frecuencia que era para ella insoportable y que la vista de tal defecto la daba convulsiones. ¡Dios mio! ¡si un *diente* me hiciese perder un *corazon*!... qué dolor tan terrible, qué expresiones voy á buscar, para anunciárselo!... Yo voy á volverme loco de rabia y de no poder morder.

El desgraciado tenía calentura, pero al fin cayó en un entorpecimiento letárgico que no era ni velar ni dormir, un adormecimiento sin reposo en el cual tenía pesadilla con los ojos abiertos.

Muchas horas hacia que lord Wildson se hallaba en este

estado, cuando creyó ver que de repente un espeso vapor se extendía en derredor suyo, y que este vapor era mortuorio, exhalando un olor cadavérico; también creyó que su cuerpo iba á ser colocado en el gabinete de Charchman para las operaciones de la autopsia: una campana extraordinaria se deja oír y da la *hora de las fantasmas*. Ya no son los primeros maravillosos de su cuarto los que se ofrecen á su vista, sino los cipreses y los sauces llorones de un vasto cementerio, en el cual hay una porcion de tumbas con sus inscripciones y sus losas; algunas voces fúnebres y débiles se dejan oír del fondo de las sepulturas que salmodian las letanías de los agonizantes; y el lecho sobre el cual reposa Wildson se convierte en una tumba cubierta de paños negros con galones de plata y plumeros blancos. Lord James tiene escalofríos generales en todos sus miembros, los cabellos se le erizan de espanto y se cree en su última hora.

El disco de la luna iluminaba aquel campo de reposo, sus rayos se deslizaban pálidos y azulados al través de los sombríos cipreses de aquel paraje, y se hubiera dicho que iban á evocar los espectros.... En efecto, de una fosa removida recientemente y sobre la cual estaba colocada una modesta cruz de madera pintada de negro, se levanta una espantosa figura. ¡Oh cielos! ¡un inmenso esqueleto! el cual se adelanta haciendo crujir sus huesos hasta el catafalco en el cual estaba Wildson, y con una voz sepulcral pronuncia estas palabras:

— ¡Lord James, me reconoces?

El horror habia helado la sangre en las venas al joven inglés: el esqueleto del doctor Charchman era el que tenia delante, el mismo con el cual se habia hecho culpable de un robo indigno; Wildson quiere levantarse ó al menos responderle, pero no puede ni moverse ni entreabrir los labios.

El esqueleto tenia un aire burlon.

— ¡Valor! y vuélveme mi diente, añadió, y al hablar de este modo parecia mofarse.

Lord James mira en su rededor para buscar los vestidos

que llevaba la víspera, y sobre todo el chaleco en donde habia guardado el fatal *colmillo*, pero sus vestidos no estaban allí, y sobre sí no tenia mas que una mortaja.

— ¡Vuélveme el diente que me has quitado! repetia el espectro haciendo un gesto horrible, y James en vano trataba de responder.

— ¡Te callas! ¡infame ladron! ¡continua la amenazadora vision! Pues bien, yo me haré justicia á mí mismo, y tomaré de tu quijada el *colmillo* que falta á la mia: ¡abre la boca! ¡vamos! ¡apresúrate! Así tendremos un diente el uno del otro, ó por mejor decir, habremos trocado un diente por otro diente.

El fúnebre espectro al decir estas palabras, se acerca al lecho de Wildson, le desata su pañuelo de seda, sus descarnados dedos apartan los labios de la víctima y con unas tenacitas de hierro que le introduce en la boca y con la destreza del mas diestro *sacamuelas*, le arranca un *colmillo*.

Lord James da un grito espantoso, una carcajada le responde; y en tanto que la vision se evapora, el desgraciado inglés, sin pensar en aquel momento en hacer un juego de palabras, decia con voz sofocada: — ¡Fantasma, yo tambien *me desvanezco!*

¿Habia con efecto caido en un desfallecimiento? El hecho jamás se ha demostrado claramente; pero el sol hacia ya largo tiempo que alumbraba las orillas del Támesis, cuando lord Wildson abrió los ojos: ¿Salia de los *brazos de Morfeo?* como lo hubiera dicho un *antiguo*; ¿ó de los *delirios febriles?* como diria un *moderno*: esto poco importa.

El noble inglés tiene azorados los ojos, apenas puede persuadirse de que aun vive, aunque ve de cierto que todavía se halla en su aposento, pues no le rodean ya sauces llorones, cipreses ni sepulcros; ni oye tampoco letanías, ni á la luz de la luna ve el espantoso esqueleto. Todo habrá sido un sueño horrible y nada mas.

Con todo un vivo dolor en la boca le arranca un queji-

do agudo, el pañuelo de seda no le cubre ya la cara, y lleva la mano á los dientes. ¡Oh cielos! le falta un colmillo, precisamente el que ocupaba el mismo sitio del que ha robado al esqueleto, y el que este le ha hecho restituir á la fuerza.

¡Cómo! ¡entonces no ha sido un sueño! ¡Ah! Wildson no pone ya en duda la realidad de la escena nocturna: sin embargo, en medio de las agitaciones de su sueño y despues de haberse desembarazado de su pañuelo, puede haberse caido por sí mismo el colmillo que estaba ya roto la víspera y haberse perdido cayendo lejos del lecho. Esta explicacion ofrecia muchas probabilidades, pero ni siquiera se le ocurrió á lord James, que no queria creer que habia soñado seguro de que no dormia, y hasta estaba pronto á jurarlo en caso necesario.

Tom, su ayuda de cámara, le interrumpió en esto sus cavilaciones.

— ¡Milord! mistress Burnwood está aquí, le dijo, pues ha sabido el accidente ocurrido á vuestra señoría. ¿Puede entrar?

— Sin duda que sí.

— ¡Pobre James mio! exclama la hermosa viuda con uno de sus mas tiernos acentos y una de sus sonrisas mas compasivas: ¿Qué es lo que acabo de saber? Ha sido una caida de caballo, ¿no es cierto?...

— ¡Ay de mí! ¡demasiado cierto que es, Jenny mia!

— ¡Pero no con ningun grave accidente al menos!

— Con un diente roto, querida amiga.

— ¡Ay Dios mio! esto es una cosa de las mas serias, ¡un diente de menos! qué horror! esto desfigura el rostro: ¿y es un diente, ó una muela?

— No, Jenny, es un colmillo.

— ¡Delante de la boca esta falta!... ¡Justo cielo! tú me haces estremecer: que me traigan sales y éter ó un poco de agua.... amigo mio, temo desmayarme....

— ¡Jenny! ¡Jenny mia! cálmate; ya me siento mucho mejor.

— ¡Mellado!

— ¡Tú me haces estremecer á mi vez; responde lord James con dolor! Un diente es bien poca cosa, mucho mas podria perder.

— ¿Lo crees tú?

— Estoy seguro de ello: ¡pero cómo! ¿lloras?

— ¡Veamos! abre la boca, amigo mio.

— ¡Para qué, Jenny! ¡mira! ¿y bien?

— ¡Es horrible!

— Jenny, ¿es así como tú me consuelas?

— ¡Tenias tan hermosos dientes!

— Aun me quedan treinta y uno.

— ¡Escucha, James! le dice la viuda con grave solicitud: es importante el reponer este diente lo mas pronto posible, esta mañana mismo, y antes que nadie te haya visto; no es por mí, poco me importa, sino por las gentes: se reirian y yo tendria en ello un sentimiento.

— Mayor le tengo yo que nadie.

— Lo concibo, ¿tienes algun dentista conocido?

— Sí, y lo que es mas *un diente*.

— ¿De veras?...

— Uno igual al que he perdido.... ¡un magnífico *colmillo*!

— ¿Y de dónde te ha venido?

— Del otro mundo.

— ¿Qué estás diciendo, querido mio?... ¡Sin reirte y con un tono formal! Me das miedo: ¿estás con calentura?...

— Razon hay para tenerla: yo te lo aseguro; pero dejemos esto, Jenny mia, voy á reparar la desgracia, y despues de puesto el colmillo me amarás siempre, ¿no es verdad?

— ¿Puedes hacerme tal pregunta? Nunca he amado á nadie mas que á tí.

— ¿Á nadie mas que á mí? ¡Qué dulce afirmacion!

— Á nadie sino á tí solo, y para siempre, amigo mio, á noche mismo creyendo que con ello te daria gusto, he acabado para tí este trabajo, y al decir esto le presentó un

magnífico gorro de terciopelo verde bordado de plata, sobre el cual resplandecía una J. de oro bajo una corona de mirtos.

— ¡Gracias! respondió James con frialdad, ahora me toca á mí darte gusto. Mira, toma el chaleco que está sobre ese sillón, y hallarás en el bolsillo un diente; estoy seguro de que me vendrá perfectamente.

— ¿Es una compra que has hecho?

— No un cambio.

— ¿Y como ha sido esto?

— He hecho un trueque.

— Sin duda, dijo para sí la bella viuda, ha perdido la cabeza y está delirando, la conmoción de la caída habrá descompuesto su cabeza.

No obstante, Jenny va á buscar al instante en los bolsillos del chaleco y ¡oh sorpresa! halla un diente en uno de ellos: la viuda le toma y le examina.... un grito repentino de dolor se escapa de su pecho, un grito de dolor y de sobresalto.... se pone pálida como la muerte, sus rodillas tiemblan, su vista se turba, y en un sillón cerca del lecho de James cae medio desfallecida.

Lord James se muestra consternado, y no puede concebir nada de tan extraño acontecimiento. ¿Será alguna cosa sobrenatural la que acaba de herir á la que ama?... ¡El misterioso trofeo que él habia ocultado en su chaleco, no deberá salir de él mas que para obrar alguna singularidad prestigiosa! James toca la campanilla; su ayuda de cámara acude, y en tanto que Tom hace respirar esencias á mistress Vurnwood, toma él de mano de su amada el diente del fatal esqueleto, y le mira á su vez con la mas escrupulosa atención. ¡gran Dios! es un diente postizo: cuando el disecado vivia, tenia un *colmillo falso*.

De repente un sudor frio brota en la frente del jóven inglés, pues en el diente del esqueleto acaba de percibir una señal de las mas raras, el colmillo habia sido en otro tiempo un regalo dado por el amor, pues se hallaba grabada en

él, ¡una cifra! y esta cifra era una J.

Mistris Vurnwood vuelve en sí; pero lord Wildson no la pide ninguna explicacion.... finge estar apoderado de un violento acceso de calentura que le priva de todas sus facultades, y Jenny turbada se retira.

Ve á buscar al doctor Charchman, dice al instante el noble lord á su ayuda de cámara, tengo necesidad de los socorros de su arte. Una hora despues el célebre doctor entraba en el cuarto del jóven enfermo.

—Mi querido doctor, le dijo Wildson, despues sin duda de haberle contado su accidente de la víspera, vuestro gabinete me ha dejado profundos recuerdos, ¿podriais decirme quién era aquel gran esqueleto que yo admiré tanto en el fondo de vuestra galería?

—¿En el ángulo á la derecha?

—Justamente.

—En vida era un jóven artista, pobre, huérfano y sin fortuna: pero uno de los mejores mozos que he disecado en mi vida.

—¿Cuál era su profesion?

—Pintor.

—¿Cómo se llamaba?

—*Alejo*.

Lord James sofoca un suspiro doloroso.

—¡Doctor!... en vuestro gabinete.... es necesario que lo confiese con rubor, ayer robé un diente.

—¡Bah!

—El diente de uno de vuestros esqueletos, y en tanto que el célebre anatómico quedaba admirado de tal confesion, Wildson, aunque su rival no fuese ya temible, juraba en secreto no volver á ver á Jenny.

—Sí, doctor, continuó el inglés, he robado un colmillo del armatoste de Alejo: perdonad que me sirva de tal término, pero estoy incomodado.... y fuera de mí.... y para castigarme de mi falta mañana me pongo en camino.

—¿Para dónde?

— Para la China.

Al decir esto llamó lord James á su criado.

— ¡Tom! ¡ve á decir á lord Fitzmoon que me dé esta noche el opio que quiera para Pekin!... y me envíe para mis gastos de viaje....

— ¿Cuánto, milord?

— *Quinientas guineas.*

II.

El camino de hierro que conduce de Londres á Liverpool atraviesa un rico y fértil país. Partí de Londres á las seis de la mañana, y á las tres llegué á Birmingham (1). Esta grande manufactura, situada en medio de un hermoso valle, con gran número de chimeneas de vapor, se me presentó al través de errantes nubes como un bosque de obeliscos, y el humo espeso que cubria esta region de hornos, calderas y locomotivos, la daba un aspecto tenebrosamente fantástico. Yo no me detuve sino muy poco, pero lo bastante para tomar una idea de la actividad de su comercio, del movimiento de sus obradores y de la perfeccion de sus máquinas. La Francia no presenta nada que sea semejante.

No obstante, no pude menos de pensar, examinando estos prodigios de la civilizacion, todo lo que traen consigo, de vicios y de corrupcion, y cuanto han costado de penas y producido de inmoralidad. La civilizacion, fantasma gigante, madre y madrastra, cadalso y panteon, diadema y argolla, no es casi una reunion inaudita de contrastes, de que reflexionando bien, se pueda á la vez tener vergüenza y gloria. Del mismo modo que uno está tentado de preguntarla á la vista de sus degradantes caminos. *¿Procedes del*

(1) Reina un órden tan admirable en los caminos de hierro de Inglaterra, que parece imposible ninguna desgracia.

crimen, y á donde conduces? ¿No se puede tambien á la vista de sus admirables maravillas, dirigirla estas palabras de entusiasmo: ¿Has bajado del cielo á la tierra? ó ¿harás de la tierra un cielo?

Mi proyecto era dirigirme á Irlanda atravesando el país de Gales; pero aquel territorio, entregado á los *hijos de Rebeca*, repulsaba entonces á los viajeros, y solo se oía hablar de sublevaciones, saqueos é incendios. El establecimiento de nuevos portazgos, donde habia que pagar derechos exorbitantes, habia sublevado una porcion de paisanos, pastores, labradores y renteros. Por todas partes armados de fusiles y de sables, de hoces y de palos, los rebeldes se precipitaban sobre los *turupikes* (1) y sobre las casas de los cobradores de impuestos, y echábanlas abajo, poniéndolas fuego y esparciendo el espanto en los alrededores. Cada banda tenia su gefe: ¿*Rebeca* era un hombre, ó muchos hombres? ¿Era un personaje ó un símbolo? Esto es aun un misterio. Se me aseguró que los *Rebequistas* habian sacado su nombre de un pasaje de la Escritura Santa: « Ellos bendecirán á Rebeca y la dirán: *Vos sois nuestra hermana: que vuestra posteridad se multiplique hasta millares de millares de hijos, y que ella posea las ciudades de sus enemigos.* » (Génesis Cap. 24, V. 60.)

De todos modos ello es que, símbolo ó individuo, Rebeca habia colocado su nombre en todos los carteles amenazadores y en todas las proclamas incendiarias de los revoltosos; pero lo que era menos bíblico que los versos del Génesis era el nombre del lugarteniente de Rebeca, el cual se llamaba *mis Cromwell*, ¿era este un jóven? es muy posible. ¿Era mujer? Puede ser. La insurreccion dura aun.

Salí de Birmingham para Liverpool y encantadores paisajes pasaron con rapidez delante de mí á lo largo del camino. Aquí abundantes pastos regados por canales cristalinos y cubiertos de numerosos rebaños; allí risueños bosqueci-

(1) Nuevos portazgos.

llos rodeados de deliciosas casas de campo llamadas *villas*. Pocos labradores, muchos pastores, grandes bosques, verdes praderas, y todo envuelto en ligeras nieblas que hacíanse ofreciesen á la vista como al través de una gasa, é iluminándose por intervalos á los rayos de un sol velado. Estos puntos de vista huían de mis ojos en mi carrera precipitada como las decoraciones de una escena de magia. Los medios colores de la luz que se deslizaban al través de las exhalaciones vaporosas añadian mucho al hechizo de los cuadros. Se hubiera dicho que se extendía á la vez sobre la naturaleza un no sé qué de lumínico y misterioso, de transparente y sombrío, y de diáfano y oscuro.

Reparé por el camino con cuanto cuidado estaba preparado todo para alimentar continuamente el estómago de los viajeros. Aparadores bien guarnecidos y mesas bien servidas se ofrecían de trecho en trecho: solo se necesitaba.... dinero. Se necesitaba mucho es verdad; pero prescindiendo de esto, se tenía á cada instante todo lo que podía desear el apetito. Los ingleses, bien así como los alemanes, cuidan mucho de cuanto tiene relacion con la vida material. Uno de estos últimos me explicó un dia lo que, segun él, deberán ser las recompensas del paraíso y los castigos del infierno.

« *El paraíso*: Estar siempre á la mesa con una hambre prodigiosa, y comer continuamente los manjares mas succulentos regados con los vinos mas exquisitos. »

« *El infierno*: Ver comer las gentes del paraíso, estando detrás de la mesa con un apetito.... de mil diablos, sin poder tocar ni á un plato, ni á una botella, y estar encargado en ayunas del penoso trabajo de la digestion de los elegidos. »

Liverpool es una grande y hermosa ciudad, donde se despliegan todas las riquezas del comercio y de la industria. La descripcion de sus *doors* merece largas páginas; pero ¿quién no ha hablado de Liverpool?

Me embarqué para Dublin con un tiempo muy fuerte; la mar de Erin estaba agitada, y los pasajeros atacados violen-

tamente por el mareo, [pasaron una] noche lamentable. En cuanto á mí, segun mi costumbre, no experimenté ningun mal físico; pero solo sobre cubierta, en medio de la solemnidad de la noche, lejos de los mios y de mi patria, con la vista tristemente fija en las olas que combatian el buque, olas agitadas como la vida del hombre, estaba todo entregado á las penas morales. La inmensidad de los mares bajo lo infinito de los cielos produce un efecto irresistible. ¡Cómo no pensar en la muerte y en la eternidad, cuando la una está debajo de los pies y la otra sobre la cabeza! ¡Cómo no pensar en el cielo, allí donde la tierra á desaparecido! Y además, lejos de los rumores y de las fiestas del mundo, en medio de aquellos abismos donde la menor cosa puede precipitarnos, ¡cómo no remontarse á lo pasado de la existencia, pasado generalmente tan doloroso para quien ha vivido mucho, amado mucho, y por consecuencia sufrido y llorado mucho! ¡Cómo no pedir al Criador los seres que nos dió y que nos ha vuelto á quitar, los bienes que nos concedió y que hemos perdido, los goces que sentimos en otro tiempo y que nos han huido para siempre!... ¡Ah! sí, lo repito: por la noche, sobre la inmensidad de los mares, al ruido de las olas y de los vientos, sino se está entregado á los padecimientos físicos, se sienten mucho las penas morales. A toda alma que sabe sentir, se le presentan los recuerdos, luego brotan sus lágrimas, y para dulcificar las pasadas memorias no queda otro recurso que la oracion.

En el momento en que atravesé el mar de Irlanda, no se hablaba de otra cosa que del naufragio del *Pegaso* sobre las costas de Irlanda. Esta desgracia habia ocurrido con un tiempo magnífico y en una noche estrellada. Al capitán del *Steamer* se le habia ocurrido el querer pasar por entre rocas desconocidas donde no se aventura ningun buque. Las doce y media de la noche acababan de dar, y los pasajeros se habian acostado y dormian tranquilamente. Un horrible sacudimiento y gritos espantosos los despiertan; el *Pegaso* acaba de romperse contra un arrecife, y el agua entraba

por todas partes con una violencia irresistible, apoderándose el mar del buque. Hombres y mujeres se lanzan medio vestidos sobre cubierta, muchos se precipitan en dos lanchas de cabotaje; pero la una acababa de sumergirse por consecuencia de un movimiento del buque, la otra desaparecerá en el hervidero que va á formar la mar en el momento en que se tragará el *Pegaso*. ¡Quién podrá describir aquella escena! Un sacerdote estaba de pie sobre cubierta.

— ¡De rodillas! dice á los desgraciados que le rodeaban. ¡Ninguna esperanza tenemos en este mundo; hermanos míos, levantemos los ojos al cielo. ¡Muramos con las manos juntas y la oracion en los labios!...

Todos se postran al instante: ya no se oyen gritos de espanto; una muda resignacion sucede al frenesí de la desesperacion. Sobre todo las mujeres, piadosas víctimas, esperaban la muerte con frente serena. Una de ellas tenia en los brazos un niño en el principio de la vida; y este no sabiendo de ningun modo la catástrofe que ocurría ni sus horrores, jugaba con los rubios cabellos de su madre y se sonreía con ella tiernamente. ¡Qué contraste y qué cuadro! ¡El horrible abismo y el hermoso cielo, la dulce sonrisa del niño y la mirada consternada de la madre!...

El sacerdote extiende sus manos sobre los náufragos.

— ¡Cristianos, vuelve á decir con la solemnidad del sepulcro, ved aquí la hora de la eternidad: ¡yo os absuelvo! ¡Yo os bendigo! (1) y al decir esto, sacerdote, marineros y pasajeros desaparecen en el fondo de un abismo.

El *Steamer* conducía cincuenta y cinco personas; cincuenta y tres perecieron: solo dos marinos escaparon como por milagro, y uno de ellos, testigo de esta escena, es el que ha referido sus pormenores.

En una mañana lluviosa fué cuando llegué á Dublin; pe-

(1) La cima de estas rocas es de 578 pies sobre el mar; el conde de *Howth*, propietario de esta península, tiene en ella un castillo gótico. En medio de la ciudad de *Howth* se ven las curiosas ruinas de una abadía del siglo trece.

ro no por esto me parecieron menos pintorescas las costas de la verde Erin. Nuestro barco de vapor pasó á la vista de las rocas del istmo de *Howth*, que es llamado el *Ojo de Irlanda* (1); despues desembarcamos en *Kingstown*, y un camino de hierro nos condujo á la capital irlandesa.

El primer aspecto de Dublin tiene un gran encanto; su bahía ha sido comparada á la de Nápoles. La ciudad, admirablemente situada, tiene cerca de 200,000 habitantes. Construida de ladrillo, está de un lado bañada por el mar, y por el otro rodeada de las poéticas montañas de *Wicklow* y de *Killiney*. Atravesada por el *Liffey*, tiene calles magníficas á orilla del rio, y otras muy anchas y tiradas á cordel. Sus cercanías tienen algo de dulce, silencioso y melancólico con que reposa la imaginacion al salir de la tumultuosa ciudad de Londres. El pensamiento se tranquiliza y se refresca, la vida no es turbulenta y agitada como en Manchester, Birmingham y Liverpool, donde parece arrebatada por los torbellinos del vapor y del locomotivo; no se halla ya uno en las regiones delirantes de una civilizacion en posta que allí parece hacer una pausa y respirar. El alma se pone en armonía con las armas de Irlanda, cuyo escudo representa *una arpa*.

Dublin data del año de 140: y así tendria diez y siete siglos. *Ptolemy* en su mapa de Irlanda la llama *Eblana* (2):

(1) En esta isla se ven los restos de una iglesia y de un convento, donde se hallaba el célebre libro de los cuatro Evangelios, llamado la guirnalda de *Howth*.

(2) Dublin en lengua Irlandesa, fue llamada tambien *Baise-Atha-Cliath-Duibhinne*. El terreno sobre el cual la han construido se llamaba *Drom-Coll-Coille*, lo que quiere decir en inglés *Mount-harel-wood*, y en español *Montaña del bosque de las avellanas*. Un cronista da así su etimología: « *Dub* hija de *Rodub*, estaba celosa de *Aede*, hija de *Echainn-Mac Cunchu*, la más bella del canton. *Dub* condujo un dia á *Aede* al lugar donde el *Liffey* desagua en el mar, y pasando detrás de su rival la precipitó en las aguas donde pereció. El amante de la víctima *Mairgen*, se puso á perseguir á *Dub*, habiendo sabido su atentado, y cuando ella pasaba el rio, la lanzó una piedra con una honda y la derribó muerta en la bahía vecina. Por lo tanto, como la bahía en irlandés se llama *lin*,

san Patricio, patron de Irlanda, convirtió este país al cristianismo en 448, y edificó allí su primera iglesia. El santo vivió ciento veinte y dos años.

La mañana siguiente á la de mi desembarco en Dublin, habia revista en *Phaenix-Park*. El conde de Grex, virey de Irlanda, tuvo la bondad de poner á mi disposicion su carruaje y sus caballos para ir á ver las maniobras. *Phaenix-park*, donde se levanta un obelisco á la gloria de lord Wellington, está en una situacion encantadora, domina la bella llanura de Dublin, y de su superficie, donde se halla el castillo del virey, la vista se extiende con delicia sobre las montañas de *Wicklów*.

Despues de la revista que, gracias á la cortesía del teniente general sir Eduardo Blaqueney, me ofreció una reunion de placeres, fuí á comer en *Palmerston-house*, en casa de la condesa Donoughmore, á tres millas de Dublin. Este sitio tiene mas de un interés para un viajero francés: lord Donougmore, par de Inglaterra y de Irlanda, era en 1816 (antes que heredase los nombres y títulos que tiene ahora) el coronel Hutchinson, y el que á medias con *Wilson* favoreció la evasion de la *Vallette* en la segunda restauracion. Semejantes hechos no se olvidan: le hablé largo tiempo, y me refirió una porcion de particularidades sobre aquel célebre acontecimiento: voy á referir algunas.

Sábese que madama de la Walette arrancó á su marido de la prision. El coronel Hutchinson y el capitan Wilson no participaron en nada de ello, solo estaban encargados de conducir el prisionero á Inglaterra, y no era esta lá tarea menos difícil: once dias se habian pasado desde la famosa evasion; La Walette llegó una noche á casa del coronel,

de esto se ha formado el nombre de Dub-lin; que es lo mismo que *ba-hía de Dub.* »

En 1190, *John Comyn*, arzobispo de Dublin, construyó una catedral donde san Patricio habia fabricado su iglesia. Esta catedral fue devorada por las llamas y vuelta á construir en 1370, cual se la ve hoy dia.

calle de Helder ; este volvía de apostar en el camino de París muchos relevos de caballos hasta la frontera ; todo estaba pronto , y la marcha debía verificarse al rayar el día. La Walette no se acostó ; y Hutchinson reposaba cerca de él ; en un camapé, cuando á cosa de media noche, violentos aldabazos conmovieron la puerta : al oírlos el prisionero, se levanta y exclama : — ¡ Todo se ha perdido ! vienen á arrestarme ; despues volviéndose á sentar con aire tranquilo, toma sus pistolas que arma con la mayor sangre fria, y añade : — Coronel , yo no moriré sobre el cadalso.

No obstante, no fue mas que un terror pánico : un individuo cualquiera, que estaria borracho, era quien habia hecho todo aquel estruendo , y nada fatal debía resultar. Á los primeros rayos de la mañana la Walette se puso un uniforme de general inglés ; pero como la tenia una larga barba , los ingleses no la llevaban , él no sabia afeitarse y hubiera sido imprudente llamar á un barbero , Hutchinson se encargó de este empleo, y el coronel se convirtió en rapador.

Un cabriolé descubierto esperaba á la puerta. La Walette sube en él con el capitán Wilson , mientras el coronel á caballo y con el uniforme de ayudante de campo galopaba delante hasta el portazgo ó barrera de Chlchy : Al llegar allí grita con audacia á la guardia : *¡ Oficial general inglés : formen la guardia !* y los soldados se formaron al instante en fila, é hicieron los honores militares al fugitivo.... perseguido por todas partes.

Mas lejos , en las puertas de una poblacion , Hutchinson encuentra un oficial de gendarmes con su partida, que iba en persecucion de la Walette : créense perdidos, pero se va á él directamente y le llama.

— Camarada, le dice ; yo precedo á un general inglés que va á mudar de caballos aquí en un instante. Pero me estoy cayendo de fatiga y de hambre : ¿ podriais indicarme á dónde podré almorzar ?

— Con mucho gusto , respondió el gendarme , y condu-

jo á Hutchinson á la fonda mas inmediata.

— Ahora, añadió el coronel, ¿sereis tan amable que querais almorzar conmigo? Ea, sin cumplimientos, sin ceremonias; solo hay dos naciones en el mundo, y estas son la Francia y la Inglaterra; largo tiempo han sido enemigas, pero ya no lo serán nunca mas: fraternicemos, la paz está hecha, y le dió cordialmente la mano, en tanto que el oficial francés, seducido por estos modales atentos, se sentaba como amigo á su mesa.

— Entre nosotros sea dicho, añade Hutchinson, ¡vuestro emperador era un grande hombre!

El coronel habia sondeado el terreno y sabia el efecto que producirian sus palabras.

¡ Ah! ¿ no es verdad que sí? exclamó el gendarme con gozo: ¡ cuánta gloria! ¡ y cuántas desgracias!

— Á la salud de Napoleon, dijo el inglés presentando su vaso, y el oficial francés se levantó y bebió con las lágrimas en los ojos.

Durante este tiempo la Walette mudaba de caballos y salvaba el peligroso paso.

— ¡ Adios camarada! dice Hutchinson, levantándose de la mesa, y los dos oficiales se abrazaron.

Era el tiempo tan nublado y lluvioso, que impedia que los telégrafos pudiesen maniobrar, y el cautivo y sus libertadores llegan á Compiègne. Delante de la posada se veia un gran cartel en que estaban marcadas las señas del fugitivo.

— ¡ Milord! ¡ mirad este cartel! grita el supuesto ayudante al falso oficial general, aun no han vuelto á coger á ese miserable de la Walette. ¡ Á dónde diablos se habrá sepultado el gran bribon!

Poco despues estaba ya en salvo.

Hutchinson volvió á París, y al entrar en la calle de Helder vió á un revendedor de papeles que gritaba por la calle: *La ejecucion en estatua de la Walette*. Ya se sabe lo que sucedió despues, y que fue arrestado, encarcelado,

presentado á juicio, careado con su oficial de gendarmes, y defendido por Dupin (1): El resultado de este negocio fueron ocho meses de prision, y 20,000 francos de gastos; pero estos dias de emociones y de peligros, los cuenta él entre los mas dulces recuerdos de su vida.

El coronel Hutchinson, despues de la batalla de Waterloo, habia sido encargado de conducir á Inglaterra cuarenta y nueve prisioneros de distincion, entre los cuales estaban los generales *Maison* y *Cambronne*, que mas tarde fueron cangeados. *Cambronne* tenia una herida terrible próxima á cangrenarse.

— Mi cirujano va á curaros la herida, le dijo Hutchinson.

— ¡No, dejadme! respondió *Cambronne*, yo debia haber muerto en Waterloo.

El mas bello monumento de Dublin es el banco de *Irlanda*. Su fachada con numerosas columnas, es de imponente arquitectura (2). Á su lado en la misma plaza, está el *trinity collegé* (la universidad), fundado por la reina Isabel: sus numerosos cuerpos de edificio, con sus patios, jardines y dependencias, le dan el aspecto de una pequeña ciudad. No lejos, sobre el *Liffex*, se ve el puente de *Carlisse-bridge*, que conduce á *Sackville street*, una de las mas hermosas calles que se pueden ver. En medio de esta calle hay una grande y hermosa columna, que causa un maravilloso efecto, elevada á la memoria de Nelson (3).

(1) Os juro, dijo el coronel á sus jueces, mostrándoles al oficial de gendarmes, que estaba con él en el banco de los acusados, os juro delante de Dios, que este está tan inocente de la fuga de la *Valette* como un niño que acaba de nacer, y el francés fue absuelto.

(2) En frente hay una estatua ecuestre de Jorge III.

(3) No data mas que de 1808. Las calles de Dublin no están empedradas; pero el terreno está firme y unido; rodando allí los carruajes sin sacudimiento y sin ruido: yo quisiera que fuese lo mismo en todas las ciudades. Entre los hermosos edificios de Dublin, es menester citar la casa de correos; la Aduana, la Bolsa comercial, la escuela de cirujia, y la sociedad real. Dublin tiene sus *squares* como Londres: el mas bello es *Sto-*

Los fiacres y carruajes de Dublin tienen una forma extraña, los cabriolés, llamados *car*, se parecen á los *drowski* de Petersburgo; se está sentado de lado, espalda con espalda con el cochero, y los caballos hienden el aire. La Irlanda pasa por muy húmeda, y llueve allí con frecuencia; pero el viento que reina habitualmente seca la tierra con prontitud. En el centro de Dublin se ve el castillo (*The castle*) donde están los aposentos del virey, las oficinas del gobierno, y las habitaciones de una porcion de empleados civiles y militares. En 1223 era una fortaleza con almenas y puente levadizo, ahora no es ya mas que una residencia de los empleados del gobierno bastante sombría; reunion informe, en lo exterior, de todas las especies de arquitecturas. Lo interior tiene aposentos bastante hermosos, sobre todo la sala de San Patricio, donde el virey da funciones, y la capilla gótica donde están las imágenes de la Virgen y del santo patron de Irlanda, y del virey *Rian-boroihme*. La torre que le avecina, *the Record office*, está habitada por un sabio arqueólogo, sir *Willam-Bethem* (1). Una estrecha y sombría escalera conduce á su curiosa morada que me recordaba los laboratorios de los mágicos y los torreones de los astrólogos que se complace en describir *Walter-Scot*. Sir *Willam-Rethem* estaba rodeado de viejos velduquines y de pergaminos científicos; la Irlanda, país que ha conservado el mayor número de manuscritos célticos, fue descubierta por unos mercaderes de Tiro y de Sidonia que se apoderaron de ella mil doscientos años antes de la era cristiana. Segun *sir William Bethem*, *Fingal* (2) florecia allí en el siglo segundo. Ví entre sus manos manuscritos auténticos de *Osian*, que destruyen la asercion generalmente espar-

phens-Green donde está la estatua ecuestre de Jorge II, está rodeado de verjas y tiene cerca de media legua de circuito.

(1) Este cuerpo de edificio contiene los papeles, libros, mapas y archivos del gobierno.

(2) *Fingal*. *Fin* quiere decir *blanco*, y *Gal* significaba *extranjero*. El blanco extranjero venia de Escocia.

cida de que las poesías del ilustre Bardo, no habia existido nunca sino en la imaginacion de *Macpherson*. El arqueólogo me leyó una traduccion en verso hecha por él de un poema inédito del hijo de Fingal, titulado *Conan-Maol*, que es un canto de un género burlesco (1). El rey de los nebulosos metéoros, si se ha de juzgar por esta produccion ligera y alegre, tendria mas de una cuerda en su lira.

Conducido por el amable mayor *Richard-Perker*, visité la *universidad*, establecimiento del cual admiré la rica biblioteca: tiene cerca de mil quinientos alumnos, de los cuales trescientos son interinos. Se me enseñó en la gran sala de los exámenes públicos, donde se festejó con una espléndida comida á Jorge IV, un órgano de grandes dimensiones que habia sido apresado, segun dicen, cerca de la *Calzada de los gigantes*, en uno de los buques naufragados de la *invencible escuadra*; y la reina Isabel hizo de él un don al colegio. Pero ¿cómo se hallaba aquel órgano en un buque de guerra? ¿Era para dar una música en los dias de combate? ¿Tal vez para cantar un *Tedeum* despues de las batallas? No hay quien responda á estas preguntas. Si el órgano, en caso de que hubiese salido de España, hubiese tenido que ponerse en armonía con el destino de la flota, ¡cuántos *de profundis* hubiera debido tocar!

Recorrí la antigua casa del parlamento, y ví hacer *bank-notes* (billetes de banco). Por un medio mecánico, inventado por uno llamado *Oldham*, se producen todos los dias por la suma de doscientos mil francos. Esta máquina maravillosa hace ella sola el oficio de no sé cuantos trabajadores y artistas. Ella prepara y maja el *papel* por un medio numismático, hace la *tinta* con poso de un vino elaborado en Francfort, graba por sí misma las *láminas*, sobre las cuales hay una multitud de cabezas y de figuras, y consume el

(1) La Maga Cab-an-Dusain, es la heroína. Osian parece haber compuesto mas de un poema en este género; pero Macpherson no ha querido publicar sino sus sombrías composiciones en verso.

humo del brasero, que la mete en movimiento, sin emplear tubos ni conductos. Imprime también las *figuras* y las *letras* sin que nadie se ocupe de ello, y pone un número diferente á cada billete á medida que avanza sin el socorro de mano alguna. En fin, hábil maga, construyendo moneda con la rapidez de un relámpago, no solamente no roba ningún valor, sino que por los numerosos y perfectos pormenores de un trabajo invisible, quita toda posibilidad de falsificación al mas diestro imitador (1).

En las islas británicas no hay mas que dos bancos nacionales: el de Londres y el de Dublin; el primero hace al menos el doble que el segundo, así es que se cambia diariamente por 600,000 francos de valores en el reino. Cada ciudad comercial de provincia tiene también sus bancos particulares y sus diversos *bank-notes*; por esto se puede juzgar de la inmensa cantidad de papel moneda que circula durante el año (2).

La banca de Irlanda, en frente de la cual el famoso *O'Connell* ha hecho construir un banco rival, era en otro tiempo *el sitio del parlamento* que quisiera resucitar el *grande agitador*. La sala de los *pares* y la de los *diputados* se ven aun allí, la primera está colgada de tapices de los *gobelins*. *O-Connell* ha mandado la erección de un nuevo *cuerpo legislativo* (casi en frente de la aduana), en donde él reunirá sus *diputados* (3).

(1) La prensa que graba las láminas es del peso de once á doce mil libras, y no obstante, un niño puede levantarla con el dedo. Estas láminas hechas mecánicamente, presentan veinte y una cabezas de un trabajo admirable, y dos bellas figuras en pie. Un grabador necesitaria dos años para ejecutar lo que la máquina hace en dos horas. Ví allí una balanza de un pie de alto, cuyo equilibrio era tan perfecto, que un átomo apenas perceptible á la vista (la décima parte de un grano) bastaba para precipitarla del lado en que se habia colocado.

(2) Los dos bancos nacionales de Irlanda y de Inglaterra pertenecen á dos compañías, y tienen exclusivo privilegio del gobierno. El capital social de la de Dublin, es de cerca setenta y cinco millones de francos: la de Londres es doble mayor.

(3) Este edificio que dicen es muy hermoso, no se acabó ni inauguró

Yo habia sido convidado por lord Talbot á pasar un dia en su castillo de *Malahide* en las cercanías de Dublin. Este antiguo palacio, que los Talbot poseen hace siete ú ocho siglos, está coronado de torres y de torreones, ligados entre sí por galerías con almenas y entapizadas de hiedra. Al través de los pámpanos verdes y hojosos que cubren la arquitectura sin dejar ver las piedras de ella aparecen las ventanas con vidrios de colores y los pórticos con ojivadas; este castillo campestre y militar, que pertenece á lo presente por las ricas comodidades de su interior, y á lo pasado por la agreste solemnidad de su exterior, es á la vez moderno y gótico, invierno y primavera, palacio y ruinas.

En este castillo aparece de tiempo en tiempo *el pequeño enano de Malahide*, el cual se llama *Puck* y no tiene nada de siniestro; lleva una peluca empolvada á lo *pavo real*, un sombrero de tres picos con plumas rizadas, calzones cortos con grandes hebillas, un vestido de corte con brocado con oro, zapatos con talones encarnados y una espada con lazos. Este *señorito* teniendo su sombrero debajo del brazo, con aire cortés y caballeresco, saluda con una gracia aristocrática y que huele á almizcle, y no se presenta ni para anunciar desastres, ni para prometer felicidades, viniendo simplemente para poner á la vista un traje del tiempo de Luis XV. Si no es muy necesario, al menos es muy original. *Puck* es una traduccion arqueológica. En uno de los salones del castillo, vi entre los retratos de los antepasados del lord actual el del famoso Talbot, conde de Shresbury, que combatió con Juana d'Arc. Este adversario del *bello Dunois* podia tambien llamarse el *bello Talbot*. La pieza donde comimos estaba adornada con cuadros de un gran precio (1);

basta el mes de octubre de 1843, y se llama *sala de la Conciliacion*. El edificio tiene cien pies de hondo y una fachada de sesenta pies sobre la calle que da al rio. Su frontispicio ofrece el arpa y la corona de Irlanda con esta fecha: « Año del llamamiento (*rappel*) 1813. » En lo interior está el retrato de O'Connell en pie. Deben tambien poner allí su estatua: la sala puede contener 4,000 personas.

(1) Lord Talbot tiene entre sus bellas pinturas el retrato de Cár-

y el recinto vecino con artesonados de madera esculpida al modo de los baules de la edad media, ofrecia en bajos relieves admirables una Asuncion á lo Murillo, y muchas escenas de la Biblia. Yo permanecí largo tiempo contemplando estas rarezas góticas; los siglos desaparecidos revivian en aquel castillo, y acababa de ver pasar delante de mí y sucesivamente las vivas figuras de Talbot, de Bedford y de Richmond. Allí, bajo las evocaciones del pensamiento hubiera podido creerme en los tiempos de la demencia de Carlos VI, delante de Isabel de Baviera é invocar el oriflama de Carlos VII.

Cromwell visitó á *Malahide*, y allí destruyó una iglesia católica, cuyas ruinas se ven ahora en medio del parque; aquí debo notar que la Irlanda está cubierta de escombros de este género, y se llaman en el país *iglesias cromwelizadas*. El Santo de los *cabezas redondas*, derribando los monumentos religiosos, se decia *el brazo derecho de Cristo!*...

El primero y el solo duque de Irlanda, el conde XXII de Kildare, el sobrino del famoso *Fitz Gerald*, que se habia casado con Pamela hija de madama de Genlis, el mas gran señor del país, en una palabra el duque de *Leinster*, me esperaba en su residencia de *Carton-house*, á donde yo habia prometido pasar cuarenta y ocho horas (1). *Carton-house*, situado en el canton de Kildare, es enteramente una morada real. Sus columnas, estatuas, rotondas y galerías, son allí de un género moderno. Su parque es un vasto país, con lagos y cascadas; setenta mil acres de tierras de labor le pertenecen, á los alrededores así como las tres principales ciudades del condado (2). Las praderas de sus jar-

los I por Van-Dick, el de Reimbrand por el mismo, un cuadro que estaba en otro tiempo en Holy-Rood, y pertenecia á Maria Estuardo, y la encantadora imágen de una francesa llamada *Queronalle*, favorita de Carlos II, despues duquesa de Portsmouth, antes camarista de la duquesa de Orleans, y mas tarde madre del primer duque de Richmond.

(1) El duque desciende tambien por línea femenina del primer duque de Richmond, hijo de la duquesa de Portsmouth, favorita de Carlos II.

(2) No cuento en este número las tierras no cultivadas, que están re-

dines son verdaderamente tapices de esmeraldas, en los cuales ninguna yerba parece que tiene el derecho de levantar la cabeza sobre las otras; pero para mantener este terciopelo unido y verde sobre el cual ni al polvo se permite caer, ¡cuántos cuidados y cuántos trabajadores se necesitan! Los parques ingleses están tocados, cepillados, cavados y adornados como los salones de París. Estos son *parques elegantes*, que en punto á adornos de perfumes y dispendios parecen estar siempre sobre las armas.

La mesa de los grandes señores es en los tres reinos espléndida como sus moradas. Sus invernáculos, como los de Rusia, les suministran en todas estaciones frutos excelentes; sus vinos venidos de lejos son exquisitos, y un extranjero cuando es de un carácter sombrío, no halla mas que un defecto, que es la excesiva abundancia. Le es necesario vaciar continuamente su vaso para estar en armonía con sus obsequiadores; así, á veces despues de los postres y en el momento antisocial en que los hombres y las mujeres se separan, el vino se hace un castigo, y el placer se cambia en una tortura (1).

Al ir á Cárton me habia detenido en Woodlands, castillo gótico con torres almenadas, en donde comí despues. Su castellano, el coronel White, me enseñó un cuarto donde durmió el rey Juan, que dió la gran constitucion á la Inglaterra: el delicioso parque de Woodlands tiene un sauce de Santa Helena, el retoño de este árbol, que es hoy dia muy grande, fue traído de Longwood expresamente. Bajo las ramas de este sauce lloron y á la orilla de un arroyo hay una estatua del emperador. ¡En dónde no se ve á Napoleon!

servadas para la caza y cuyo número es increíble. El parque de *Carton-house* tiene una cabaña de piedrecitas, conchas y estaláctitas que parece una gruta de encantadoras.

(1) En uno de los salones de *Carton-house*, hay un gran órgano de iglesia en el fondo de su recinto y colocado á cierta altura. Nada he visto en Francia semejante. La duquesa de Leinster y su marido le tocan á veces maravillosamente.

Pero para contrabalancear el entusiasmo, se me mostró la cuarteta siguiente, que habia sido colocada en 1816 en la columna de la plaza de Vendoma:

Tigre elevado á esa altura,
si la sangre que verter
has hecho, aquí se juntase,
de ahí la pudieras beber.

Lleváronme al camino del condado de Kildare, al pie de uno de los monumentos mas antiguos de Irlanda, la torre de *Clondallein* ó *Clondalkin* (1), como la cual hay algunas otras en el reino. Estas torres, que tienen sobre cien pies de altura poco mas ó menos, estrechas y delgadas como obeliscos, han dado lugar á muchas controversias; los unos afirman que fueron construidas mil doscientos años antes de Jesucristo, que se encendian hogueras en su cima, y que á imitacion de los hijos de Zoroastres, los primeros insulares adoraban allí al fuego, otros pretenden que eran faros de guerra, y especies de telégrafos luminosos por medio de los cuales se correspondian los daneses primeros conquistadores de *Erin*. Mr. Petrie, anticuario distinguido de Dublin, asegura que fueron monumentos cristianos, visto que se hallan en generalidad colocados cerca de las iglesias, y que en los tiempos de peligro, los sacerdotes ocultaban allí sus vasos sagrados, ornamentos y tesoros. Muchas personas han pensado que habian sido consagrados á *Priapo*, dios de los jardines y que su forma lo asegura. En Escocia, en donde se hallan dos de las que hablaré mas tarde, se piensa que eran torres de penitencia donde se establecian una especie de ermitaños continuadores de *San Simeon estelita*. El sabio sir *William Bethem* sostiene en fin que son

(1) Se reconviene á los escritores porque estropean los nombres extranjeros. Pero con frecuencia estos nombres están escritos de diferentes modos en los mismos libros del país, y este es un grande embarazo para los autores.

los túmulos de muchos poseores de Irlanda; y ha escrito interesantes páginas sobre este asunto (1). En ellas se lee que « las sepulturas etruscas tienen una relacion incontestable con los túmulos irlandeses, y que por consecuencia su origen es el mismo. » Cosa no menos admirable es que la India tiene torres redondas absolutamente semejantes á las de las cercanías de Dublin, y que son igualmente *sepulcros*: ¡que materia para hacer reflexiones! la India y la Irlanda salidas ambas de un mismo linaje!... Esta grave cuestion permanece aun indecisa: muchas disputas hay, pero ninguna solucion, esto es lo que sucede en casi todas las cosas. Además la Irlanda y O'Connell tienen ahora entre manos cuestiones de muy diversa importancia, porque allí se juega con el fuego, y quien le maneja puede quemarse. ¿Cuál será la solucion del problema?

La iglesia de San Patricio es uno de los antiguos monumentos de Dublin; asistí á un oficio divino y oí cantar con habilidad la famosa creacion de Haiden. La ciudad tiene un teatro bastante bonito, donde resonaba entonces el violin del célebre *Sivory*. Una celebridad musical, la señorita *Clara Novello*, se hacia tambien aplaudir allí; Mr. Balfe la acompañaba (2).

Lord Plunket, que es una de las ilustraciones de Inglaterra, tiene un castillo en el condado de Wicklow. Me propuso ir á él, y yo fui á pasar allí algunos dias. *Old Connaught* está de un lado al pie de las montañas y del otro á la orilla del mar. Lord Plunket, antiguo canciller de Irlanda y Atorney general, vive allí de un modo patriarcal en medio de una encantadora familia de la cual es venerado. Senci-

(1) Una de sus pruebas es esta: « La torre irlandesa de *Aadmore* en el condado de Waterford fue reconocida en 1841 por Mr. William-Bethem que descubrió en ella un esqueleto » luego era un mausoleo (Vea-se *Etruria Céltica*. By sir William-Bethem, 2 volúmenes. Dublin, 1842). Este sabio autor tuvo la bondad de regalarme su obra.

(2) Mr. Balfe ha dado en Paris *Le puits d'Amour* (el pozo de amor), opera cómica que ha gustado mucho el año anterior. A madama Albertazzi, á la cual no habia yo visto en Dresde, se la esperaba en Dublin.

llo en sus modales, de una edad avanzada, y retirado de los negocios públicos despues de haber representado en ellos un gran papel: tiene en su frente la serenidad de una conciencia pura, y en su conversacion la amenidad de un noble carácter. En la noche de mi llegada á su casa, el cielo irlandés se habia en fin dignado despojarse de su cubierta atmósfera, y la luna salió sobre un campo azul de detrás de las montañas. Esta era la primera vez desde mi salida del continente que yo volvía á ver sus rayos; y no sabia que habia hecho mi pálida antorcha de la noche; las nieblas me la habian ocultado constantemente, y volvía á verla con una melancólica alegría. Yo la saludé con la sonrisa de *Young*, porque ¡cuántas veces, como él, me habia visto llorar mi hija.

Old Connaught estaba lleno de gente. El castellano, padre de seis hijos y de cuatro hijas, estaba rodeado de parte de su familia y se arregló entre todos una partida de campo para ir á recorrer las montañas de *Vicklow*. Unos quisieron ir en carretela, otros á caballo, y con estos me avine yo. Á nuestro frente iban dos hijas de lord *Plunket* vestidas de amazonas cuando emprendimos la marcha.

El condado de *Wicklow* es, como el país de Gales, un territorio de picos escarpados y de risueños valles. Poco tardamos en internarnos en las gargantas profundas en las que el *Dazgle* hace correr sus aguas, yo dejé á mis jóvenes y bellas *ladis*, bajé del caballo, y saboreando con delicia el aire de las rocas y de las montañas, me senté á orillas de un torrente.

Saliendo del torbellino del mundo y de la fatiga de los salones, sentia en mí la necesidad de descansar de los ruidos de la civilizacion empapándome en las meditaciones de la soledad. ¡Cuántos sitios incultos y salvajes se me habian presentado en el curso de mis viajes!... De cuán diversas escenas he sido testigo en la carrera de mi vida!... ¡Cuántos huracanes han combatido mi existencia!... ¡Ah! bajo la sombra de los bosques y en el silencio del desierto la

meditacion tiene sin duda encantos ; pero tambien ¡ cuánta tristeza la acompaña !... ¡ Como no recordar !... ¡ Y en general qué son los recuerdos sino el echar de menos ! ¡ Naturaleza feliz ! ¡ tú que siempre rejuveneces y te adornas ! ¡ tú que nunca envejeces ni pasas , tú no tienes presentimientos ni inquietudes ! ¡ el hombre es menos dichoso, el hombre piensa ! El agua del torrente no vuelve á subir hácia su nacimiento ni se acuerda de los escollos que la han roto á su paso , el agua pasa sin temer el arrecife contra el cual lucha y despreciando el abismo á donde va á caer. ¡ Pero la imaginacion del hombre ! á él no le basta el estar agitado en lo presente y atormentado sobre el porvenir , es menester que ¡ vuelva atrás para ir á sufrir aun en lo pasado !

El hermoso castillo de *Powescourt* está poco lejano del *Dazgle*. Algo mas lejos de allí se halla el famoso *Waterfall*, (cascada), que tiene el nombre del castillo. Esta cascada tiene cerca de doscientos á trescientos pies de elevacion : sus hilos cristalinos caen de roca en roca á lo largo de un granito rojo y negro, ya pulido, ya agudo, deteniéndose aquí , rompiéndose allá , con una coquetería grandiosa y sencilla donde parece que hay afectacion aunque domine lo sublime. Colocado con una estrañeza pintoresca en medio de montañas con ángulos salientes , la cascada de *Powescourt* parece haber elegido ella misma aquel sitio , y haberse colocado expresamente para ver cuales serian allí sus efectos. Su poesía parece calculada , y su desórden hecho con arte.

Á sus pies se extiende una vasta pradera elegantemente cubierta de centenarias encinas, donde se veian grupos de curiosos y carretelas y *cars* por todos lados , se oian relinchar los caballos que pateaban con impaciencia. Sentados en rústicos bancos ó sobre montecillos de céspedes , los viajeros miraban correr á los ciervos de la montaña al través de los grupos de arbustos. Se cantaba , se reia , se jugaba, y habia comidas preparadas sobre la yerba , al sol y entre los árboles y las rocas. Comimos *sandwich* á la orilla del

torrente, y bebimos *scherry* bajo las enramadas; yo habia reparado cerca del *Dazgle* una roca en forma de bandeja que llaman *el Salto de los Amantes*: prometieron contarme la crónica de donde viene este nombre y me cumplieron la palabra: voy á referirla.

El Salto de los Amantes.

—

Cuando se solía amar como se debe, quiero decir en los hermosos tiempos de la caballería, vivia Lucía de Rathdown con su padre en un antiguo castillo situado cerca las orillas del *Dazgle*, en el magnífico condado de *Wicklow*. Lucía, habiendo perdido á su madre siendo aun muy niña, no habia tenido ni la felicidad de conocerla, ni el dolor de llorarla. Así viva y ligera, hacia lo que hace generalmente la juventud, dejaba correr sus dias exentos de cuidados, sin concederles una mirada de interés ni honrarlos con un adios. ¿Debia ser largo tiempo así? No; porque llegó un dia al castillo de Rathdown un jóven irlandés de antigua y noble familia llamado *Roberto de Kennedy*, hermoso, gallardo [y valiente: Lucía] viéndole y escuchándole sintió cambiarse su carácter; y volviéndose pensativa, perdiendo su habitual negligencia, ocurriéronla nuevas ideas, pues imágenes no acostumbradas la preocupaban. Sus pájaros, flores y adornos, que la habian encantado siempre, no son ya para ella mas que fatigosos fastidios; su pensamiento toma otro vuelo, porque Roberto Kennedy ha turbado su imaginacion. ¿Se habrá apoderado de su alma? No; Lucía no ama aun, pero conoce que es amada, y orgullosa con su poder, aunque no haya hallado todavia los encantos de la ternura, ha perdido ya la tranquilidad del corazon.

Roberto estaba una tarde con ella solo en una de las ga-

lerías del castillo; su amor fogoso y apasionado se habia contenido largo tiempo en los límites de una ternura sumisa y respetuosa; pero la violencia de su carácter no esperaba mas que el momento de estallar; así es que cayendo á los pies de Lucía, su llama inmoderada se descubrió con palabras de fuego; pero creyendo enternecer asustó á la jóven tímida, que jamás habia oido expresiones de tanta fuerza. Por la primera vez se le presentaron imágenes de entusiasmo y retrocedió á su vista; el exceso del fuego de Roberto la habia resfriado.

El padre interrumpe la conversacion, y dirigiéndose á su hija se ve entregado á la mas horrible agitacion. Expresiones apenas articuladas se escapan de sus labios, sus miradas se extravian, sus rodillas apenas le sostienen y cae fuera de sí en una silla.

—¡Lucía! exclama; *La Banshée!*...

Una palidez mortal se esparce en el rostro de la heredera del castillo, pues ha comprendido la espantosa noticia.

—¡Qué! ¿*la Banshée?*...

—Se ha aparecido.

—¡Es imposible! ¿y cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Dónde? ¡Padre mio!

—En la gran torre, en la ventana: ¡yo la he visto allí con mis propios ojos y á la claridad de la luna!...

—¡*La Banshée!* ¡gran Dios!

—La misma. Segun costumbre llevaba su fatal vestido blanco, ó mas bien su mortaja; sus largos cabellos rojos flotaban sobre sus hombros; se retorcia las manos con todas las señales de la desesperacion, y he oido sus lamentables gritos. La muerte es, la muerte es lo que anuncia.

Lucía permanece aterrada.

—¡Hija mia! continua el castellano: una tumba va á abrirse: ¡Dios quiera que sea la mia!

¿Porqué tanta consternacion y sobresalto en el castillo de Rathdown? Esta es la explicacion del misterio. *La Ban-*

shée es en Irlanda un espíritu de dolorosa guarda, ligado al destino de cada una de las antiguas familias del reino. Cada casa noble tiene su *Banshée* que vela sobre ella. En tanto que la felicidad está asegurada á las personas que protege, permanece invisible y muda; pero así que un infortunio, un desastre, ó una muerte va á herirles, la *Banshée* aparece toda llorosa, teniendo una mortaja sobre sí, y su desesperacion se exhala en gemidos lastimeros, entonces una catástrofe es inevitable (1).

La mañana siguiente estaba Lucía al lado de su anciano padre, y habia pasado la noche entera entregada á las mas vivas angustias. ¿Iba á quedarse huérfana, ó bien á morir ella misma?

Padre mio, dice la jóven, la aparicion de la *Banshée* tal vez sea solamente el anuncio de un gran peligro, y acaso no es la muerte la desgracia que nos amenaza. ¿No ha sucedido esto algunas veces?

— Rara vez, Lucía, rara vez.

— Permitidme pues que en este momento de peligro os muestre enteramente mi alma; el jóven irlandés á quien habeis acogido en los muros de este castillo, ¡Roberto de Kennedy!...

— ¡Acaba!

— Me asusta.

— ¡Es posible! Pero él te adora, hija mia, y no tiene mas deseo que el de consagrarte su vida. Roberto es jóven, rico y hermoso.

(1) *La Banshée*, la primera y principal supersticion de Irlanda, toma muchas formas y vestidos. Unas veces es una vieja, vestida de negro con facciones descarnadas y lividas; otras, una blanca vision con rostro pálido, pero jóven. Sus vestidos son á veces del color dominante en las armas de la casa á la cual está unida. Recientemente, cuando el castillo de *Thanes* fue consumido por un incendio, la *Banshée* de la familia de lord *Oneill* fue vista sobre la principal torre, y poco antes de que se hundiese, entregóse á todas las demostraciones de una desesperacion sin límites. Los Mac-Carthys, los O'Sullivan, los O'Reardons y otras familias antiguas hoy dia extinguidas ó caidas tenian cada una su *Banshée*.

—¿Le habreis elegido para esposo mio?

—Me parece digno de serlo; ¿le rehusarias tu mano?

—Sí, padre mio, tiene un corazon noble; pero un caracter demasiado fogoso: me ama, no puedo dudarlo, pero con un amor frenético.

—¿Y te disgusta esto?

—No, padre mio, me siento al contrario atraida hácia él; pero me repele al mismo tiempo un no sé qué. Me seduce y me da miedo, he reflexionado y no quiero casarme con él.

—No obstante, querida hija, yo deseo mas que nunca el casarte. Una fúnebre señal ha ocurrido, y no quisiera morir antes de haber asegurado tu suerte. Tú corazon habrá hecho otra eleccion?

—Creo que no, padre mio. No obstante entre los señores jóvenes que han venido á visitar las orillas del Dazgle y la cascada de Powerscourt he reparado en Allan Macdonald.

—¿El escocés de las islas Hebríadas? En efecto, ya sé que está en este momento en el castillo de Powerscourt en casa de un amigo de su familia. Allan Macdonald, el mas bello de los hijos de Caledonia, tiene una reputacion sin tacha, una gran fortuna, un hermoso nombre, y si me pidiese tu mano....

—Ya la desea.

—¡Cómo! ¿os habeis hablado?

—Muchas veces en las orillas del Dazgle. Ya sabeis el placer que tengo en recorrer á caballo nuestras montañas: una mañana yo estaba sobre la plataforma ó meseta que se eleva sobre la roca que domina el torrente, y allí hallé á Allan Macdonald.

—¿Y allí te dijo que te amaba? ¿con vivas y ardientes palabras?...

—No, sino con dulces y tiernas miradas. Allan, es el contraste de Roberto. La ternura en él no se muestra en lo exterior con fervientes expresiones, si no que la contiene y modera; se diria que su corazon late con un poco de lentitud, pero no por eso tiene menos fuerza; ¡el de Roberto

palpita con demasiada viveza! El menos fogoso es el mas seguro.

— ¿Cuenta pedirte en matrimonio?

— Así lo creo.

— ¿Te lo ha declarado?

— No, padre mio.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Su silencio. Allan Macdonald tiene una fisonomía elocuente, y además el corazón no tiene siempre necesidad de hablar para comprender, los ojos escuchan tanto como los oídos. En fin, padre mio, aun que yo no haya positivamente oído su declaración, estoy convencida de que le he *comprendido*. — Verémos. Lucía, aguardaré.

Apenas dichas estas expresiones abrió un criado la puerta y anunció á Allan Macdonald. Pocos dias despues circulaba en el país la noticia del próximo matrimonio de la heredera de Rathdown con el escocés de las islas Hebríadas. Roberto habia sido despedido.

Lucía, aun habiendo llegado al término de sus deseos, parecia inquieta y turbada; Macdonald á su lado era amable, afectuoso y complaciente; pero jamás vivo, ardiente, ni apasionado. Seguro ya de su felicidad, se descansaba en ella dulcemente; persuadido de que no podia dudarse de su ternura, no hacia el menor esfuerzo para dar pruebas de ella. ¡Oh, contradicciones del espíritu humano! Lucía hubiera querido entonces en Allan lo que habia repulsado en Roberto; ella recordaba las expresivas declaraciones de su primer amante, y las comparaba con las pacíficas demostraciones de su futuro esposo, y suspiraba tristemente. En vano para consolarse, se decia á sí misma que Macdonald en el fondo de su corazón la amaba tanto como Roberto, y que en su frialdad aparente no dejaba de haber por eso menos calor; ninguna reflexion dulcificaba su pena. Lucía no dudaba que si una ocasion se presentaba capaz de hacer estallar un amor decidido, Allan la aprovecharia con afán. Pero ¿qué es un afecto que no se demuestra mas que en

ciertas ocasiones, casi á la fuerza, y en que lo que mas se descubre es el orgullo? Semejante cariño merece un dia de gratitud, pero trae consigo una vida de desengaños.

Lucía de Rathdown se paseaba á caballo una mañana segun su costumbre por las orillas del *Dazgle*, sin ser seguida mas que de un picador. Allan se ocupaba en el casti- llo en los preparativos de su matrimonio: baja Lucía del ca- ballo y sube la *roca del torrente*, desde cuya cima, midien- do la profundidad de los precipicios abiertos á sus pies, extendia la vista sobre el cuadro agreste y sublime que se desarrollaba delante de sus ojos. Allí Lucía recordaba á la *Banshée*, y á veces se decia para sí: « Mi vida en este mo- mento está quizás, como esta roca, suspendida encima de un abismo ».

Su futuro esposo la habia prometido ir la á buscar á aquel paraje; pero el tiempo pasa y Allan no llega. « Él nunca se apresura, se decia Lucía. ¡ Ah! si yo hubiese llamado á Ro- berto! ¡ Al decir esto oye los pasos precipitados de un hom- bre, y la distraen de su cavilacion, levanta la cabeza y ve á Roberto Kennedy.

« ¡ Por favor no huyais de mí! dice el rival de Macdonald viéndola pronta á alejarse; yo sé que todo se ha acaba- do para mí, y no os fatigaré con mi dolor; pronto sereis la esposa del Escocés. ¡ Ah! él no os asustará con los tras- portes de su llama, él os ofrece estimacion por ternura, y galantería por amor. No importa, á pesar de esto él ha sido preferido; y de esto se infiere que él ha tenido razon y yo he errado, ningun derecho tengo para quejarme. »

Roberto tenia una de aquellas bellas y espaciosas frentes sobre las cuales se leen las nobles pasiones del corazon. Su aire y sus miradas ofrecian el fuego del valor y del entu- siasmo; y Lucía no podia menos de mirarle con un movi- miento de vago arrepentimiento.

« En adelante, continua él, ya no quiero mas ilusiones, mas sueños, ni mas mujeres; estaré tranquilo como hu- biera debido estarlo para agradaros, como el frio escocés

que os ha encantado, pero mi frialdad no será el reposo de la indiferencia, porque no está en mi naturaleza, será el de la consternacion. Yo abrigaba uno de estos amores de convicción ardiente, ó mas bien uno de estos cultos, cuyo fuego sagrado desaparecido una vez, no deja en el corazon mas que un ateismo general en materia de ternura. Yo no lloraré, Lucía, porque los ojos que arden de desesperacion no tienen ya lágrimas; pero vereis mi fin, segun espero; entonces comprendereis cuanto amaba yo, y comparándome con Allan sereis entonces vos la que llorareis.... ¡Perdon! ¿Os causo miedo aun?

— No, Roberto, le dijo la bella jóven enternecida; no, no sé por que, pero ya no me asustais.

— Este *porque* yo lo sé, Lucía: vos anelais ahora las expresiones ardientes de la pasion; no os parecen temibles, las buscáis y os agradan; pero las quisierais oir de otros labios y no de los míos; quisierais que os hablara así Allan Macdonald. Pues bien, jamás lo hará, y esta será mi venganza.

La futura esposa se pone á llorar.

— ¡Ah aun no! dice Roberto, es demasiado pronto para derramar lágrimas; esperad que Macdonald sea vuestro esposo.

— Dejadme, le contestó Lucía, vuestros pensamientos me matan, y al decir esto le tiende la mano en señal de despedida. Roberto se inclina con respeto, estrecha contra sus labios la mano que le da Lucía y se aleja.

Allan habia visto de lejos está despedida y no habia oido el diálogo que la habia precedido; por esto siguió su camino con aire sombrío.

¡ Si se hiciese zeloso! ; pensaba la hija del castillo; y dirigiéndose á Macdonald. ¡Cuánto, le dice, me gustá este sitio!

Su novio, admirado al principio, recobra su tranquilidad habitual, hábil observador, penetra la intencion de Lucía, le parece que ella no le hubiera dirigido esta exclamacion triunfante, si su conciencia hubiese tenido graves reconvencciones que hacerla, y así la contesta sonriéndose.

¡ Comprendo que este sitio os encante siendo un lugar de poesía y de deliciosas meditaciones !

Vuelven los dos á montar á caballo, y Lucía indignada se calla.

La hora del matrimonio ha llegado : la heredera de Rathdown va á la iglesia parroquial, y deslumbra con los adornos y con su belleza. Macdonald , electrizado con el rumor de la fiesta y con los encantos de su mujer , tiene esta vez palabras animadas y una fisonomía llena de expresion. Su mano tiembla de emocion ; y Lucía llena de esperanza y de gozo, parece ver el colmo de sus deseos.

La ceremonia nupcial se acaba , y nada ha turbado sus esplendores. Un gran banquete se ha seguido , en él la recién casada es el objeto de admiracion general ; pronto el dia toca á su fin , y las danzas á manera y estilo del tiempo y del país se empiezan en la gran sala baja del castillo y sobre una escalinata al pie de la cual habia un jardin lleno de árboles y de flores. La noche era magnífica , el firmamento estaba radioso y sembrado de estrellas , y la atmósfera embalsamada. Lucía, fatigada de homenajes y de inciensos, quiere recogerse un instante, y baja las gradas de la escalinata, su deseo es el de ir á dar á Dios gracias en secreto del esposo que la ha dado y de la felicidad que la espera ; cuenta pedir á la Providencia que la conserve á Macdonald amante y fiel, y que le haga mas expansivo, y á ella menos exigente. Lucía se conceptua dichosa , y no obstante.... tiene necesidad de hacer oracion.

Si el dia despierta los sentidos, la noche despierta los pensamientos. Durante el dia el alma parece que está repujada por la muchedumbre , y flota en la embriaguez de sensaciones exteriores y se extravía de la razon ; pero por la noche está sola y se posee por entero. Lucía á pocos pasos de la escalinata se desliza sin ser notada, y en la oscuridad á lo largo de los cuadros de flores, cuyas dulces emanaciones respira , y sus miradas se dirigen al cielo. ¡ Gran Dios ! ¿ qué es lo que apercibe en la gran torre del castillo

en la ventana del Norte? El espíritu de Rathdown: ¡*La Banshée!*

La fantasma lleva el vestido de los sepulcros; su cabellera á la claridad de las estrellas tiene reflejos de color de fuego, su fisonomía está convulsa, sus miembros se retuercen como los de los que se hallan en un potro de tortura; extiende los brazos hácia la hija del castillo y resuena un grito doloroso.

La recién casada, helada de horror, vuelve la cabeza á otro lado y huye. En el extravío en que la ha puesto la terrible aparición, sus pasos se dirigen á la ventana, y extrañándose en su carrera, pronto las fuerzas la abandonan, y sola y apoyada contra un árbol permanece anonadada.

Los ojos de Lucía se habian cerrado cuando de repente un brazo vigoroso la ase, siéntese arrebatada como si fuese una ave y conducir hendiendo el aire.... Bien quisiera defenderse y gritar.... pero su raptor poniéndola una mano sobre la boca la tiene inmóvil y muda. Este raptor era Roberto.

El amante desdeñado no la deja ni los medios de mirar á donde la conduce ni de llamar á su socorro. y solo siente confusamente que el atleta que se ha apoderado de ella, atraviesa los bosques, se interna en las montañas, costea los torrentes y sube á las rocas. Despues de un largo intervalo se halla en la plataforma del precipicio del Dazgle y Roberto Kennedy se detiene.

— ¡Dios mio! ¿en dónde estoy? exclama Lucía.

— Al borde de un precipicio, responde una voz terrible.

— ¡Perdon!... ¡Piedad!

— Ya no es tiempo.

— ¡Roberto!

— Nada temais por vos: veo en vuestra frente la corona virginal, y no seré yo quien la marchite. Aunque no pertenezcais aun del todo al escocés, no por esto dejais de ser su mujer delante de Dios, y el bien de otro es sagrado pa-

ra mí; no, yo no mancharé la túnica de la inocencia cuando va á sonar la hora de la eternidad. ¿Á vos os gustaba esta roca, Lucía? Ved porque la he elegido para nuestra última entrevista en este mundo. De nuevo voy á asustaros: tal es mi fatal destino. Lucía, despedíos de mí.

— ¡Despedirme de vos, Roberto!

— Por última vez.

— No, no, yo no quiero despedidas, yo no quiero separaciones eternas. Yo no comprendo lo que quereis decir, pero me opongo á ello desde luego. ¿Qué quereis de mí?

— ¡Algunas lágrimas!

Al decir esto, Roberto se arroja á los pies de Lucía; el viento de la noche agitando sus negros cabellos descubria su frente marcial, en la cual reinaba una calma siniestra.

— ¡Sí, algunas lágrimas! vuelve á repetir, y allí sobre la roca desierta, á la pálida luz de los astros del firmamento, recorre con la vista los brillantes adornos de la recién casada con una admiracion dolorosa, y despues con tono triste continua:

— ¡Oh, Lucía, cuán bella sois!... ¿Os lo ha dicho alguna vez vuestro esposo? ¿Ha sabido jamás comprender su felicidad?... Dejadme, dejadme embriagar con vuestra vista, no será por largo tiempo, pues os dejo.... ¡No tardareis en veros libre de mí, Lucía! yo he amado como un loco, y es preciso que mi amor acabe como ha empezado; no habrá sido mas que una larga demencia. No obstante, mi voz, como lo veis, no está trémula ni conmovida. El que no ha podido reflexionar sobre su vida, ha reflexionado sobre su muerte. En amor no se vive por entero, sino viviendo en otro, y vos no habeis querido que yo exista. Lucía, bajad vuestro velo, apretadme la mano y adios.

— ¡Roberto, Roberto, exclama Lucía con un acento despedazador, para qué me habeis traído aquí!...

— Para daros mi última prueba de amor. ¡Desde el dia en que no se puede ser nada para quien fue todo á nuestros ojos.... el que ama bien deja de vivir!

Roberto al decir esto se levanta, y tiene asida la mano de Lucía que aprieta la suya.

— Este es el *adios* que yo os pedia, dice con voz solemne, y en seguida acercándose á la orilla de la esplanada del *Dazgle*, levanta los ojos al cielo, y cruzándose de brazos, se precipita en el abismo.

El castillo estaba lleno de confusion.

Allan Macdonald habia notado la desaparicion de su mujer, y corrido en su busca. ¡Inutiles pesquisas! Los convidados á la fiesta se arman de antorchas y recorren los jardines y el castillo llamando á Lucía por todas partes. El castellano de Rathdown ofrecia el aspecto de la demencia y de la desesperacion, y de sus labios no salia mas que un grito, un solo y agudo grito.

— *La Banshée.*

Cuarenta y ocho horas se han pasado desde la fatal noche de las bodas, y Lucía no está ya en las orillas del *Dazgle*: tendida en un lecho de dolor, en un aposento de Rathdown, sale de un largo acceso de calentura despues de dos dias de delirio. Al fin se levanta con esfuerzo, mira al rededor de sí con aire sombrío y estupefacto, procura recoger sus ideas y pronuncia lentamente estas palabras:

— ¡Allan Macdonald!... ¿En dónde está?...

Mas ¡ay! nadie responde.

Lucía, el dia siguiente al de su matrimonio, habia sido nallada sin conocimiento al romper el dia sobre la famosa plataforma del *Dazgle*. Allan no sabia como Lucía habia ido al sitio en donde fue hallada, y pensaba que debia haber pasado allí largas horas con Roberto, ignorando lo que habia precedido á la muerte de este desventurado: solo recordaba el beso que le habia visto estampar en la mano de Lucía. En su espantosa perplejidad y no oyendo de boca de su esposa durante el delirio de la fiebre mas que los gritos de ¡*Roberto, Roberto!* se habia puesto fuera de sí, huyendo del castillo de Rathdown, y se presumia que estaba en Escocia.

El desgraciado padre de la moribunda, obligado á declarar la verdad por entero, pone para ello toda la destreza y cuantos miramientos son imaginaables; con todo no por eso Lucía ha dejado de comprender toda su desgracia, exagerándose aun. La enfermedad sigue sus progresos, la calentura redobla su violencia, y la pobre esposa, sin serlo, se halla en un estado completamente desesperado: no resistiendo su razon á los golpes repetidos que la han herido, la desgraciada Lucía se vuelve loca.

Entretanto, arrebatado el cuerpo de Roberto Kenedy por las corrientes del Dazgle, fue hallado en una orilla desierta. Un escrito que tenia sobre sí, una especie de diario en que habia estampado sus pensamientos y donde estaban especificadas sus amarguras y desenvueltos sus designios, justificaban á la pobre Lucía. En él se veia como Roberto pensaba robarla, lo que intentaba decirle en el sitio fatal, y como en seguida queria morir. El castellano hace remitir apresuradamente á Escocia este documento precioso, Allan-Macdonald lo recibe y se marcha inmediatamente para Irlanda.

¡Ah! Lucía vuelve á verle, no le conoce, y le escucha sin comprenderle. Las palabras incoherentes que le dirige son para él otras tantas puñaladas.

— Roberto.... era el que sabia amar. ¡Allan! ¡Allan!... ¿tenia corazon? Los dos, cada uno por su estilo se han apoderado de mí para hacerme pedazos. ¿Valia Roberto mas? No lo sé; en todo caso, yo no amaba sino á Allan.

El escocés al oirla hablar así salia de su habitual carácter, y su corazon le dictaba ardientes palabras. ¡Ah! porqué no las decia á tiempo.... entonces era demasiado tarde.

Una noche habiendo Lucía salido de su cuarto, halló á Allan en la puerta del jardin del castillo y al pie de la escalinata.

— ¿Veis desde aquí á la Banshée? le pregunta con espanto, señalándole con el dedo la gran torre.

— No, responde Macdonald: delante de nosotros no hay

funestas apariciones. La noche está hermosa y apacible; las estrellas brillan en el cielo; el ruiseñor canta en los bosquecillos, las flores exhalan sus perfumes, y todo es feliz en la naturaleza....

— Excepto nosotros, añadió Lucía.

— ¡Nosotros! repite Allan con alegría. ¡En fin me contais por algo, y mi pensamiento se hace entender del vuestro! ¡Ah! yo voy á bendecir esta noche.

— ¡Esta noche!...¿cuál?..Escuchad: aquí, con este tiempo, á esta misma hora, las estrellas brillaban del mismo modo, se oían tambien las aves, y las flores tenían iguales perfumes. ¡Pues bien! ¿qué anunciaba todo esto?... la desesperacion y el suicidio. Yo he oido el grito de la muerte.... Vi la sangre sobre la roca... Despues sentí frio.... y mi cabeza ardia. Las flores, las aves, las estrellas.... todo esto me espanta ahora, todo esto lleva al precipicio. ¿Veis desde aquí á la *Banshée*?

— No, no, no está ya en la torre, y no volverás á ella. Lejos de aquí las sombrías imágenes. Tú no estás rodeada mas que de amor y del mas tierno interés. ¡Qué Dios tenga piedad de ti.... de nuestro padre.... y de mí, y aun podremos renacer para la felicidad!

— ¡Nosotros! repitió Lucía con el acento de la sorpresa. ¿Quién sois pues?

— Allan Macdonald.

— ¿El que yo amaba? ¿el que se ha fugado? continua diciendo con una sonrisa amarga y forzada; ¡Oh! está en las costas de Escocia. Este, como decia Roberto, *no me asustaba con los trasportes de su pasion*. ¿Lo creereis? No creo que me haya dicho nunca que era bella; el otro me lo hizo reparar.... yo tenia entonces mi corona de boda. ¡Ah! no elijais el nombre de Macdonald, y sobre todo guardaos de tomar su corazon. Quizás hago mal en expresarme así, por que en fin un corazon frio no es enteramente un corazon muerto; tiene su mérito, pero invisible. Verdad es que Allan Macdonald no morirá de amor... por nadie; ¡pero qué importa si yo le amaba!

¡ Vos le amabais ! interrumpo Allan con el acento de la desesperacion. ¡ Ah ! no , no ; pues me asesináis.

— Dudais de mi ternura hacia él, exclama Lucia con un nuevo aumento de demencia y en actitud de triunfo : ¡ Ah ! ¡ seguidme ! ¡ ahora vais á ver !

Al pronunciar estas palabras, Lucia se lanza fuera de los jardines de Rathdown con la rapidez de una flecha, y se dirige hácia el *Dazgle*, mientras que Allan desesperado la sigue. La demente toma el mismo camino que siguió Roberto cuando la arrebató del castillo y llega á la esplanada del torrente.

— *¿ Yo no amaba á Allan Macdonald ?* repite Lucia con una sombría solemnidad. ¡ Pues bien ! como Roberto yo puedo probarlo, y recuerdo sus palabras. *¿ Desde el dia en que nada se puede ser para quien fue todo á nuestros ojos, quien bien ama deja de vivir !*

Al decir esto Lucia se arroja en el abismo, y el *Dazgle* en sus fatales aguas arrastra otra víctima.

Desde entonces la roca que hay á orillas del precipicio se llama : *El salto de los amantes*.

III.

Cada día nuevas partidas de placer se verificaban en Old-Cónnanght, y por la noche en el salon una reunion encantadora nos preparaba una continuacion de goces. Habia música, y entre otras cosas se cantaba un romance francés lleno de dolorosos recuerdos, romance que los años anteriores me habia arrancado lágrimas en las montañas de la Stiria, en Austria, en Rusia, bajo los muros de Moscou, y á las orillas del lago Melar en Suecia. *Je vais revoir ma Normandie* (Voy á ver otra vez mi Normandía). ¿Porqué me perseguia este canto? ¿esta música que me recordaba un ángel que he perdido, una felicidad que ha huido de mí, y un paraje que me encantaba?... ¡Ah! es que aun en medio de los placeres es menester que el aguijon del dolor se haga sentir al hombre, y le diga obligándole á levantar los ojos: *No estás en tu verdadera patria, no busques aquí la dicha.*

No se hablaba en Irlanda en el tiempo en que yo estuve mas que de los prodigios del padre *Mathew*. Este hombre extraordinario, aparecido para imponer la sobriedad y la templanza á un pueblo enteramente entregado á la pasion inmoderada de las bebidas que embriagan (1) habia llegado al

(1) Ejemplo. Mas de un amo de casa que recibia huéspedes en ella, hubiera sido considerado como inhospitalario y falto de considera-

mas alto grado del poder y de la fama. Consagrémosle algunas líneas.

El reverendo padre Teobaldo Mathew, nacido en Thomastown en el condado de Tipperary en octubre de 1790, está emparentando con las nobles familias de *Landaff* y de *Kenmare*, y hasta dicen que es pariente del conde de *Chabot*, primer secretario de embajada en Londres. Huérfano desde su infancia y adoptado por lady Elisabet Mathew, fue confiado á los cuidados del reverendo Dionisio O'Donell, cura de Falagh: empezó sus estudios en el colegio de Kilkenny, y los acabó en el Seminario de Magnoolh (1). Ordenado de sacerdote en 1814, el día de Pascuas entró en la congregacion de Capuchinos ó franciscanos reformados. Fuera de toda jurisdiccion gerárgica y teniendo directamente del papa su título de comisario apostólico, se entrega con fervor al ejercicio de sus funciones religiosas. Habia reunido, tanto de sus ahorros como de su patrimonio, una suma de cerca de ciento veinte y cinco mil francos, y la ha consagrado á la construccion de una iglesia. Fundó tambien de sus propios fondos

cion si hubiese dejado marchar á sus convidados sin estar enteramente borrachos. El dueño de la casa tenia la costumbre de cerrar por dentro su comedor y de echar la llave por la ventana, para impedir la salida á todo el que hubiese querido escaparse de la orgía. Despues se bebia hasta que todos los individuos de la sociedad se caian unos sobre otros debajo de la mesa. Un jóven propietario, Mr. N., habia reunido muchos amigos suyos en su castillo. Una noche, embrutecidos por sus libaciones continuas, y no sabiendo como variar sus desórdenes, llamaron á un mozo de labranza, idiota de nacimiento, y habiéndole cubierto de estopas mojadas en *whiskey*, aquellos insensatos le pegaron fuego, y el idiota espiró á poco entre inauditos tormentos. Los borrachos, desesperados de su atroz diversion, hicieron cuanto pudieron por cubrir este crimen; el pueblo estaba conmovido, la prensa habló de esto, el hecho resonó mucho, y no obstante la sentencia de los jurados reunidos por el *coroner*, no hirió la cabeza de los culpados. El crimen quedó impune.

(1) Un escrito que tengo á la vista contiene estas palabras. « Fether
« Mathew, se ve privado de la fortuna considerable de su parienta
« lady Elisabet Mathew: esta última ha legado su caudal á Mr. Chabot,
« que es de su familia. »

un soberbio cementerio sobre el plan del del padre La Chaise en París, y las bendiciones del país saludaron su obra, porque los Irlandeses dan la mayor importancia á sus exequias.

La reputacion de talento y de virtud del padre Mathew empieza á extenderse á lo lejos ; y una sociedad que á imitacion de la de América se ha formado en *Cork* para poner término al desenfreno de la intemperancia irlandesa, llamó en su ayuda al célebre eclesiástico (1). Mathew accedió á sus deseos. En 10 de abril de 1838 fue nombrado presidente de la asamblea : llega y el rumor se esparce inmediatamente de que un enviado del cielo va á cambiar la faz de la Irlanda. A él acuden de todas partes : el santo varon arenga al pueblo, le bendice y pide á Dios la conversion del incrédulo y la regeneracion del pecador , y anunciando como sacerdote inspirado que conseguirá su objeto , todo cae á los pies del profeta. Á su órden el borracho se hace sobrio , y el impío cree á su voz. Este no es solamente un orador cristiano, es un guia milagroso, que cambia las costumbres y las ideas, los hábitos y los corazones. La persuasion pública es que imponiendo las manos sobre sus neófitos cura á la vez los extravíos del espíritu y las enfermedades del cuerpo. *El Apóstol de la templanza* habia empezado no teniendo mas que algunos centenares de discípulos , pero pronto los contó por centenas de millares , y en este momento por millones (2), pues pasa de ciudad en ciudad y de contorno en contorno aumentándose cada dia sus adeptos. El entusiasmo le precede y le sigue , el impulso se hace universal, la re-

(1) En *Cork*, *Belfast* y *Dublin* , fue donde se reunieron los primeros introductores del sistema americano. La primera asamblea de *Dublin* tuvo lugar el 7 de abril de 1830, bajo la presidencia de Mr. *P. C. Crampton*, actualmente juez en el tribunal del banco de la reina , y uno de los miembros mas eminentes de la *Abstinencia total*. Esta sociedad se llama *Ibernian temperance society*. Otras se contituyeron en *Cork*, *Mullow*, *Wicklown* y *Limerick*, pero necesitaban un grande impulso, y Mathew fue puesto á su cabeza.

(2) Se hace subir el número de los actuales prosélitos en Irlanda á cinco millones lo menos.

volucion moral se completa, y el *movimiento se hace general*. Se disputan á quien se hará admitir en la santa corporacion, y á quien renunciará solemnemente á las orgías y al desórden. Mathew va de triunfo en triunfo (1).

La recepcion de los hermanos de la templanza se hace con una pompa evangélica, rodeados de imágenes religiosas y en un vasto recinto á cielo descubierto. Al principio se verificaba la ceremonia del siguiente modo:

Los adeptos se presentaban en grupos, señalados bajo el nombre de *balge* (*bandera*); algunos llevaban en sus sombreros ramas de *shamroak*, planta célebre cantada por el poeta *Moore* (2), y adornados en su profesion con sus mejores vestidos, llevaban en la mano en vez de cirios palos con banderolas blancas, y al cuello como banda una elegante correa. Caminaban al son de una música sagrada, y llegados al lugar prescrito se ponian de rodillas en semicírculo. Entonces Mathew se acercaba con la cabeza descubierta y dirigia á los candidatos una corta arenga. Despues cada uno prestaba su juramento formulado en los términos siguientes:

« *Con el ayuda de Dios y mientras permanezca miembro de la sociedad de la templanza, prometo abstenerme de toda bebida que no embriague, á no ser que deba emplearla como remedio ó para un uso sacramental, é impedir la borrachera tanto en mi casa como en la de mi vecino en cuanto pueda hacerlo, ya sea con mi consejo ó bien con mi ejemplo.* »

Pronunciado este juramento, Mathew daba la vuelta al círculo, imponiendo las manos sobre la frente á la muchedumbre, y con la señal de la cruz la daba su bendicion. En un registro se escribian entonces los nombres de los nuevos prosélitos y se les distribuia una medalla. Esta tiene en el anverso una cruz y una leyenda que recuerda las palabras

(1) Estaba en Inglaterra, en el tiempo en que yo recorria la Escocia. Se le habian presentado ochenta mil neófitos, y este número se aumentaba cada dia.

(2) Se parece al alfalfa, y significa los ardientes adoradores de la fe católica.

del *pledge* (1); y en el reverso un escudo en que se ve el cor-
dero pascual con estas letras : Y-H-S. : encima del escudo el
famoso *shamrock* la planta del ardiente católico, y estas pa-
labras : *Hoc signo vinces* (2).

El reverendo ministro de Dios tiene ahora cincuenta y
tres años. Su fisonomía presenta mucha afabilidad, y sus
modales llaman la atención; sus cabellos aun negros,
aguileña su nariz, azules sus ojos, cuya dulzura sobresale
con la vivacidad, una boca con los contornos bien mar-
cados y una frente espaciosa anunciaron una voluntad fir-
me y una inteligencia fuerte, sencillo, de un carácter siem-
pre igual, afable y sobre todo caritativo, el padre Mathew
junta á los ojos de sus apasionados admiradores la elo-
cuencia de Bosuet á la mansedumbre de Fenelon. ¡Qué mas
podría añadir!

La Irlanda ha sido tratada muchas veces con desden por
ciertos publicistas, y no obstante, en este mismo momento
en el cual ofrece un cuadro tan penoso de padecimientos y
de miseria, tiene dos grandes figuras, sobre las cuales in-
dependientemente de toda opinion política ó religiosa, se fi-
jan las miradas de la Europa : O'Connell y el padre Mathew.
En ella hay mas de una ilustracion de todos géneros y no-
tablemente *Tomás Moore* (3). Citemos aquí entre los títulos

(1) *I promise to abstain from intoxicating drinks, except used medicinally, and by order of a medical man, and to discountenance the cause and practice of intemperance.*

Cada miembro recibia un nombramiento con una cruz y esta misma
inscripcion.

(2) La planta está sostenida de los lados por figuras, teniendo una
banderola llamada *Sobriety*, que corona una especie de ángel.

El ceremonial que acabo de referir ha sido modificado en estos últi-
mos tiempos, pues el padre Mathew admite en su asociacion miembros
de todas las creencias y religiones, y los prosélitos protestantes hu-
bieran rehusado arrodillarse al recibir la medalla y hacer la señal de la
cruz. Las recepciones ahora se hacen sin pompa y con la mayor sen-
cillez.

(3) Sentí vivamente no haber podido ver en su patria al ilustre
autor de *Lalla-Rouck* que reside en Inglaterra.

del país á la admiracion de los contemporáneos un descubrimiento reciente: *the atmospheric railway*, el camino de hierro atmosférico.

En el momento en que yo pasé por Kingstown para ir á Connaught, el entusiasmo general estaba dirigido hacia la nueva invencion. Una estrella hasta entonces desconocida se levantaba en el cielo industrial. En adelante no será ya el vapor ni el carbon el que hará correr los vagones con la rapidez de una bala, sino la presion del aire. El motor presente no tardará en desarrollar sus prodigios, y si el resultado corona la expectativa y la continuacion responde á los principios, dentro de poco á lo largo de los *rails way* no habrá mas fuego ni mas calderas, menos riesgos y menos gastos, y en fin, para colmo de ventajas, aumento de celeridad.

La presion del aire es uno de los elementos de locomocion mas fuertes y poderosos. El aparato sencillo y completo imaginado por MM. Clegg y Samada ha dado una prueba brillante (1). El nuevo sistema de *caminos de hierro pneumaticos* (ó atmosféricos) se perfecciona cada dia. Yo he visto sus efectos inauditos, pero no entraré en los pormenores científicos de este gran movimiento, que debieran ser correspondientes á su importancia; me bastará decir que la noble tierra de *Erin* ha hecho brillar por primera vez á los ojos de las naciones una de estas luces inesperadas que cambian las ideas del globo y trastornan sus costumbres. Lugar á las maravillas de la época y gloria á la Irlanda (2).

Una excursion á las siete iglesias que se arregló en *Old-Connaught*, nos puso en un dia magnífico en aquel célebre lugar de Irlanda. Nuestras encantadoras amazonas, hijas del lord Plunket nos acompañaban. La correría era muy larga, pues tenia de siete á ocho leguas en las monta-

(1) Se puso en obra hace diez y ocho meses sobre el camino de hierro al oeste de Londres en *Wormwood Scrubs*.

(2) *Ved The atmospheric rail-way, Lettorto Rinht hon. Earl of Ripon By James Pin second editio, London, juin 24, 1842.* Este nuevo sistema se estudia ahora en Francia, se han hecho ensayos y han salido bien.

ñas, pero se hizo mitad á caballo y mitad en carruaje. Empezamos por atravesar *el valle de las Rocas*, lugar estéril y landas ó llanuras áridas. Yo miraba á lo largo del camino á los pobres irlandeses que se ofrecían á mi vista, y este era un espectáculo lamentable. Jamás he visto tal exceso de andrajos, y no obstante los rostros no eran enfermizos ni descarnados; yo no podía concebir la frescura y sanidad que se manifestaban en ellos, porque aquellos desgraciados, vestidos apenas, y apenas alojados, no viven sino de patatas, y esto cuando el año es favorable. Entré en una choza, y retrocedí de asco; la indigencia y la suciedad estaban allí en el mas alto grado, y se carecía casi de todo. Ni un utensilio casero y falta total de las cosas mas necesarias hasta á la mas miserable existencia; no obstante, ví una estampa cerca de una Vírgen de madera. Apenas podía creer á mis ojos: esta estampa era el retrato de Napoleón (1).

Tiempo me faltaba para ver *las siete iglesias*, á donde llegamos despues de haber atravesado parajes los mas tristes y mas desiertos; teníamos á la vista gargantas profundas; entramos en ellas á lo largo de un torrente, llamado *Avonmora* y uno de los sitios mas estraños de la creacion se presentó de repente á nuestros ojos: ¡podré describirlo!....

Allí se elevaba la antigua capital de la Irlanda, y allí están los restos de la ciudad que ha desaparecido. Esta ciu-

(1) No se figure nadie, en vista de este triste cuadro, que la Irlanda es un país ingrato, una tierra inculta y un suelo que repele. La Irlanda tiene parajes tan fértiles como la Suiza. Si no posee bastantes brazos para cultivarla y bastante dinero para darla vida, la falta quizás esta de parte de la Inglaterra, que parece tratarla como país conquistado en lugar de mirarla como una parte de sí misma. Además muchos grandes propietarios irlandeses abandonan sus tierras para ir á comerse sus rentas en Londres ó en Paris. El pueblo, así descuidado por sus patrones y desdeñado por su gobierno, se desalienta y pierde su fuerza. ¿Es de admirar que en semejante posicion se arroje con transporte entre los brazos de quien le dice: « Yo os volveré vuestros derechos, « defenderé vuestras libertades, sostendré vuestra religion, y volveré « á hacer de la pobre Irlanda una nacion poderosa? »

dad, rodeada de agrestes montañas, estaba situada á orillas de dos lagos, y se llamaba *Glendaloug* (1). El valle en el cual fue construida es estrecho y de forma oval. En medio se levanta una de aquellas antiguas torres sobre el origen de las cuales se disputan los sabios, los historiadores, y los poetas. Ello es bien claro que aquella no era un faro, ni podía comunicar ninguna señal, porque está soterrada como en una caverna, y dominada por todos lados de picos escarpados. El conde Wicklow afirma que fue construida quinientos años antes de Jesucristo por los discípulos de Zoroastres. En apoyo de esta asercion ha hecho reparar por el lado del norte una abertura en la montaña, por la cual los primeros rayos del sol iban á herir la columna. El sol, el rey de las hogueras, la iluminaba todo el dia, y despues todas las noches los adoradores del fuego encendian una hoguera sagrada en la cima de la torre, y como las hijas de Vesta, no dejaban que la llama se extinguiese. El pueblo al pie de aquel monumento iba á orar en círculo y de rodillas.

• El aspecto de este obelisco aislado en medio de ruinas de no sé que capital desconocida, me pareció de un aspecto que sobrecogia; era como un gran pensamiento fabuloso en medio de un gran recuerdo histórico.

La antigua puerta de la ciudad tiene dos arcos pintorescos, que, aunque deteriorados, no por esto han dejado de conservar alguna cosa de imponente. Walter-Scott que los visitó en 1815, y que como yo habia ido allí desde *Old-Connaught* aseguró que aquellas arcos eran lo que habia visto de mas antiguo en los tres reinos. Los aldeanos de aquel paraje repiten con orgullo las palabras del célebre escritor. Yo atravesé el umbral de la puerta, y me hallé donde existió la antigua ciudad. Un silencio de duelo y de consternacion reinaba allí por todas partes; se diria que ha soplado el aire del anatema, porque nada brota ni vive en

(1) *Glendaloug*, valle de lagos.

aquel paraje, no apercibiéndose mas que sepulcros. Ningun árbol extiende allí su sombra; algunas mujeres andrajosas se ven acá y acullá arrodilladas delante de las piedras tumularias, blancas y negras, como apariciones de diversos presagios. La yerba está allí marchita y agostada; no hay un pájaro ni un insecto: nada mas que la inmensa y esbelta columna que domina eterna y muda sobre aquel terreno de desolacion, como un dedo levantado delante de la desgracia para consolar señalando el cielo.

Las ruinas de la catedral están poco apartadas de la antigua entrada de la ciudad, y rodeadas de un vasto cementerio, de donde llega una muchedumbre de muertos de mas de diez millas á la redonda; de suerte que aquel sitio es el punto de reunion perpetuo de los entierros de la provincia, apresurándose á pedir la limosna de un rincon de fosa á aquella tierra privilegiada de los sepulcros, porque es mas que honor el ser colocado allí; *quien allí reposa se salva*: la tradicion lo afirma al menos. Escuchemos una antigua leyenda.

El Santo de las siete iglesias.

San Kevin florecia en los primeros siglos de la era cristiana, y era no solo el mas puro y el mas virtuoso de los hombres, sino tambien el mas vigoroso y el mas bello. Habiendo renunciado en la primavera de su vida á todos los placeres y á las vanidades de la tierra, abrazó la vida religiosa y contemplativa. Dios solo ocupaba su pensamiento, y retirado en la soledad y entregado enteramente á la oracion, hacia resonar el arpa de David á la orilla de los torrentes de donde Osian habia hecho oír tambien la suya: siempre eran los mismos cantos del ingenio, la misma lira, pero otro cielo.

San Kevin habia elegido el valle de los *dos lagos* para su residencia. Allí, impulsado por el espíritu de Dios, le parecía que le estaba reservada una alta mision: habiendo descubierto una gruta abierta en la piedra en lo escarpado de una roca perpendicular y sobre los lagos de *Glendalough* habia hecho de ella su morada. Una excavacion formaba su lecho, y si por el dia salia de su singular asilo, necesitaba por la noche exponerse á un peligro inminente para volver á él. No habiendo escalera Kevin trepaba penosamente asiéndose á las asperezas de la roca, é introduciendo sus dedos en algunas hendiduras y como suspendido en los aires, se deslizaba hasta su caverna teniendo siempre la muerte suspendida sobre su cabeza y el precipicio abierto bajo sus pies.

Por lo tanto, la gruta de Kevin era inaccesible y ningun importuno iba á turbar sus piadosas meditaciones. Allí vivia segun sus deseos, lejos de los intereses de la tierra y bajo las esperanzas del cielo y podia orar horas enteras sin temor de ser interrumpido, ni de dia ni de noche. Los pastores de las cercanías aseguraban que invisibles espíritus le llevaban su sustento, que sostenian los pasos del varon santo, que alumbraban de noche su morada, y que de la entrada de su gruta salian al romper la aurora con vapores embalsamados luminosas melodías.

La fama del jóven ermitaño pronto se extiende á lo lejos. Se empieza á visitar su valle, se le cree favorecido del cielo, y se le saluda con entusiasmo y veneracion. Muchas familias se establecen allí, se empiezan á construir chozas, y muchos van á ponerse bajo la égida del santo. Para ello se espian sus pasos, y cuando alguna vez por acaso se le encuentra en las montañas, se le piden oraciones y se implora su bendicion. Una ciudad pequeña empieza á edificarse, y luego será una capital.

Un dia Kevin dormia en el fondo de su gruta, (entonces tenia veinte y cinco años), cuando ved aquí que sus ojos se entreabren, y de las cristalinas aguas del lago ve salir un ángel con blancas alas. Este ángel tenia hermosos cabellos

rubios y el celestial rostro de una jóven vírgen. Esta aparición sacude sus plumas humedecidas, seca sus cabellos mojados y toma el vuelo desde la superficie del lago de *Glendalough* hácia la gruta del anacoreta. ¡ Oh ! ¡ qué hermoso era aquel enviado del cielo ! Su frente despedía rayos de blancura, su dulce mirar deslumbraba, verle, oírle y acercarse á él era ya estar en el paraíso.

El corazón del santo ermitaño se pone á latir de entusiasmo. El amor divino le transporta, el amor divino en todo su poder sin límites: otro se hubiera asustado; era demasiado para una naturaleza humana.

— ¡ Levántate Kevin! le dice el ángel: Dios quiere que extiendas su culto, y que propagues la fé: construirás aquí muchas iglesias, y *Glendalough* será la capital de la Irlanda.

— ¡ Cúmplase la voluntad de Dios! responde el protegido del Altísimo. ¿ Cuántas iglesias quiere el Señor que construya? Su siervo está pronto, que me ordene.

— Mañana te dirán el número. Escucha al romper el alba las primeras palabras que te serán dirigidas á orillas del lago; el número designado estará en ellas.

Al decir estas palabras el ángel desaparece.

El jóven y hermoso ermitaño se levanta, su corazón siente aun vivos latidos, y le parece ver todavía la figura deliciosa de su sueño. ¡ *De su sueño!* ¿ pero dormía?... Ah, no; es mas y es mejor que un sueño, es una vision de la morada de las beatitudes. Kevin bajó á las orillas del lago, cuando el sol se levantaba detrás de las montañas, y empezaba á dorar sus cimas. La pradera se esmaltaba de flores, el canto de las aves y la flauta de los pastores resonaban bajo las enramadas y el valle se despertaba en medio de los conciertos, de la luz y de los perfumes. Jamás la naturaleza pareció tan bella á san Kevin, pues el ángel todo lo habia divinizado.

De repente la mujer de un pescador sale de detrás de una roca, y marcha con pasos inquietos y turbados, como si no supiera á donde, segun su marcha era incierta. El ermi-

taño se acerca á ella, y se estremece á la vista de sus vestidos andrajosos, de la palidez de su frente y del desorden de sus miradas; la pobre mujer llevaba alguna cosa oculta en su delantal, y lloraba amargamente.

—¿A donde vais, buena mujer? la pregunta el anacoreta.

— ¡Buena mujer! responde la miserable estremeeciéndose.

¡Ah! ¡qué palabras! ¡Dios mio!

—Esta no es una respuesta, vuelve á decirle el santo hombre con tono severo. Vos os dirigís hácia el lago; ¿qué ocultais entre vuestra ropa?

—Pececillos inútiles.... otra vez iba á echarlos al agua.

—¿Porqué?

—No puedo venderlos, y no serian buenos para comer.

—No importa, yo os los compro. ¿Cuanto quereis por ellos? yo los tomo.

La mujer del pescador retrocede con espanto.

—Imposible dice.... es imposible; y retorciéndose las manos con la expresion del delirio cae á los pies del ermitaño.

— ¡Soy una miserable y una infame.... continua diciendo ¿Sabeis cual era mi designio? Dios os envia para estorbar su ejecucion. Iba á arrojar al agua á mis hijos.

— ¡Vuestros hijos! santo Dios! y ¿dónde están?

—Envueltos en estos andrajos.

—Teneis muchos?

—Tengo *siete*.

— ¡Ah! exclama el santo con una estraña exclamacion de sorpresa y de gozo. *Siete*: este es el número designado.

— ¡Designado! repite la mujer del pescador embobada y sorprendida. ¿A quién? ¿en dónde?... ¡cómo es esto!...

La mujer se esperaba reconvenciones terribles, y una merecida maldicion; y no veia al contrario sino una sonrisa pensativa, una mirada satisfecha y una preocupacion inspirada.

— ¡Bien! se dice el santo hombre en voz baja. Yo construiré *siete iglesias*.

La pobre madre le escuchaba.

— ¡Siete iglesias repite!

En esto los siete niños pequeñitos se habian caido de su delantal, y en la turbacion en que se hallaba la mujer no lo habia notado; ellos hacian oir su tierno lloro sobre la yerba, y el santo se aproximó y mirólos.

— ¡Ah! ¡perdon!... ¡perdon! vuelve á decir la desgraciada mujer, vuelta á su posicion y á sus remordimientos, yo no habia nacido para hacer tales atrocidades. ¿Pero que quereis, mi marido y yo carecemos de trabajo y de pan. No teníamos con que alquilar una cabaña, y nos recogíamos en un establo á donde nos dejaban entrar por caridad. Pero habiéndome puesto en cinta, parí siete hijos. Esto era una irrision del cielo y mi marido estaba furioso. Siete hijos que criar, que vestir, que cuidar y mantener.... y sin tener casa ni cama, ¡ni un pedazo de pan! sin fuerzas y sin alimento; yo no hubiera tenido bastante leche ni aun para uno solo, y Dios me daba *siete*. Entonces me dije en mi desesperacion: *Es necesario volvérselos á quien los envia*. Confesad que esta prole inesperada, viva y hambrienta, tenia el aire de una burla del demonio: así empecé por blasfemar, y finalmente perdiendo la cabeza, venia al salir el sol á arrojar á mis hijos al lago. ¡Vedlos aquí!... ¡contadlos bien!... ¡son siete! Con efecto, el ermitaño los cuenta y halla seis niños y una niña. Su preocupacion redobla, y solo un pensamiento le domina.

— Sí, murmuró el ermitaño aun á media voz, *siete iglesias*.

La mujer del pescador se persuade y cree perdida su razon hasta el punto de atribuir á san Kevin otras palabras que las que realmente pronuncia, y le mira con una sombría admiracion: el apóstol de Glendalough vuelve en sí.

— ¡Pobre desgraciada! la dice con un acento lleno de compasion. Dios tendrá misericordia de vos, yo así lo espero. Él os ha enviado hoy á mí, ó mas bien me ha enviado á vos; ojalá seamos los dos los instrumentos de sus misteriosos de-

signios. No lloreis mas, en adelante no carecereis ya ni de trabajo ni de pan; yo necesitare muchos trabajadores, y tendré dinero y víveres. Aquí quiero construir *siete iglesias*.

—No comprendo nada de esto, se dice la mujer para sí; pero él está inspirado del cielo, y yo me siento penetrada y revivo.

—No os dejaré mas que uno de vuestros hijos, prosigue el anacoreta, esta linda niña; yo me encargo de los seis varones, y serán criados á mis expensas. ¡Marchaos, arrepen-
tíos y rogad á Dios!

El valle no tarda en resonar con el ruido de los martillos, de las hachas y de las sierras. San Kevin habia hecho un llamamiento á la piedad pública, y anunciado al territorio que el señor elegia á *Glendalough* para el asiento de la cristiandad irlandesa y que llegaria á ser antes de poco la capital del reino, y un entusiasmo general ha acogido sus elocuentes palabras. Pueblos enteros habian acudido en muchedumbre para contribuir á la obra santa y siete iglesias se fundaban.

Kevin, el oráculo del país, veia todas las voluntades á sus órdenes y todas las almas á sus pies, y empezaba su vida de milagros (1). Un dia el marido de la mujer de los siete hijos cayó de un tejado y murió: la viuda oprimida de dolor, se halló de nuevo sin recursos, cuando aun daba de mamar á la niña que la habia sido dejada. ¡Mas ay! el pecho de la madre se seca, y la desgraciada depositando á su hija cerca de la catedral sobre una piedra en que habia un hueco, llama en su ayuda al ermitaño.

—¿Quién alimentará ahora á mi pobre *Kathleen*, le de-

(1) La tradicion refiere el hecho siguiente. « Los operarios del santo fundador trabajaban con tal ardor que se mataban trabajando. Casi si no dormian, y así que la alondra cantaba se ponian todos á la obra. Kevin, viendo esto y queriendo que no abusasen de sus fuerzas, arrojó á las alondras del país y jamás una sola ha vuelto á parecer en él. La prueba es aun patente, no hay alondras en Glendalough. » (Tomas Moore, *Melodías irlandesas*.)

cia mostrándole á la vez á su hija medio moribunda y su seno enjuto. ¡ Ved qué bonita es!

— Con efecto, responde el anacoreta mirando á la criatura con sorpresa. Pero tranquilizaos, ella vivirá.

— ¿Quién la criará ahora?

— ¡ El Señor, dejadla aquí!... ya vereis.

El santo y la madre se alejan, y al instante una cierva sale del bosque vecino, llega á donde estaba *Kathleen*, vierte sabrosa leche en su boca, y llena en seguida el hueco de granito que habia en la piedra, la niña se salva y todas las tardes el prodigio se renueva: aun existe la piedra de la cierva y los viajeros la contemplan (1).

Entretanto los años se pasan, la nueva ciudad está fundada, y no se habla mas que de los beneficios y de las virtudes del milagroso ermitaño. La madre de *Kathleen* habia muerto, y Kevin habia hecho educar perfectamente lejos de sí á la linda niña, á la par que establecido á sus seis hermanos. Todo un país creado á su voz, país del cual era el ídolo, le rodeaba con los mas vivos testimonios de amor y de reconocimiento. Las *siete iglesias* estaban continuamente llenas de fieles, y apenas bastaban al considerable número de naturales y de extranjeros que iban á implorar al Eterno. El santo hasta entonces no habia tenido mas que triunfos, Dios iba á enviarle pruebas.

Kevin tenia entonces cuarenta y dos años. Siempre dotado de una fuerza prodigiosa y de una belleza completa, se habia retirado mas que nunca al silencio de la soledad. Entregado á las austeridades de la penitencia, ya no se ocupaba sino en las meditaciones de la fe. Su mision se habia llenado y ya no tenia necesidad de los hombres. Además, su capital empezaba á asustarle, por que el comercio y la riqueza llevaban á ella las seducciones del lujo y de las artes. Al lado de las iglesias quizás iban á levantarse teatros. La religion tenia sus esplendores y los placeres reclamaban su cul-

(1) Este milagro me fué contado al lado mismo de la piedra.

to. El santo ermitaño tuvo que huir.

La sola complacencia de Kevin era la de dejar algunas veces á la caída del día su gruta inaccesible, para ir á dar á Dios gracias por las prosperidades de su país bajo los arcos de sus iglesias. Una noche hacia oracion con fervor en una de ellas, cuando de repente el murmullo de una respiracion sofocada le arranca á su piadosa contemplacion. Á algunos pasos del santuario se ve una figura blanca y como diáfana, arrodillada al pie del altar, que tenia sus miradas dirigidas hácia él con una especie de admiracion contemplativa. ¡Oh cielos! creerá á sus ojos.... *El ángel del lago* está delante de él, el ángel que diez y siete años antes le llevó las órdenes del cielo; reconoce sus facciones encantadoras, su suave mirar, sus cabellos rubios, su blancura deslumbrante; solo le faltan las alas.

El corazon del anacoreta empieza á latir con el mismo transporte que en la primera aparicion: ¿era de amor divino? Demasiado puro para poder dudarlo, no se hace á sí mismo esta pregunta, y la jóven se le acerca.

— Yo soy *Kathleen*, le dice; vos no habeis querido verme ni oirme nunca. ¿Y esto porqué? Me lo han ocultado. ¡Cuántas veces os he buscado despues que mis hermanos me han sacado del piadoso retiro en donde he sido educada gracias á vuestros cuidados, y en donde he aprendido á bendecir vuestro nombre!... ¡Cuántas veces os he pedido al cielo! por que en fin yo soy vuestra hija, sin vos hubiera perecido en el lago.

— ¡*Katlheen!* esclama el santo, ¡la criatura alimentada por la cierva!...

— ¿No me dais vuestra mano? continua diciendo la jóven con una voz trémula, y con un acento lleno de suave melodía.

— ¡Ah! dice en voz baja el ermitaño: esta criatura no puede ser mas que un ángel, y la contemplaba con éxtasis, y no presentia el peligro. Su turbacion trastorna su alma. ¡Ah! en el movimiento involuntario de una admiracion

exaltada, en la cual no entraba ya el pensamiento religioso, estrecha entre las suyas la mano de la jóven.

— ¡Dios santo! ¡qué fuego devorador recorre por sus venas! por la vez primera un desórden semejante se hace sentir en su espíritu.

— ¡*Kathleen!* vete, la dice el santo, y sus ojos la decían *quédate.*

— ¡No! le contesta la huérfana con la mas cariñosa de las sonrisas y el mas candoroso de los acentos. No, yo no me iré; pues os amo.

— ¡Me amais! contesta con un grito de espanto el apóstol de *Glendalough.* ¿Desde cuándo?

— Hace años.

— ¿Cuántos teneis?

— Diez y siete.

— *Kathleen,* yo te conjuro, continua el ermitaño juntando las manos y pronto á caer de rodillas; ¡si verdaderamente me amas, vete!

— ¿Porqué? pregunta la hermosa jóven con la ingenuidad de un niño, ¿es malo el amor?

— ¡Ah! lo es segun se ama, responde el santo poniéndose pálido.

— ¿Se puede amar mal? Si es así, yo estoy segura de amar bien.

— ¡*Kathleen,* basta! déjame.

— No, no, yo no os dejaré tan pronto: ¿A caso no tengo gracias que daros? Vuestros beneficios me han sacado de la mas amarga situacion y de la miseria, mis hermanos os deben su existencia y su fortuna; ¿acaso no es un deber para mí el ofreceros los votos del reconocimiento? Sabed que hace no sé cuanto tiempo que vuestra imágen está siempre delante de mis ojos: ¡cuántas veces detrás de un pilar de la iglesia he estado inmóvil contemplando vuestras facciones! ¡Cuántas desde las orillas del lago he mirado la gruta en la cual estabais en oracion, así como se mira al cielo á donde está nuestro Dios! Yo me decia: *Ah si*

alguna vez puedo acercarme á él y oírle! ; si alguna me habla y me escucha! ; Si puedo tocar su mano y su hábito! ; qué alegría y que felicidad! Ahora Dios ha llenado mis votos; me he acercado á vos, os he hablado, he tocado vuestra mano, y sobrevivo á tantas emociones! ; Ah! es que la inmortalidad debe estar donde vos estais... Pero si os marchais... sin prometerme volver.... si es necesario no volvernos á ver, yo moriré.

Todo esto estaba dicho con tanto candor, ingenuidad é inocencia, que encerraba una ceguedad sin ejemplo. Kathleen estaba en aquel momento á los ojos de Kevin entre los límites de un ángel y de un demonio, y se hallaba sin fuerza para huir y sin voluntad para permanecer; no era el mismo, en nada. ¡ Ah! donde se hallaba un apóstol, no ha quedado ni aun un hombre.

De repente la lámpara del santuario se amortigua y fuera de la iglesia se deja oír un canto mortuorio: ¿ será un llamamiento de la Providencia, ó bien un entierro que se acerca allí?... El ermitaño se arranca con violencia á los peligros que le rodean y se aleja de la jóven.

— ¡ Kathleen! la dice con un tono tan lúgubre como los cantos fúnebres que llegaban á sus oídos: escucha esos ecos del sepulcro. ¿ No sabes que estoy muerto para el mundo? ¿ Ignoras que pertenezco á Dios? ¿ Te he salvado y quieres perderme?

— ¡ Yo perderos! responde Kathleen espantada. ¡ Ah! el Señor no lo permitirá. Nuestras dos almas le son conocidas. Mis himnos de la mañana le llevan vuestro nombre; los de la tarde están llenos de vuestro pensamiento, en vos y en él está mi existencia. ¿ En qué me hallará culpable? ¿ El reconocimiento no es una virtud? ¿ su esencia no es divina? ¡ ah! cuando yo abro mi corazón á Dios no desecha mis oraciones, y me impulsa á amaros.

— ¡ Aun mas! interrumpe San Kevin. Espíritu tentador, déjame. No, tú no sigues el camino santo: no, no es Dios quien te envia, y al decir esto el anacoreta huye.

Los días y las semanas se pasan, y el fundador de las siete iglesias no vuelve á parecer en aquellas cercanías. Encerrado en su caverna inaccesible, no sale de ella sino algunos instantes en la oscuridad y sin ser visto, para ir á buscar los alimentos necesarios á su existencia. Espárcense rumores de que no aparecerá mas entre los hombres, y que ya está en el seno de Dios y en relacion con los espíritus eternos, habiendo concluido la vida de la tierra.

Esta entera desaparicion del bienhechor de *Glendalough* esparce en derredor una profunda tristeza é inquietudes reales. En procesion vienen al pie de la roca que habita, y le llaman; pero no responde. No obstante está allí, le han visto y existe; pero no se atreven á llevar la temeridad hasta penetrar en su gruta á pesar suyo. Gimen no obstante y se retiran.

¿Qué hacia en tanto san Kevin? ¡Ah! de rodillas en el fondo de su caverna y condenándose en ella á las mas duras penitencias, se golpeaba el pecho con desesperacion, exclamando: ¡Piedad Dios mio!. . ¡Ella es tan hermosa! ¡Dios mio socorredme! pues la amo: y nunca nombraba á Kathleen, Dios no necesitaba que se explicase mas. ¡Ella! esta palabra bastaba. ¿A quién podia él amar fuera de Ella! Dios le comprendia pero lo perdonaba?

Sí, él esperaba su perdon; porque los ayunos, las mace-raciones, el cilicio y la oracion abogaban por su causa dia y noche. A fuerza de meditaciones y de arrepentimiento, el anacoreta hacia por persuadirse que Kathleen no habia sido mas que una vision suscitada por el espíritu de tinieblas; que no existia tal cual se le habia ofrecido á la vista, y que el demonio solo para perderle habia tomado la forma del *ángel del lago*. Esta idea le tranquiliza poco á poco, y aun que no puede desechar enteramente de su pensamiento la encantadora imágen de Kathleen, la aleja al menos y no sufre tanto. Él ora mucho.... pero ama siempre.

La noche extendia sus sombras sobre la montaña. La luna se habia levantado y con sus pálidos rayos plateaba las

aguas del lago, y Kevin con los ojos fijos en el melancólico valle, se acordaba del divino mensajero, que había visto salir de las ondas con sus cabellos rubios y sus blancas alas. Tiende Kevin los brazos involuntariamente hacia la orilla solitaria, desde la cual el ángel se había lanzado hacia él.

¡Ah! ¡vuelve, vuelve! exclama ¡hijo del señor! ¿dónde estás?

— ¡*Vedme aquí!* responde una voz mas dulce que el son da una arpa eolia agitada por las brisas de la noche.

El ángel está á la entrada de la gruta, tiene su blanca túnica aérea, su frente de alabastro y su rostro divino. Sí, sin duda es el hijo del Señor.

— ¡Ven! Sí, Dios te envia! dice el ermitaño; pero luego interrumpiéndose asustado: no, no, no te acerques, continúa; pues yo no veo tus blancas alas.

— Bien las hubiera necesitado, responde la dulce vision; pues he creido perecer para llegar hasta aquí: lo he conseguido, pero por milagro. Dios me ha ayudado y sostenido....

— ¿Tú eres Kathleen, no es verdad? interrumpe Kevin fuera de sí. ¡Ah! no mezcles el nombre de Dios con las inspiraciones de Satanás. Este último es el que te habrá guiado.

— ¡*Satanás!* repite la jóven con una sonrisa angelical. No.... Sabed lo que me ha conducido. Esta mañana en Glendalough corria el rumor de que habiais dejado de existir. Yo me he dicho: *Iré á su gruta. Si ha muerto derramaré á su lado mis últimas lágrimas por que le seguiré al sepulcro. Si vive le diré mi último adios, por que me retiro á un claustro.* Y he partido sin inquietud y me retiraré sin mancha.

— Tu lo crees así, replica el ermitaño; pero tu confianza es una ceguedad, y tu sencillez un lazo. Ahora nos hallamos al borde de un abismo.

— Si no caemos en él, ¿qué importa?

— ¡Ah! yo siento ya que mis pies titubean, interrumpe el desgraciado Kevin fijando sus miradas de fuego en el rostro de la vírgen de Glendalough; mil vértigos se

apoderan da mí. ¡ Criatura de seducciones de amor! ves el desórden en que me pones! Casi estoy á punto de decir como tú: ¡ *Te amo!* pero no tendrá la casta ingenuidad del tuyo mi pensamiento; estará lejos de tener la inocente pureza de la tuya; tú no conoces lo que sientes, pero yo comprendo lo que experimento. Tu ternura es un dulce perfume, la mia un veneno ardiente.

Las emanaciones del lago se elevaban en aquel momento hasta la gruta como para rodearla de un velo misterioso. Los suaves olores de la pradera subian en exhalaciones suaves en medio de aquellas nubes diáfanas como un incienso. Sobre las rocas, á lo lejos, resonaban vagas melodías como si algun hijo de Fingal suspirase allí sus cantos de amor, y Kevin se echó á los pies de Kathleen.

— ¡ Estoy perdido, perdido! exclama, voy á ser maldicionado por que *te amo!* Tú has venido sin inquietud y no marcharás sin mancha.

Á estos acentos apasionados, á esta espantosa lucha entre el deber y el amor, al ver aquellos brazos vigorosos que ya se abren para asirla, espantada la tierna jóven retrocede con un grito de espanto. ¡ Ay! estaba á la entrada de la caverna y al borde de un doble precipicio, pues aquella entrada era un arco que formaba sobre el lago una roca lisa y perpendicular; el pie se le escurre á la infeliz.... Kevin se lanza y quiere retenerla, pero su fuerza natural le abandona, un poder superior al suyo obra en sentido contrario á su voluntad, y en lugar de retener á Kathleen, su mano á pesar suyo la impele y tratando de salvarla la precipita en el lago. La inocente vírgen da un grito lamentable, las rocas se tiñen de sangre.... Y va á desaparecer en el lago.

Kevin con los cabellos erizados sobre la frente se lanza fuera de su gruta para arrancar al lago su víctima.... pero sus miembros no tienen su agilidad habitual, choca contra las piedras, no sabe triunfar de las dificultades que hacen su gruta inaccesible, en fin titubea y cae á su vez,

su caída al pie de la roca es horrible, y pierde el conocimiento.

Los primeros rayos de la aurora alumbraban la cima de la torre redonda de Glendulough y doraban las flechas de las siete iglesias, cuando el anacoreta vuelve en sí poco á poco; está solo, tendido en el suelo sobre la orilla desierta y el cuerpo medio quebrantado. Sus párpados se han entreabierto, y no recuerda aun bien el espantoso acontecimiento de la noche; solo resiente un bajo terror que no sabría explicar, y no comprende por que se halla allí; no obstante sin nombrar á nadie, junta las manos y hace oracion con estas palabras.

— ¡Dios mio, tened piedad de su alma! ¡cielos! ¿Será esto una ilusion? Al instante mismo y al través de las nieblas del valle, ve sobre la orilla opuesta del lago una forma aérea y fantástica y cree reconocer sus facciones. Está vestida de blanco, seca el viento de la mañana sus cabellos de los cuales mana agua; tambien su túnica está toda mojada, y como acabada de salir de las aguas parece aun el *Angel del lago*.

El vapor se condensa. ¡Oh prodigio! Un rayo de luz ha caido sobre la vision maravillosa y el ángel ha vuelto á tomar sus blancas alas y con la sonrisa en los labios vuela y se oculta entre las nubes.

— ¡Ah! ven, vuelve á mí! dice el santo.

Pero el ángel á vuelta la cabeza, huye y no volverá mas.

La carrera del sol se acaba, y bajando hácia el occidente desaparece detrás de las montañas. Un grupo de ancianos y de mujeres se dirige hasta la roca del anacoreta: Todos tienen la cabeza baja, las manos juntas y el dolor pintado en el rostro. Kewin, inmóvil y mudo, estaba sentado sobre una piedra á orillas del lago; se hubiera dicho que era la estatua de la consternacion. La razon no le habia vuelto aun completamente; tampoco hubiera podido volver á subir á su gruta.

Santo hombre de Dios, le dice uno de los ancianos que se

dirigian hacia él, una gran desgracia nos ha sucedido. Una huérfana del país, de la cual admirábamos todos el candor, las virtudes y la belleza.... y que todo el canton queria.... Kathleen en fin, ha muerto.

— ¡Muerto! repite el ermitaño dando una mirada extrañada á su alrededor.

— Se ha ahogado en el lago, continua diciendo una de las jóvenes de Glendalough, su cuerpo ha sido hallado esta mañana en la orilla, y se la ha llevado á la iglesia. Venid á rogar por ella! era vuestra hija de adopción.... ¡Ah! cuánto os amaba!

— Sí, ella me amaba.... bien lo sé; responde Kevin con aire de demencia, y enjugándose los ojos bañados en lágrimas, demostraba á los circunstantes su dolor, al mismo tiempo que en su interior no podia comprender claramente si la causa de su llanto era el dolor ó el remordimiento.

— Muerta, y no se sabe como, continua el mas anciano del grupo, ¿es un asesinato?... ¿es un suicidio?... nosotros os llamamos á nuestro socorro. Orad para que su alma se salve al menos.

— Ya lo está, dice el apóstol: pero no importa, ya os sigo, marchemos!

Kevin de repente recobra sus fuerzas, y está tranquilo y silencioso. ¡Tranquilo! No, porque sufre en silencio.... Llegados á la iglesia á donde está depositada Kathleen, el ermitaño la vuelve á ver pálida, helada y tendida sobre el paño fúnebre. ¡Ay! ¡su corazón no late ya!... ¡Aquel corazón que habia amado tanto! Kevin cae de rodillas á su lado.

— ¡Oh ángel mio! murmura, y no puede añadir una palabra; los sollozos cortaban su voz, y el dolor interrumpia su oración: con todo, la coloca en el féretro, dirige su entierro y la sepulta en el campo del eterno reposo: allí de rodillas sobre su fosa, pide á Dios una gracia el anacoreta, la obtiene, y es la siguiente.

¡Que todos los que sean enterrados en el cementerio de Kathleen vayan como ella en derechura á Dios!

Gloria á los sepulcros de Glendalough (1).

(1) Tomas Moore, en sus *Melodías irlandesas*, ha consagrado algunas estrofas al santo de las siete iglesias y á la Virgen de Glendalough. Voy á dar aquí la traduccion de la última, vertiéndola libremente, ó dando mas bien su pensamiento.

« ¡Oh! Glendalough! Tus sombrías ondas tragarón á la desgraciada,
 « y el santo llorando demasiado tarde su destino, comprendió su amor
 « por sus males. ¡Oh, Dios mio! dijo Kevin con voz conternada, dad-
 « la el reposo eterno; y al instante mismo, sobre la orilla, al borde del
 « misterioso lago, se oyeron salir de una de las agrestes rocas los so-
 « nes de un melodioso laud; y la sombra de Kathleen al través de las
 « enramadas y deslizándose sobre el agua, sube sonriéndose hácia
 « el cielo. »

IV.

Largo tiempo me quedé contemplando los sepulcros de la ciudad destruida.... Desde allí entré bajo los escombros de la antigua catedral, fui luego á saludar la *pedra de la cierva* y pregunté donde estaba *la gruta del santo*.

El hijo de lord Plunket, sir David, habia tomado un guia del país, y este guia á medida que recorriamos las ruinas de Glendélough, nos referia las crónicas anteriores de san Kevin. Con el espíritu lleno de ideas melancólicas, al principio experimentaba yo una gran pena oyendo cosas divertidas, pero luego prestando oidos á las narraciones de nuestro irlandés, acabé por entregarme á la risa general que él provocaba. Nuestro guia dejando á un lado la historia santa del valle, nos refirió hechos pasados de un modo enteramente diverso; él tomó la cosa de mas lejos: ved aquí en resúmen sus anales: él es quien habla, y yo repito lo que nos decia.

¡ *Vuestro honor*, sabrá en primer lugar que Kimmacoul en *aquel tiempo* era el rey de este contorno; entró mucho antes que los *Daneses* de las orillas del *Mediterráneo* viniesen á conquistar la *Irlanda*. *Kinmacoul*, gigante formidable, era instruido como *Sócrates*, y habia ido á la escuela con el *profeta Jeremías* cuando la toma de *Jerusalen*.

Á mí era sobre todo á quien nuestro guia gustaba contar sus historias, porque yo le escuchaba sin reirme. Aquel

hombre habia leido muchísimo, y teniendo la cabeza llena de grandes nombres y de grandes acontecimientos, todo lo confundia con la mejor voluntad del mundo y con el mas admirable aplomo. Veia que yo era extranjero, y convencido de su talento como narrador estaba encantado de desplegar delante de mí la extension de sus conocimientos.

— Kinmacoul, continuó él, es el que ha edificado *el relicario de los gigantes*. Vuestro honor irá sin duda á ver esta curiosidad en el norte de la Irlanda. Esto es un trabajo atrevido, no obstante construir aquí una iglesia, á la manera de san Kevin, hubiera valido mas que empedrar la mar con columnas; porque *Kinmacoul* por fin de cuenta era excelente católico, y la prueba es que como aun no habia sacerdotes en Irlanda, él iba á oír la santa misa á Efeso.

— ¡*La santa Misa!* ¿Y en qué época era esto? ¿gusta V. decírmelo?

— Quinientos años antes de Jesucristo.

— ¡Perfectamente! continuad.

— Un dia, el gigante volviendo de vísperas, trajo consigo á dos jóvenes extranjeros, á dos hermanos de buena familia, á los cuales habia alabado mucho la Irlanda. Los llamaban *Remo* y *Rómulo*.

Aquí una carcajada escandalizó al narrador, que miró con aire indignado á la persona que habia cometido esta irreverencia, y volviéndose á mí continuó:

— Vuestro honor, estoy seguro que sabe perfectamente quienes eran los príncipes de que se trata. Una gran desgracia sucedió aquí al mayor que estaba en querella con el mas chico; pues se le ocurrió á este echarle maliciosamente de lo alto de aquella roca que veis allá abajo. Remo se rompió el cráneo y murió del golpe, lo que hizo que Rómulo mas tarde fuese coronado emperador á solas.

— Aquí aprendereis la historia romana, me dijo el hijo del lord Plunket.

— Kinmacoul, prosiguió el guia, era habitualmente un buen chico; pero tambien á veces tenia el genio imperti-

nente. Á mas habia otro gigante en Irlanda con el cual tenia relaciones de familia: este era un escritor que cantaba como un ruiñor y que se llamaba *Osian*.

Al oir esto, hubo una carcajada general.

— Yo no trato de engañar á vuestro honor, continuó gravemente el guia: *Osian* no es ciertamente un sujeto fabuloso, yo sé que hay burlones que lo dicen; pero los hombres de bien en Irlanda no niegan las glorias de su país.

Tienen razon, repliqué yo; y mi guia se sonrió conmigo como dándome gracias.

— *Osian*, continuó, hacia con frecuencia visitas á *Kinmacoul*. El uno se sentaba por aquí sobre la montaña del norte, el otro por allá sobre el pico del medio dia; entre ellos no habia mas que el valle y la aldea, pues el lago no existia aun. Los dos gigantes se daban un apretón de manos por encima de las casas y de las praderas y bebian y trincaban juntos, y á veces se leian *la gaceta*.

— ¿Y á dónde se imprimia? pregunté yo.

— En la universidad de *Upsal*. Un tercer gigante llamado *Thor*, se la prestaba algunas veces á *Osian*. Un dia que el hijo de *Odin* habia venido de Suecia á *Glendalough* para hablar aquí con su amigo, *Kinmacoul* le armó camorra con motivo de la música, sacó su sable y le dijo: — ¡Tú me darás satisfaccion! — Es justo, replicó *Osian*, pero *Thor* no ha tomado su espada, y yo no tengo en la mano sino mi harpa. — Dádmela y voy á hacer de ella una espada, continuó el vigoroso *Kinmacoul*. Despues torciendo el instrumento del bardo entre sus dedos, le alargó, le acortó, le redondeó, le fundió, aplastó y adelgazó de modo, que finalmente hizo un sable. Al instante, encantado de su obra, quiso ensayar su temple, y con un solo golpe cortó la montaña. La hendidura se ve aun en ella, miradla.

Con efecto, la roca estaba cortada en dos partes delante de mí desde la cima hasta su base: mi guia tenia un aire triunfal.

— Y bien, repliqué yo, ¿y el desafío?

— Iba á verificarse, sépalo vuestro honor, sobre la gran llanura del mediodía; pero Kinmacoul teniendo sed, quiso beber antes de ponerse á esgrimir, y sacó de su morral una botella de *wiskey*.

— ¿Quieres tú tambien una gota? preguntó á su rival.

— Con mucho gusto, dijo el escandinavo; y Thor tomó el frasco del gigante; pero tenia la mano torpe, rompió la botella, y el valle se halló inundado. Ved aquí el origen del lago.

— Esto está perfectamente claro. ¿Y el desafío?

— ¡Jesus María! ¡Cómo quereis que criaturas honradas como Kinmacoul, Osian y Thor, hubieran podido pensar, al aspecto de los desastres de la inundacion, en otra cosa que en salvar á los habitantes del pais! Ellos lo que hicieron fué volar al socorro de las víctimas; la aldea fue sumergida; pero el pueblo, aunque inundado, no quedó en el fondo del agua. Á los muertos se les enterró en la llanura de la montaña con todas las piadosas ceremonias que cooperan á su salvacion. Thor hizo los féretros, Kinmacoul cavó las sepulturas, y Osian cantó sobre las tumbas. Esto hizo que se restableciese la paz entre los tres valientes.

Confieso que estas historias, seriamente referidas, me hacian el efecto del cuento del *Pellejo de asno*. *Me causaban un placer extremado*.

— ¿Y la alta torre del país, pregunté á mi cicerone, sin duda la debió construir Kinmacoul? ¿sabeis con qué objeto?

— Sí, era su lapicero.

Yo no esperaba por cierto esta contestacion, que aunque no está apoyada en doctos comentarios como las de los sabios analistas, no por esto es menos profunda; pero ¿son las otras mas claras? Aquellas son por cierto muy graves; pero esta mucho mas divertida.

Continuamos nuestro camino al través de los escombros de la ciudad antigua. Naestro guia nos mostró en una de las siete iglesias de la cual no queda mas que la mitad del campanario, los restos de una capilla y el sepulcro del rey

Otoole, del cual nos habló como de uno de los monarcas mas honrados de su tiempo. Nadie le contradijo. La iglesia *Rhefast* (sepulcro de los reyes). El admirador de Kinmacoul interrumpia de tiempo en tiempo sus relaciones, para cantarnos algunas de las poesías irlandesas de Tomas Moore, particularmente la muerte de Kathleen, y su voz en medio de las ruinas de aquellos campos de la muerte, tenia una armonía melancólica que no carecia de encanto.

— Una bala de cañon, me dijo, rompió este monumento: ¿ve V. añadió, estas dos herraduras de caballo impresas en esa roca? Pues es un milagro de san Kevin. Un dia pasaba un aldeano sobre quien recaian sospechas de haber robado una yegua y el santo le dijo:

— Pasa á caballo sobre esta piedra? y no dejarás en ella señal alguna si estás inocente.

El paisano obedeció y las dos herraduras de la yegua se hundieron en la piedra como si hubiese sido de cera, lo que hizo que el reo fuese ejecutado. La bala que rompió el brazo de la cruz fue disparada en tiempo de la rebelion de 1798, pues allí se dió una gran batalla. En aquella esplanada habia una batería de los ingleses y aquella llanura tan lisa y tan igual era el sello de Kinmacoul, del cual se servia para sellar sus pliegos cuando escribia á su antiguo compañero de colegio.

No puede darse cosa mas cómica ni mas original que esta mezcla de historias de verdades con leyendas santas y cuentos de encantadores que aquel hombre contaba con una formalidad impertubable. Habia repetido estas extravagancias tan frecuentemente á los viajeros que habia acabado por identificarse con ellas. Los miraba como una parte de su misma naturaleza y las creia á la ventura y sin reflexionar, siendo á la vez su renta, su pais, su religion y su vida.

Nos internamos en las montañas que circundan el lago por una garganta estrecha y sombría. Un torrente se precipitaba allí de cascada en cascada con la mas ruidosa armonía. El *Waterfall de Poulness*, es una serie continuada

de saltos de agua, que descienden de varias partes, cayendo de roca en roca entre los árboles interpuestos al través, y entre los picos inclinados á derecha é izquierda y en medio de un trastorno inaudito de la naturaleza. Yo me extraviaba con encanto por aquellas profundidades misteriosas, cuando sir David Plunket, vino á mí.

— El gigante Kinmacoul, me dijo, acaba de obrar un nuevo prodigio, he descubierto al pie de la cascada, un cesto de botellas de vino de Champaña puesto á refrescar, y al pie de un árbol inmediato aves y jamon. No hay duda que esta es una atencion delicada del antiguo rey de Glendaloug. Vamos: ¡ á la salud de Kinmacoul!

La comida nos pareció deliciosa, y en seguida volvimos al lago, en donde nos esperaba una barca, que nos llevó hácia la gruta de san Kevin. Esta famosa caverna subsiste siempre socavada á una altura enorme, en el costado perpendicular de la roca. Yo quise subir á ella, y me opusieron en vano los riesgos de la empresa pues mi deseo no hizo con esto mas que aumentarse. Llegado al paraje donde verdaderamente hay riesgo y en que suspendido sobre un abismo, puede uno temer un vértigo, me dirigió estas palabras.

— ¿Teneis miedo?

— Nunca, respondí.

— Esto es muy sencillo, siendo como sois francés, respondió la voz.

Volví la cabeza y vi una montañesa que me miraba con una sonrisa triste y vaga: confieso que este inesperado homenaje al carácter francés en aquella lejana tierra, me llegó al corazon. La pobre irlandesa, que casi no sabia nada del mundo, habia no obstante llegado á comprender algo de las glorias del *gran país*, porque no hay tierra aislada, no hay cabaña indigente adonde no llegue el nombre de *Francia*. ¿Quién sabe si en la choza medio arruinada de aquella montañesa sin lecho, sin víveres y sin fuego, habria yo hallado algunas estampas de nuestras batallas y de nuestros desastres, con colorines y letreros?

Llegué al fin sano y salvo á la gruta de san Kevin ; ¿ cómo habia podido Kathleen llegar allí ? Esto no puede explicarse sino prestándola las alas del ángel cuyas facciones habia copiado. La roca que fue teñida con su sangre conserva aun manchas rojizas. Enseñáronme el abismo en donde pereció , y habiendo vuelto á bajar cerca del lago , me senté en la piedra donde san Kevin habia llorado....

La célebre caverna es pequeña y poco profunda. Walter Scott la visitó en 1825 ; ví su nombre escrito en una de las paredes , en la cual ahora está tambien escrito el mio. Yo habia estado allí como él , y él como yo , debió sin duda meditar tambien. Dos nombres , dos tránsitos y dos meditaciones.

Bogábamos de nuevo por el lago de las siete iglesias , cuando nuestro esquife chocó con algo oculto debajo del agua.

— ¡ No tengais cuidado , nos dijo nuestro guia : aquí los barcos tocan algunas veces con los techos y chimeneas de la antigua aldea sumergida cuando Thor dió la botella á Kinmacoul , y al decir esto no se reia.

En nuestra barca habia una vieja , mujer de un marinero , cubierta de andrajos , que me dijo en un inglés apenas inteligible.

— Yo he estado en París en otros tiempos , y sé aun algunas palabras francesas.

Yo la dí una moneda de plata porque se caia de miseria y de necesidad.

— Oigamos una de vuestras palabras francesas , le dije en seguida , y cuando ya íbamos á separarnos , levantando ella la cabeza , segura de probarme su veracidad , me gritó con aire de triunfo.

— ¡ Buona notte , signor !

El dia tocaba á su fin , por lo que nosotros volvimos á montar los unos á caballo y á subir los otros á los carruajes y nos volvimos á Old-Cannaught.

Desde mi llegada á Inglaterra un nombre resonaba continuamente á mis oidos , un nombre que las cien trom-

petas de la fama llevan de un extremo á otro del mundo : *O'Connell*. Tiempo me faltaba para ver á este hombre extraordinario que subleva las poblaciones á medida de su deseo, que camina rodeado de cuatrocientos á quinientos mil hombres , cuando quiere llamarlos á sí , que tiene en sus manos las voluntades de la Irlanda y que sembrando por todas partes las agitaciones y las tempestades , ordena la tranquilidad y la paz.

¿Cómo explicarse un movimiento que prescribe la inacción ? ¿Un huracan que quiere la serenidad ? ¿Una sublevación que dice dejad las armas ? No obstante así se presenta *O'Connell*. Yo me habia prohibido toda discusion política con respecto á él , y tanto si los furioses del odio se desencadenaban contra el *sedicioso* , como si las exageraciones del entusiasmo le proclamaban *libertador* , yo escuchaba sin meterme en controversias (1); habia ido á Irlanda como observador y poeta , y solo con intencion de mirar y referir lo visto. Yo no consideraba á *O'Connell* sino como á una de esta grandes figuras históricas que aparecen de tarde en tarde sobre la tierra para llenar algun designio misterioso de la Providencia : seres semejantes no pueden ser glorificados ni condenados definitivamente , sino á la distancia que tendrá de ellos la posteridad. Estaba decidido á no chocar con opinion alguna , y así continuaré mi tarea. Presentaré el cuadro sin discutir su mérito , diré el efecto sin desenvolver la causa , y no juzgaré debiendo pintar y nada mas.

El 15 de agosto , dia de la Asuncion , debia verificarse el famoso *Meeting de Tara* , donde se aseguraba que se reuni-

(1) Fragmentos de un discurso de *O'Connell* , por uno de sus apasionados partidarios.

— Pueblo irlandés! , ya conoceis estos versos de uno de nuestros poetas :

« La naturaleza y sus leyes estaban en las tinieblas , Dios dijo : « Que Newton sea : y se hizo la luz. »

— Amigos míos , ahora diremos nosotros con mas razon :

« Irlanda y sus hijos estaban en la esclavitud , Dios dijo : « Que *O'Connell* sea , y la libertad fue. »

rian al rededor de O'Connell, seiscientos ó setecientos mil hombres. Por curiosidad salí de Old-Cannaught, y fuí á verlo.

Á orillas del mas agreste de los lagos, sobre la mas árida de las montañas del condado de Wicklow, se ve el mas extraño de los retiros, y me detuve para contemplarlo. Laugh-Bray pertenece al célebre doctor sir Philip-Crampton; sus cercanías no presentan sino llanuras desiertas, arenales estériles y terrenos pedregosos; ni una choza, ni la menor señal de vida: no se oye ni un pájaro, porque no hallaria ni una rama donde posarse; no se ve ni un labrador, porque no hay tierra que cultivar: diríase que aquello es un cementerio inmenso.

El sol se ponía detrás de las montañas, cuando llegué á una especie de Siberia, en donde se eleva una especie de castillo, propiedad de sir Philipps-Crampton. Construida á la orilla de un lago silencioso, la pintoresca morada, con sus murallas angulosas por fuera y sus graciosos adornos por dentro, está artísticamente colocada en frente de una roca cortada perpendicularmente, sin árboles y sin vegetacion, como una flor sobre sepulcros. Una naturaleza contraria y nebulosa rodea la hermosa posesion, formando un risueño oasis en medio de un sitio agreste. ¡Cuántos poéticos contrastes! Este sitio con su rústica elegancia y su raro esplendor no puede olvidarse.

Sir Philipps-Crampton tenia consigo á sus tres hijas, graciosas figuras que sobresalian entre duras imágenes. Á la vez rústico y adornado, medio sombrío y medio brillante, aquel conjunto estaba lleno de encanto.

Enfrente de mi ventana veíanse el lago y los pedregales áridos; la violencia de los vientos arranca sin piedad, segun me dijeron, cuanto allí quiere brotar; y no obstante cuando se cava en los terrenos de los montes vecinos se hallan troncos de árboles. Si habia en otro tiempo bosques, ¿porqué no pueden ahora existir?... Cuanto mas se viaja, mas se confunde uno observando los misterios de la crea-

cion. Junto á Laugh-Bray y á mucha profundidad se extienden vastas masas de turba, y está probado por la ciencia geológica que aquellas alturas actuales fueron antiguos valles, mientras que los parajes bajos ahora fueron llanos antiguamente en lo alto de los montes ¿pero cómo se han hecho montañas los valles y las alturas pedregales pantanosos?... Volcanes segun los naturalistas han producido estos trastornos; ¿pero dónde se hallan los cráteres de estos volcanes? De ellos no se descubre vestigio alguno.

Sir Philipps-Crampton me volvió en su coche á Dublin. — Aquí, me dijo, mostrándome sitios solitarios que hubieran podido tomarse por emboscadas de facinerosos, nunca se cometen robos ni crímenes, ni siquiera hay tribunales en las cercanías. De quince á veinte leguas á la redonda, no se sabe que cosa es un pleito, ni una sentencia, ni una ejecución.

¿Veis aquellos ganados errantes sin guia ni pastor? Pues jamás se pierden. Muchos desgraciados hay aquí sin tener de que subsistir, y sin embargo no hay miedo de que ninguno mate ningun cordero, ni robe un huevo, ni ordeñe una vaca para prolongar su existencia. Si fuese necesario quitar la vida, se morirían. Esta es una nacion primitiva, la humanidad antes de su caída.

No hice mas que atravesar la capital de Irlanda (1) y fuí á dormir el 14 de agosto en la abadía de *Celbridge* (celda del puente) en casa de sir Enrique Gratham, diputado de la oposicion y amigo íntimo y entusiasta de O'Connell. *Tara* dista poco de *Celbridge*.

Hallé á sir Enrique en medio de su numerosa familia, compuesta de cuatro hijos y seis hijas. Su padre era el célebre Gratham de muy conocida fama (2) su morada era tam-

(1) Un poco antes de Dublin, visité la hermosa residencia de Killakie, perteneciente al hermano del coronel White, que tiene salones de mármol y oro, en los que brillan obras maestras de Italia.

(2) Yo habia estado en Tinnehinch, donde vivió este gran orador. Tinnehinch está cerca de Old-Connaught. Sir Henri Gratham en la primera restauracion habia ido á ver.... la isla de Elba.

bien un sitio célebre: en ella habia vivido el escritor político *Swift*, autor del *Gulliver*, el Boileau de la Gran Bretaña. Me alojaron en el *cuarto del espectro*: quise saber porque tenia este nombre, y me contaron lo siguiente:

Una irlandesa linda y jóven llamada Vanessa habia concebido una viva pasion por Swift; y la abadía de Celbridge era propiedad suya. Swift la hacia allí frecuentes visitas y cada vez que iba á sus encantadores jardines que atraviesan un rio, Vanessa plantaba un laurel: estos forman hoy dia un bosque inmenso; Vanessa se creia amada. Un dia Swift llega á Celbridge, alegre, amable y tierno como de costumbre; pero al separarse de su amiga á la caida del dia la dijo adios con un acento no acostumbrado. El amor se inquieta fácilmente, y la tierna irlandesa presiente un fatal acontecimiento; con efecto, sobre uno de los muebles de su aposento halla una carta con sobre para ella; Swift la ha dejado al partir. Vanessa se apodera de ella y lee estas palabras: *Renuncio á vos, os he dado mi último adios y no nos veremos mas.* Vanessa cae desfallecida, y pocos dias despues su despojo mortal fue depositado bajo el frio musgo del sepulcro.

Swift compró la abadía de Celbridge; pero no se dice si fue para llorar allí á su víctima, ni tampoco se expresa por que fue tan cruel con respecto á ella: solo se sabe que un nuevo amor se apoderó de él, y que se llamaba Stella su adorada. Swift miraba con aversion el matrimonio; pero como Stella no participaba de sus mismas ideas sobre este punto, resistió á sus culpables ardores, y se vió obligado para ser dichoso á conducirla al altar; la sola condicion que puso fue que esta union permaneceria secreta. Stella se estableció en Celbridge, pero no pasando sino por la querida de Swift, y señalada por la opinion pública pasaba allí una triste vida. Una noche dicen que Vanessa se la apareció en el cuarto mismo en que habia recibido el funesto adios de Swift. ¿Qué la queria?... Esto se ignora; pero sus encantadoras facciones desde entonces se alteraron, una

sombría desesperacion se apoderó de ella, su frente se puso pálida, y su gracia, su ingenio y su juventud se desvanecieron poco á poco. — ¿Qué teneis? la preguntaba Swift con inquietud.

— ¿Qué tengo?... que pronto voy á morir, respondia Stella con voz trémula, á menos que no confeseis públicamente nuestro matrimonio. Pero Swift se alejó sin responder.

El mal hacia rápidos progresos, y Stella veia con gusto que llegaba el término de sus padecimientos. Swift, despues de una corta ausencia, la halló un dia de rodillas en su cuarto, y era su figura la de un espectro.

— ¡ Ah! exclamó lleno de espanto, declararé nuestro matrimonio.

— Ya es demasiado tarde, respondió Stella con una dolorosa sonrisa, y con efecto espiró el dia siguiente.

El cielo vengó á las dos víctimas. Swift habia construido un hospital para los locos en Dublin, y sirvió tambien para él, pues se volvió loco tambien. Por esto su nombre no deja de ser inmortal. Tras del escritor desaparece el hombre.

Celbridge tiene una torre gótica adornada de dos estatuas colosales (1), y en ella se halla el cuarto del espectro. Allí pensé tristemente en todo lo que habian sufrido las dos pobres amantes de Swift; no evoqué sus fantasmas, aunque no me hubiera pesado ver á Venessa, y me dormí con esta idea. La hora de los espectros pasó sin que ocurriese nada de particular; pero al romper el dia un ruido extraño me despertó. Eran melodías lejanas.... sonidos de cornetas, flautas y arpas.... ¿ Eran Venessa y Stella, que como verdaderas hijas de Fingal, lamentaban sus males pasados acompañándose con la lira de los antiguos bardos?... ¿ Corrian sus sombras por las nubes?... Poco á poco en los campos del espacio los conciertos se disiparon.... y yo me volví á dormir dulcemente.

(1) Las estatuas representan un antiguo rey de Irlanda y su esposa. Contra la torre hay cuerpos de edificio irregulares, en estilo gótico tambien.

Por la mañana se me explicó todo esto: el concierto de las arpas, flautas y cornetas no habia sido un sueño; pues toda la noche no habian cesado de pasar por los campos músicos que iban al famoso *meeting de Tara*, estos eran los bardos de O'Connell.

— Á las nueve de la mañana estaba yo en la carretela descubierta de sir Enrique Gratham, y nos dirigíamos á *Tara*.

El lugar elegido por O'Connell para la solemnidad del dia era ya por sí solo capaz de mover la imaginacion. La montaña de Tara, celebrada por los historiadores y por los poetas, era la primitiva residencia de los reyes de Irlanda. Allí, segun la tradicion y anales del país, se coronaban los soberanos: la *pedra del Destino* se ve todavía, y sobre esta piedra sagrada se mantenía de pie el monarca, en el momento en que con la mano levantada hácia el cielo, y la frente ceñida de la diadema, juraba consagrar su vida á la felicidad de su pueblo. Ciento cuarenta y dos reyes tomaron allí el cetro desde el primer establecimiento monárquico hasta el año de 561 (1). Un manuscrito irlandés del colegio de la Trinidad en Dublin y algunas otras crónicas atribuyen al hecho siguiente la causa del abandono del palacio y de la montaña de Tara, á mediados del siglo VI (2).

— Habiendo el rey *Dermott* en 468, atacado gravemente en Irlanda la religion y la libertad, San *Vaadan*, uno de los sucesores de san Patricio, lanzó contra él la mas terrible excomunion: maldijo al príncipe y á la montaña, hizo tocar las campanas á muerto y su lengua pronunció estas terribles palabras: « ¡ La maldicion del Señor caiga sobre Tara y sobre su residencia soberana!... ¡ No permita Dios allí mas reyes ni reinas!... ¡ Desaparezcan de aquel sitio las cortes y los palacios! Anatema sobre el rey *Dermott* y su es-

(1) En este número habia 436 paganos y 6 cristianos. El rey LXXV vivia 303 años antes de Jesucristo, y segun la crónica de Offabertg, duró este período 4853 años.

(2) *History of antiquities of Tarahill*. by George Pétric-Esq. En Tara existe aun un molino de agua que data del siglo tercero.

« tirpe, ¡Anatema!... ¡Anatema!... »

La excomunion tuvo su efecto. Dermott huyó y murió; sus sucesores no se atrevieron á habitar en lo sucesivo la montaña maldita, y desde el año de 563, Tara no fue mas que un desierto (1).

Tomas Moore ha cantado á Tara. Un poeta irlandés del siglo décimo, O'Flyan, escribía sus versos, segun lo refiere él mismo, sobre la *pietra sagrada del Destino*. Tara fue tambien el campo de batalla de los rebeldes en 1798. Tara en fin fué en todos tiempos una de las tierras privilegiadas por la fama, en donde se colocaron en Irlanda los grandes acontecimientos de la historia.

Nosotros nos acercábamos á la famosa montaña; un ruido lejano y que iba en aumento se repetía de eco en eco. Todas las casas que se hallan en el camino por donde habia pasado O'Connell estaban cubiertas de laureles, y se habian hecho plegarias públicas por él, desde la aurora, en todas las iglesias católicas de los contornos. Los valles, los montes y las llanuras estaban cubiertas de quinientos ó seiscientos mil hombres, corriendo en tropel y en una especie de delirio al llamamiento de un simple tribuno, que sin ser guerrero ni rey, reunía un solio soberano. Por todas partes se veían arcos de triunfo con el retrato del *Libertador* y con inscripciones de entusiasmo. Banderas de todos colores flotaban en los campos, á lo largo del camino se veían transparentes trepados, con una porcion de alegorías y estas palabras cien veces repetidas: *¡Al libertador de la Irlanda! ¡A la libertad del país! ¡Al libertador rodeado de quinientos mil hombres! ¡A los irlandeses! ¡A la Irlanda! ¡Al grande O'Connell por la vida!* Nosotros avanzábamos penosamente al través de los embarazos de un camino en que los carruajes se contaban por miles, y los individuos por centenares de miles. No obstante, ningun desorden habia en medio de aquellas masas fuera de sí, que se lanzaban

(1) *Book of clonmaenise, translated by connel Geoghegan la 1627.*

hacia O'Connell, como hacia el destino. « ¡La libertad! ¡la libertad! » No habia sangre en aquellos gritos: ni ningun deseo de trastornos; el llamamiento tenia piadosas miras. No era aquello el vociferar de un motin y de las venganzas; eran *hurras* de confianza y de amor. Los rostros no expresaban furoros ni odios, sino esperanzas y amor.

El gran estrado donde O'Connell estaba en la cima de la montaña y la llanura donde habia sido colocado se habia alquilado en doscientas guineas para el *meeting*. Cuarenta orquestas de quince á veinte músicos cada una estaban escalonadas por la montaña y saludaban con sus armonías la llegada del libertador. O'Connell en un carruaje con seis caballos se adelantó en aquel momento seguido procesionalmente de muchos obispos y sacerdotes católicos, de las corporaciones del país con sus banderas y sus divisas, de los diputados de las provincias y de una multitud sin cuento: subió lentamente en medio de las mas ruidosas aclamaciones hacia el lugar en donde debia sentarse. El aire parecia no tener bastante espacio para los transportes y gritos que le llenaban. Carretelas con cuatro caballos y otros carruajes empavesados sobresalian en aquella mar de olas humanas, que se agitaban confusamente en un levantamiento sin revolucion y en un huracan sin tempestad; y O'Connell saludaba á derecha é izquierda con afabilidad y enternecimiento. Su voz fuerte y sonora dirigia á todas partes palabras de reconocimiento á la muchedumbre; llegando así á la cima del monte. Allí estuvo colocada la *pedra del Destino*, la piedra sagrada del país. ¿Hablará O'Connell el lenguaje de un rey? No, porque vaticinará como profeta.

— ¡Irlandeses, esperad aun algun tiempo, y habreis reconquistado vuestros derechos! ¡Tendreis vuestro parlamento en Dublin y volvereis á ser un gran pueblo.

Aclamaciones y frenesíes. O'Connell con la mano levantada hacia el cielo continuó con tono solemne:

— Hoy es el dia 15 de agosto, dia en el que la Madre del Salvador fue arrebatada triunfante á los cielos: como ella y

pronto, vosotros os elevaréis triunfantes hácia la libertad. En semejante aniversario, el lenguaje de la impostura y del error no podria salir de mis labios. Vosotros sereis puestos en libertad: *Dios lo quiere así.*

Así hablaba Pedro el ermitaño anunciando la victoria á los cruzados y prometiendo la Tierra santa y la destruccion de los infieles. ¡Ay de mí! la Tierra santa está aun sin conquistar y los infieles sin ser vencidos.

En frente de la plataforma donde se hallaba O'Connell, se veia la figura del inmortal Osian con el vestido de los tiempos primitivos. El anciano que representaba al bardo de los antiguos tiempos tenia su barba blanca, su túnica oscura y su arpa de oro; sus miradas eran serenas pero penetrantes. Sentado y apoyado en la lira de los cantores de *Morven*, parecia llamar sobre O'Connell las inspiraciones de la gloria y de la libertad: se hubiera dicho que saliendo de entre las nieblas como verdadero hijo de Fingal, dirigia al pueblo estas palabras:

— ¡Salid de la noche de los sepulcros! ¡El palacio de los relámpagos se ha entreabierto! ¡Ese es el rey de los meteoros!

Yo habia llegado á poca distancia de O'Connell; sir Enrique Gratham, uno de los oradores mas amados del país, fue reconocido de repente por la muchedumbre. Cuarenta ó cincuenta mil personas palmoteaban á su paso y yo me hallaba en medio de una ovacion popular. Se hubieran quitado los caballos á nuestro carruaje, si hubiese podido hacerse; pero estábamos presos como entre murallas de hierro. Sir Enrique Gratham de pie en su carretela, con la cabeza descubierta y los ojos llenos de lágrimas saludaba con la voz y con las demostraciones. Nosotros no podíamos adelantar un paso por entre aquellas filas apretadas y ruidosas, en medio de las cuales nuestros caballos estaban medio ahogados. Ni camino ni terreno para adelantar. No se veian mas que cabezas que como olas vivas ondulaban de un horizonte á otro. Sir Enrique Gratham, que debia figu-

rar en el *meeting* al lado del grande hombre de Irlanda, determinó en aquel momento saltar de su carruaje y hacerse conducir por la multitud á donde el libertador le esperaba: yo me ví forzado á seguirle. Esta escena permanecerá eternamente grabada en mi memoria como una de las mas extrañas de mi vida. Yo caminé de mano en mano no sé cuanto tiempo sobre las espaldas, los hombros, la cabeza y los brazos del pueblo. Áturdido por los clamores que salían de aquella agitada y fantástica mar, no comprendia con el entendimiento medio perdido, como podia caminar sobre aquel extraño empedrado; pero yo tenia luz y aire, y dominaba los montes y los hombres. Enrique Gratham estaba triunfante; y oprimido, apretado y encadenado, respiraba la *libertad*. ¡ Independencia, libertad! Este ha sido el clamor de todos los siglos. ¿Será este un sueño eterno?

Al fin llegamos hasta la plataforma de O'Connell. Detrás de él habia un sillón lleno de emblemas y de trofeos; en el cual se leia: *Viva la reina*. Colocado cerca del gran orador, no perdí una sola de sus palabras; y confieso que no le oia sin una viva emocion. Este hombre extraordinario, está dotado de una elocuencia alternativamente austera y jovial, vulgar y poética, medio dulce y medio salvaje, que pasa de lo sombrío á lo risueño, de lo ligero á lo profundo y de lo burlesco á lo sublime, con una claridad de expresiones y un atrevimiento en las imágenes, que hallándose al alcance de todas las inteligencias, hiere y domina á la vez. Desde lo alto de su foro, establecia de tiempo en tiempo entre él y su auditorio un diálogo increíble, compuesto de una sola voz de un lado y mas de sesenta mil por el otro.

— Vosotros me seguireis por todas partes. ¿No es verdad?

— Por todas: ¡ en vida y en muerte!

— ¡ Fuera combates, sangre y rebeliones!

— Fuera.

— ¡ La victoria por medio de la paz!

— Sí, sí.

— Á no ser que nos ataquen; pues en este caso cuento con vosotros.

— ¡ Con nosotros todos !

— ¿ Cuántos sois ?

— Toda la Irlanda.

— ¡ Muy bien !

Es menester haber visto semejantes cuadros para poder formarse de ellos una idea. Allí no eran hechos pequeños, oscuros y preparados á puerta cerrada y con secreto al rededor de la mesa de un consejo de ministros : esta era la historia imponente y latamente escrita á la vista del cielo y al aire libre en la montaña y en medio de todo un pueblo. Allí habia algo semejante á las escenas del monte *Sinai*.

O'Connell prosiguió diciendo estas palabras.

— Nacion valiente : ya sé que no hay una sola mano que permanezca quieta y sin accion, si yo la digo : ¡ Levántate !

— ¡ No, ni una sola, ni una sola !

Y cuatrocientas mil manos se levantaron por encima de doscientas mil cabezas (1).

Trono, altar y gobierno, todo lo consideraba O'Connell á veces con el tono de la burla, otras con el de la inspiracion. Recuerdo estas solemnes palabras.

— Pueblos, ved á Espartero, atacó la libertad, persiguió la religion, se levantó poderoso.... ya no existe.

De la cima del Tara, desde donde la perspectiva es admi-

(1) No se puede imaginar, si no se ha visto, como un orador puede hacerse oír y aplaudir por una reunion de doscientos á trescientos mil hombres; procuraré explicarlo. Si se arroja una piedra en un estanque, forma un círculo, luego dos, tres, cuatro, cinco, etc., hasta un número infinito. Ahora bien, O'Connell habla lentamente y con voz sonora; cada período de su discurso se termina por una frase que le resume; dicha esta se detiene, y el primer círculo formado en su derredor, como la piedra arrojada en el estanque, la escucha, la aplaude y la repite para que la oigan los que estan detrás y mas lejos. Así una especie de telégrafo de voces humanas lleva los pensamientos de O'Connell á quinientas mil almas á la vez con la rapidez de un relámpago, y de un extremo del *meeting* al otro, se ve en un instante escuchado, oído y aplaudido.

rable, se dominan inmensas llanuras, con alturas, valles, colinas y plataformas. Que se figuren aquellas colinas y plataformas, alturas y valles, desde el estrado del Tara hasta el horizonte de Dublin cargado todo de gente hasta perderse de vista, á caballo, á pie ó en coche con banderas, estandartes y banderolas: en una parte, veíanse vendedores de comestibles y tiendas, en otra mástiles empavesados y arcos de triunfo. Sus habitaciones estaban adornadas con guirnaldas y los aires resonaban con las músicas. Nunca habia herido mis ojos un espectáculo tan admirable; y sin embargo, se me ocurría un triste pensamiento en medio de todo aquel desarrollo de popular triunfo y de libertad nacional. Consideraba que todas aquellas palabras de paz y de rompimiento de cadenas preludiaba quizás el huracan y las guerras civiles: y que de los conciertos y las flores podían brotar la matanza y la sangre.

Una niebla espesa se habia levantado en el valle y ya se extendía sobre el *meeting*. Los trofeos, las banderas y los laureles empezaban á ponerse en fuga entre los velos de la atmósfera; pero las músicas y las aclamaciones no continuaban menos por eso, y mas estrepitosas que nunca, bajo las ráfagas de aire y las nubes, no obstante que la naturaleza entera habia tomado una melancólica solemnidad: parecia que queria cambiar el espectáculo en un sueño y los hijos de la libertad en apariciones de Osian. Todo se evaporó poco á poco; todo se desvaneció por grados: la multitud y sus transportes, el campo y sus legiones, la montaña y sus prestigios, el libertador y su trono.... ¡Ah! quizás con ellos la libertad y sus promesas.

O'Connell, levantó la sesión (1), y siempre rodeado de lisonjas, inciensos y fiestas, tomó el camino de *Tara-Hall* vasto castillo perteneciente á Mr. Lynch y situado al pie de la *montaña de los Reyes*. Allí estaba dispuesto bajo una in-

(1) Su discurso habia sido seguido de otros muchos, entre los cuales sir Enrique Gratham se habia hecho reparar particularmente.

mensa tienda de campaña, un banquete de mil á dos mil cubiertos, que debia presidir el *Libertador*. Los comisarios de la fiesta me habian contado en el número de los convidados; se me habia dispuesto un cuarto en el castillo, y me habian prevenido que mi asiento á la mesa seria al lado del ilustre jefe. Fuí á Tara-Hall con sir Enrique Gratham, pues deseaba hablar particularmente á O'Connell; para lo cual entré en el saloncito á donde se habia retirado para descansar de las emociones del dia. La gran sala del castillo estaba llena de gente; pero yo no debia verla hasta mas tarde.

El Libertador no tenia á su lado mas que dos ó tres de sus amigos mas íntimos y la hija de la casa, la linda mis Catalina Lynch: á mí me acogió con muy amable afabilidad, me hizo sentar en su camapé, y así pude observarle con entera libertad.

O'Connell es alto y fornido; parece un atleta de los antiguos tiempos: sus ojos tienen fuego y penetracion, su acento fuerza y causticidad. Se expresa con elegancia y calma y en lo que dice se percibe la conviccion y la buena fe: su gesto tiene frecuentemente dignidad, y aunque hay algo de vulgar en su fisonomía, muestra superioridad su continente. Además tiene todas las buenas calidades y defectos de un tribuno del pueblo; es brusco y meloso, enérgico y flexible, gracioso á veces y á veces sarcástico (1).

Nuestra conversacion fue animada: O'Connell me habló de la reina con el mas profundo respeto, pero de su gobierno con el mas amargo desden.

Wellington nació á seis millas de Tara, me dijo, y este Irlandés no piensa mas que en ser funesto á la Irlanda; pero espero que no lo conseguirá, por lo demás él ha resuelto para mí un problema, probándome que sin verdaderas hazañas y sin un talento superior se puede pasar por grande hombre; cuando favorece la *suerte* y la *casualidad*. En el

(1) Se ha afirmado y escrito que la cabeza de O'Connell despues de la de Napoleon es la mas fuerte y abultada que se conoce.

duro trance de huir en la batalla de Waterloo se halló vencedor con la mayor sorpresa, pues él menos que nadie esperaba vencer.

Intenté hablar á O'Connell de los riesgos de la rebelion y de los peligros á que él mismo se exponia abriendo á otros el palenque de las revueltas.

— Soy enemigo de las sediciones tanto como vos mismo, me contextó; pero tambien me es odiosa la opresion. Yo no trabajo para derribar, sino para dar libertad. Triunfaré por la fuerza de las cosas, por los progresos irresistibles del entendimiento humano, por el soplo de civilizacion que regenera el género humano y por el apoyo de Dios y de la justicia.... No tengo necesidad de guerra.

— Pero pueden atacaros, perseguiros....

— ¡Persecuciones!... que vengan. Con ellas se acrecentará mi poder.

— Pero ¿si sale la espada de la vaina? ¿Si el acero amenaza vuestras cabezas?

— ¡Oh! entonces, si yo digo una palabra, de la noche á la mañana tendré bajo mis banderas quinientos mil hombres, y un millon si es necesario.

— ¿Pero como armariais vuestras tropas?

— Del modo mas fácil: mis soldados quitarian al enemigo sus fusiles y cañones, y el mismo enemigo se pasaria á nosotros con armas y bagajes. Aun así venceria sin combatir.

O'Connell hablaba con el fuego de la persuasion. Este anciano, que, segun dicen, cuenta cerca de setenta y cinco años, tiene aun en las facciones y en el pensamiento la energía de la edad madura.

— Pues sois poeta, continuo, leed los versos que yo componia ayer antes del *meeting* de Tara, y me leyó la estrofa siguiente.

¿Porqué de Erin la noble patria mia
Vengar la afrenta en singular batalla

No me es dado, rompiendo la cadena
 Ignominiosa en que oprimida se halla,
 Y de laurel ceñida la cabeza
 Lllamarla libre y no mirarla esclava?
 ¡O Dios! si llega tan hermoso día
 Mi anhelante ambicion será colmada
 Y un sepulcro tranquilo en recompensa.
 Pediré al suelo de mi amada patria.

— Quisiera tener estos versos, dije al orador poeta.

— Voy á daros una copia escrita de mi mano; me contestó sonriéndose, y me los copió inmediatamente, con estas palabras por cabecera:

Escritos para el señor Vizconde de Arlincourt. ¡Curioso autógrafo, recibido en Tara-Hall, al pie de la Montaña Sagrada, cerca de la piedra del Destino, y del mismo Libertador.

O'Connell insistió para que yo comiese con él, pero aunque me hubiera sido muy agradable por lo curioso el asistir al banquete de Tara, creí deber abstenerme de ello. Yo sabia que se propondrian numerosos *toast* (brindis), que muchos de ellos podrian ser de una temible energía; y no queriendo, ni rehusarlos, ni aplaudirlos, lo mas prudente en mi posicion era el no escucharlos. Á mí no me competia el tomar papel en aquella escena, y por poético que pudiese ser el espectáculo, me ví forzado á renunciar á él.

— Al ponerse el sol dejé á Tara-Hall, y en el momento en que el Libertador iba á presidir el *meeting*. La graciosa hija del castillo me hizo servir una comida aparte con una bondad llena de encanto. Un caballo se mandó poner por ella á uno de sus carruajes, y gracias á su bondad me fue posible emprender mi camino. Miss Lynch, de edad de diez y siete años, sola en el castillo, privada de su madre y con su padre enfermo en Dublin, se hallaba allí ama de casa en medio de los embarazos, del tumulto y de la confusion. Su suave tranquilidad y sus atenciones llenas de delicadeza sobresalian del modo mas admirable en medio de las agitaciones y de los clamores y de la confusion y desórden era la asis-

tencia de un ángel, al lado de las conmociones de un vol-
can.

Lleno de las emociones que había experimentado en *Tara*, recordaba á lo largo del camino los versos del poeta Tomás Moore sobre esta célebre montaña, y me entretenía en traducirlos.

Arpa que en otro tiempo

De Tara los salones

Llenabas de armonía

Y de nobles canciones,

Al muro suspendida

Y mudos ya tus sonos

Muerta estás cual el brillo

De elevadas acciones

Que hacian el orgullo

De tus nobles varones ;

Que su memoria al menos

Haga los corazones

Latir que de irlandeses

Quieran tener el nombre.

Arpa de Tara, callas ;

Fria como del Norte

El hielo, ó solo quejas

Llorosas se te oyen :

La libertad te imita ;

Mas quizá entre la noche

Que con sus sombras cubre

Un pueblo de dolores,

Alza la frente airada,

Despierta á los clamores

Que de despecho exhalan

Los tristes corazones..

V.

Fui á dormir á *Drogheda*. La fonda principal de esta ciudad estaba llena de gente (1) y no me costó poco trabajo el poder alojarme en ella. Volvia presurosa la gente de la célebre asamblea de Tara, y todas las cabezas estaban en una efervescencia suma. Lleno del deseo de oír los discursos y las opiniones de cada uno, bajé á la gran sala del establecimiento, y me mezclé á los grupos que en ella habia. ¡Qué lenguajes tan diferentes! ¡qué sentimientos tan opuestos! Yo recogí lo mas notable.

— ¡Qué dia este para la Irlanda! decian unos; ¡qué gloria para el Libertador es esta reunion de sentimientos á ochocientos mil hombres sobre la montaña de Tara!!! (2)

— ¡Ochocientos mil hombres! mentira: apuesto que no habia mas de doscientos mil.

— Yo por el contrario apuesto que habia un millon.

— ¡Exajeracion ridícula! ¡Además, cuántas mugeres y niños!...

— Almas son como las demas: ¿acaso no son nada las mugeres y los niños?

(1) Aquí quiero notar como cosa digna de atencion la extremada belleza de las mugeres irlandesas; pero ya es sabida como cosa proverbial su hermosura.

(2) Segun lo dicho por el mismo fiscal en el famoso proceso contra O'Connell: *Treinta y siete meetings han reunido al rededor del grande Agitador seis millones cuatrocientos mil hombres.*

— Nada como cosas políticas.

— Vamos pues, esto es tambien lo que forma el país.

— Señores, yo miro el *meeting* de hoy como uno de los principales acontecimientos de nuestra época: O'Connell ha hablado cerca de la *piedra del Destino*, y como el *Destino* mismo. Se hubiera dicho que era uno de nuestros primeros reyes cuando los coronaban en Tara y juraban vivir y morir por la Irlanda. Pero el Libertador, mas que una corona sobre la cabeza, tenia toda una nacion á sus pies.

— Pero lo que se busca es el poder. El demócrata hace lo mismo que el príncipe cuando busca un lugar para coronar el triunfo de la revolucion, pues allí se coloca sobre un trono.

— ¡Calumnia de los enemigos del pueblo! El *meeting* de Tara es el principio de una era de reparacion para el reino. Londres estará lleno de terror. ¡Se vió nunca espectáculo mas imponente, mas solemne, ni mas sublime!... O'Connell salvará á la Irlanda. ¡Qué energía! ¡qué elocuencia! ¡qué ardor! Tenia....

— Frio, porque mientras se acaloraba hablando han tenido que echarle un gaban sobre los hombros y preservarle del viento. Hablais de cuadro sublime: ¿habeis reparado la figura que hacia Osian cuando ha empezado á llover? En primer lugar ha tenido miedo de que la humedad no desdorase su arpa y la ha cubierto de trapos; despues temiendo acatarrarse ha procurado ponerse al abrigo de la lluvia. ¡Quién pensara que el hijo de Fingal tuviese miedo de las nieblas, ni que Osian llevase paraguas!!!...

— Esas son charlatanerías insignificantes.

— ¡Tened cuidado! ¡amigos de O'Connell! pocos reformadores conocen el camino que abren; y pocos dejando apercibir el punto que los termina, señalan el término á donde se encaminan.

— El camino y su término son conocidos. O'Connell, el primer patriota de nuestro siglo, quiere para nosotros la libertad y la justicia.

— Lo que quiere es poder y oro. ¡Patriota! Señores, yo no daré jamás este nombre sino á aquel que sacrifica su fortuna y su vida por su país, y el gran Agitador sacrifica al contrario su país á su fortuna; y exponiendo la vida de los otros, no aventura nunca la suya. ¿Se necesita la prueba de esto? Escuchad: él se hace pagar puntualmente ciento y á veces doscientas guineas por semana, para repartir al pueblo una porcion de falsas promesas, á las cuales él cree menos que nadie: aparta al pueblo de sus trabajos para llenarle el espíritu de las mas locas extravagancias: él le dice: *¡Nada de combates ni de guerra!* ¿Porqué? porque es demasiado cobarde para blandir una espada; le grita *¡Venid á escucharme!* ¿Porqué? porque esto le produce de cien mil á doscientos mil francos por mes, de los cuales no da cuenta á nadie. Esto es magnífico y grande.... para el célebre engañador de la Irlanda.

— ¡Infamias! ¡atroces mentiras! El Libertador, señores, ha sacrificado su posición, su reposo su fortuna y hasta su existencia á sus generosas convicciones. Jurisconsulto afamado, ganaba anualmente mas de diez mil libras esterlinas en su estudio, y ha abandonado sus lucrativas ocupaciones para consagrarse enteramente á la Irlanda. *Si recibe sumas enormes*, este dinero, empleado en parte para obras patrióticas y en construcciones nacionales, está consagrado por otra á sostener el clero, á aliviar al desgraciado y defender al oprimido. Su desinterés iguala á su valor: á su valor, por mas que diga la envidia; él todos los dias compromete su vida y su libertad con heroismo. Mañana puede ser arrestado, perseguido, juzgado y condenado: él lo sabe; ¿pero se inquieta por eso?... ¿camina con paso menos firme?

— Porque cuenta con su astucia, representando el papel de profeta y de santo, seguido de un capellan hipócrita y comulgando todas las semanas. Es el hombre mas taimado que pueda hallarse.

— El hombre de mayor fe.

Colíjase de esto en que estado se hallarian los espíritus: yo veia el momento en que una lucha terrible iba á emprenderse entre ambos partidos. Los apóstrofes, los murmullos y las amenazas, se sucedian con impetuosidad. Yo me acerqué á un irlandés y le pregunté.

— ¿Es cierto que O'Connell recibe una retribucion de su país?... La contestacion fue pronta y brusca.

— ¡Y porqué no! Dígame V., porque no se le ha de dar? El oro está en su lugar hallándose á los pies de la gloria. ¿Se degrada á los soberanos señalándoles la renta para sus gastos? O'Connell es mas que el jefe de Irlanda, siendo su luz y su salvacion. El Libertador, despues de Napoleon, es el personaje mas grande de los tiempos modernos.

Una estrepitosa carcajada. ¿Iba á suscitar una nueva tempestad? Un jóven francés, en el cual habia yo ya reparado en la asamblea por su gallarda figura y distinguidos modales, se levantó furioso del sitio en donde estaba sentado, y yo creí que iba á arrojarse contra el enemigo de O'Connell. Todos le hicieron lugar en esta persuasion, y no dudé fuese del número de los franceses que segun decian habian ido secretamente á las costas de Erin para ayudar á la libertad de la nacion. Nada de esto, pasando cerca del que acababa de insultar al libertador con su carcajada, ni siquiera levantó los ojos hácia él y se salió de la sala con celeridad.

Esto me llamó tanto la atencion, que le seguí con sorpresa; las facciones de aquel jóven, aunque no carecian de afabilidad, tenian la expresion de la tristeza y del extravío. Su rostro era el de un héroe de novela; pero sin duda viajaba por su salud, pues estaba acompañado de un médico. Presintiendo alguna historia singular con respecto á él seguí sus pasos con la esperanza de saberla. La casualidad me sirvió á pedir de boca; pues habiéndome colocado en el comedor de la posada en la mesa á donde él tambien se habia puesto á comer, en calidad de compatriota entablé con él conversacion.

— ¿Venís, le dije, del meeting de Tara? ¿Cómo le habeis hallado?

—No sé que deciros, porque estando malo esta mañana, apenas he mirado, y he visto muy poco.

—Habeis oido á O'Connell.

—No me he acercado á él: la confusion me da miedo en el estado de salud en que me hallo.

—¿Y qué pensais del grande Agitador?

—¿Yo? nada absolutamente: ¿qué me importa á mi esto? Tara no me ha divertido.

Yo me habia engañado tan completamente en mis ideas con respeto á las opiniones políticas de aquel jóven, que me dió una gran gana de reir. Mi desconocido lo notó, y con aire indignado alejó su silla de la mia. Yo cambié al instante de conversacion.

—¿Estais enfermo? continué, nadie lo diria al veros, vuestro rostro tiene toda la frescura de la juventud.

—El señor está no obstante cambiado: ¡si casi da miedo! interrumpió el médico haciéndome señas que no comprendí.

—Ya sé cuan horrible me he puesto, añadió mi desconocido mirándome con la expresion de una persona á quien se acaba de ofender gravemente. Además de que á mí no me pesa esto; me ha costado demasiado el tener una figura agradable, á Dios gracias ya no queda nada de lo que fue.

Confieso que no pude menos de dar una carcajada; pero el jóven fuera de sí, se levantó con precipitacion, y con el furor pintado en el semblante, iba á pedirme cuenta sin duda del ultraje, cuando el médico se colocó entre los dos y me dirigió en voz baja estas palabras.

—¡Marchaos, caballero! marchaos por piedad: ¿no veis que vuestro desgraciado compatriota tiene la cabeza trastornada?

Obedecí y me retiré; pero algunos minutos despues el médico vino á buscarme.

—Caballero, me dijo, he preguntado vuestro nombre y habiéndomelo dicho, os voy á dar explicaciones sobre lo que acaba de ocurrir.... Pero antes de todo, prometedme que si alguna vez referís esta singular historia que vais á oir,

ocultaréis los nombres verdaderos.

— Os lo prometo.

— Pues bien, vais á saber lo que trastorna la razon de mi pobre enfermo ; la relacion de sus aventuras es tan inverosímil que quedareis confundido, á pesar de ser muy ciertas, y comprendereis despues porque se pone fuera de sí cuando llega á sus oidos una carcajada. Es muy digno de lástima, escuchad:

La carcajada.

Adolfo de Besville (1) tenia diez y ocho años, y aturdido como se es generalmente á esta edad no soñaba mas que amor y placeres ; habia estudiado poco, no habia aprendido gran cosa, y miraba con horror toda especie de lecciones. Ya sé, decia, para que sirven las máquinas industriales que llaman *mecánicas*, pero jamás he podido comprender lo que pueden tener de útiles las máquinas morales que llaman *doctrinas*.

Con semejantes ideas, Adolfo debia llegar tarde ó temprano á alguna fatal desventura, no creyendo en los chascos que se reciben y no ateniéndose á regla alguna. En la primavera de la vida, marineros novicios, nos arrojamos mas ó menos en el océano del mundo, vogando hácia quiméricas felicidades y cortando el cable alegremente sin percibir ningun escollo; y con la vista fija en los celajes gritamos: *Ya llegamos á puerto*, cuando con frecuencia *¡no hay puerto para nosotros!*

— Adolfo tenia una muy linda figura ; y un gran número de

(1) Este no es su nombre verdadero, así como no lo son los demas que siguen.

buenas fortunas le hacian insoportable. No podia figurarse que los ojos de una mujer se fijasen en él sin que el corazón no la palpitase, y se creia al mismo tiempo habilísimo en punto á intrigas amorosas. Sin embargo, nada hay mas á propósito para ser engañado uno mismo que el creerse mas astuto que los demás.

El alma casta es en la tierra por virtud, lo que el ángel en el cielo por naturaleza, hay mas felicidad en la condicion del último; ¿pero, no se halla mas mérito en la de la otra?... Adolfo hubiera mirado tales definiciones como absurdas, y un paralelo semejante como ridículo, así no creia en la posibilidad de hallar almas castas, y en cuanto á los ángeles, á los cuales se dirigia, no le gustaba de ellos mas que.... las caidas.

El afan de viajar era una de las pasiones de Adolfo, y hacia lista de sus galantes aventuras, pues pretendia hacerse adorar en las cuatro partes del mundo. Despues de haber dejado la Alemania, en donde, segun él, numerosas víctimas habian quedado llorándole, fijóse en Venecia.

Florella Marinelli, de origen español, era una de las célebres bellezas de aquella ciudad; Adolfo se hizo presentar á ella, y apasionado inmediatamente de sus encantos, puso atrevidamente en uso todas sus ordinarias seducciones.

— ¡Ah! le decia Florella conmovida con sus discursos, mas fácil es decir que se ama, que no amar.

— No, la replicaba Adolfo: á vuestro lado sucede lo contrario: mas fácil es amar que decirlo.

Por desgracia Florella tenia por marido al mas terrible y sobre todo el mas extravagante de los hombres. Marinelli, de edad avanzada, tenia tambien un hijo de su primer matrimonio que viajaba en país extranjero. Florella llena á veces de un temblor involuntario, cuando Adolfo estaba á su lado, le referia los rasgos de zelos y de crueldad de su marido en términos de erizar los cabellos; pero Adolfo la oia con aire tranquilo, y con el peligro su amor se acrecentaba.

Una tarde el jóven seductor estaba al lado de la bella ve-

neciana , y esta le hablaba de un hermano suyo del cual le encarecia la ternura y el interés por ella.

— ¡ Me creereis ! la decia Adolfo , si os digo que tengo envidia á cuanto os es querido ; á veces siento no saber amaros bastante , y no obstante os amo con todo el poder de mi alma.

— Decid mas bien con toda la fuerza de vuestros deseos.

— Florella , esto es juzgarme mal. En un verdadero amor hasta los sentidos mismos pertenecen al corazon , su fogsidad es su lenguaje , y su delirio no es mas que la expresion mas alta de esta pasion que las palabras no bastan á expresar.

Adolfo pronunciaba estas frases con un calor que entusiasmaba. ¿ Debia creerlas Florella ? Él las habia dicho á otras muchas.

En esto la puerta se abre con violencia.

— ¡ Soy perdida ! exclama Florella.

Marinelli se presenta y se dirige á Adolfo , sus cejas estaban fuertemente contraidas y la ironía y el furor se pintaban en su rostro. En la mano tenia una pistola.

— ¡ Mr. de Besville , dice el veneciano , vos traiais aquí el amor , y yo os traigo la muerte.

Al oir esto Florella cae desfallecida.

— ¡ Salgamos de aquí ! responde Adolfo , ¿ qué armas elegís ?

— ¿ Un desafío ? No lo espereis responde Marinelli con un desprecio implacable y armando su pistola : al bandido á quien se sorprende , se le mata sin batirse con él.

— Caballero , contesta el amante indignado , yo soy un gentilhombre francés.

— ¡ Qué me importa ! ¿ Tengo necesidad para levantaros la tapa de los sesos de saber antes si teneis ó no nobles antepasados ? Un salteador *noble* tiene una infamia de mas.

— ¡ Cobarde asesino !

— ¡ Pocas palabras ! ¿ Creeis en otra vida ?

— Sin duda.

— En este caso , haced vuestro último acto de contricion.

Florella dió en esto un grito doloroso.

— Pronto estoy á morir, respondió Adolfo con tono firme; pero no me asesineis delante de ella.

— Fatuo presuntuoso. ¿Te imaginas que ella se morirá por eso? Ella te sobrevivirá, está tranquilo; pero voy á cumplir tu último deseo. Pasemos á la pieza inmediata.

El veneciano con una bárbara risa sardónica indica con el dedo una puerta en el fondo del cuarto al jóven francés, que se dirige á ella, y pronto un solo tabique le separa de Florella. Marinelli levanta su arma y va á tirar.

— Estamos demasiado cerca, le dice Adolfo, vuestra mujer va á oír el tiro.

— ¿Y podrá volverse loca? ¿no es verdad mi bello *gentilhombre*?

— Asesinadme sin ruido, vil burlon.

— ¡Asesinar!... tu idea es buena.

Marinelli arroja á un lado su pistola.

— Yo habia previsto el caso, prosigue, en el cual sea de un modo, sea de otro, me veria en la imposibilidad de hacer fuego sobre tí, y mis medidas están bien tomadas. Tú no morirás á mis manos. Sal de aquí, vete; dos matones te esperan en la galería que tienes que atravesar, y en la cual no te escaparás de sus puñales. ¿Tu cobardía tendrá aun algunas observaciones que hacer sobre esto?... Vamos á ver: tengo harta paciencia.

— No quiero responderte, le dice Adolfo; pero tienes un hijo, y solo deseo que en otras partes sea tratado como yo lo soy aquí. Los asesinos me esperan. Adios.

Adolfo se halla en poder de un hombre sin piedad: ¿de qué le servirá luchar ahora contra su muerte?... Pero al menos morirá con valor. Con la cabeza erguida y el paso firme marcha hácia la galería, en la cual estaban apostados los asesinos; estos al ver á su víctima salen lentamente á su encuentro desde la extremidad opuesta de la galería: la talla de aquellos hombres es atlética; luchar contra ellos no serviria más que á prolongar el suplicio, porque el francés

está sin armas y ellos tienen en la mano sus puñales. Adolfo los mira y no retrocede.

— No tengo mas que un minuto de vida, se decia calculando la distancia que le separaba aun de sus asesinos; mientras estos sin apresurar el paso, le examinan con una fria indiferencia; caminan al crimen sin turbacion, y le darán la muerte sin piedad; ya han andado mas de la mitad de la galería.

— ¡Cinco ó seis segundos aun!... se decia el jóven á sí mismo. Despues, cerrando los ojos añadió:

— Ya no mas que uno. ¡Perdonadme! ¡Dios mio! último grito del alma cristiana.

Los matones le asen cada uno por una mano, levantan en el aire sus puñales Adolfo; aguarda el golpe mortal. La muerte es cierta. Oyese una carcajada, y Marinelli está delante de él.

— Tú has dado pruebas de valor, le dice con voz feroz, pero que esto te sirva de leccion. ¡Ojalá que mi hijo, segun tú deseo, sea tratado en donde está, como tú lo eres aquí! Si mi inclinacion me hace cruel, mi naturaleza es ser extravagante; te has escapado de mis puñales como mi mujer de tu amor: por milagro ó por dicha, no importa por cual de las dos cosas. Matones, retirad vuestros puñales y acompañad á ese *gentilhombre* á la calle.

La voluntad del dueño fue al momento ejecutada; y echado vergonzosamente de la casa de Florella, Adolfo se volvió exasperado á la suya. Mil proyectos de venganza hierven en su alma, y á la mañana siguiente corre bien prevenido á casa de Marinelli; pero el celoso veneciano ha marchado durante la noche con su mujer para un largo viaje; quizás estará ausente años enteros á lo que le aseguran. ¿Pero á dónde ha ido? Esto se ignora, y en vano Adolfo buscaria sus huellas. En este desdichado asunto nada hay que no sea vergonzoso, no habiendo hallado ni amor, ni muerte, ni venganza.

— Adolfo deja la Italia y yuelve á Francia, su habitual fatui-

dad no le habia abandonado aun , pero habia sufrido modificaciones, y no tenia ya la misma seguridad al lado de la belleza ; hasta le daban á veces ideas de misantropía que le inspiraban el descontento de la sociedad y de sí mismo ; entonces su pensamiento se extraviaba en lo vago de los sueños románticos, y se decia á sí mismo :

— ¡Quiero huir de los hombres ! ¿ Pero andar por las rocas, meditar al borde de las aguas, errar en la profundidad de los bosques, ¿ es estar solo ? Sí, pero vale mas vivir con amigos y conversar con la naturaleza formando así la verdadera sociedad. El mundo, esta muchedumbre de adúladores y de perversos entre los cuales uno es huésped y pasa fastidiado de las cosas de la tierra y apenas apercibido, forma la soledad verdadera.

No obstante, á pesar de estas profundas reflexiones, no por eso continuaba menos lanzándose en París en medio del torbellino social. Una viuda jóven, la marquesa de Miralle, pareció fijar su atención en él, que al momento volvió á las andadas, y no tardó en dirigirla, como á tantas otras, una porcion de chicoleos de este género : *Vuestros ojos son mi luz: vuestro aliento mi vida.* Pero la marquesa le interrumpia cuando hablaba de esta manera, y le contestaba riéndose á carcajadas.

— Yo no puedo sufrir las palabras enfáticas ni los arrebatos mentales.

— ¿ Pues porqué, replica Adolfo, os dejais rodear de adoradores ?

— ¡ De adoradores ! repetia la marquesa con un nuevo acceso de risa ; yo no veo en esto nada de peligroso. ¡ Acaso esta especie de gentes ama !

Pasaron algunos meses, y Adolfo empezó á notar que la hermosa viuda habia perdido gradualmente su jovialidad y que le miraba con mas interés que de costumbre ; el presuntuoso jóven no dejó de atribuir esto á un amor naciente y contenido ; y resolvió renunciar á toda expresion apasionada, de suerte que no la hablaba ya de su llama, ni que-

ria ser para ella, según decía, sino un hermano afectuoso y un amigo decidido. ¿La marquesa lo creía así? El esperaba lo contrario, y creía que su estratagemma había de tener buen resultado, y que cada día *el amigo* hacía progresos como *amante*. Las mujeres, se decía á sí mismo, son como la sombra, si corremos tras ellas huyen, si las huimos nos siguen.

— Madama de Miralle había llegado ya hablarle con franqueza y confianza, no gastaba chanzonetas ni bromas, y tenía secretos que á veces parecía dispuesta á confiarle.

— Estos *secretos* se decía él, bien los conozco: es que me adora.

Una mañana Adolfo estaba solo con la hermosa viuda.

— ¡Mr. de Besville! le dijo la marquesa con emoción, confío en vuestro interés por mí... y pienso poder contar con vos: ¿no es verdad?

— ¡Señora, disponed de mí! replicó Adolfo con tono calmado, poned mi amistad á prueba.

— Pues bien, mañana me iréis á buscar á mi castiño de Milforton, que está á quince leguas de París: entraréis por la puerta del parque. ¡Pero silencio y secreto!

Adolfo, aunque fuera de sí de contento, reprime sus transportes; pero su tranquilidad es la de un triunfador.

— Mañana, responde, estaré.... iba á decir *á vuestros pies*, pero solo dijo *á vuestras órdenes*....

¡Cuán largo le parece el día!... La hora de la cita se acerca, Adolfo se adorna con esmero, y mirándose en un espejo, exclama:

— En efecto ella tiene ojos, y esto no podía acabar de otro modo. Al caer el día se hallaba á la puerta pequeña del parque de Milforton. Un anciano conserje le esperaba allí con una linterna en la mano. El tiempo estaba oscuro y lluvioso y el viento soplaba con furia; pero Adolfo sigue á su guía con una deliciosa palpitation del corazón: el viento, las tinieblas y el misterio, todo parecía no estar allí sino para dar un encanto de mas á la cita del amor: sube por una escalera secreta y llega á un especie de oratorio. ¿Qué es lo

que ve?... A la marquesa de Miralle brillantemente vestida de novia.... pero sola, pálida y trémula.

— ¡Ah! bendito sea Dios, dice, me habeis cumplido vuestra palabra, amigo verdadero y afectuoso, voy á rebelaros todos mis secretos.... Un sacerdote me esperá al pie del altar.

— ¡Un sacerdote!... interrumpe Adolfo poniéndose pálido. ¡Un casamiento! y esta noche....

Besville era uno de aquellos adorables elegantes que se sacrifican hasta amar, pero que no se comprometen hasta llegar á casarse.

— Sí, amigo mio, prosigue la viuda, estoy resuelta á contraer nuevos lazos; pero poderosas razones de familia me obligan á un matrimonio clandestino....en la capilla del castillo.... ¿Pero qué veo?... ¡Qué miradas tan turbadas!...

— Yo.... tartamudea el seductor.... es que estando poco preparado, lo confieso....

— Es verdad, interrumpe la marquesa, yo hubiera debido preveniros con anticipacion, pero no he tenido valor para ello....y además estaba de antemano tan segura de vuestro completo interés por mí. ¡Me habré engañado, Adolfo!

— No, ciertamente, no, señora.... No obstante, una decision tan repentina, tan imprevista.... exige alguna reflexion.

— ¡Es imposible! nos esperan.

— ¿Y las formalidades?

— Se han llenado.

Adolfo retrocedió asustado.

— Semejante amor, se decia á sí mismo, es un frenesí, es un delirio. No obstante su amor propio, en medio del desórden de su situacion, se hallaba excesivamente lisonjeado.

En aquel momento se oyen pasos por la parte de fuera.

— Vienen á buscarnos, dice la viuda; son tres y el primero de ellos....

— ¿Quién es?

— Mi futuro esposo.

— ¡Vuestro esposo! repite Adolfo fuera de sí. ¿Con qué me habeis elegido?...

— Por testigo.

La marquesa al pronunciar estas palabras sale del aposento con paso apresurado; el que va á casarse con ella la da la mano y otros tres testigos la siguen. Adolfo, confuso y aterrado, ve que se ha llevado en aquella escena extraordinaria el mas atroz de los chascos. Ya están en la santa capilla; pero el recinto poco iluminado no le permita distinguir las facciones de las otras tres personas que asisten con él á la ceremonia. No obstante, se arrodilla en un rincón, y no sabiendo ni que aire tomar ni que palabras decir, junta las manos y finge estar haciendo oracion.

— ¡Arturo de Marinelli! dice el sacerdote, ¿tomais por legítima esposa...? etc.

— ¡Arturo de Marinelli! dice Adolfo en voz baja y conteniendo un gemido, ¿el hijo del marido de Florella?... y en aquel momento cree oír una carcajada.... ¡Ah! sí, una carcajada semejante á la que resonó en la escena de los matones. ¿Estaría allí el padre de Arturo?...

Besville, llena el alma de rabia, se guarda bien de dar un escándalo, pues seria ponerse aun mas en ridículo. La ceremonia se acaba, firma el acta matrimonial, y mientras la marquesa le da las mas expresivas gracias, él la escucha sin responderla. Sus miradas buscan en vano entre los asistentes el que se habia reído durante la celebracion del matrimonio: uno de los testigos habia salido.

La marquesa y su nuevo esposo se retiran; pero Adolfo, aunque tiene su cuarto preparado en el castillo, no irá á descansar en él, pues lleno de despecho huye para siempre de Milforton.

Besville habia perdido su antigua alegría. Desesperado del amor, se habia querido dedicar á la piedad. Procurando dar un nuevo pábulo al fuego de su juventud, habia pensado emprender un viaje á Judea. Pero ya no se hacen pe-

regrinaciones allá como en tiempo de las cruzadas, las luces divinas, decia Adolfo, se extinguen; se extiende sobre Israel un gran silencio y una opaca noche. Vamos, pues, al país de los Zegríes y de los Abencerrajes; allí donde hay ahora guerras civiles debe haber creencias, y yo las necesito, sean las que fueren.

Consecuente á esto, Adolfo se dirige á España y en su frontera por el lado del norte halla una familia española que regresaba á sus hogares; la casualidad le hace entablar conocimiento con ella, y se hace su amigo íntimo. Esta familia se componia de un padre, de una madre, de una hija y de un primo de esta. El padre, don Manuel de Cordomas, era un anciano muy rollizo que siempre se creia enfermo, sin que nadie pudiese probarle lo contrario: la madre creia haber sido bonita y haber permanecido discreta, lo que era una continuacion de ilusiones. En cuanto al primo, don Jorge de Salvador, reíase de todo, cantaba á cada instante y de todo se burlaba. Incrédulo y revolucionario, no queria ni trono ni altar; pero los suyos dejando aparte estos pequeños defectos le tenian por el hombre mas honrado del mundo.

Queda que pintar á la jóven que se llamaba Dolorcitas, la cual era un modelo de candor, de elegancia y de gracias; Adolfo se habia prendado de ella.

En las costas de Vizcaya y en una pequeña villa donde don Manuel se habia detenido para ver algunos miembros de su familia, se hallaba una noche Adolfo con sus nuevos amigos en medio de una numerosa reunion.

— Soberbia fruta, dijo don Jorge Salvador durante la cena y tomando de encima de la mesa una manzana: Mr. Adolfo, á la mas bella.

Besville, tan vivo como aturdido, se la presentó á Dolorcitas.

— Muy bien, dijo el primo; pero ahora, vos que teneis una hermosa voz y que habeis recorrido la Italia, cantadnos algun aire de *bravura*, ó alguna *barcarola* de *Venecia*!

Adolfo se estremeció y púsose pálido. ¿Había alguna segunda intencion de parte de Jorge?... Aleja esta idea; pero se queda cortado, y no se le puede hacer cantar.

Dábase un baile de máscaras en una de las casas principales, y D. Jorge previno un día antes á Adolfo cuando se iba á levantar de la cama, diciéndole con un afectuoso tono de confianza: Mi prima, querido amigo, te ama decididamente, yo la he arrancado esta confesion.

— ¡De veras!....

— ¡Hay, Dios mio! ella misma te lo dirá si te hallas solo con ella.

— ¿Lo crees así?...

— ¡Caramba estoy seguro de ello! Vamos dejémonos de inútiles rodeos. Dolorcitas, cuya confianza poseo desde la infancia, me ha descubierto su corazón con franqueza. Además tú sabrás que ella desea vivamente verte sin testigos, saber de tí tus verdaderos sentimientos hácia ella, y asegurarse en fin de que la amas.

— ¡Ah! ¡con delirio y por toda la vida! replica el crédulo Adolfo; ¿pero cómo podré tener una cita con ella?

— Es lo mas fácil del mundo: en el baile de máscaras de mañana al cual has sido convidado: para ello toma un vestido de pastor y ten en la mano una manzana mi prima tendrá un vestido de *gitana*, y tocará las castañuelas, síguela sal, del tropel con ella y.... aprovecha la ocasion.

— ¿No mas que esto?... Está convenido.

— Sí, silencio y discrecion.

Adolfo no tiene la menor duda de que ha trastornado el juicio de Dolorcitas y sueña las delicias del paraíso; pónese el vestido mas elegante que pensar pudiera un pastor del Tajo (visto en el teatro), todo lleno de cintas y de flores, y con este disfraz sale en busca de su *gitana*. Las salas de la casa donde se daba el baile estaban llenas de gente, pero á poco se le acerca una mujer con vestido de gitana que lleva en las manos un par de castañuelas.

— ¿Para quien es la manzana? le dice ella.

— Para la *mas hermosa*, la contesta Adolfo.

La présaga de buena ventura huye, y atravesando la muchedumbre, llega al salon mas apartado, en donde por una puerta falsa sale furtivamente, y se dirige á un paraje oculto, donde ningun ruido se oye y á donde entra seguida de cerca por Adolfo, que embriagado de amor y de gozo atraviesa un corredor oscuro y prolongado que le conduce á una pieza apenas alumbrada por una pálida bugía: por fin los dos amantes se hallan solos.

— ¡Oh Dolorcitas! exclama Adolfo cayendo á sus pies: ¡quitaos esa máscara que me oculta vuestras facciones!.... Mi corazon al fin puede apresurarse....

Mas bajo.... mas bajo.... le interrumpe la gitana con voz apenas inteligible; quizás nos siguen, escuchad.... yo tiemblo.

Al decir esto, tomando la luz como para irse, la deja caer, y los rodea una completa oscuridad; escuchan y reina un silencio profundo. Esta oscuridad era como un velo de amor, y aquel silencio un incitador de ardientes deseos; la española se hallaba entre los brazos de su amante, que la estrechaba contra su corazon, la quitaba la máscara y besaba sus labios con delirio creyéndose el mas dichoso de los mortales.... Pero ¡oh catástrofe inesperada! la mas estrepitosa carcajada, una risa á lo *Marinelli*, una *carcajada infernal*, se deja oir. Una puerta se abre, por ella salen torrentes de luz, y muchos jóvenes, á cuya cabeza se hallaba Jorge Salvador, se precipitan hácia Adolfo.

— ¡Admirable! ¡prodigioso! exclaman con algazara ¡qué conquista y qué heroismo!

Besville espantado, mira.... y se queda mudo de horror y de vergüenza. Entre sus brazos se halla una criatura de la mas soez y baja especie, con las facciones horribles, ajadas y lívidas.... en fin una de las mas viles y despreciables prostitutas.

Las pullas mas burlonas y las risas mas ultrajantes se su-

ceden en derredor de Adolfo, que echando fuego por los ojos y con la desesperacion en el alma, se arroja sobre el primo de Dolorcitas, que disfrazado de Hércules y con una maza en la mano le dirige estas palabras burlonas.

— Pastor *Páris* ¡qué Venus!

— ¡Cobarde! le dice Adolfo fuera de sí, esta es una infame traicion, que vengará tu muerte ó la mia.

— La maza rompe fácilmente el cayado, responde friamente Salvador, y sea casualidad, poca maña ó premeditado intento, la clava del arrogante Alcides cae sobre la frente del desgraciado *Páris*, y este derribado por el suelo, aturrido del golpe y casi inanimado, no pierde con todo el conocimiento, vé y escucha. El primo de Dolorcitas, fingiendo estar sentidísimo de las trágicas consecuencias de lo que llamaba una broma de jóvenes, se habia inclinado no obstante hácia Adolfo y le decia al oido estas palabras:

— Yo soy el hermano de Florella Marinelli: mi hermana ha sido víctima tuya y ha muerto: ¡maldicion caiga sobre tí!

Muchas horas trascurrieron hasta que volviendo Adolfo de un adormecimiento letárgico abrió los ojos.... y se halló en alta mar en un barquichuelo y sobre las costas de Vizcaya; iba aun vestido de pastor con su cayado y sus flores, su cesta y sus cintas, y cuatro marineros conducian el barco, la manzana de *Páris* está á sus pies, y un papel que le habian puesto en la mano contenia estas palabras escritas con lápiz: *Vengo á mi hermana Florella.... Pobre hermana á quien tú has muerto.*

Un sudor frio inunda la frente de Adolfo.... ¿Resistirá su razon á las violentas agitaciones que le conmueven?... Los marineros le miran conteniendo apenas las risas burlonas, que les produce aquella ridícula figura de ópera en un sucio barco de pescadores.

— ¿Á donde vamos? ¿qué barca es esta?... Pregunta Adolfo á los marineros; pero estos no entienden el francés, por mas esfuerzos que hace para que le comprendan no lo consigue, y en cuanto á él no sabe una palabra de español;

no obstante como tenia sobre si su bolsillo, se lo ofrece suplicándoles por señas le dejen en la costa; pero los barqueros aceptan el bolsillo, siguen sus bromas y no le dejan. ¿Á donde le llevan? ¿De qué comision se han encargado? ¿Se ha resuelto su muerte? Adolfo hubiera preferido quizás saber una condenacion positiva á tan amarga incertidumbre.

— Un viento fuerte se ha levantado poco despues de la aurora, las nubes se amontonan en el horizonte, y los barqueros asustados del mal tiempo se han acercado á la costa. ¿El cielo acude en socorro de la víctima de don Jorge, impulsando la barca hácia la costa? No; el huracan ruge y se desencadena, la barca aun que impulsada á fuerza de remos, no puede tocar á tierra, y repelida por los vientos y las olas es llevada á plena mar donde su pérdida parece inevitable.

Los sufrimientos de Adolfo habian llegado á tal extremo que la muerte no se le presentaba ya como un fantasma terrible, pues casi la deseaba. El golpe que habia recibido en la cabeza, aunque no era peligroso, le causaba agudos dolores, y se creia con un pie en el sepulcro.

El barco entregado á merced de las olas habia caminado mucho; y acercándose á parajes desconocidos, los marineros no saben donde se hallan; extenuados de fatiga y consternados de terror ya no tratan de guiarle, habiéndose resignado á la muerte, seis horas pasan así y la tempestad al fin se apacigua. ¡Rayo de esperanza!... Una vela se descubre, y una vela que viene hácia ellos, los marineros toman de nuevo los remos, hacen señales al buque que los vé.... y la embarcacion es socorrida.

El buque salvador era una embarcacion mercante que iba á Irlanda. *Una carcajada de risa* general se oye entre los marineros de aquella nave á la vista del *Pastor París*, saliendo del fatal barquichuelo, á la vez empapado en agua y florido, cargado de cintas y de lodo.... Esta risa fue para Adolfo un trabucazo. Una hora despues se hallaba en

el buque y en salvo, aunque perdida la razon.

Desembarcado en Irlanda y peligrosamente enfermo, fue confiado á doctores hábiles. Se supo su nombre, se escribió á su familia, y un médico francés acudió para cuidarle. Este médico, encargado de él, habia conseguido volverle la salud y aun en parte la razon, no contradecia nunca sus ideas; y por lo tanto le habia llevado segun sus deseos al meeting de Tara, y desde el puerto mas inmediato debia embarcarse con él para Francia (1).

El jóven Besville estaba á veces dias enteros sin dar la menor señal de enagenacion mental; en su lenguaje lleno de naturalidad y de calma se le hubiera podido creer completamente curado; pero si por desgracia se oia una carcajada cerca de él, este ruido le trastornaba su ser y le volvía la locura, llamando entonces á Florella, acusándose de haberla muerto; y pidiendo en seguida armas, llamaba á voces á don Jorge y queria *muerte y venganza*.

Una de las cosas de que no debian hablarle era de los atractivos de su figura, pues en ello veia mala intencion y perfidia. Pocos dias antes del meeting de Tara, una carta de España que por una fatal inteligencia, su médico no habia podido interceptar, habia retardado su curacion y dándole un nuevo golpe; pues contenia esta noticia.

« La hija única de don Manuel de Cordomas se ha casado con don Jorge Salvador. Dolorcitas amaba hacia tiempo á su primo, y Jorge adoraba á su prima: ha sido un matrimonio de inclinacion. »

(1) Con efecto, marchó el dia siguiente de nuestro encuentro, y no volví á verle mas que un instante.

VI.

Drogheda es una hermosa ciudad de cerca de veinte y cinco mil almas, y fue asolada por Cromwell; aun se ven los restos de las fortificaciones. No lejos, sobre las orillas del rio *Royne*, hay un monumento bastante mezquino levantado en conmemoracion de la célebre batalla que se dió allí el 1º de julio de 1690, y en la cual á pesar de la excelente posicion de su ejército, Jacobo II fue batido y fugóse hácia Dublin de donde se embarcó para Francia. Es un obelisco y está colocado en el paraje mismo en que, vencedor del rey destronado, Guillermo III pasó el rio (1).

Cerca de Drogheda se encuentra una gruta curiosa: *New Grene*. No se puede penetrar en ella sino arrastrándose por tierra ó de rodillas bajo la montaña durante largo espacio de tiempo. Despues de este penoso tránsito, se llega á una rotonda de veinte pies de alto, construida evidentemente por la mano de los hombres, pues no hay rocas en aquel paraje; las piedras en bruto de que está formada la caverna las han llevado allí no se sabe de donde. Se cree que fue un templo de Druidas: allí no entra ningun rayo de luz, falta el aire y respírase apenas. Destinados á los sacrificios humanos, vense abiertas á derecha é izquierda muchas conca-

(1) Este obelisco fue construido por Jorge II en 1756. La inscripcion dice que Jacobo II fue allí batido á la cabeza de su *ejército papista*.

vidades: allí está el *dolmen* á donde se degollaba, acullá el vaso donde se recogia la sangre, y mas lejos el altar en que se entregaban á las llamas las entrañas de la víctima á fin de consultar en ellas al cielo y de pronunciar por ellas los oráculos. El granito de aquella horrible caverna está cubierto de caracteres rúnicos, pero ningun sabio ha podido aun descifrarlos (1).

Dejé á Drogheda (2) para ir á los famosos lagos de Killarney, situados al sur de la Irlanda; para ello tomé la posta, y me detuve un instante en el camino para visitar á *Cork* que es la segunda ciudad del reino. *Cork* fue fundada por los daneses en el siglo IX (3). Desde mi llegada á las islas británicas no habia oido hablar sino de los lagos de Killarney. Mr. Lucas, uno de los principales sujetos de Dublin, Mr. Lucas, del cual nunca olvidaré el saber, la urbanidad y amables modales, habia tenido la bondad de formar él mismo mi itinerario. Yo habia esperado hallar sitios deliciosos, pero todo lo que ví sobrepujó mi esperanza.

Los lagos de Killarney son tres (4), y nada hay de mas delicioso que las montañas que los circundan y entre las cuales el rio *Deaungh* forma la magnífica cáscada de *O-Sullivan*. *Lower lake* tiene veinte islas. Las dos mas bellas son *Ross Islon* y *Inisfatten Island*. La primera ofrece los poéticos restos de *Ross-Castle*, que sostuvo un sitio obstinado contra

(1) Fuera, y á la entrada de la gruta, hay tres piedras drúidicas, de cuyo rededor se han desenterrado montones de huesos.

(2) En las cercanias de Drogheda se hallan magníficas ruinas de la abadia de Mellifont, construida en 1150, por Roger-O'Connor, rey de Louth; el tiempo ha respetado sus esculturas, hallándose allí partes conservadas de un modo que llama la atencion.

(3) A cuatro millas de *Cork* está el célebre castillo de *Blarney*, perteneciente á J. C. Jeffries Esg. En lo alto de la torre que constituye el castillo está la *pedra de Blarney*, que todos los viajeros tienen que besar, si quieren merecer la confianza pública.

(4) *Upper-Lake*, *Lower-Lake*, y *Turk-Lake*. La mas considerable es *Lower-Lake*. Las montañas mas altas son: *Corran-Taal* que tiene 3.410 pies, y *Mangerton* que tiene 2.550. La cascada de *Turk* está sobre la colina y posesion de Mr. Herbert, y es de las mas atractivas.

los Ingleses en 1652. La segunda donde estan las melancólicas ruinas de una abadía fundada en el año de 600 , es todo cuanto puede verse de admirablemente pintoresco ; la Suiza no tiene nada mejor en este género.

Desde la cima de los montes que dominan los lagos , y principalmente del *Mangerton* , se descubre una admirable vista : el *Mangerton* tiene sus costados abiertos del modo mas extraño y mas poético con especies de cráteres de volcan , de los cuales el mas ancho se llama , *la Ponchera del diablo*. La montaña del *Turk* separada del *Mangerton* por un hermoso valle por donde pasa el camino antiguo de *Kenmare* , presenta tambien inexplicables bellezas. Además en aquellos sitios deliciosos , en aquellos bosquecillos encantados, sobre aquellos grandes árboles de cien años, ¡ qué leyendas tan curiosas !... *Kinmacoul* es allí , aun el gigante por excelencia : cada prodigio es obra suya. Se me hizo oír un eco que repetía diez veces los sonidos.... Así lo había querido *Kinmacoul*.

« Quien ha podido contemplar á *Killarney*, sus bosques, sus cascadas, sus rocas , dicen los entusiastas de Irlanda, no tiene necesidad de ir á otras partes , pues ha visto las obras maestras de la naturaleza. »

Solo permanecí tres dias en *Killarney* , aunque hubiera querido pasar allí semanas y meses , tantos encantos y atractivos hallaba ; pero tenia que ir á visitar en el norte de Irlanda la famosa *calzada de los Gigantes* , tan célebre en toda Europa , y así me dirigí hácia *Belfast* (1).

Belfast es una gran ciudad comercial que es para Irlanda lo que *Glascow* para la Escocia y *Liverpool* para Ingla-

(1) Me detuve un instante en *Dundalk*, que es una bonita ciudad del condado de *Louth* , de cerca de 13.000 habitantes , y un breve rato en *Newry*, otra poblacion interesante que tiene un monasterio donde se halla un sauce, que fue plantado , segun dicen , por san Patricio ; si es cierto , tendrá por consecuencia 1.400 años : *Newry* fue quemada en 1689 por el duque de *Berwik* , pasa por ella un rio sobre el cual hay un puente que tiene 21 arcos y 2.262 pies de largo.

terra. Metrópoli del norte , tiene soberbias fábricas de hilados de lino , y sus telas son muy celebradas (1): no hice mas que pasar rápidamente por las haciendas del marqués de Donegal , uno de los grandes señores del país , que me habia abierto su morada hospitalaria , y me encaminé á las costas de *Autrim*: la *calzada de los Gigantes* me esperaba.

Costeé el *Laugh-Heagh* , lago de once á doce leguas de largo , en el cual , segun la tradicion , reposan varias ciudades sumergidas , llegue á *Coleraine*, segunda ciudad del condado de *Derry*; y con el mas hermoso tiempo del mundo tomé el camino de la mar. Pero las cercanías del mas poético de los países no debian presentármeme sino con un séquito en armonía con él. Me hallaba en un *car* descubierto ; y apenas llegué á las famosas costas de *Autrim* , cuando el cielo se cubrió de espesas nubes. Se levantó una tempestad y pasaban rápidamente nubarrones por cima de los picos gigantescos que empezaron á desarrollarse á lo lejos delante de mí. El horizonte se habia convertido en palacio de los metéoros del viejo *Osian* , y el eco de las montañas repetia por todas partes el ruido de los huracanes y de los truenos. Maravillado quedé delante de aquellos sublimes cuadros , mientras mi pequeño *car* ó *carro* rodaba con los relámpagos y los vientos , como si estos me arrebatasen hácia las fantásticas moradas de los hijos de *Fingal*: para mí fue aquel un momento de delicias.

Pero empezó á llover á cantaros , como quien dice , y las negras nubes que se amontonaban en los cielos , y de las cuales solo por intervalos salian los amenazadores resplandores de la tempestad , extendian en el camino una horrible lobre-guez. El caballo que conducia mi frágil carruaje tropezó y cayó á cuatro pasos de un precipicio , viéndome yo obligado á echar pie á tierra. En aquel momento se me presentó á la

(1) Belfast , situada sobre el rio *Lagen* , dista 100 millas de *Spencer* , fue sitiada por *Edwerad Bruce* en el siglo XIV. Su castillo fue quemado en 1708 , y tres hijas de lord *Donegal* perecieron en el incendio.

vista una barraca y entré en ella; pero ¡qué triste espectáculo! Una familia de salvajes casi desnudos estaban allí acurrucados delante de un fuego de turba, y me miraron entrar con ojos asustados, como si yo fuese una emanación de la tempestad, ó un precursor del rayo. El dueño de aquella extraña madriguera no tenía sillas que ofrecirme, y tuve mucho trabajo para poder acercarme al hogar, porque todos los sitios estaban ocupados por los animales domésticos, que estaban colocados con preferencia á los dueños. Un cerdo cómoda y descansadamente tendido delante del fuego dormía profundamente: perros, gatos, un cordero y varias gallinas trotaban al rededor del compañero de san Anton, y en medio de un humo que ahogaba se sentían olores mefíticos. Del mismo modo se presenta en muchos parajes *la choza irlandesa*.

A pesar de todo fue necesario que yo tomase mi partido y esperase el fin de la borrasca bajo aquel inhabitable albergue. A los que me parecieron ser mis semejantes ofrecí algunas monedas, y en el gozo que mostraron los que se apoderaron de ellas, conocí que decididamente pertenecían á la gran familia humana. Para ayudarme á distinguir las especies, el dinero fue la mejor piedra de toque.

Cuando la tormenta se apaciguó volví á subir en mi *car*, y pronto las ruinas del castillo de *Dunluce* se me presentaron con toda su agreste majestad: ¡Dunluce visto en medio de una tempestad!... parecia que el cielo habia querido, en el momento en que la tierra me ofrecia el mas admirable de los cuadros, encargarse de su adorno teatral.

El castillo de *Dunluce* está á orillas de la mar sobre una roca cortada perpendicularmente de trescientos pies de elevación. Sus torres, sus almenas, sus galerías, su capilla y sus salas de armas tienen aun restos de magnificencia. Las nubes acababan de disiparse, y los últimos rayos del sol poniente despedían sus reflejos. El Océano, con olas de zafiro, espumoso y agitado, se coloreaba de púrpura y de oro; sus olas inquietas se estrellaban con ruido con-

tra la roca sombría, perpendicular y piramidal que las desafiaba hacia siglos, roca en la que se levantaba el fuerte que las olas del tiempo, mas poderosas que las de la mar, habian roto en las pompas de su orgullo. Allí y á la vez, todo era amenazador y misterioso, sombrío y resplandeciente, espléndido y devastado. El entusiasmo en aquel paraje se mezclaba con una especie de sobrecogimiento, pero este no era la inmovilidad del terror, sino la contemplacion del éxtasis.

De lo alto de las torres de *Dunluce* ve uno el Atlántico á sus pies. Islas pequeñas llamadas *Skerries*, sobre las cuales pastan rebaños, llenan la costa donde se alinean las *White-Rocks* (1). Estas *masas blancas* socavadas atrevidamente y en bóveda, ofrecen huecos extraños, de los cuales algunos tienen la forma y la regularidad de los arcos de triunfo. Aquellas playas, segun el decir público, ofrecen visiones ópticas maravillosas, y allí se oyen cantos de sirenas, pasan escuadras fantásticas, aparecen engañosas praderas, y faros desconocidos las alumbran.

En tiempo de Jacobo II, la duquesa de Buckingham, iba á ponerse á la mesa en el castillo de *Dunluce*. De repente la cocinera y la comida que se preparaba se hundieron y desaparecieron: la mar se las habia tragado. El espanto fue general, la noble dama huyó.

Yo no podia arrancarme de aquel mágico castillo. ¡Cuántos dramas debia haber habido en él!.... La entrada de la ciudadela es espantosa: es necesario de la roca que defiende esta entrada pasar á la otra en que está construida, atravesando un vasto abismo, y el puente por el cual se comunica está sin barandilla, y es tan estrecho, que apenas hay en él sitio para poner los pies. Bajo la inmensa fortaleza, hay una caverna tan grande como todo el edificio, su bó-

(1) Son masas de piedras blancas calcáreas, y ocupan un espacio de algunas millas. *El agujero del sacerdote*, es una de las mas extrañas excavaciones de aquella playa.

veda tiene mas de sesenta pies de alto y de ancho mas de trescientos. La mar entra en ella mugiendo, y osténtase encima la temida torre en donde se aparece la *Banshée de los Macquillains*, antiguos señores de Dunluce. Yo la visité, contemplé el torreón de *Mava*, y se me hizo reparar con cuanto cuidado estaba barrido.

— ¿Quién se encarga de este cuidado? pregunté.

— Ningun ser viviente, me respondieron: esta prision se limpia todas las noches como una sala de baile; y sin embargo en ella no entra nadie.

— ¿Pues quién la tiene con tanto aseo?

— *Mava* la barrendera de *Dunluce*, que es la *Banshée de los Macquillains*.

— Oigamos su leyenda.

La Barrendera de Dunluce.

Mava, jóven de diez y siete años, vivia en el siglo XV y era hija del alto y poderoso señor de Dunluce. Tierna y caritativa, se levantaba todos los dias á la aurora para ir á socorrer á los pobres.

— Miradla, decian los pastores de las cercanías viéndola pasar, *Mava* es tan benéfica como el sol de la primavera y mas bella que la estrella de la mañana.

— ¡Mas ay! un jóven y gallardo caballero la habia encontrado muchas veces en sus correrías, y la llegó á hablar. ¿Quién era él? *Mava* no lo habia preguntado, ni le conocia mas que por este pronombre *él*; pero cuando veia un barco deslizarse lentamente y con misterio bajo los muros del castillo, y si á la caída de la tarde una voz lejana y expresiva suspiraba por entre las rocas, — Sin duda es *él*, repetia; y este *él*, esta palabra lo decia todo. No hay mas que

un *él* en la vida de una mujer.

El secreto de su amor no tardó en llegar á noticia del castellano de Dunluce. *Macquillain*, que siendo el mas orgulloso de los señores, era tambien el mas severo de los padres, irritado contra Mava, la declaró que la estacion en que se hallaban no pasaria sin que se hubiese casado con el hijo de uno de sus poderosos vecinos. Antes moriré, pensaba la pobre jóven, y haciendo de antemano el sacrificio de su vida, se preparaba su mortaja. Para ella no habia felicidad posible cuando nada podia ser ya para *él*. Su padre, hallándola un dia ocupada en coser una túnica blanca, la pregunta con sequedad.

¿Es ese tu vestido de boda?

—No, padre mio, le contestó; sino una mortaja para cuando muera.

—¡Una mortaja! ya lo veremos.

—Si padre mio: *vos lo vereis*.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono tan profético, que *Macquillain* se mostró turbado; por desgracia Mava no tenia madre que pudiese defenderla llorando contra la tiranía paternal: de suerte que el castellano conmovido un instante volvió á encapricharse en sus primeras resoluciones; y persuadido que habia agotado todos los medios de persuasion con su hija, trató de emplear los recursos del rigor. La pobre jóven fue condenada á no ver mas ningun viviente: encerrada en una de las torres de Dunluce, la daban sus alimentos por una abertura hecha en la pared; debia hacerse ella misma la cama y barrerse el cuarto, sin tener nada en torno suyo mas que las paredes de su prision, y sin mas esperanza que el sepulcro, ni mas consuelo que la oracion.

Mava, resignada con su suerte, todas las tardes tomaba su escoba y barria su cuarto en silencio.

—No tienes mas que decir una palabra, la gritó un dia *Macquillain* desde afuera, y te vuelvo la libertad: prométeme casarte con el noble jefe que te destino.

La prisionera calló.

— ¡ Responde ! hija mia , ¿ á qué estás decidida ?

— A barrer mi cuarto , padre mio .

— ¿ Durante cuánto tiempo ?

— *Eternamente .*

— ¡ Otro pronóstico lúgubre ! respondió el castellano fuera de sí . ¿ Crees asustarme con tus palabras de Sibila ? No lo conseguirás : ¿ haces ya otra mortaja ?

— Ya está hecha .

Los remordimientos empezaban á apoderarse del alma del castellano , y bien cierto de que nada haria titubear la inflexible determinacion de Mava , pensó que debia ceder él ó morir ella : el amor paternal no estaba extinguido en su corazon , y reanimando el miedo su llama , porque Mava era su única hija , ¿ podia resolverse á perderla ?

No obstante , el orgullo del castellano hablaba á su alma con tanta fuerza como el cariño de padre . ¡ Someterse á su hija ! ¡ reconocerse culpado para con ella ! ¡ confesarse vencido ! ¡ retractar sus órdenes ! Esto lo tenia por imperdonable flaqueza y temia que se reirian de él en todas partes , ¡ cómo resignarse á sufrir tal vergüenza !

Macquillain se habia procurado excelentes informes con respecto al amante de Mava . *Roberto* era de noble linaje , valiente y bien emparentado , solo le faltaba riqueza . Esto es hecho : el castellano toma su partido ; no cederá á su hija , ni cejará de su resolucion , pero la salvará de todos modos .

Mava , sola en su torreón , con la fatal escoba en la mano , y con la cabeza apoyada en el mango de este instrumento de castigo , derramaba amargas lágrimas . De repente oye los sonidos de una arpa al través de los hierros de la ventana de su prision , los cuales salen de un barco de pescador , que pasa cerca de la playa . Por la mañana Mava habia visto salir á su padre armado de todas armas y con una escolta : sin duda debia ocuparle alguna expedicion importante , y quizás no volverá en muchos dias : la prisionera renace á la esperanza .

— ¡Será este barco el suyo! se decía. Él viene, y yo saldré de aquí: sí, saldré por él y para él.

¡Mas ay! las olas se agitan, los vientos silban y el trueno retumba; la barca donde resonaba el arpa se ha hecho el juguete de los elementos; pero Mava no la pierde de vista, y al través de los silbidos de la borrasca le parece oír aun de tiempo en tiempo un himno salvador. El esquife no tarda en ser arrojado por la tormenta al pie de las rocas de Dunluce. ¿Va á romperse contra ellos y á perecer? No; la mano vigorosa que le conduce desafía las olas que le asaltan, se desliza entre los escollos, los evita y los pasa, y entra en la caverna del fuerte.

La cautiva respiraba apenas.... ¡Oh sorpresa! una llave da vueltas en la cerradura de su prision, y uno de los criados del castillo, envuelto en una capa oscura, se acerca apresuradamente á ella.

— Sereis puesta en libertad, la dice, seguidme pronto.

— ¿Y él? exclama, Mava.

— Él tambien.

— ¿A dónde vamos?

— Á la gran caverna del fuerte.

— ¿Le hallaré allí?

— En su barca.

— ¿Él ha vencido la tempestad?

— Y os espera: venid.

— Vamos.

La prisionera sigue á su guia: sabe que su amante se habia procurado inteligencias en el castillo, seducido á muchos de sus guardias, y sobre todo al carcelero de la torre. El cielo favorecia sus designios.

¡Ah! Roberto no habrá tenido mucho trabajo para poner de su parte á los criados del castillo, pues estos no habrán deseado mas que ayudarle en la evasion de su querida ama, pues ella era adorada en Dunluce: Roberto en el fondo de la caverna descubre una lámpara.... Mava se acerca á ella pálida y trémula; su blanca túnica esta rota por las aspe-

rezas de la gruta, y sus pies lastimados por las agudas puntas de un terreno desigual. No importa; ella se acerca, llega y se halla entre los brazos de su amante. ¿Cómo pintar sus transportes? Olvidan sus peligros y su posición, sus infortunios y la tempestad. Allí, como en los cielos, el tiempo para ellos no tenía ya horas.

— ¡Partid! ¡partid pronto, daos prisa! exclamaba el carcelero de la torre; y los amantes huyen de la gruta y el barco hiende la mar.

Desde una de las ventanas de la ciudadela, un hombre armado tenía la vista fija en los fugitivos: era Macquillain, cuya marcha había sido fingida, pues durante la tempestad y á favor de las sombras había vuelto á entrar en su morada sin ser visto de nadie. El mismo lo había arreglado todo para facilitar la evasión de su hija y para secundar las miras de Roberto: el carcelero que había abierto la prisión era el mas fiel de sus criados, y le obedecía en secreto pareciendo venderle. Macquillain venia á asegurarse del resultado de su ardid, y se regocijaba de haber hallado medio de volver la existencia y la felicidad á su hija, sin haber en nada sacrificado sus derechos ni su orgullo. Su voluntad no se doblegaba así á la obstinación de Mava, las circunstancias solas habían cambiado las situaciones; siendo la Providencia la que parecia haberlo hecho todo, su amor propio se veia salvado.

— ¡Cómo ama á este hombre! se decia á sí mismo Macquillain con los ojos fijos en la barca de Roberto. ¡Ay de mí! en el corazón de las jóvenes cuando le ocupa el *amante* desaparece el *padre*! ¡Estos dos seres, piensan en este momento en nada mas que en su llama! La noche para ellos no tiene tinieblas, ni la tempestad rayos. ¡No importa! estoy satisfecho. Mava me olvidará; lo sufriré. ¡Sea dichosa.... sin mí! Yo la salvo.... pero la lloro.

¡Gran Dios! ¡qué horrible espectáculo!... La tempestad vuelve á empezar con mas furia; nuevos huracanes se desencadenan, y la débil barca, arrebatada por la tormenta

con una violencia inaudita, ya sube á la cima de las olas, ya se sepulta en el seno de los abismos. ¡Ningun socorro puede dársele y va á perderse, á perderse sin remedio! El padre desgraciado ve perecer á su hija á sus ojos, y es él, y es su ciego orgullo quien la ha arrojado al fondo de los mares. Al brillo de los relámpagos mira á su Mava de rodillas en la barca y con las manos levantadas hácia el cielo... Da ella un grito de desolacion, y él cree oir: *¡Padre mio!*... El hijo en la hora de su muerte llama casi siempre en su socorro á aquellos de quienes ha recibido la vida, y da por último grito el primero que dió. Roberto remaba siempre con fuerza, y resistia al furor de las olas; pero estaba agotado su vigor: una ola lo derriba. Macquillain cree oir un nuevo grito lamentable de su hija y la ve lanzarse hácia Roberto mientras el barco arrojado contra las *Skerries* se rompe en mil pedazos, y todo desaparece entre las olas.

En aquel horrible momento el castellano olvida todas sus resoluciones y se precipita fuera de sí: va á declarar á los que le creian partido los ardides de su amor propio.... ¡Ah! ¿qué le importa ya el que dirán?... El amor paternal es en esta ocasion quien vence y quiere salvar á su hija á toda costa, y á precio de su reputacion, de su fortuna y de su vida! Su hija; todo lo demás es nada.

¡Dunluce y la mitad de todos mis bienes á quien me vuelva mi hija! gritaba Macquillain fuera de sí.

Las gentes del castillo acuden en tropel al pie de *White-Rocks*, en frente de las *Skerries*, la mayor parte tienen antorchas; se emplean barcos y cuerdas, marineros y buzos; no se teme ni á la mar ni á la tempestad; pero el infierno parecia conjurado contra los amantes de Dunluce; las barcas son repelidas hácia la orilla y rotas contra los escollos; los marineros y buzos luchan en vano contra las olas. Ya no hay relámpagos que iluminen, sino el huracan, los abismos y la muerte. Macquillain se retorcia las manos se arrancaba los cabellos, y queria acogerse al mar llenando el aire de sus gritos.

— Ella vivía hace un instante.... y yo me decía: ¡Yo la lloro! ¡Ah! entonces yo no sabía lo que era llorar! ¡Mava! mi dulce niña!.... ¡vida mía!

Un rayo de esperanza y de felicidad ha brillado por un momento: un hombre nada hacía la orilla y tiene consigo una figura blanca.... Es Roberto que salva á su amante. Roberto atleta invulnerable. ¡No ha sucumbido en la lucha!... ¡Pero qué ola tan espantosa!... ¡Ay! ha arrebatado al infeliz Roberto, le ha arrojado contra el arrecife y su cabeza se ha hecho pedazos contra una roca....

El día siguiente á las primeras luces de la aurora se halló el cuerpo de Roberto sobre la playa entre *White-Rochs* y *Portoush* (1), su cabeza estaba disfigurada. En cuanto á la vírgen de Dunluce, había desaparecido para siempre, la mar no volvió su víctima. Macquillain, casi loco de dolor, erraba frecuentemente sobre aquellas playas y llamaba en ellas á su hija. Un día pasaba al pie de la torre en la que su cautiva había llorado tanto, y levantando la cabeza.... ¡oh sorpresa!... creyó ver á Mava al través de los hierros de su ventana con la escoba en la mano y vestida con su mortaja.

Macquillain con la cabeza perdida exclamó:

— ¿Por cuánto tiempo?

— *Eternamente.*

Y la fantasma de Mava, con los ojos fijos en Macquillain continuaba barriendo y le mostraba su mortaja. El castellano, mudo de terror, creía aun oír estas palabras:

¡Ya está concluida, bien lo veis!

Desde aquel tiempo, y con gran susto del que va á verlo, la barrendera de la prision no cesa de limpiar su cuarto á despecho de todos los obstáculos.... Una mañana despertó á todos los del castillo con sus gritos: estaba vestida de verde oscuro y tempestuoso, tenía los cabellos esparcidos, y sus

(1) Pequeño puerto á la vista de Dunluce, y á cuatro millas de *Co-craine*.

facciones trastornadas pintaban el exceso de la desesperación. Se acudió al cuarto del castellano, al cual hallaron en sus últimos momentos... una hora después espiró.

Mava se hizo entonces la Banshée de la familia de los Macquillains. Cada vez que un miembro de esta casa debía morir, se aparecía en el torreón de su prisión, arrojaba á un lado su escoba, y revestida de una capa verde daba lamentables clamores.

El último vástago de la familia de Maquillain (1) vivía en el castillo de Dunluce.

— Milord, le dijo uno de sus criados, la Banshée grita á la ventana y está de verde como la mar.

— ¡ Muerto soy ! exclamó el jóven, y estas fueron sus últimas palabras, pues cayó herido de una apoplejía fulminante.... su apellido se extinguió con él.

La Banshée ha cesado de aparecerse.... por que no tiene ya muertos que anunciar en la familia de los Macquillains.... la escoba es la que barre siempre sola y eternamente.

(1) La leyenda añade el hecho siguiente. El último de los Macquillains quiso un día sorprender á la barrendera de Dunluce cuando limpiaba su cuarto: llegó, y de detrás de la puerta oía el ruido de la escoba; pero en el momento de entrar, Mava se hizo invisible. — « Barrendera, dijo el jóven, yo estoy seguro que nos atormentas porque nunca se te ha pagado tu trabajo. Pues bien, he aquí seis pences en buena moneda; tómalos, y que no te veamos mas. » La mañana siguiente los seis pences habian sido recogidos; pero la aparición se habia irritado tanto con las palabras ultrajantes del último heredero de Dunluce, que habia jurado no mostrarse mas en el ejercicio de sus funciones. La escoba es la que barre siempre, y es visible.

VII.

Dejé las ruinas de Dunluce al acercarse la noche (4). El cielo no tenía ya nubes borrascosas, pero espesas nieblas se levantaron. Al subir en mi carro tuve un nuevo incidente de viaje. Unas señoras muy elegantemente vestidas rodeaban el pequeño carruaje descubierto en donde llevaba yo mi equipaje: habian bajado de su coche al pasar por aquel sitio, y preguntado á mi conductor quien era la persona que con un tiempo semejante visitaba la fortaleza deteriorada: viendo entonces mi nombre sobre un cofre, habian permanecido esperándome.

En medio de rocas desiertas, bajo la espesura brumosa del anochecer, y al ruido de los mugidos de la mar, me hallé de repente rodeado de un grupo de mujeres encantadoras. Tres señoritas á cual mas graciosa se acercaron á mí. Sus vestidos eran de muselina blanca, sus sombreros estaban adornados de flores, y no las faltaban mas que las arpas para que yo me hubiese creído en medio de las hijas de Osian. Acababan de hablarme de apariciones, y yo estaba en un círculo de ilusiones, muy contento de hacer alto en ellas; así me detuve con alegría en medio de aquellos ines-

(4) A una milla de Dunluce, al oeste, se ven las ruinas de Bellymagary, residencia de la noble y antigua familia de los condes de Aultrim.

perados huéspedes de las ruinas y de la tempestad. Un momento pensé hallar entre los lindos rostros que se me presentaban á la *barrendera de Dunluce*.

Una conversacion animada se entabló entre mis desconocidas y yo : una de ellas, *Mistriss Stephenson*, me convidó á parar á su casa de *Portrush*, á la orilla del mar cerca de *Dunluce*, é insistió para que aceptase una buena cena y buena cama bajo su techo hospitalario. Muy tentado estaba para aceptar una oferta tan capaz de seducirme ; pero esto me hubiera alejado de la *Calzada de los Gigantes*, y tenia prescrito el tiempo. Además, yo sabia que por *Portrush* podia irse á Escocia, y por tanto prometí á *Mistriss Stephenson* el elegir dicho puerto para mi embarque é ir á despedirme de ella antes de alejarme de Irlanda. En seguida dejé á mis *cuevas amigas* : porque en aquella hermosa tierra de *Erin*, el aprecio se alcanza luego y los hombres por un encuentro se hacen hermanos, y si se demora se obtienen amigos. (1)

Poco tiempo despues la noche cubrió las montañas de *Autrim*; hacia un frio glacial y mi capa estaba calada; no se hallaba albergue alguno en medio de aquellas estériles llanuras, al través de las cuales caminaba. Yo hubiera querido ir á dormir al pueblecillo mas cercano de la *Calzada de los Gigantes*: pero á mi caballo se le habia lastimado un pie bajando una cuesta, cojeaba horribilmente, y yo temia verme en la necesidad de pasar la noche en alguna caverna aislada, lo que habria sido, sino graciosamente cómodo, al menos singularmente poético. Pero de golpe se me presentaron vivas luces.

—¿ Hemos llegado, no es verdad? pregunté á mi conductor.

—¡ Ah! me contestó con tono lastimoso y desalentado, estamos aun lejos de *Giant's—Canseway*. Estoy mojado hasta los huesos, y tiritó tanto que no tengo ya fuerzas para

(1) A *mistriss Stephenson* es á quien debo los numerosos pormenores de la leyenda de *Mava*.

guiar á mi pobre caballo que tampoco tiene ya ánimo para tenerse en pie. Yo no sé ciertamente lo que á vuestro honor, á mi bestia y á mí nos va á suceder en este instante.

¿Y qué luces son esas? ya veo allá bajo un edificio con almenas.

—Es el castillo de lady Mac-Maghten.

—¿Cómo se llama?

—*Bushmills House*.

—¿Y la noble dama está en él?

—Sí, para dicha del país. Sir Francis Mac-Maghten y su familia son una segunda Providencia para el pobre.

—Entonces también serán una segunda Providencia para nosotros.

—¿Cómo!

—Conducidme al castillo.

—¿Conoceis á sir Mac-Maghten?

—Aun no, pero no importa vamos á llamar á su puerta!

—¿A esta hora? ¿con un tiempo tan obscuro?... ¿y con este caballo que no puede andar ya mas?

—Precisamente es á causa de todo esto.

—¿Á vuestro honor no le esperan?

—Á un *peregrino* debe siempre esperársele.

Esta contestacion mia no estaba al alcance de mi conductor que me miró con aire estupefacto, y yo continué tranquilamente.

—Vamos á llamar á *Bushmills-House*.

El caballo consiguió arrastrarse hasta allá, y mientras daba al conserje una tarjeta con mi nombre para que la entregase al castillo yo me decia á mí mismo:

¿Me abrirá sus puertas ese hermoso castillo? ¿Deberé fiar aquí como en Alemania y en Rusia en la *Estrella del Peregrino*? Esto á lo menos era hacer poesía esperando lo positivo.

La puerta del castillo se abrió, y el hijo de la casa vino á recibirme á la entrada de su mansion, donde hallé la cordial hospitalidad de los tiempos antiguos, que cada dia destru-

yen los progresos de la civilizacion , y que no existe ya en Francia sino en las antiguas crónicas. Sir Francis Mac-Maghten tenia consigo á su mujer á su hijo y á dos de sus hijas ; el cielo habia dado catorce retoños á este patriarca octogenario , que añadiendo cincuenta y ocho nietos á este número , podia reunir al rededor de su mesa , una familia de setenta y dos personas. Sin la muerte que habia pasado su *segur* en ella como por todas partes , hubiera podido contar mas de ciento. Una desgracia reciente habia afligido amargamente su alma. Uno de sus hijos , jóven de las mas bellas esperanzas , habia sido muerto en la India. La virtud en este valle de lágrimas y de pruebas no preserva de la desgracia.

En *Bushmills* fui acogido como un nuevo hijo de la casa : se me preparó un baño caliente , se me sirvió una buena cena y un excelente lecho me dió descanso. La amabilidad y la delicadeza son allí costumbres del corazon , y yo retrocedia insensiblemente en aquella atmósfera de bondad á los tiempos de la caballería.

El dia siguiente era domingo : me levanté , abrí la ventana y vi delante de mí la mar , la mar que iba á ofrecer á mi vista *la calzada de los Gigantes*.... Sirvióse el almuerzo y en seguida se fue á la iglesia : en el lugar vecino habia una capilla católica , y sir Mac-Maghten me hizo acompañar á ella.

Esta capilla era una granja desmantelada y apenas libre de la intemperie de las estaciones , sus paredes estaban agrietadas , el suelo era de tierra , y en el fondo sobre el apoyo de una ventana con los vidrios rotos , habia unas tablas viejas , angostas y medio apolilladas , que formaban una especie de mesa de altar ; á él se subia por tres escalones desiguales , y sus adornos consistian en una cruz de madera como las que se ponen en los cementerios de una aldea , dos cabos de vela en dos malos candeleros de cobre , y unos rancios cartones para la misa casi ilegibles ; un jarrillo de barro esportillado y un vaso de taberna servian de vinagreras : el total de estos ornamentos no valdria dos reales.

Yo me senté en un banquillo de preferencia en aquel santuario de los tiempos en que empezaba la era cristiana, y me creí en aquel en que la iglesia errante y perseguida ensayaba su culto naciente bajo el selvático abrigo de los desiertos, en parajes desconocidos y entre tribus salvajes. El sacerdote católico llegó, y como no habia sacristía, tuvo que revestirse delante del altar, de una cruz de madera y de un cáliz con el pie de estaño; su casulla estaba echa girones

¡Ah! ¡ciertamente aquella era la misa de los pobres!... No obstante allí habia tesoros inapreciables en la piedad del alma cristiana y la santa resignacion del justo. Se oraba con fervor y el pueblo tenia fe.

Al volver á *Bushmills-House*, dirigí una mirada á la iglesia protestante, y la hallé adornada, rica, y brillante; el contraste era doloroso; la mayoría de Irlanda es católica (1), y esta mayoría herida constantemente en su religion, ve todos los impuestos que paga enriquecer á los ministros reformados, en tanto que el clero católico se halla allí en la mas extremada indigencia. Semejante espectáculo irrita al pueblo: ¿deja este de tener razon? No obstante, el irlandés, dígase lo que se quiera, es bueno, apacible y pacífico. Se me habia pintado aquel reino como un volcan en erupcion; solo se me hablaba de levantamientos revolucionarios y de motines espantosos; creí que iba á atravesar, no sin peligro, un país convulso y entregado al demonio de la anarquía y de las guerras civiles; pero lejos de esto no hallé mas que poblaciones tranquilas y pueblos pacíficos. Allí se desea un tiempo mas dichoso, se esperan dias mejores, pero la esperanza es sin murmullos y sin furores.

— Un carrúajito me esperaba en *Bushmills-House* para conducirme á la *Calzada de los Gigantes*: subí en él con apresuramiento y en él llegué á las orillas del mar. Una legion de guias se lanzó al momento hacia mí, dando agudos clamores; todos querian la preferencia, cada uno me tiraba

(1) De ocho millones de irlandeses, seis y medio son católicos.

por su lado; yo creí que me iban á hacer pedazos. Me contaron que un extranjero á quien no habian prevenido con respecto á esta escena, creyó haber caído en manos de una banda de piratas, y sacando su reloj y su bolsillo: ¡Tomad! tomad! exclamaba, pero al menos dejadme la vida!

La mar, revuelta por la tempestad de la víspera, estaba aun agitada, y sus olas se rompian con furor contra la *Calzada de los Gigantes*. ¡Delante de mí estaba en fin esta maravilla de la Irlanda! Figúrese si es posible un sin fin de pirámides de basalto adelantándose á veinte ó treinta pies de alto, en medio del Océano, como un bosque de mástiles de bronce y bastante aproximadas entre sí, para presentar un camino en el cual cada losa es el chapitel de una columna gigantesca.... Yo caminaba mudo de admiracion, sobre aquellos cristales prismáticos y aquellas piedras cortadas como un diamante, que dominaban las olas del mar. El camino tiene, segun dicen setecientos pies de largo, sobre trescientos de ancho; la mayor parte de aquellos empedrados herméticamente unidos es una imitacion de los nichos de un panal de abejas: pentágonos y exágonos: se hallan de siete caras, de cuatro, de tres, de ocho y de nueve. Estos basaltos ó piedras de hierro, de color verde y negro, resisten á los ácidos pero ceden al fuego. ¿Son tal vez productos volcánicos? Si lo son, ¿como de las convulsiones de un brasero subterráneo han podido salir obras maestras de arquitectura? ¿Cómo los trastornos han podido producir el órden y la regularidad? ¿Cómo han de ser de lavas aquellos palacios y de erupciones aquellos templos?... ¿Pero dónde están los pies de estas inconmensurables columnas que van de Irlanda á Escocia? Su base desconocida está en el fondo de los abismos, y su línea subterránea se extiende hasta el polo (1). Es lo invisible de una parte y de la otra la inmensidad. ¡Cuántas conjeturas sobre estos prodigios!

(1) Se verá esto mas adelante en la descripcion de la isla de *Staffa* y de la gruta de *Fingal*.

En cuanto á mí, miré y admiré. Mas me gusta lanzarme en lo infinito que arrastrarme en el análisis. La contraversia es la tierra, y el entusiasmo el cielo (1).

En frente de la *Calzada* y á lo largo de la costa está el *Anfiteatro del gigante*, semicírculo de columnas é inmenso coliseo de la naturaleza, almenado como un antiguo fuerte. No lejos está el *Spanish-Bay*, de donde se levantan pirámides y obeliscos calados como en la *Alambra*. La cima de este monte erizado de puntas y de flechas, parece un conjunto de fortificaciones. Se refiere que uno de los buques de la *escuadra Invencible*, arrojado sobre aquellas costas por la tempestad memorable que salvó á la Inglaterra, llegó allí en medio de la noche del huracan; las cimas agudas del formidable pico le parecieron evidentemente, las almenas, torrecillas y chimeneas del castillo de *Dunluce*; se creyó en puerto de salvacion y se apresuró á entrar en la bahía; pero estrellóse contra espantosos arrecifes, y pereciendo todo, tragólo el mar. Solo se pudo sacar de los abismos, segun las narraciones del país, un magnífico órgano español, el cual habia visto yo en Dublin (2).

Los guias de *Wicklów* y de *Killarney* no hablan mas que de leyendas y de éncantamientos, los de *Giant's Canseway*, no tratan mas que de cristales y basaltos, y han medido segun dicen las piedras, numerado las losas y contando las columnas (3). En medio de la *calzada* y sobre la mar enseñan

(1) Si los basaltos son producciones volcánicas, ¿porqué no se ven cerca del Vesubio? Si por el contrario no tienen ninguna relacion con las *montañas de fuego*, ¿porqué abundan en el Etna, en Sicilia, en el Hecha, en Irlanda, en los cráteres de la isla de Borbon, y en los extinguidos volcanes del Vivarés y de Auvernia?

(2) En memoria de esta catástrofe, se llama aquel sitio *Sphanish Bay* (la bahía española) al pie de los basaltos verdes y negros de aquella costa se descubren tierras rojas de porcelana y ocre; estos colores diversos y reunidos producen un gran efecto.

(3) Uno de ellos me aseguró que habia 35.000 columnas; y él se creia seguro de la exactitud del número; tambien sabia la genealogía de todos los señores de la costa, desde *Portrush* hasta *Belfast*.

una fuente de agua dulce, y hacen beber de ella, porque el entusiasmo de los viajeros es para ellos un patrimonio, un derecho, un monopolio.

Mi guía se llamaba David Mac Mullen; lo habia sido tambien del mariscal Gérard cinco á seis años antes; y me hablaba del placer que habia tenido viéndole dibujar la costa. Sabiendo luego que yo habia estado alojado en *Bushs-mills-House*.

— ¡ Ah ! ¡ con que conoceis á *Mis Mac Macghten* ! me dijo con voz conmovida. ¡ Oh ! es la alegría y el orgullo del país; no hay pobres que ella no sostenga ni desgraciados que no consuele. Su noble padre, al cual pertenecen casi todos los contornos, ha fundado á sus expensas una escuela en la aldea: su hija va todas las mañanas á instruir por sí misma unos cincuenta niños, enseñándoles á leer, á escribir y á rogar á Dios. Hoy, domingo, estaba antes de las seis de la mañana entre sus pobrecitos niños, todos oraban al rededor de ella y como ella serán buenos. Allá en lo alto estoy persuadido que Dios no tiene ángeles que sean mas perfectos.

David Mac Mullen no carecia ni de entendimiento, ni de memoria; yo le pedí leyendas, y él se sonrió porque sabia muchas, voy á referir algunas.

Kinmacoul, el Goliath irlandés, del cual habia yo oido hablar tanto en las *Siete iglesias* y en *Killarney*, era el supremo dominador de las costas de Autrim. Engrandecido sobre toda ponderacion por la tradicion y las edades, este Kinmacoul fue incontestablemente un poderoso guerrero de su época. Se sabe que los daneses conquistaron la Irlanda en el siglo nono y la ocuparon trescientos años (1). Kinmacoul los combatió vigorosamente, y el nombre de este héroe, inmortalizado entonces por el reconocimiento del país,

(1) Ellos habian llevado allí sus dioses (Ther, Odin, Loke etc.) Esto explica lo que son las piedras drúidicas de Irlanda. Aun hay familias en el reino.

se hizo despues de haberse hecho el hombre de la gloria, es hoy dia el de las fábulas. Sobrepujando á la naturaleza humana, de jefe ha pasado á gigante, y de gigante á Dios. Escuchemos las narraciones de David.

—Habiendo armado Kinmacoul una disputa con un gigante de Escocia, le envió un cartel de desafío, preguntándole sobre que tierra queria se verificase el duelo. En *Irlanda* respondió políticamente el Caledonio: *solo siento el verme en la necesidad de pasar el agua, pues la humedad á veces me hace mal.*

—*No esteis por eso,* respondió Kinmacoul con no menos atencion: *dejemos el combate para dentro de ocho dias y yo os construiré un paso en el cual no os mojeis los pies.* ¡Admirable delicadeza! Kinmacoul queria matar á su contrario, pero hubiera sentido mucho que se resfriase.

« El gigante de Irlanda puso al instante manos á la obra: fué á buscar rocas monstruosas, hizo trabajar los hornos subterráneos, y pronto columnas de basalto admirablemente trabajadas se clavaron en el Oceano. Una semana le bastó para acabar sus bases, alinear su ruta y juntar su empedrado. ¡Arquitecto admirable, como no los hay en nuestros tiempos!

« Sobre la calzada se halla el gabinete ó tocador del gigante: allí todas las tardes, decia David, Kinmacoul volviendo de sus fraguas se lavaba la cara: aquí se sentaba su mujer mientras él se afeitaba y limpiaba las uñas. *Shyla*, la bella giganta, adoraba á su robusto esposo; ¡tenia espaldas tan sólidas y hombros tan cuadrados!... Además nada igualaba su valor, y las hermosas aman á los bravos.

« No obstante, un dia *Shyla* fue terriblemente regañada por Kinmacoul; pues habiendo ido con él á buscar rocas á Escocia (justo era que la Caledonia suministrase tambien su contingente á la calzada que iba á reunir las dos islas). *Shyla* toda ocupada en mirar á su marido, que se habia puesto atrevidamente sobre los lomos unas cien mil columnas talladas, no notó que el delantal en donde ella lle-

vaba tambien una buena porcion de montañas mas ó menos abultadas, se habia reventado durante el camino, y ved aquí que en medio del mar se le caen todas ellas y forman la isla de *Rathin* (1), hundiéndosele á los pies; Shyla desolada por su mala maña y por las duras reconvenciones de su compañero, no tuvo ánimo para volver á recoger todos aquellos picos y rocas, y se fue á la orilla irlandesa á llorar en *Coteraine*. Sus lágrimas causaron una terrible inundacion, y si Kinmacoul, que la habia corregido con sobrada aspe- reza por no haber recogido su delantal á tiempo, no hubie- se acudido prontamente para secar sus lágrimas, no se sa- be lo que hubiera sido de la Irlanda; es probable que se hubiera sumergido.

« Shyla recobró fuerza y ánimo; los trabajos continua- ron, y antes de espirar la semana, la calzada entre Irlanda y Escocia estaba completamente terminada y se podia pasar á pie por encima de ella.

Todos los obstáculos para el duelo dignamente allana- dos, el gigante de Escocia se apresuró á ir á donde le es- peraba el de Irlanda, y colocáronse en las puntas de dos ro- cas en frente el uno del otro, separados solamente por un abismo de tres á cuatrocientos pies de ancho, que para ellos no era gran cosa. La lucha se verificó á puñetazos, y el escocés, despues de un pugilato de cerca de una hora, se halló con las quijadas rotas, cayó vencido, y hay quien di- ce que murió; pero lo que encantó á Kinmacoul, fue que su adversario, acudiendo á que le hiciesen añicos, no habia atrapado ni resfriado ni catarro. Todo se habia arreglado admirablemente; *el puñetazo* fue la obra del *muerto*, y la calzada la *obra inmortal*.

« Cuando Kinmacoul cesó de vivir (y lo admirable es que un ser de semejante especie no se burlase de la segur del

(1) Esta isla vecina de Escocia tiene tres leguas de largo, y sobre una y media de ancho. Una de sus elevaciones, *Kenramez*, tiene 449 pies de alto.

tiempo) hubo un temblor de tierra que rompió y se tragó una parte de la *Calzada de los Gigantes*, que estaba en el mar; ahora no quedan mas que los dos extremos: uno en las costas de Irlanda y otro en las de Escocia que están en frente una de otro: formados de los mismos basaltos y las mismas columnas, se conoce que son obra de un mismo artífice; en Irlanda se ven el *Fiants-Canseway* y los circos de *Shlpherd' Path*; y en Escocia la isla de *Staffa* y la *Gruta de Fingal*.

— ¿Veis allá abajo aquella línea de cañones? dijo Mac-Mullen; muchos de entre ellos tienen ciento veinte pies de alto, y se llaman el *órgano del gigante*, el cual toca varias cosas todos los años la noche buena á media noche. Mientras que dura la música (algunos viejos del país la han oído), hay piedras que danzan, enanos que dan cabriolas y encantadoras que bailan en rueda, pues la armonía es sobrenatural.

Si en aquel momento hubiese un buen cristiano en la playa con un libro de Evangelios, y leyese repetidas veces la genealogía de Cristo, veria la mar entreabrirse, y descubriria debajo de las aguas una capital inmensa que fue sumergida en otro tiempo como Sodoma y Gomorra, por sus crímenes, y veria á todos los habitantes en camisa, ocupados en purificarse de sus pecados, lavando sus ropas sucias. Segun la tradicion, así que este país consiga lavarse del todo, volverá á aparecerse sobre las aguas limpio y puro. La dificultad está en saber si podrá limpiarse bien; pues es necesario que quitadas todas las manchas quede blanco como la nieve. Con todo, segun varias revelaciones de la *segunda vista* escocesa, la legía no adelanta mucho y el jabonado está siempre muy sucio.

Subí al *Plaiskin-Bay* (1), desde cuyo elevado promontorio dominaba de un lado las llanuras de Irlanda y del otro el espacio de los mares. Por una parte la tierra, las campi-

(1) El pico mas alto de aquella costa, tiene 395 pies,

ñas, el trabajo y el hombre; por otra, el Océano, la inmensidad y Dios.... ¡Ah! con los ojos fijos en aquellas costas llenas de columnas y de cavernas, al través de las cuales caían las cascadas y se elevaban obeliscos, me parecía que yo hubiera querido establecerme solo en medio de las sublimes maravillas de la creación, para entregarme del todo al Criador, sustraerme á las agitaciones del mundo y llorar las pérdidas del corazón, no esperando ya mas que la otra vida.... Pero me quedaban en la tierra seres queridos que volver á ver.... Así suspiré penosamente y continué mi camino.

Una especie de pirámide aislada y de enorme altura se levanta sobre los costados de la roca; no se concibe como ha podido y puede sostenerse allí contra los huracanes desde que ha caído de la mano de Dios. Un niño subió un día y se sentó en ella, luego no pudo bajar: viéronle desde la playa; pero como la noche se acercaba, nadie pudo ir á buscarle. La mañana siguiente se acercaron algunos hombres á la columna; pero el niño no estaba ya en ella, buscóse su cuerpo, pero no se hallaron ni siquiera vestigios.

¡Oh sorpresa! por la noche volvió al techo paterno. Se le preguntó quien le habia salvado; pero ni comprendia ni oia; hicieronle varias preguntas, pero ya no sabia hablar y nunca ha podido descubrirse lo que le sucedió; pero sin duda debió padecer mucho y sufrir tormentos indecibles para llegar al estado en que se hallaba: el niño existe aun en el país; pero es sordomudo.

Una aventura igualmente trágica, pero de consecuencias menos crueles, sucedió no ha mucho en el *Anfiteatro del Gigante*. Una mujer cayó allí perpendicularmente de una altura de ciento doce pies, rodó aun cincuenta pies mas abajo, y se levantó viva y solo con contusiones poco peligrosas. Esta mujer era casada y hasta entonces no habia tenido hijos, lo que la causaba una gran pena. Restablecida de su gran caída, se hizo embarazada y parió sucesivamente cuatro hijos: aviso á las casadas estériles.

De la *Colmena*, uno de los parajes mas curiosos de la *Calzada de los Gigantes*, fui á la cueva de *Port Coon*, donde aprendí una leyenda. Un hijo de Kinmacoul se habia hecho allí ermitaño, y jurado no comer nunca nada que le fuese presentado por mano humana. Una tarde que se moria de hambre, varias jóvenes frescas y bonitas le llevaron un buen pastel; pero el ermitaño las dió gracias y lo rehusó: una hora despues se presentó una foca, que salia del mar con un plato de pescados fritos. La pata ó aleta de la foca no podia considerarse como una mano humana, y el anacoreta aceptó la fritada sin escrúpulo; pero de improviso se desnudó la foca de sus escamas y se convirtió en sirena. *He quebrantado mi voto*, dijo el ermitaño, y cayó muerto de golpe. ¡Qué lástima que no tuviese á su lado alguno de los sabios de nuestra época, que le hubiera probado que las sirenas son fabulosas, y que aun suponiendo que por una extraña casualidad, la mar hubiese formado en este género una combinacion con apariencia humana, no podia ser colocada por ningun estilo entre las naturalezas reales y positivas; el ermitaño se habria convencido entonces y no hubiera muerto. La ciencia en general no se engaña; solamente de tiempo en tiempo engaña á los demas.

La caverna de *Port Coon* tiene una entrada escabrosísima: es necesario saltar de roca en roca, con riesgo de romperse los brazos ó las piernas, para llegar á una horrible grieta por donde se baja á uno de los costados de la inmensa gruta; el mar entra en ella por el lado izquierdo, y las olas llegaban á borbotones hasta mí con el ruido del trueno. Yo me interné á la derecha y sin reflexion bajo las excavaciones amenazadoras en donde se arremolinaban vientos y mareas. Entusiasmado y fuera de mí, no oí á mi guia que me gritaba con todas fuerzas:

— No vayais mas adelante; volved. Su voz la cubrian los mugidos del mar. De repente me siento agarrar por el brazo:

— Quereis perecer, me dijo David con espanto; la marea sube y no vamos á poder salir de aquí, ya el agua nos alcanza.... ya llega.

En efecto, de una profundidad de cuatro á quinientos pies veia yo el Océano precipitándose bajo el gran arco exterior. Sus olas acercándose y avanzando se abrian como la boca de un tigre para devorar una presa; yo retrocedí delante de ellos.

— ¡Ah! ¡no! volvió á decir David, no hay salida detrás de nosotros, es necesario volver por donde hemos entrado; pero el mar habia invadido ya la parte inferior de la hendidura por donde nos habíamos introducido en la caverna, y cada instante aumentaba el riesgo. Yo me arrojé al través de las olas aprovechando el corto instante en que la oleada se retiraba con precipitacion para volver aun con mas prisa; tres pescadores de la orilla, que habian notado desde afuera que tardábamos mucho en volver, habian acudido á nuestra ayuda. David me tomó por las piernas, sus camaradas de lo alto de la hendidura me agarraron por los brazos y fuí arrancado á las olas: algunos minutos despues hubiera sido demasiado tarde.

Volvi á *Bushmills-House*, donde me esperaba la mas amable de las familias, y la mañana siguiente volví á tomar con mil delicias el camino del mar. Mis Mac Maghten, conducia por sí misma nuestro pequeño *car*, pues ella iba á su escuela y á sus buenas obras. La encantadora hija del castillo me recordaba las mas suaves creaciones de Walter-Scott, y hubiera podido servir las de modelo.

En la playa tomé un barco, y aunque la mar estaba violentamente agitada, no obstante yo tenia empeño en examinar las costas de Autrim como marino, y en ver desarrollarse delante de mí la línea de rocas que se extienden desde los arcos de *Withe-Rocks*, hasta la gran esplanada de *Kair-Head* (1). Entré con mi barca en la caverna *Dunkerry*,

(1) Es uno de los mas altos promontorios de la punta norte de Irlanda.

cuyas sublimes bellezas no pueden describirse. Su abertura, que es una bóveda magnífica, tiene noventa y seis pies de alto sobre diez y seis de ancho: en los tiempos mitológicos habria sido el pórtico de uno de los palacios subterráneos de *Neptuno*. Mi bote sulcaba con una misteriosa solemnidad, como si me condujese á la morada de *Pluton*. El interior de la gruta se habia ensanchado (1), y nos hallábamos en inmensas galerías en donde jugaban las olas impetuosas; el pie de las rocas era rojo, las paredes de un negro de ébano y la bóveda medio verde medio blanca. Yo tenia en frente una calle de mas de setecientos pies de largo, pero luego daba vueltas y no se veia su salida. Uno de mis barqueros llevaba un fusil, lo disparó bajo aquellas bóvedas y la detonacion fue terrible; el eco subterráneo la repitió siete ú ocho veces, y yo salí de la caverna en el colmo del entusiasmo.

Mi barca volvió á la mar y entonces pasaron sucesivamente delante de mí todas las maravillas de la *Calzada de los Gigantes*. *El Plaiskins-Bay* me ofreció sus dos pisos de columnas de basalto, y el *Horecheu-Bay* sus dos estatuas aisladas sobre un pedestal que la naturaleza ha formado con la habilidad de un diestro escultor, y que dicen ser los dos hijos de *Kinmacoul*. (2) Despues viene la *cátedra* ó *púlpito del gigante*, en la cual el Sanson irlandés pronunciaba sus arengas; yo pregunté á quien hablaba, y la respuesta me satisfizo muy poco. Yo creo que hablaría al Océano, cuyas olas bramaban á sus pies; y desde la cima de aquellos parapetos podia decirle como Jeovah. *No pasarás de aquí*.

— Ese es, me dijo mi guia mostrándome dos puntas de rocas, el campo cerrado donde se batió *Kinmacoul* y su adversario pereció.

Poco antes habia yo reparado en cuatro figuras en pie delante de una columnata, estos eran los cuatro hijos del

(1) Tiene mas de 30 pies en muchos parajes.

(2) La tradicion sostiene que fue *Kinmacoul* quien las esculpió.

gigante escocés, que fueron á presenciar el combate de su padre; ellos no dudaban de su triunfo; pero viéndole caer de repente.... los cuatro desgraciados se llenaron de tal desesperacion que se quedaron *petrificados*, y no se han movido de aquel sitio. (1)

En medio del sitio mas árido y en una playa desierta me llamó la atención una casita blanca. Ni un solo árbol daba sombra á esta triste habitacion, y ninguna vegetacion se veia en derredor suyo. Supe que allí habia sido educado el famoso lord Castlereagh, con otros seis niños, entre los cuales se hallaba *Sir Francis Mac Maghten*. Un sacerdote dirigia su educacion lejos de toda sociedad; y allí vivian aislados y solos con las olas del mar, las rocas, el estudio y el cielo.

¡Qué pinturas haria si quisiese describir las ruinas del castillo de *Dunsuvorek*, y de *Green-Castle*, la capilla de la abadía blanca, el *Cave-Hill*, el castillo de *Olderfleet*, donde se retiró *Roberto Bruce* en 1315; *Glenarm* el *Grey Man's-Path* el *Kair-Head* de *Belly-Castle*, el *White-Head* y el puente de *Carrick-a-Ride*! ¿bastarian dos volúmenes? Creo que no.

El puente de *Carrick-a-Rede*, echado sobre dos rocas perpendiculares y por cima de la mar es de cuerda y muy peligroso; tiene sesenta pies de largo y noventa de alto. Es una de las admirables curiosidades de las costas de *Autrim*. En frente está la isla de *Raghery* ó mas bien de *Rathlin* (2). *Roberto Bruce* se refugió en ella durante las guerras civiles que desolaron la Escocia cuando el advenimiento al trono de *Baliol*, y habitó una fortaleza cuyas ruinas se ven todavía y llevan el nombre del ilustre príncipe; pero no obstante sus enemigos le persiguieron hasta allí y le arrojaron de ella. La isla tiene cerca de mil habitantes y pertenece

(1) Se ve tambien á poca distancia la estatua del mismo *Kinmacoul* sentado á la orilla; otra obra extraordinaria de la naturaleza.

(2) Esta es la isla que se cayó del delantal roto de *Shyla*, segun la leyenda.

hoy día á un sacerdote, *The Rev., R. Gage*, que es á la vez pastor de ella, magistrado, propietario y en algun modo rey (1).

La noche del día en que hice mis excursiones á lo largo de las costas, me hallaba en el salon de Lady Mac-Maghten, y á pesar del encanto de la sociedad que me rodeaba, mi espíritu no podia alejar los recuerdos de la *Calzada de los Gigantes*. Una dulce armonía interrumpió sin embargo mis meditaciones. Una jóven irlandesa tocaba el piano y cantaba un romance francés. ¡ Ah! ¡ cuán encantadora me pareció aquella voz extranjera que me recordaba mi país!... Supe que aquella amable jóven habia nacido en París y se habia educado en el *Sacre Cœur*; sus facciones, de una perfecta regularidad estaban llenas dulce melancolía. La hablé de la Francia y ví sus bellos ojos llenarse de lágrimas; era vecina de campo de Sir Francis. Antes de marcharse se acercó á mí, y yo la pedí que cantase otra cancion, pero se sonrió tristemente y me contestó en voz baja con este rito-melo de la ópera *Le Pré aux Clercs*: (*Rendez moi ma patrie*) *volvedme la patria*.

— Os comprendo, respondí yo; ¡ recuerdos de la niñez!...

Y ella añadió en seguida: *Están grabados en mi corazon*.

Así nos hablábamos por medio de la ópera de París; y la patria real para ella era la *Francia*.

Marchéme el día siguiente y despedíme de aquel castillo lleno de hospitalidad donde habia sentido tan vivos goces.... ¡ Ah! si alguna vez llegan á *Bushmills*, lleven á sir Fran-

(1) Cerca de *Carrick-á-Rede* hay una pequeña roca en medio del mar, de la cual sale una fuente de agua dulce. Este fenómeno se explica así: el agua baja de las montañas, pasa por debajo del mar y vuelve á subir á la roca, del mismo modo que los surtidores.

Una de las pruebas de la antigua civilizacion de la Irlanda se halla en *Belle-Castle*. Allí hay minas de carbon que fueron explotadas antes de la invasion de los daneses.

Los conejos abundan tanto en las costas de *Autrim*, que se matan en ciertos parajes hasta 40.000 por año, y se venden por el valor de la piel.

cisco y á su noble compañera, á Mis Mac Maghten y á la bella Mis Probin su hermana, las expresiones mas afectuosas de una gratitud eterna.

Me dirigí hácia *Portrush*, y no habiendo olvidado á Madama *Sthepenson*, fuí á su casa donde hallé nuevos cuidados, nuevas atenciones y una continuacion de placeres. Mis *Sthepenson*, la musa de la provincia, es autora de muchas obras; regalóme una, y en ella conservo un precioso recuerdo.

¡Adios Irlanda hospitalaria!... ¡adios playas poéticas!... El buque que me llevaba no podia arrancarme de vosotras: en vano huian en el horizonte tus lagos, valles y montañas; la vista del corazon no podia separarse de tí. ¡Ó Irlanda!... ¡Pero ya volveré á verte (1)!...

(1) Escritas ya estas páginas, la muerte ha llevado el duelo y el dolor á *Bushmills*. El noble sir Francis ya no existe. Los periódicos me han dado esta noticia, y yo comparto desde lejos la viva afliccion de su familia.

VIII.

El barco de vapor que me conducía á Glasgow era el *santa Coloma*, y llevaba á bordo seiscientos pasajeros Irlandeses que iban á hacer la recolección de granos á Escocia. El tiempo estaba hermoso, la mar tranquila y la travesía se hizo rápidamente.

Al ponerse el sol las costas de Argyle-Shire, despojadas de árboles y de verdura, se desplegaron á mi vista, y su aspecto se hizo solemne; los vapores del anochecer extendían sobre la atmósfera una especie de gasa mágica, y entre aquellos velos aéreos se perdían á lo lejos faros encendidos. El Océano, que rizaba apenas la brisa, había tomado tintes de ópalo, y las aves que se deslizaban sobre sus aguas confundían en ellas sus blancas alas con sus reflejos plateados. La luna saliendo del seno de las nieblas despedía pálidos reflejos sobre aquella reunión mágica, algunas estrellas brillaban trémulas bajo nubes transparentes, y un canto apenas perceptible, cuyos ecos pasaban como los suspiros del viento de la noche, salía de en medio de los segadores irlandeses recostados sobre cubierta y medio adormecidos. Esta armonía melancólica era, por decirlo así, tan pálida como el firmamento hácia el cual subía, pareciendo evaporarse todo y disolverse, en aquella atmósfera de sueños. Me hallaba en los mares de la Caledonia, y llegaba al país de *Osian*.

Tocamos en *Campbell Town* (1) y bajé á tierra un instante. Esta ciudad tiene una bonita bahía rodeada de rocas, pero como era de noche pude ver poca cosa. Algunas horas despues, al despuntar el dia, nuestro navío entraba en el Clyde.

¡*El Clyde!*... ¡ con qué activa curiosidad miraba yo sus fértiles orillas, tan ilustres por la espada de los héroes y la lira de los poetas!... Ya habia pasado el puerto de *Greenock*: el castillo de *Dumbarton* y el antiguo *Blaclatha* de Osian, me apareció con sus dos rocas en punta y sus inmortales ruinas. Allí habitó María Estuardo; allí por la infame traicion de sir John Menteith, fue aprisionado Wallace (2), cuyo sable se puede ver todavía; y allí fue á escribir Walter-Scott (3).

Un poco mas lejos se hallan las ruinas del castillo de *Dunglass*, donde empieza el muro que hizo construir *Antonino el Piadoso* para separar el mediodía de la Escocia del cual era dueño, del norte del cual esperaba serlo. Este muro que acababa en *Caer Rider*, en la embocadura del *Forth*, pasaba así de un mar al otro atravesando todo el reino (4).

El Clyde estaba lleno de buques; ¡ qué castillos tan elegantes en sus orillas!... ¡ cuántos bosquecillos encantados!... Desembarqué en *Glasgow*, metrópoli comercial de la Escocia, pero allí se acababan las vistas poéticas. Glasgow es ciudad de mecánicas ruedas, calderas y crisoles y pensé asfixiarme entre el humo espeso de sus establecimientos

(1) Cuenta 12.000 almas, y en ella se fabrica mucho *Whiskey*, licor que sabe mucho á la turba, y que me pareció tan detestable como el *Kwar* de los rusos; tambien se pasan arenques en *Campbell-Town*.

(2) La punta mas alta de *Dumbarton* se llama aun *Vallace-s-Seat* morada de Wallace; y el sitio que habitó *Wallace-tower* (torre de Wallace) *Rob-Roy* tambien ha dejado allí recuerdos hermosos.

(3) *Dumbarton* sobre su pico fortificado que el agua rodeaba en otro tiempo, debia ser un fuerte inexpugnable. Cerca del antiguo castillo se ha edificado uno moderno. Walter-Scott ha cantado á *Dumbarton* en la *Dama del lago* y en *Rob-Roy*.

(4) Este gran trabajo fue hecho por *Lolius Urbicus*, lugar-teniente del emperador Antonino (*Caledonia Chatmer*, vol. 1, p. 116). Ahora cerca de los restos de aquel muro se ve un obelisco á la gloria de *Henri Bell*, el primero que aplicó el vapor á la navegacion.

industriales así que puse en ella los pies. No se veían ya los blancos celajes de Osian, sino los negros torbellinos de polifemo. Ningun árbol puede brotar dentro de los muros de aquella sombría reina de las manufacturas, y no se ven mas que troncos de árboles sin hojas. Una chimenea colosal de cerca de cuatrocientos treinta pies de alto, y la mas elevada de Europa, llamó mi atención; yo pregunté para que servía tan prodijioso obelisco, que tiene por base una ancha torre y por remate una aguda flecha (1): contestóseme que Mr. Fernant, el primer fabricante del país, había debido construirla para librar á la ciudad de las pestilentes exhalaciones de sus *secrets Works*, trabajos secretos. Las fatales evaporaciones de su establecimiento, en donde se preparan muchos ácidos sulfúricos, esparcian en derredor la destrucción, las enfermedades y la muerte: Mr. Fernant para evitar semejantes calamidades, se ha esforzado en lanzar sus humos químicos fuera de la esfera de los vivientes, y en consecuencia ha elevado un tubo piramidal hasta las nubes. Por desgracia el viento repelia á veces hácia la tierra los hálitos envenenados que dirigia al cielo, y algunos desgraciados los aspiraban. Pero tambien las obras secretas de Mr. Fernant daban mucho dinero al comercio, y este lo indemniza todo. El dinero desinfecta los bolsillos, y hasta hacia soportable la peste (2).

Glascow, una de las mas antiguas ciudades de la Escocia, (3) esta sita sobre las orillas del Clide; pero este rio, tan

(1) Se me aseguró que había costado 80.000 francos: no se comprende como puede resistir á los vientos y tempestades. Hace un año que se construyó.

(2) El establecimiento de Mr. Fernant, es un laboratorio inmenso donde se preparan tintes admirables. Me dijeron que ha vuelto á hallar el secreto de la *púrpura de Tiro*, el cual hizo palidecer á todos sus rivales.

(3) Glascow data del tiempo de *san Kentyensn* que fue su obispo en el año de 560. Guillermo el Leon la erigió en Baronia por los años de 1175; y en 1611 Jacobo V la constituyó en *royal burgh*, lo cual la daba el derecho de nombrar y enviar diputados al parlamento. En 1651 no

ancho, claro y cristalino en Greenock, donde se pasea en medio de una naturaleza libre y risueña, se oprime, estrecha y hace pestilente reconcentrándose entre los obradores, donde atruena la fragua del ciclope; y su poesía se evapora con el humo.

La catedral de Glasgow, fundada en 1133 por el obispo John Achaius bajo el reinado de David primero, es un vasto y hermoso monumento de cerca de trescientos pies de largo. En tiempo de la reforma, escapó milagrosamente á la destruccion general. Abandonada hoy dia por los *presbiterianos*, que no quieren ni pompa ni esplendor en el culto, se convierte en ruinas. Sus puertas están cerradas, sus vidrios rotos, la yerba y las espinas brotan en ella como si pesase sobre ella una maldicion (1).

En frente de la catedral se encuentra el cementerio, que es magnífico sobre manera. Si los presbiterianos se precian de ser sencillos en el orden de sus iglesias, la idea contraria tienen en el arreglo de sus tumbas. El pomposo cementerio de Glasgow, hecho á manera de anfiteatro, contiene adornos los muy suntuosos y con particularidad el mausoleo del famoso *Knox*. ¿En dónde se ostenta el orgullo? ¡Donde no hay gerarquías ni poder, donde no hay mas que cenizas!

Salí de Glasgow para al castillo de *Mount-Stuart* en la isla de Bute, la primera de las Hebríadas; para ello me volví á embarcar por el Clide y no tardé en llegar á Rothe-

tenia mas que 14.000 habitantes, pero hoy dia cuenta mas de 250.000; sus calles están perfectamente alineadas, y sus casas muy bien construidas. La bella y grande calle de Glasgow, la *Trongate*, tiene magníficas tiendas. Los principales monumentos de la ciudad son el *Royal-Exchange*, el *Colége*, el *Museo*, el *Jardin Botánico*, el *Trownhall*, la *Enfermería real*, las estatuas de *sir John Moore*, de *James Watt* y de *Walter-Scott*. En las cercanías de Glasgow se halla la antigua ciudad de *Paistt* fundada por el primero de los Estuardos. *Enderstie*, donde nació Wallace, y *Linlithgow-Palace* donde nació Maria Estuardo.

(1) El patron de Irlanda es S. Patricio: se supone tuvo su nacimiento en las cercanías de Glasgow, en las montañas que tienen su nombre.

say (1). Algunas millas lejos hállase la residencia del marqués de Bute, la cual me recordó nuestros antiguos castillos de Francia: su parque es muy grande, su salon rodeado de inmensos retratos de cuerpo entero de los antepasados del actual propietario y cada cual vestido al uso de su tiempo: la mayor parte habian representado un papel importante en la historia, y se unian á ellos grandes recuerdos. Nada hallo mas noble ni mas interesante, segun ni entender, que estas tradiciones de honor y gloria, trasmitidas de padres á hijos en las familias por la vista sola de un retrato (2).

Descansé tres dias en aquella hermosa morada. Una de las ventanas de mi aposento daba sobre el Clide y yo veia á lo lejos la isla de *Kumrae* y las costas de *Ayr-Shire*.

Allí se dió en 1230 la famosa batalla de *kargs* entre los Noruegos y los Escoceses, batalla que decidió la posesion de las Hebriadas. Allí la Escocia venció á la Noruega (3).

El marqués de Rute habia visitado la isla de Elba cuando Napoleon estaba en ella; y su conversacion rebosaba de

(1) Esta ciudad que podria llamarse la capital de la isla de Bute, está situada en las bocas del Ayde. Del otro lado de este rio, que allí es un vasto mar, se ven los poéticos *High-lands*. En una asamblea solemne, verificada en el palacio de Sione el 28 de abril de 1398, decidióse que los hijos primogénitos de los reyes de Escocia, tomarian todos el título de duques de *Rothsay*. ¡ Cosa extraña! en el espacio de 316 años, ni uno de los duques de *Rothsay* (excepto Carlos I), llegó á los 21 años en vida de su padre, ni fue duque de *Rothsay* despues de su mayoría. (*Caledonia. By Georges Chalmers, vol. 1*).

(2) El marqués de Bute me mostró en su habitacion, una espada de uno de sus abuelos que mandaba en segundo lugar bajo las órdenes de Wallace, en la batalla de Falkirk, y que fue muerto en ella así como toda la juventud de Bute, que formaba su regimiento en número de 500 hombres. Sir Jonh-Stuart de Runkhill, tutor del senescal de Escocia, debia ser un guerrero robusto, porque su espada de cinco pies de largo, no puede levantarse con una mano: el puño solo tiene pie y medio.

(3) *Caledonia. By Georges Chalmers, vol. 1, p. 644.*

interés (1). En su casa se hallaba á la sazón *Mr. William-Craufurd*, sub-tesorero general de la armada inglesa, á quien yo habia conocido en Aix-la-Chapelle y en Londres.

Mucho gusto tuve en volverle á hallar. Su hermano *Sir John Craufurd de Auchenames*, primogénito y jefe de la familia, habita á poca distancia, en un castillo llamado *Crosbie*, donde nació el gran Wallace, y que yo prometí visitar (2).

La familia de *Craufurd* es una de las mas antiguas de *Ayr-Shire*: la siguiente historia lo prueba. A principios del siglo XII el rey David primero se hallaba cazando en el bosque de *Dreumsheuch*: de repente fue atacado por un ciervo, y veíase en peligro de muerte, cuando *Sir Gregorio de Craufurd* acudió á su socorro, mató el ciervo y salvó la vida al príncipe. Una leyenda añade que en aquel momento bajó del cielo una cruz milagrosa á la mano del monarca. Esto podrá ponerse en duda; pero lo que no la tiene es que el rey David fundó la Abadía de *Holy-Rood* en reconocimiento de su salvacion, y dió á la casa de *Craufurd* el derecho de llevar en sus armas la cabeza y los cuernos del ciervo con una cruz encima y esta divisa en derredor:

— *Yo te salvé por mi valor.*

Cerca de *Crosbie* se ve el antiguo castillo de *Portencross*, perteneciente tambien á los *Craufurd*, residencia célebre por haber sido el lugar á donde llevaban los cuerpos de los antiguos reyes de Escocia antes de embarcarlos para *Yona isla sagrada*, donde debian reposar sus cenizas (3). En *Por-*

(1) Despues de mi salida de Inglaterra un incendio horroroso ha devorado el magnífico castillo de *Luton-Hoo*, perteneciente al marqués de Bute. Sus amigos, que son muchos, se han afligido vivamente de esta desgracia.

(2) La madre de *sir William Wallace* se llamaba *Margarita de Craufurd*, y era hija de *sir Reginald de Craufurd*, gran sherif hereditario de *Ayr-Sire*.

(3) De *Portencross*, se trasladaban los féretros reales á *Easttarbet*, sobre la costa de *Kantyre*, despues desembarcaban en el istmo de *West-Tarbet*, y de allí embarcados de nuevo volvian á partir para *Yona*.

tencross hay un cañon tomado de uno de los navíos de la *esquadra Invencible*.

Continué mi viaje embarcándome en un buque del estado el *the Sehar-Cater*, mandado por el capitan Robinson, en la isla de Bute, de donde pasé á *Gaer-Loch*. Nosotros navegamos toda la mañana á lo largo de las bocas del Clide, y admiramos al paso los dos hermosos castillos del duque de Argyle: *Roseneath-House* y *Ardincaple-Castle*. Visitamos *Shandon*, la ciudad de Roberto Napier, célebre ingeniero escocés, y desembarqué en seguida en Greenock yendo al castillo de Eglinton.

Lord Eglinton, de la antigua familia de Montgomery, vivia entonces en su residencia, donde se verificó el famoso torneo de 1839, que fijó la atencion de toda la Europa. Todo el mundo sabe que Montgomery, habiendo muerto en un *paso de armas* al rey Enrique II, fue causa de que se aboliesen en Francia los torneos, y fue cosa singular que en nuestros dias un Montgomery ensayase el resucitarlos en Escocia (1).

Eglinton-Castle es un castillo magnífico flanqueado de torres y torreones (2): su jóven y noble propietario tiene en él corte plenaria; pues cuando yo le visité tenia treinta ó cuarenta huéspedes á pan y manteles y por muchos dias. Á mí me hizo ver todas las dependencias de su caballeresco castillo (3): vi tambien el sitio donde se verificó el célebre

(1) El conde de Eglinton tiene flores de lis en sus armas, supongo que será en razon de la muerte dada á un rey de Francia por uno de sus antepasados.

(2) El cuerpo del edificio tiene cuatro torres en las cuatro esquinas, una torre enorme en medio, dos torreones en el pórtico, y sobre las alas un gran número de torrecillas ligadas unas á otras por galerías almenadas con la mas perfecta regularidad.

(3) Sus caballos están alojados no en cuadras, sino en aposentos precedidos de antecámaras; solo faltaban espejos para ser salones: quizás llegarán á serlo. En el comedor del castillo hay un aparador á donde estan colocados los premios ganados por sus caballos en diferentes corridas. Muchos objetos de plata, plata sobredorada y oro llaman allí la atencion y deslumbran la vista.

torneo y el lugar. donde *la reina de la hermosura* lady Seymour coronó á los vencedores ; despues recorrí prolijamente el interior de aquella residencia. Á la entrada de un gran vestíbulo rodeado de trofeos de armas se ve la figura ecuestre del lord Eglington vestido como los antiguos paladines de la *Tabla redonda*. Su armadura es la misma que llevaba en el torneo ; es de oro , ricamente trabajada y en tiempos ya muy remotos al parecer. La rotonda contigua es un inmenso salon de armas , donde hay escudos blasonados y banderas feudales de todos los paladines que *justaron*. Sus nombres , escritos con letras de oro , cubren los trofeos (1).

Arreglóse una partida de caza y yo fuí á ella. Nada hay que se parezca á esto en nuestra Francia , donde la caza escasea tanto cada dia que acabará por desaparecer enteramente. El lugar de la cita era un viejo castillo de la familia de Eglington (2) ; los tiros empezaron como un fuego de peloton , y la llanura se convirtió en un campo de batalla en donde los muertos se recogian á docenas ; con las detonaciones se mezclaban los gritos que daban las víctimas heridas ; y en medio del desórden de aquella barahunda , los batidores se echaban á veces de bruces al suelo para no impedir las descargas que pasaban por encima de sus cabezas. Yo no podia comprender como en aquella confusion no se herian los cazadores. Nosotros empezamos por

(1) En un hermoso libro con grabados ricamente iluminados , se ha consignado aquella brillante fiesta. Lord Eglington estuvo á la cabeza de los vencedores de aquel dia , y los *caballeros de la lid* , reunidos ofrecieron un magnífico presente al célebre castellano : *la representacion de un torneo antiguo*. Este es inmenso y monumental , todas las figuras , y las hay en número considerable , son de plata admirablemente trabajada. Entre los caballeros de la lid , estaba el príncipe Luís Napoleon , hoy dia desterrado en Ham : él hizo á lord Eglington el regalo de un látigo del mas alto precio.

(2) Este castillo inhabitado se llama *Ancheus*. Lord Eglington no habia entrado nunca en él : me acompañó solo por condescendencia , y subió sus escaleras por la primera vez , haciéndole yo ver una de sus posesiones.

matar cuatrocientos ochenta conejos, catorce liebres, y no sé cuantas *grouses* (1): cuando yo digo *nosotros*, quiero decir *ellos*, porque yo no quise cargarme ningun muerto sobre la conciencia. En medio de los matadores que me rodeaban, solo me preocupaba el pensamiento, no de herir, ni matar, sino de no ser muerto ni herido (2).

Dejé aun lado mi fusil al pasar cerca del antiguo castillo de *Dundonald*, antigua residencia de los reyes de Escocia, y le habia reemplazado por un lápiz. En tanto que la mosquetería continuaba sus destrozos y que los tiradores cazaban con toda la energía de sus ojos, de sus piernas, de sus batidores y de su pólvora, yo me habia sentado sobre las melancólicas ruinas de la fortaleza real, desde donde descubria la mar, la isla de *Arran* (3), las montañas del lago *Lomond* y las campiñas de *Ayr-Shire*; y mi memoria reproducia mis dulces recuerdos de Irlanda. Yo tenia los ojos fijos en los restos imponentes de la morada soberana, donde en otros tiempos habian resonado tantos clarines, pasado tantas potestades y agitándose tantos orgullos!...

¡Ah! ¡ya no habia allí mas que un simple viajero extranjero, solo, pensativo y silencioso. Dentro de aquellos parapetos ya no mas ruido de armas, no mas paladines con casco de acero, no mas pajes con aventuras de amor, nada sino el viento que suspiraba por entre las grutas de las torres, las aves de rapiña que huian delante del descono-

(1) Especie de perdíz del grandor de una gallina, cuya caza es muy célebre en Escocia.

(2) Esta caza se verificaba á veces en medio de rebaños de vacas y de yeguas, que no se inquietaban por esto, pareciendo como convencidos de que aquello nada tenia que ver con ellos. En esta caza no habia mas que siete ú ocho tiradores, los cuales no tenian mas tiempo que el de cargar sus escopetas cuando acababan de tirar y piqueros los reemplazaban cuando el cañon estaba tan caliente que era necesario cogerlo con guantes. El 12 de agosto, un Campbell mató él solo, como digo, en solo un dia, trescientos setenta *grouses*, seis liebres y cuatro chochas. Hecho públicamenté celebrado.

(3) Pertenece casi por entero al duque de Hamilton.

cido, el abandono de las grandezas del día, y el polvo de los antiguos tiempos (1).

Al ponerse el sol me reuní con los que cazaban, y hallé á los tiradores cansados de matar y á los ojeadores cansados de recoger caza: volvimos á *Eglington-Castle*, y en medio del parque pasamos entre una manada de cuatrocientos ó quinientos ciervos que pastaban en él tranquilamente. Cuando llegamos se disponía á dar la señal de la comida una especie de escudo por que allí no habia campana para anunciar las horas de la comida. Haciendo resonar una especie de escudo de bronce, como la *Grisi en la Norma*, llama lord Eglington á sus amigos á los banquetes. Todo es caballeresco y cortés dentro de sus muros.

Los viajes son como la vida: tan pronto ofrecen ya hermosas escenas y felices encuentros como tristes imágenes y penosas despedidas: yo volví á tomar el camino de Greenock y me embarqué para Staffa.

¡*Staffa!* ¡cuánto deseaba yo ver esta isla para siempre célebre, en donde iba á ver *la gruta de Fingal!*... El barco de vapor que me llevaba pasó primero el *the kyles of bute* (2); y habiendo seguido por algun tiempo la navegacion en el inmenso lago *Fyne*, volvimos á salir á la mar por el canal de *Crinan*, y nos hallamos de nuevo en las costas del Océano en medio de las islas *Hebriadas* (3).

Allí presencié un espectáculo que no olvidaré nunca. Navegábamos en medio de una porcion de islas desiertas, cuyos picos, extravagantemente recortados, se levantaban al través de los ligeros vapores como silenciosas fantasmas.

(1) Estas ruinas pertenecen ahora á lord Cochrane, aunque no tienen en su alrededor propiedad alguna, ni le producen un maravedí; pero le confieren el título de lord de *Dundonald*.

(2) Estrecho que da vueltas entre las rocas.

(3) En estas islas fue donde Bruce, Carlos II y Carlos Eduardo, vencidos y proscriptos, divagaron de caverna en caverna, puestas á precio sus reales cabezas, y víctimas los tres de la suerte mas desapiadada.

Estas playas inhabitadas, sin terrenos de cultivo, y en donde la ausencia del hombre habia borrado la vida, no presentaban á la vista mas que piedras, cielo y agua. Su profunda soledad, privada de movimiento, sin enramadas ni pájaros, sin praderas ni flores, no la turban mas que los bramidos del mar y la voz de la tormenta; ignorando todas las alegrías de la tierra, las fiestas de la naturaleza y las maravillas de la civilizacion. A veces á lo largo de las costas y sobre anchas sábanas de agua llenas de arrecifes, se ven errar algunos barcos pescadores; de tiempo en tiempo en los costados cavernosos de las rocas en donde hay algunos restos de vegetacion, se deslizan rebaños enflaquecidos; pero todo esto no tiene por decirlo así mas que una sombra de existencia. El sol cuando atravesaba yo tan magníficas tristezas, se habia desterrado como todos los demas esplendores animados de la creacion; ni brisas, ni perfumes; el firmamento contrario y frio, se habia puesto tambien en armonía con los sitios agrestes que huian á lo lejos bajo sus nubes, y desaparecian por momentos, se volvian á manifestar, y acababan por perderse entre ellas tan vaporosos como los horizontes blanquecinos que los envolvian. Las rocas tomaban con frecuencia la forma de castillos arruinados, de aldeas asoladas por la guerra y de ciudades derribadas por conmociones volcánicas: hubiérase dicho que eran los inmensos escombros de un país herido de muerte por donde habia pasado el ángel exterminador....

De golpe y cuando menos lo pensaba se oyó en el vapor un violin, y un montañés se puso á bailar una danza escocesa mientras acudian á su alrededor los pasajeros. Aquella alegría fuera de tiempo no hizo mas que causarme una penosa sensacion, pues separaba mis miradas é ideas de las sublimes contemplaciones á que arrastran las grandes escenas de la inmensidad y de lo misterioso é infinito....

Las dos puntas de Bencruachan (1) nos anunciaron la

(1) Una de las altas montañas del lago *Awe*, tiene 3,400 pies.

cercanía á *Oban*, en donde desembarcamos á la caída de la tarde. El puerto de *Oban* es uno de los mas pintorescos de aquellos parajes; por todas partes picos y lagos, bahías y anfiteatros; y que cambian de aspecto á cada instante, según los efectos de la luz ó de las nieblas. Esta es la esfera de lo fantástico.

Cerca de *Oban* y en un promontorio elevado, está *Dunolly-Castle*, antigua residencia de los *Mac-Dougals de Lorn*. De la cima de aquellas ruínas magníficas se domina la mar y sus mil islas salvajes, el estrecho de *Mull* y las famosas montañas de *Morven*. El eco de una voz humana en aquel inmenso desierto, tiene algo de extraño y de discordante que hiela como una blasfemia. El hombre allí no está sino como por acaso, y parece no tener derecho de hacer acto de presencia y vida. Diríase que autorizado momentaneamente para dar allí una mirada y no mas no debe pasar sino en silencio (1).

Llenaba la posada de *Oban* una porcion de peregrinos, que iban como yo á la *Gruta de Fingal*: salimos al rayar el dia, y á lo largo de las costas de *Morven*, se me enseñaron las ruinas del Castillo de *Macdonald-Ardtornish*. Yo habia querido ver la isla de *Skye*, que es la principal de las Hebríadas inmortalizadas por las interesantes aventuras de *Cárlos Eduardo* proscrito y fugitivo, y porque en ella nació el valiente mariscal *Macdonald*, que aunque no es hijo de la gran familia de los antiguos jefes escoceses, este le reclama y adopta por honor á sí mismo. El mariscal visitó el país de sus abuelos durante la restauracion, y *Edimburgo* quiso darle una funcion, que el modesto guerrero rehusó. *Macdonald* recorrió las Hebríadas festejado por públicas aclamaciones: aquellas gentes están orgullosas de su gloria (2).

(1) Al norte de *Dunolly* está el castillo de *Duastaffnage*, donde residian los antiguos reyes de Escocia. *La piedra de la Coronacion* fue transportada de este castillo á *Scone* por *Kenneth II*; y de *Scone* lo ha sido á *Westminster*.

(2) El padre del mariscal *Macdonald*, *Macdonald Mac Eachan*, habien-

Me habia embarcado en *el steamer la Brenda*; y entre sus pasajeros excitaron mi curiosidad dos jóvenes: pregunté quienes eran, y me respondieron lo siguiente:

— Vienen de París, y son dos hermanos, hijos de una casa rica. Ayer noche, hallándose en otro buque, le sucedió una desgracia terrible al mayor. Por circunstancias muy largas de referir cayó al mar en medio de una obscuridad muy profunda. Al ruido de su caída felizmente un marinero gritó. *Alguna cosa acaba de caer al agua; pero no sé lo que es*: se acudió, se oyó el ruido de un cuerpo luchando con las olas á poca distancia de las ruedas del barco de vapor; tomóse una linterna y se miró. Un joven nadaba con intrepidez y disputaba su vida al Océano á las ruedas del buque, á las tinieblas y á los abismos. Su valor y presencia de espíritu no le habian abandonado; echáronle una cuerda, que el cogió en seguida, y salvóse el joven Rothschild.

— ¡Rothschild! exclamé admirado.

En efecto, eran los hijos del baron de Rothschild acompañados de un ayo: su padre, que tambien se hallaba entonces en Escocia, debia ir á reunirse despues con ellos en *Inverary* así que volviesen de *Staffa*.

En fin descubrióse en una vaga lejanía la famosa isla. La mar estaba agitada, y todos teníamos una viva inquietud, porque es sumamente difícil el llegar hasta la *Gruta de Fin-gal*. Escoceses hay que han hecho seis veces el viaje á *Staffa* sin haber nunca podido acercarse á la peligrosa caverna, pues la isla está cercada de arrecifes; los buques se ven-do tomado partido por los Estuardos, se vió obligado á expatriarse. El es pariente de la célebre Flora Macdonald que salvó á Carlos Eduardo en la isla de *Skye*. Macdonald Echan fue á buscar á su príncipe á París. « Fue el único, dice Amadeo Pichot (Historia de Carlos Eduardo, t. II, pag. 363) que acompañó á Carlos Eduardo á Vicennes en la época de su arresto. Dejando la Escocia por la Francia produjo uno de nuestros héroes modernos. » No debo olvidar el hacer mencion de las bellas ruinas del castillo de *Duart*, situadas sobre las orillas de *Mull*, morada de Maclean valeroso jefe de *clans*.

obligados á echar el ancla á cierta distancia y solo los barcos de los pescadores pueden conducir hasta *Fingal's Cave*. Además para conseguir esto era menester que la mar estuviese tranquila, sin lo cual el steamer no hubiera echado el ancla ni las barcas salido de la playa.

El horizonte estaba cubierto, y el viento soplabá del nordeste: nada en verdad presagiaba un tiempo fuerte, pero tampoco un día de calma; el Océano mugía sordamente como un dogo pronto á irritarse, y los vaivenes del buque habían producido un terrible mareo á la mayor parte de los pasajeros. Todos se inquietaban y sufrían.

Vedla al fin la célebre isla!... Staffa estaba á cuatro pasos de nosotros. ¡Oh dicha! El steamer echa el ancla, y un grito de gozo resuena á bordo; no obstante las olas estaban muy agitadas, aunque no lo bastante para oponerse á nuestro desembarque; así los pequeños barquichuelos de Staffa vinieron á nosotros y se acercaron á nuestro steamer. Aquí el riesgo fue real, pues para bajar á las barcas era necesario en algún modo ser gimnásticos con peligro de la vida; porque para aprovechar justamente el momento en que el barco de vapor, bajando de lo alto de una ola, se ponía de nivel con el bote que subía en una ola vecina, era preciso tener un buen golpe de vista, un movimiento pronto y el pie seguro; pero yo tocaba al término deseado, y fuí el primero que saltó en la barca que llegó primero. Tanto me faltaba el tiempo para penetrar en la *gruta de Fingal*, que creo hubiera saltado al mar antes que quedarme á bordo: los dos jóvenes Rothschild siguieron inmediatamente mi ejemplo, y pronto nuestra barca se llenó de manera que por poco no zozobramos antes de partir.

La travesía fue corta, pero expuesta; las olas y el viento jugaban con nuestro débil esquife con una malicia de Satanás, y nos repelían de la orilla en el momento en que íbamos á saltar empujándonos de nuevo hácia ella cuando desesperábamos de alcanzarla. No obstante, nuestras inquietudes tuvieron término al fin gracias á la habilidad de nues-

tros remeros, y me hallé en las rocas de Staffa.

¡Ah! ¡aquí confieso mi insuficiencia! Para pintar el cuadro que se ofreció á mí, serian necesarias imágenes tan prodijiosas como aquel sitio, y la lengua humana no las tiene. Yo me hallaba en la misma *Calzada de los Gigantes* que pocos dias antes habia admirado en el norte de Irlanda, y sobre los mismos enlosados, columnas y basaltos, y era evidente que el mismo poder habia trabajado en ellos bajo las mismas bases. No obstante, aquel era otro espectáculo: el artífice habia conservado los mismos materiales, pero cambiado sus maravillas.

IX.

Atravesé el camino colosal que conduce por entre las rocas hasta la *Gruta de Fingal* marchando sobre la esplanada de columnas que sostienen la isla entera y la levantan fuera del agua, y llegué al arco inmortal, entrada del gigantesco palacio. El Océano precipita en él sus olas mugidoras y le da mágicos vapores. Una catedral inmensa era lo que veía delante de mí, y en ella innumerables pilares de basalto: sus masas regulares y prismáticos cristales sostenían la bóveda como con ojivas, y la mar ocupaba la nave. ¿Á qué dios había podido ser consagrada aquella metrópoli fantástica? Allí no era ya la obra del hombre, la humanidad nada tenía que reclamar de aquellos prodigios.... Tres veces llamé á Osian, y el eco resonante de la basílica repitió el llamamiento poético con las solemnidades del misterio y los temblores del abismo.

De los dos lados del canal subterráneo y sobre enlosados negros formados irregularmente con millares de columnas, se penetra en las profundidades del santuario como se circula por las galerías en una iglesia. Las aguas que borbotaban con estruendo á nuestros pies contra aquella arquitectura de bronce de colores verdes, amarillos y rojos, se revestia allí de mil prestigios. Yo creí que salían del seno de los vientos, de las nieblas y de las olas, los sonidos de una arpa.... ¿Era esto efecto de la imaginación? Me cos-

taba creerlo. Mejor quiero, entregándome enteramente á los extravíos del entusiasmo, persuadirme que la sombra de *Fingal* estaba allí, y que las hijas de *Morven*, errantes bajo aquellas columnatas y medio inclinadas sobre sus arpas, suspiraban gloria y amor. Yo me rodeaba de sus sombras; y no éramos yo y mi época, sino un bardo y siglos pasados.

Me interné en el maravilloso templo; pero el paso por sus galerías laterales y sobre las ondas irritadas está lejos de carecer de riesgo, porque á veces se estrechan de un modo espantoso, y está uno obligado á saltar de un pilar á otro suspendiéndose sobre un abismo. Un paso mal dado puede producir la muerte; pero si por un lado amenazan peligros, por otro el entusiasmo domina y arrastra: así llegué yo casi hasta la extremidad del palacio de *Fingal*, me senté contra un pilar y escribí en él algunas líneas. La altura de las maravillosas ojivas de la naturaleza que alinean allí sus puntas atrevidas, reduce al hombre al estado de pigmeo; pero si allí el hombre pierde de su estatura, nada pierde de su grandeza, porque entra con su pensamiento, y sintiéndolo desarrollarse estudia, juzga y admira.

¿Quién ha esculpido aquellas paredes metálicas, aquellos obeliscos acanalados y aquellos arcos triunfales, que formados desde el principio de los siglos, no deben sin duda hundirse sino con la destrucción del globo? *¡Conmociones volcánicas, dicen!* Pero estas conmociones tenían pensamiento y voluntad!... *¡Las toscas lavas de los desconocidos cráteres serian verdaderos fuegos sagrados dotados de alma y de inteligencia!*... ¿Cómo admitir semejantes suposiciones? No obstante, hallando sublimes obras maestras donde no deberian existir sino informes excavaciones y masas desordenadas, ¿cómo creerlas efectos de la casualidad?... Una sola explicacion es posible: *¡La mano de Dios lo ha hecho!* (1)

(1) El gran arco de la entrada en la gruta de *Fingal* tiene setenta pies de alto y de treinta á cuarenta de ancho. Su profundidad es de dos á

Staffa es una isla desierta de poca extensión, á donde acude mucha gente en el buen tiempo : ¡ feliz el que llega á pisar aquella playa frecuentemente inaccesible !.... Cuando la mar está tranquila y transparente , los buques que atraviesan sus aguas de zafiro , ven bajo sus pies la famosa *calzada de los Gigantes* que liga la Irlanda con la Escocia. ¡ Fenómeno inaudito ! su enlosado basáltico que empieza en las costas de *Antrim* y que despues de haber atravesado el Océano vuelve á parecer en Staffa , se hunde allí y continúa mas lejos. De nuevo se la ve salir en las orillas, al oeste de la antigua Caledonia ; en seguida se vuelve á sumergir en el mar , pasa por debajo de la Escocia y sale otra vez en la Noruega en las costas fronteras , en el mismo espacio de camino de Finmacoul.

¡ *Finmacoul* ! Yo pronuncié este nombre delante de un escocés , el cual me dijo.

— *Finmacoul* , es nuestro mismo Fingal , cuyo nombre ha estropeado la lengua de Irlanda , donde no estuvo mas que de paso : su dominio estaba *aquí*. Me admiró este patriotismo. La Escocia reclama á *Fingal* y la Irlanda se lo disputa. ¿ Qué puede colegirse de esto ? Que fue el héroe de los dos pueblos , y que ahora es su ídolo.

En *Giant's Causeway* , me habia complacido en escuchar las leyendas del país , porque allí estaban en su lugar ; pero bajo la *Gruta de Fingal* , un silencio respetuoso , un religioso estremecimiento , alguna cosa semejante á lo que se experimenta á la vista de una catedral cristiana , habia acabado por apoderarse de tal manera de mi espíritu , que un cuento de encantamientos me habria disgustado. Ossian y Fingal mismos desaparecian de mis recuerdos ; y los reem-

trescientos pies sobre poco mas ó menos. La isla de Staffa tiene otras muchas cavernas. El *Clam-Shell-Cave* , el *Boat-Cave* y el *Mackinnon* ó *Cormorant's Cave* , son las principales despues de la gruta de Fingal. El arco de la primera , parece el inmenso casco de un navío boca abajo , y tiene treinta pies de alto , diez y ocho de ancho y ciento treinta de largo.

plazaban graves imágenes. Allí no necesitaba mas que del cielo y de mi pensamiento, y no queria mas que á Dios y á sus obras.

Salí de Staffa con un penoso sentimiento, como cuando uno se aparta de un amigo. Sin duda no volveré ya á ver aquellas playas, pero quedarán eternamente presentes en mi imaginacion. Esta visita de un momento es como una gran columna colocada en la vida, que cuanto uno mas se aleja mas domina, y no se puede perder de vista.

El cielo se despejaba, y las espesas nieblas que poco antes coronaban la morada del Dios de la Caledonia, se habian desvanecido completamente. La atmósfera se puso clara y brillante, y vimos las costas de Irlanda.

— Hace mas de cuatro años, me dijo el capitan de la *Brenda*, que semejante cosa no habia sucedido; nosotros veíamos *el Giant's Cause Way*.

Yo no estaba ya en el templo de las emociones religiosas, y deseaba volver á la esfera de las ingeniosas fábulas. Se me refirió la historia siguiente:

Un gigante irlandés, irritado de la superioridad famosa de Fingal, y creyéndose de talla capaz de medirse con su *altura*, sino *alteza*, atravesó un dia el Océano para ir á desafiarse, combatir y vencerle. *Shyla*, la madre de Osian, supo la determinacion del terrible enemigo, y aunque estaba eminentemente convencida de la invencible fuerza de su marido, no obstante reflexionaba que se han visto pigmeos batirse con colosos; y no está bien averiguado si ignoraba ó no la historia de David y Goliat. En conclusion, *Shyla* resolvió impedir la lucha, y lo arregló de este modo.

El dia de la llegada del gigante irlandés, *Shyla* adormeció á Fingal en su gruta despues de un buen desayuno, y con el jugo de ciertas plantas cuyo secreto ella sola conocia; despues le puso una gorra en la cabeza, pañales en derredor del cuerpo y le fajó hasta los brazos, de suerte que parecia un niño de pecho; ¡pero qué niño! ¡qué criatura!

El coloso enemigo llega en esto y encuentra al pie de la roca de Staffa la mujer de su adversario.

— ¿Dónde está Fingal? la pregunta con voz que procuraba hacer tan feroz como le era posible.

— En la caza, respondió Shyla con el aire mas cándido que pudo figurar, y mientras vuelve doy de mamar á su hijo y mio que está ahí en la cuna. Tiene muy pocos dias y aun es débil y pequeño; pero yo espero que llegará un dia á ser tan grande y tan fuerte como su padre: ¡es tan lindo! venid á verlo.

El Irlandés se encogió de hombros con desden, pero siguió, no obstante á Shyla para no fastidiarse antes del temible pugilato; y hasta lo hizo con una especie de complacencia que no estaba en sus maneras.

— ¡Cómo! exclamó de repente á la entrada de la inmensa gruta. ¿Es esta la cuna del niño?

— Sin duda, respondió la madre, y este es mi hijito.

El irlandés dió un grito de sorpresa y de espanto; un sudor frio empezó á correr por su ancha frente, y los pelos de la barba se le erizaron.

— ¡Gran Dios! exclamó, si este es el párvulo, murmuró con temor: ¡que altura es la del *padre*! y se escapó á todo correr, para evitar el combate. Shyla sola habia triunfado (1).

Nuestro *steamer* bogaba hácia Yona. Esta isla célebre que visitan todos los peregrinos de Staffa, fue la *cuna del cristianismo en Escocia*, y es conocida bajo muchos nombres: La *isla de las Olas*, isla de los *Sepulcros*, isla de los *Druidas* é isla *Sagrada*. En aquella playa lejana fue donde desembarcó San Colombo de vuelta de Irlanda. El apóstol misionero construyó allí una capillita por los años de 565, y de allí salió la primera luz evangélica que debia alumbrar un

(†) La leyenda dice que el gigante irlandés era cincuenta pies mas alto que el supuesto *niño*, y él se habia imaginado que el *padre* debia tener á lo menos ciento mas que él.

dia la Caledonia entera (1). Yo visité esta capilla, que es sencilla y muy pequeña. Á poca distancia se ven las magníficas ruinas de la catedral de Santa María, cuyos fundamentos puso San Colombo, y fue acabada despues de su muerte (2). No lejos está el famoso cementerio en donde se enterraban los reyes de Escocia en los primeros tiempos de la era cristiana (3). Enseñáronme un sepulcro donde reposa un rey de Francia, pero no pudieron decirme su nombre. Yo incomodé sin duda al guarda de los sepulcros, asegurándole que un rey de Francia no podia haber sido enterrado allí; él al contrario, hallaba esto muy sencillo, y era para él un artículo de fe; así se alejó de mí como de un blasfemo. Yo habia *dudado* en la isla *Sagrada*, y para él ya no fuí mas que un *escandaloso*.

Los habitantes de Yona, tienen el aire medio salvaje. Una parte de los niños usa el traje primitivo del paraíso terrenal, con la diferencia que en lugar de un taparabos de hojas, lo llevan de andrajos. Una mujer vestida casi de la misma suerte, y de cabellera roja y color lívido, vendia mariscos.

— ¡Gran Dios! dijo uno de los pasajeros retrocediendo

(1) En 404, Fergus, rey de Escocia conquistó esta isla, echó de ella á los romanos y fue enterrado allí.

(2) Esta catedral á la orilla del mar presenta hermosos pilares trabajados artísticamente, y anchas ventanas con ojivas; la pila de agua bendita subsiste aun. Habia allí un magnífico altar de mármol blanco, pero esparcióse la voz de que el que tuviese un pedazo en el bolsillo nunca naufragaria y los marineros le hicieron añicos; pero no sé si naufragaron ó no. La isla de Yona conserva tambien los restos de un convento de mujeres donde hay unos sepulcros que llaman la atencion. Muchos tienen adornos moriscos. Uno de ellos me ofreció á la vista y en bajos relieves á Judit con la cabeza de Holofernes en la mano. La isla cuenta hoy dia 460 habitantes y pertenece al duque de Argyle.

(3) Allí se ven tambien sepulcros de gefes de clans. El de *Duart*, tiene interesantes esculturas. No lejos está la cruz de *Macleán*, y un bello pilar esculpido: esta cruz es una de las trescientas que adornaban antes la isla, segun tradiciones, y que fueron arrojadas al mar en 1560, por orden del sínodo de Argyle.

de espanto á su vista : ¿ no es esta *la difunta señora Medusa* ?

No estuvimos de vuelta á Oban hasta muy de noche , y por la primera vez disfruté de la vista de una mar *fosfórica*. Navegábamos por medio de las Hebríadas, y el tiempo era frio , humedo y oscuro ; cuando de repente la mar se iluminó en los costados de nuestro buque , y las olas que hendíamos despidieron torrentes de luz, deslizándonos sobre rayos de llamas, por entre diamantes y encima de una alfombra de estrellas : á la vez fria y ardiente, la mar era de hielo y de fuego.

La mañana siguiente emprendí mi viaje á las altas tierras de los *highlands*. De Oban á Inverary el camino es de los mas pintorescos. El lago *Awe* y sus veinte y cuatro islitas me transportaron de admiracion , y no tardé en llegar al famoso castillo del duque de Argyle. *Inverary* , á la extremidad del lago *Fyne*, tiene una posicion encantadora ; este lago estrechado entre montañas escarpadas , con recodos y puntas salientes, recuerda el de Lucerna. En medio de una vasta pradera que cubren con su sombra árboles centenarios , el majestuoso castillo se eleva sobre la playa con sus cuatro torres feudales su ancho torreón del centro y sus hermosas galerías almenadas. Escuché por si del centro de aquel hermoso parque, donde la naturaleza y el arte han juntado sus obras maestras , salian los antiguos gritos del clan de los *Campbells* y sus refranes ó estribillos populares.

The Campbells are Coming, ¡ oh ! ¡ oh !

The Campbells are Coming.

Great Argyle he goes before.

He makes his cannons and guns to rcar, etc.

The Campbells are Coming, ¡ oh ! ¡ oh !

The Campbells are Coming.

Allí vienen los *Campbells*, ¡ ah ! ¡ ah !

Atravesando las llamas,

Y las aguas , y á los combates

Se presentan con sus armas.

El grande Argyle á su frente

Se encontrará en la batalla

Allí vienen los Campbells ¡ ah ! ¡ ah !

Los Campbells se adelantan.

—

¡ Ved ondear sus banderas !

¡ Del cañon ved la matanza !

¡ La tierra tiembla á su vista

Cuando un Campbell la amenaza !

Allí vienen los Campbells ¡ ah ! ¡ ah !

Los Campbells se adelantan.

No obstante, las ideas melancólicas se apoderaban de mi espíritu. El duque de Argyle tiene uno de los mas grandes nombres de Escocia (1); pero su clan, y fue el único, combatió contra Cárlos Eduardo en la batalla de Culloden; á los *Highlanders* aun les cuesta perdonárselo. Además, recordé que pocos años antes, sobre la misma pradera y bajo los mismos árboles, el descendiente de sesenta monarcas habia estado allí divagando como yo mismo. El heredero de San Luís admiraba en aquel sitio la tierra de Escocia, pero hijo del destierro, lloraba tambien la tierra de Francia.

La bandera señorial flotaba en la torre de *Inverary*; y yo iba á llamar á su gran vestíbulo, cuando la puerta se abrió al peregrino. La amable hospitalidad escocesa me acogió, un magnífico aposento me fue preparado, y como en los tiempos sencillos de la caballería, en que el extranjero era un hermano y el viajero un amigo, me fuí á sentar con reconocimiento á la mesa de los antiguos banquetes.

La duquesa tenia á su lado á su hijo y á su hija: su hijo, el marqués de Lorne, es un jóven lleno de talento; dotado de una figura agradable, tiene por fortuna los cabellos rubios; y digo *por fortuna*, porque, segun una antigua profecía, dias de gloria y de prosperidad lucirán mas que nunca sobre la casa de Argyle cuando nazca entre sus herederos

(1) En *Argyle-Shire* dan al duque el sobrenombre de montañés *Mac Callamore*.

un jóven con los cabellos rojos. Su hermana, Lady Emma, es un modelo de gracias. La mañana siguiente á mi llegada subí con ella antes de almorzar al pico de *Dounquach*, que domina el parque y sus alrededores. La linda lady Emma, ligera como una gacela, atravesaba los trozos escarpados de la roca con tanta facilidad como si pasase por un tapíz de rosas. Era la hija de los *Highlands* y la sílfide de las orillas del lago.

El duque de Argyle habia dispuesto una pesquería de redes bajo la cascada de un torrente, donde cogimos catorce salmones, de los cuales algunos pesaban quince libras. El baron de Rotschild se habia reunido á sus hijos en la posada de Inverary, y habia venido á visitar al duque de Argyle para volverse en seguida á París. Tampoco tardé en seguir mis excursiones por las montañas, y fuí al lago Lomond, uno de los mas célebres de la Escocia; pero antes de llegar á él, y despues de haber examinado las ruinas de *Dunbrabh*, antiguo castillo de los *Mac Maghten* (1), me interné entre las rocas y supe una historia que me pareció muy interesante, acaecida en aquellos poéticos parajes. Cambio los nombres y el sitio, porque antes de todo el deber de un escritor es el de no faltar á ningun miramiento, aunque por ello su libro pierda una parte de su atractivo.

El segundo oído (2).

Lady Isabel Altirgh, viuda, jóven de veinte años, vivía muy

(1) Ilustres gefes de clan; es la misma familia que los Mac Maghten de Irlanda.

(2) Todo el mundo sabe que en Escocia se reputan varias personas dotadas del don de *segunda vista*, lo que quiere decir, de ver el porvenir; el de *segundo oído* es igualmente el de oír lo venidero.

retirada en su castillo de Altirgh en Escocia, á pesar de su belleza muy envidiada y de su talento que igualaba á sus gracias: ¿porqué dotada de tantas ventajas se condenaba al aislamiento en la mas bella edad de su vida? Es que muchas penas la habian ya alcanzado, y una especie de fatalidad se unia no solo á ella, sino tambien á la morada que habitaba.

Lady Isabel habia nacido sin fortuna; pero un tio tan rico como extravagante la dejó al morir todos sus bienes en los Highlands, con la expresa condicion de que los habia de habitar todo el año. Sir Macleven tenia además un sobrino, lord Altirgh, hijo de los antiguos poseedores del castillo, á quien dió la otra mitad de su hacienda con la condicion formal de que habia de casarse con lady Isabel. Los dos futuros esposos eran aun niños cuando murió su tio; y se decidió que no se casarian hasta ser mayor de edad lord Altirgh, y que esperando esta época lady Isabel y su familia se establecerian en Altirgh.

El castillo de Altirgh está situado de la manera mas pintoresca en medio de los *Highlands* de Escocia, entre el *Fine* y el lago *Awe*, cerca del pico de *Bencruachan*. La jóven esposa llegó allí con su padre sir Glenfine, su madre lady Elena y su hermano Roberto Duncan. Dispúsose en seguida un festin en celebridad de su instalacion, y todos los prohombres de la montaña fueron invitados con mucha pompa. El gozo se mostraba en el país, y no obstante reinaba en él una vaga inquietud. Jamás se habian visto solemnidades en el castillo durante la vida de sir Macleven. Este noble jefe prohibia en su morada toda manifestacion de alegría, y á ello unia una idea supersticiosa. Esta extrañeza, entre otras muchas, habia al principio excitado la admiracion, mas luego ya no se hizo caso; pero el anuncio de una fiesta á la llegada de la nueva castellana, era un acontecimiento tan grande para aquella comarca, que parecia una verdadera revolucion de cosas. ¡Iluminaciones, cantos y danzas en el castillo silencioso de Altirgh!... ¡podia darse cosa mas inesperada!

El padre de lady Isabel habia conservado muchos antiguos criados de sir Macleven, entre ellos una antigua ama de llaves, la buena Miss Débora, á quien Isabel habia mirado con afecto desde su llegada. Débora era uno de esos caracteres indulgentes, una de esas almas afectuosas y fieles que en el último término de la vida acaban por desaparecer habiendo sido siempre puras, benéficas y dulces.

La primera vista de su nueva morada habia al principio asustado á lady Isabel, de edad entonces de diez años; las viejas murallas del castillo de Altirgh eran sombrías como si las hubiesen edificado con piedras de sepulcros; los grandes árboles de los alrededores todos la parecian cipreses, y el todo tenia el aire de un mausoleo.

— Altirgh tiene mucha necesidad de regocijarse, decia la niña al ama de llaves.

— Yo no he visto nunca dar en él ni bailes, ni conciertos; contestaba Débora con tono grave; á veces es peligroso cambiar las costumbres de una casa. Si milady quisiese creerme, consultaria....

— ¿Á quién?

— *Al segundo oido.*

— ¡Ay Dios mio! y ¡qué cosa es esa!

— Ya sabeis, Milady, que entre nosotros los escoceses hay almas privilegiadas que tienen el don de *segunda vista*: quiere decir el poder de ver en lo pasado y en el porvenir. ¡Pues bien! hay en las cercanías del castillo un viejo llamado Macquerson que tiene el don de *segundo oido*; quiero decir, la facultad de oír lo que se ha dicho en otro tiempo y lo que se tiene que decir un dia en lo venidero.

— ¡Esto es muy curioso, Débora!

— Vamos á verle juntas.

— Tengo miedo.

— Yo estaré con vos, perded cuidado. Macquerson es una alma santa.

Decidióse al fin Isabel, y verificóse la consulta en una ermita al pie de una roca coronada de bosques á poca dis-

tancia de Altirgh ; pero la jóven lady no se atrevió á decir nada á su padre. Sir Glenfine , brusco en sus modales , miraba con horror las supersticiones. ¿Qué le dijo Macquerson á la niña ? Nadie lo ha sabido, porque la niña y Débora guardaron un sombrío silencio ; solo se observó que al volver de la ermita estaba muy triste.

El dia siguiente se celebró la fiesta.

— ¡ Padre mio ! dijo la mañana misma Isabel á sir Glenfine , ¿ habeis hecho examinar este viejo castillo ? ¿ creeis que es bien sólido ?

— ¡ Qué idea tan absurda se te ocurre ! dijo Glenfine , echándose á reir.

La pobre niña se puso encarnada y calló.

Los regocijos empezaron : los sonidos de la cornamusa (*bag pipe*) , los ejercicios de los clans y *la reel escocesa* , dissiparon poco á poco las sombrías inquietudes de Isabel, que se sentó alegremente al banquete campestre y tomó parte en las danzas aldeanas y en los juegos generales.

¡ Justo Dios , qué catástrofe !... Lady Elena se habia retirado un instante al anochecer con Débora á su aposento ; al lado del cual habia una antigua torrecilla y un oratorio en ella , á donde se habian retirado las dos á la caída de la tarde á hacer oracion. De repente se hunde la torrecilla con un horrible estruendo ; Isabel no tiene ya madre, y Débora ha muerto al lado de su ama.

Cuando lady Isabel hubo de comulgar por primera vez , su hermano Roberto Duncan hacia algun tiempo que viajaba , y de improviso se presentó en el castillo de Altirgh con algunos alegres amigos que le acompañaban. Algunos dias despues de la ceremonia religiosa , queriendo alegrar á su hermana , reúne sus *highlanders* y finge con ellos combates , haciendo resonar los clarines de guerra.... Pero en medio de esta fiesta marcial , Duncan fue arrebatado por un caballo que se desbocó hácia el pico de *Bencruachan*.... y arrojado en un precipicio , volviéronle muerto al castillo. Su padre , fuera de sí con este golpe , le siguió poco despues al sepulcro.

Lord Altirgh, habiendo llegado á la mayoría, reclamó la mano de la huérfana; era hermoso y amable y consiguió agradar, ocupándose en seguida de los preparativos del matrimonio.

— ¡Ah! ¡nada de fiestas! nada de fiestas! decia lady Isabel, las alegrías son origen de desgracias.

— ¡Cómo! respondia el noble escocés, llegaré al colmo de mis deseos y nada mostrará á las claras cuan dichoso soy!... No, no; quiero que la ciudad, las aldeas, el canton y la provincia entera, si puede ser, participen de mi felicidad.

Isabel quiso resistir; pero su carácter era tímido y débil, y á pesar suyo fue grande la solemnidad religiosa de la parroquia y magnífico el baile que se dió en el castillo. ¡Fatalidad inconcebible! prende el fuego en el salon de baile, causando desórden y gritos por todas partes, todo el mundo fuera del castillo.... Pero las llamas se dirigen hácia el ala del edificio donde se hallan los archivos con los títulos de familia así como sus alhajas. Lord Altirgh ayudado por un gran número de montañeses se lanza hácia aquel lado y logra contener los progresos del incendio, cuando una viga medio quemada cae sobre él y le derriba muerto. ¡Qué gritos de horror!...

Tales eran los principales acontecimientos de la vida pasada de Isabel; ¡como, despues de tales infortunios, hubiera podido conservar la alegría de la juventud! Desde el primer dia de su viudez se habia separado del mundo y no habia vuelto á asomarse la risa á sus labios.

Pero ¿es posible á los veinte años renunciar para siempre al amor? La viuda que no habia podido ser esposa, suspiraba vagamente por aquellas preocupaciones del corazón, sin las cuales la vida está tan desprovista de interés, fria y monótona. Una tarde un hijo de un lord de Escocia, que parecia haberse extraviado siguiendo la caza, fue á pedir hospitalidad al castillo de Altirgh, y lady Isabel le acogió con su reserva y tristeza acostumbradas; no obstan-

te la llamó la atención su elegancia y belleza, pues sir Arturo Lockmariel era uno de los gentilhombres mas distinguidos del norte de Escocia; su gracia á caballo y su destreza en la caza le hacian citar entre el pueblo como uno de los caballeros medio fabulosos, que tocando la corneta en los bosques le habian tomado bajo su preteccion los gigantes de la montaña: solo un arco era lo que le faltaba para parecerse al famoso Nemrod, el primer cazador. Sir Arturo solicitó el favor de volver á presentar sus homenajes á lady Isabel; pero aunque ella no se atrevió á responder sí, porque hacia cuatro años que no recibia visitas, tampoco salió de sus labios la palabra *no*, y sir Arturo volvió al castillo.

¡Qué sorpresa para el país! La noble viuda ha hecho en favor de un hermoso cazador una excepcion á la ley que se habia impuesto de vivir confinada y de no recibir visita alguna. Se dice que sus vestidos no son ya tan de duelo, y que la idea de un segundo matrimonio no la inspira ya tanto horror. El jóven laird habia fingido extraviarse en la caza para introducirse en la morada de lady Isabel, á quien habia visto muchas veces y de quien se habia prendado violentamente. Por desgracia habia un jóven lord en la vecindad, *Eduardo Sommerfield*, á quien habia confiado sus secretas esperanzas, y que no pudiéndole perdonar su triunfo, habia jurado poner obstáculos á sus amores. Lord Eduardo era tan pérfido como audaz, y no retrocedia por ningun embarazo.

Arturo se entregaba con entusiasmo á las delicias de un primer amor, lograba mover el corazon de la bella reclusa, y todos sus votos estaban satisfechos. No obstante, una profunda tristeza, á pesar de sus esfuerzos, mantenía aun sombría la dulce mirada de Isabel. Ya casi habia obtenido la promesa de su mano, pero se estremecía cada vez que su amante la suplicaba fijase la época de su matrimonio: el presente satisfacía su alma, pero el porvenir asustaba su espíritu.

— Cara Isabel, la decia sir Arturo, yo veo no solamente

vuestro corazón, sino vuestro pensamiento; hay un misterio que se coloca entre los dos como un obstáculo: deber mio es el atacarlo, pero para combatir un adversario, es menester que sea visible y palpable. Mostrádmelo y le venceré.

— ¡Arturo! ¡qué me pedís!... ¡si yo pudiese salir de Altirgh!... Pero una ley sagrada me lo impide.

— ¿Y por qué querer salir? En cuanto á mí me gusta este país. Aquí es donde os he conocido, donde os he amado, y donde un día serémos el uno del otro; yo sé que aquí habeis recibido golpes terribles, pero la suerte ya ha agotado sus rigores, y no tiene ya nubes para vos.

— Aun pueden levantarse. En los días hermosos el rayo suele ser repentino.

— El amor disipará las tormentas.

— El amor nada puede contra la fatalidad. Este desgraciado castillo está bajo el peso de una especie de maldición, la felicidad en él es imposible.

— La *felicidad*: vos cambiais el nombre, y debeis decir las *fiestas*.

— ¡Cómo! ¿sabeis ya que no puede haber ninguna fiesta en Altirgh sin ser seguida de una catástrofe?...

— Ciertamente. Pues bien, nos casarémos sin pompa y sin ruido. ¿Qué necesidad tenemos de fiestas públicas? Las nuestras estarán en nuestros corazones, y estas son las verdaderas. La solemnidad de nuestra union no tendrá ni danzas ni conciertos: tanto mejor. Estas demostraciones exteriores no harian mas que turbar nuestro amor y separarnos al uno del otro. Sí, yo estaria desconsolado si cualquiera me distrajese del solo pensamiento que llena mi existencia. Nada de fiestas, Isabel; ó por mejor decir, fiestas eternas, por que para nosotros el supremo bien y el paraíso es estar juntos.

— ¡Estar solos Arturo! hay entre nosotros tal union de pensamientos y de sentimientos que cuando os escucho me parece que me oigo hablar. Nada quiero callaros, Arturo:

sabed que fuí prevenida tres veces, de las calamidades que iban á caer sobre mí, y que tres veces por una inconcebible debilidad, descuidé esos saludables avisos como se rechazan vanas suposiciones. De ahí es que he padecido mucho y sentido lo que son remordimientos.

—¿Quién os habia prevenido?

—El anciano del *segundo oído*.

—¡Quién! ¿el inspirado de los bosques de Altirgh? ¿el octogenario Macquerson?...

—El mismo. Yo tenia diez años cuando le vi por primera vez; el ama de llaves del castillo me llevó á él: le pregunté: inclinó su oído contra la tierra y me dirigió estas palabras: *¡Una fiesta! ¡desgraciada de vos! ¡oigo el hundimiento de una torre!* Ya sabeis como murió mi madre.

—¿Y vuestro hermano, Roberto Duncan?

—Volví segunda vez á Macquerson la víspera de mi primera comunión, tendióse sobre la yerba y me dijo: *¡Otra fiesta! oigo galopar un caballo, el cuerpo del jinete rueda en el fondo de un abismo.* Arturo, ya sabeis lo que sucedió.

—Acabad: ¿y vuestro marido?

—Volví á la ermita antes de casarme con lord de Altirgh; Macquerson prestó de nuevo el oído al porvenir, y me dijo con una voz lúgubre: *Siempre fiestas!... oigo ruido de llamas;* y un incendio me dejó viuda.

—¿No habeis vuelto á ver á Macquerson?

—Nunca.

—Vamos juntos á su morada.

—Temblaré de oírle.

—¿Porqué? Seguiremos sus consejos.

Los dos amantes se dirigieron apoyados el uno en el brazo del otro hácia la cabaña del profeta, situada á la orilla de un apacible arroyo, donde la hiedra entapizaba sus paredes y junto á un pequeño jardín donde el anciano cultivaba sus flores. Macquerson tenia cerca de ochenta años, y una hermosa barba blanca caía sobre su pecho, mientras su frente calva se inclinaba con el peso de los años,

aunque sin las arrugas de la ancianidad : sus miradas eran aun vivaces , y caminaba aun con pie seguro.

El anciano regaba sus flores cuando llegaron Arturo é Isabel , nada habia en él de nigromántico , ni de inspirado ; su fisonomía tranquila é inalterable tenia la serenidad del justo , y la sencillez de sus modales contrastaba singularmente con la fama de sus oráculos. En otro tiempo habia recibido principios de educacion debiendo ser eclesiástico ; pero habiendo perdido sus padres su fortuna , no tuvieron el dinero necesario para acabar sus estudios , y el futuro profeta se hizo labrador. No obstante , su lenguaje elevado , aunque no en armonía con su humilde profesion , daba á conocer sus primeros estudios.

El octogenario salió al encuentro de lady Isabel , y la saludó respetuosamente.

— Os presento á un amigo en la persona de sir Arturo Lockmariel , dijo la hermosa viuda.

— Tener un amigo , respondió tristemente Macquerson , es presentar á veces una doble faz á los golpes de la desgracia ; aunque tambien se tiene doble luto que llevar , pues el sufrimiento *propio* lo es del amigo tambien.

— ¡ Oh , Dios mio ! interrumpió la castellana inquieta , ¿ acaso habeis oido ya fatales palabras con respecto á nuestro porvenir ?

— Aun no he *oido* con atencion , respondió sonriéndose el profeta ; en todo caso no inquietaré á sir Arturo , sean las que quieran las palabras que diga , porque él no está muy inclinado á *creer*.

— ¡ Yo ! respondió el futuro esposo. ¡ Oh ! me guardaré mucho de negar , aunque no me hayan favorecido estas comunicaciones íntimas , estas armonías intermediarias que ligan en secreto este mundo con el otro.

— Frases de política , replicó el anciano con una ligera indicacion de ironía ; yo os he *oido* reir de las *visiones estáticas* , que vos llamais *éter místico* y una *seráfica evaporacion* , y aun habeis dicho alegremente : *Yo tengo poca fe en estos*

predestinados de la tierra que escalan el cielo.

El jóven laird quedó confundido, el octogenario acababa de repetirle sus propias palabras, y lady Isabel que era la sola que las habia oido un instante antes, no habia podido comunicárselas.

— ¡Sir Arturo! yo no estoy resentido con vos por esto, continuó Macquerson con afectuosa amabilidad; yo conozco, sin haber sido admitido en ella, la brillante sociedad en que vivís y donde es necesario seguir la *opinion*, lo cual es un deber que ella os impone; y la *opinion* entre los vuestros es el *ama de leche* de la infancia, la *querida* de la edad madura y la *muleta* de la vejez.

El profeta, al decir estas palabras, introdujo á los dos amantes en su cabaña y los hizo sentar. Todo en ella estaba aseado, aunque era sencillo; habia todo lo necesario á la vida material, y además una porcion de imágenes religiosas, que daban testimonio de su amor por las cosas precisas á la vida espiritual.

— Ya lo veis, dijo el octogenario: Dios me ha dado con que subsistir, y aun puedo hacer bien; de suerte que aunque soy un pobre viejo próximo á volver á mi país, no pido á la tierra mas que sol y algunas sonrisas.

— ¡No obstante, haceis llorar algunas veces! dijo sir Arturo.

— Á pesar mio, repondió Macquerson; si yo me presto á *escuchar* por los *otros*, los *otros* frecuentemente no *escuchan* sino para sí mismos. Á propósito de lágrimas, sir Arturo: si hay un paraíso en las alturas (de lo que ni vos ni yo dudamos), lady Isabel deberá gozar de sus alegrías algun dia, pues aquí en el mundo solo ha derramado lágrimas.

— ¿Ya no llorará mas? ¿no es verdad? preguntó el laird con inquieta incertidumbre.

— Ahora *escucharé*, respondió el profeta de Altirgh. Entretanto permitidme una advertencia. Ocupado con el destino de lady Isabel, he *oido* recientemente pérfidas amenazas contra vos, pronunciadas por lord Eduardo Sommerfiel.

Vos habeis hablado imprudentemente delante de él ; porque no teniendo malos pensamientos, no los sospechabais en los demás. Lord Eduardo es vuestro rival en secreto. Él conoce por vos los misterios del castillo de Altirgh, sabe la fatalidad que pesa sobre esta noble residencia, y el traidor se aprovechará de ello.

Arturo no volvía en sí de su sorpresa, porque no habia esperado oír palabras tan prudentes, un saber tan extenso, ni expresiones tan escogidas. Libros de religion y de poesía, leyendas y misales, la Biblia y los cantos de Osian, habian fijado sus miradas, y ya de nada se admiraba : el anciano le habia subyugado.

— ¡Santo amigo ! le dijo la castellana. ¿Sabeis el objeto que me conduce aquí ?

— Sí, dijo el anciano con voz melancólica ; y vuestros deseos son órdenes para mí. Pues lo quereis, oiré otra vez ; pero á lo menos os diré como á todos : Que quien quiere ver mas allá de los límites puestos por el cielo, se aparta de las miras del Señor. Además, ya sabeis que no puedo pronunciar sino pocas palabras en el corto éxtasis en que mi espíritu se levanta : Dios no permite ni á la *segunda vista*, ni al *segundo oido*, ver ni oír largo tiempo de una manera clara y precisa : deja entreabrirse la cortina del porvenir, pero no sufre que se corra.

Macquerson se arrodilló despues de decir estas palabras delante de una imágen de la Virgen. Allí permaneció un instante inmóvil, entregado interiormente á misteriosas contemplaciones. La percepcion de las cosas futuras llegaba á él en medio de los éxtasis de la oracion. De repente inclina la cabeza y la apoya contra un libro de Evangelios, y el espíritu de Elias en el Carmelo desciende sobre la frente del anciano.

Isabel y Arturo se levantan con tiento de sus asientos, y reteniendo las respiraciones para no turbar el profético sueño de Macquerson, se acercan á él en silencio y salen estas palabras de los labios del anciano :

— ¡Guardaos de los cantos y de las danzas! ¡Oigo choque de espadas!... ¡Qué ruido hacen los huesos del esqueleto!... ¡El viento sopla bajo la mortaja!...

Al decir esto el anciano se levanta. ¡Ah! Sin duda no se acuerda de sus fúnebres palabras, porque su frente está tranquila y serena; su aire nada tiene de siniestro y su boca parece sonreír. No obstante, la castellana se deshace en lágrimas. El *segundo oído* revela también nuevas amenazas como antes: ¿qué cuadros ofrece el porvenir? *Choque de espadas, espectros y una mortaja*. Lady Isabel se postra á su vez delante de la Virgen de la ermita; un sombrío desaliento se pinta en sus facciones, la ha ocurrido la idea de huir de Arturo y de los riesgos de un segundo matrimonio consagrándose á Dios y borrando para siempre los recuerdos de este mundo. ¡Ay de mí! cuando se han conocido las decepciones de la vida y su séquito de miserias; cuando se ha vertido la última lágrima y perdido la última ilusión: ¿qué recurso la queda en la tierra al alma despedazada, sino es la fe en la eternidad, el consuelo en el olvido y el reposo en la oración?

— ¡Noble señora! dijo el anciano á la vista de las penas de Isabel, calmad vuestras ansiedades; pues yo me acuerdo que cuando veniais á consultarme otras veces, estaba oprimido de tristeza al salir del sueño de las revelaciones; pues para vos presentia desastres. Pero hoy, al contrario, aunque he escuchado cosas siniestras y os creo expuesta á terribles pruebas, nada triste siento en el corazón.

— ¡Gracias! repondió la bella viuda tendiendo la mano con reconocimiento al inspirado de Altirgh; mi valor renace con vuestras últimas palabras. Gracias, y rogad por nosotros. Adios.

Algunos dias despues de la visita de los dos amantes al anciano del *segundo oído*, celebróse el matrimonio de sir Arturo de Lockmariel y de lady Isabel Altirgh en la capilla del castillo. Diéronse las órdenes mas severas para que la ceremonia religiosa no tuviese ningun esplendor. Los cantos,

las danzas, las iluminaciones y los fuegos artificiales se habían prohibido expresamente en el país, y como nadie ignoraba lo que costaban los gozos de una fiesta á los castellanos de Altirgh, todos se guardaron hasta de reir.

Sir Macleven habia vivido largo tiempo dichoso en su residencia; y la razon se veia manifiesta, pues jamás habia dado fiestas. Lady Isabel, adornada de su amor y sus encantos, se presentó al pie de los altares, sin ricos adornos, ni diamantes, ni piedras preciosas; la sencillez de su vestido, alejaba toda idea de fausto y de aparato; pero en cambio jamás habia tenido una mirada mas brillante, ni un aire mas majestuoso. El vestido era de una pastora, pero la gracia de una princesa.

Sir Arturo por su parte, vestido de montañés escocés, y con una pluma de águila en su toca, un tartan en los hombros y una claramoya al costado, parecia un simple higlander del clan de Wallace ó de Bruce.

La recién casada, saliendo de la capilla se dirige á la sala de armas del castillo, larga galería donde los señores de Altirgh recibian á veces los homenajes de sus vasallos, y sentaban en él con frecuencia su tribunal de justicia. El recinto tenia armas, trofeos y antiguos retratos de familia simétricamente colocados por orden de fechas y de aspecto el mas sombrío. Los esposos habian encargado que no le alegrasen de ninguna manera, y ponian un estudio en entristecer sus bodas, así como otros se esmeran en alegrarlas.

Lady Isabel y su esposo, sentados en un escaño en el fondo de la galería, recibian las principales diputaciones del país, que iban á felicitarlos; distribuian dinero á los pobres, y de este modo, en vez de celebrar su dicha con algazaras y pompas, derramaban beneficios.

Una comitiva de peregrinos, que iban en procesion y por cumplimiento de un voto á la *isla sagrada de Yona*, pidieron permiso para hacer un instante de oracion en la capilla donde los dos esposos acababan de recibir la bendicion nupcial y el permiso les fue concedido. Habiendo salido en

seguida de la morada del Señor, los mismos peregrinos, pidieron humildemente licencia para dar gracias á los castellanos y fueron llevados á la sala de armas. Llevaban túnicas largas, barbas espesas y canas, y las cabezas cubiertas con capuchones; de suerte que la mayor parte parecian monges, pues eran tantos que casi llenaban la galería. Entre ellos los habia de edad avanzada, y el jefe que parecia caminar al frente de aquella cofradía se mostraba agobiado con el peso de los años. Este último se acercó gravemente á lady Isabel, y apoyándose sobre su báculo, del cual pendia una calabaza, se inclinó humildemente y exclamó:

— ¡Nobles esposos, Dios os bendiga! Si la felicidad es necesaria á las bodas, tambien las fiestas son necesarias para celebrar la felicidad. *Viva el amor, el himeneo, y la alegría.*

Al decir esto el supuesto peregrino arroja su túnica y su barba postiza, y todos sus compañeros le imitan, dando á cual mas gritos de contento y de alegría: *¡Viva el amor! ¡viva la broma! ¡Oh! metamórfosis inaudita!* Los piadosos ancianos, los encapuchados, se han convertido en jóvenes locos vestidos para fiestas y banquetes; unos llevan canastillos de flores, otros cestas de frutos, estos adornos de teatro y aquellos instrumentos músicos; en un abrir y cerrar de ojos la sombría sala de justicia se convierte por ellos en una risueña sala de baile; por todas partes se suspenden á las paredes pámpanos verdes y coronas de rosas, los trofeos y las banderas desaparecen bajo las colgaduras de púrpura y oro con las cifras de Arturo y de Isabel; el aire resuena con las melodías; no se oyen mas que cornejas, arpas y flautas, á las cuales se une un coro de voces sonoras, cantando así la alegre cuadrilla:

Amor é himeneo, sean
Cantados por nuestra voz,
Y este dia celebremos
Con *gran fiesta* y esplendor.

A este estribillo se juntaban los círculos, en donde se can-

taba y bailaba con embriaguez, con trasportes delirantes por decirlo de una vez con el mayor frenesí.

¿Cómo pintar el estado de la nueva desposada? Al imprevisto aspecto de todos aquellos adornos, flores y arpas, habia quedado como herida de un rayo. Estas palabras *una gran fiesta* resonaban en su oído como una señal de alarma y de muerte: hubiera querido dar órdenes, pero la música sofocaba su voz, y cayó desmayada entre los honores, los placeres y las alegrías, como otro lo seria por los gemidos las tempestades y los desastres. No es extraño; los placeres estaban allí para atraer la tempestad, y los desastres se ocultaban detrás de las alegrías.

Sir Arturo, menos penetrado que lady Isabel de las ideas supersticiosas del país, habia mirado al principio aquel espectáculo extraordinario con una admiración extremada pero sin una inquietud real, porque no habia reflexionado aun todo lo que podia haber de pérfido y de amenazador en aquellos cantos, risas y danzas; pero el rostro descompuesto de su mujer y su estado de desfallecimiento se lo manifestaron. Entonces levántose de su asiento y asiendo del brazo al jefe de los peregrinos del cuyas facciones no habia visto aun, le gritó con voz terrible.

— ¿Quién sois?

— Eduardo Sommerfiel.

Arturo le reconoció á la vez como rival y como enemigo. Venimos á celebrar vuestras bodas, continuó alegremente el falso peregrino. ¿De qué os quejais? *Se os festeja.*

— ¡Vuestra *fiesta!* exclamó Arturo, vuestra *fiesta* es un insulto, y me dareis cuenta de ella. ¡Salid!

— Antes tengo que acabar mis danzas....

Y yo que abofetearte. Ten, ve aquí mi regalo de boda, y la acción siguió á las palabras.

— Miserable, dijo Eduardo con una especie de rugido y precipitandose hácia Arturo, tu sangre es lo que necesito ahora.

Los circunstantes se arrojan entre ellos y lo separan sin

dar á lord Sommerfiel tiempo mas que para decir á su enemigo estas palabras.

— ¿Qué armas?

— La espada.

— ¿Qué sitio?

— El bosque de Altirgh.

— ¿Cuándo?

— Mañana á las cinco.

Felizmente lady Isabel nada habia visto de esta última escena; en tanto que Arturo desesperado la prodigaba los mas tiernos cuidados, los atrevidos compañeros de Eduardo al salir de la galería continuaban sus cantos y sus danzas, pronto no solo el castillo sino todos los contornos resonaban con este alegre estribillo.

Amor é himeneo, sean
Cantados por nuestra voz,
Y este dia celebremos
Con gran fiesta y esplendor.

— ¡Y bien! dijo lady Isabel despues de haber partido los supuestos peregrinos; recordais las palabras del *segundo oido*: ¡Guardaos de los cantos y de las danzas! ¡oigo choques de espadas!

— Pero recordad tambien, replicó Arturo, que Macquerson no tenia *nada triste en el corazon*.... ¡Ah! creedme, esta será la última nube de vuestro cielo.

— ¡Ah! cuando se ama profundamente, se tiene mas inteligencia en el dolor que en el gozo. ¡Ayer Isabel tenia trabajo para identificarse con las felicidades del amor; hoy dia se abandona enteramente á las angustias del terror! ¡Es ley del mundo acaso que en la tierra el bien se sienta menos que el mal! El uno pasa superficialmente, pero el otro desgarrá.

Cuando Arturo se alejaba un instante, lady Isabel caia en un espantoso estado de espasmos; pero así que volvía, su vida se reanimaba así como una flor á los rayos del sol.

Las sombras se extendian sobre los cielos : iba á dar por fin la hora de los amores para los esposos de Altirgh que se retiran á su aposento. Lady Isabel tiene los ojos llenos de lágrimas pero ya no lo son de pena. ¡ Ah ! el amor tiene palpitaciones de felicidad que hacen llorar en la bella edad ; mas tarde cuando el corazon no late sino por los recuerdos lo que se echa de menos hace llorar aun. ¡ La vida no sale nunca de las lágrimas !

Las ventanas de la cámara nupcial daban á los jardines del castillo. Al fin de una vasta pradera , adornada de estanques y rodeada de árboles , habia un bosque hermoso dividido en calles sombrías y recortadas : de repente y como por magia el bosque se ilumina, y por todas partes se ven fuegos de artificio ; en cada árbol se han colgado vasos de colores, y al fin de la pradera cifras luminosas se ostentan en frente del castillo. Vense tambien mesas rústicas, y en ellas se oye cantar, reir y beber. Bajo las enramadas hay orquestas y danzas, *la fiesta es verdaderamente brillante.*

A este nuevo aspecto la castellana de Altirgh perseguida por las *fiestas* como Orestes por las furias, cae con un terrible ataque de nervios. Arturo hace llamar un médico, y con la espada en la mano y reuniendo las gentes del castillo corre en busca de su enemigo ; con la rabia en el corazon no respira mas que venganza, pero ha necesitado algun tiempo para reunir y armar á sus criados, y cuando llega al lugar de los fuegos no halla á nadie con quien combatir ; porque ya se han apagado los fuegos artificiales , descolgando-se los vasos de colores y acabado las danzas y músicas. Todo se ha desvanecido como una aparicion , y allí no obstante debe haber mucha gente porque la yerba de la pradera está pisada , se reconoce el sitio donde ardian los fuegos , las ramas de los árboles donde estaban colgados los transparentes y las cifras de las luces : la fiesta ha dejado marcadas señales.

El recién casado vuelve al castillo , en donde halla á su mujer mas mala que nunca , pues tiene calentura y delirio ,

y el médico no permite que nadie se la acerque, pues reposa en aquel momento y conviene alejar de ella algunas horas todo lo que pueda causarla la menor conmoción, porque serian muy de temer nuevas convulsiones. ¡Qué noche de bodas! La reina casada en el lecho de dolores, y un duelo al rayar el alba para el novio.

Arturo, sombrío he inquieto, se retira un rato á su cuarto, el cual tenia tambien un gran balcon que daba á los jardines. La noche estaba tranquila y serena, se oia el canto de los pájaros, entre el follaje, el ambiente estaba impregnado de perfumes, y la yerba de la pradera cubierta de rocío parecia un tapíz de perlas y esmeraldas. Arturo con el corazon oprimido, aparta la vista de este cuadro; pero su intencion es no acostarse; y así se echa vestido en un escaño, para esperar que el reloj dé las cinco fatales campanadas, señaladas para la venganza; pero aun que no cuenta dormir, poco á poco el sueño carga sus párpados, da un profundo suspiro y se duerme.

La hora de media noche se deja oír, y Arturo se despierta: parécele que la aguja del tiempo, impelida por una mano invisible en el cuadrante de un reloj desconocido, marca la hora de su destino como un irrevocable llamamiento; despiértase estremeciéndose, y no pudiendo respirar va al balcon para respirar libremente. Las estrellas en aquel instante dejaban ver sus trémulas luces en el firmamento; la luna tenia resplandores májicos, y las sombras se extendian por los campos con estraordinarias y fantásticas formas. No se sentia un soplo de aire, y no obstante las hojas susurraban como agitadas, por los vientos. No habia nubes en el cielo; y no obstante; los astros de la noche ocultaban por momentos sus luces como si errantes nubes pasasen por delante de ellos; y la naturaleza, á pesar de mostrarse risueña, parecia tener algo de convulso, y aunque se desplegaba brillante y magnífica en medio de las solemnidades de la noche, se hubiera dicho que secretamente temblaba bajo sus galas.

¡Dios Eterno! ¡qué sonidos hieren el oído de Arturo!... ¡Una música de baile!... Sí, un nuevo baile se prepara debajo de sus ventanas. ¡Pero de qué horror no se siente helado!... Espectros salidos del sepulcro y cubiertos con sus mortajas se reúnen sobre la pradera. Á su cabeza se halla un bardo fúnebre que tiene una arpa en la mano, y toca en ella las mas alegres danzas. La muerte tambien daba su fiesta.

Arturo, de pie en su balcon, siente un pesado estupor; los espectros van cubiertos de mortajas blancas, sobre las cuales hay una cruz negra; al principio caminaban de dos en dos, como una procesion del otro mundo; pero llegados á la pradera escogida para el baile, se dispersan, se mezclan, y á la marcha mas grave suceden los mas alegres saltos y brincos; quítanse todos las mortajas en los diferentes grupos que forman y las cuelgan de los árboles circunvecinos. ¡Justo cielo! ¡qué horrible espectáculo!... ¡todos los esqueletos quedan desnudos y todos bailan!...

El bardo que los conducia se habia hecho formar una especie de tablado, y desde allí tomaba su arpa; tambien se habia quitado su mortaja blanca con cruz negra, y la habia colocado cerca del balcon de Arturo sobre un jarro de alabastro puesto en un pedestal: su música era de las mas ruidosas, y la danza de las mas animadas. Los rayos de la luna, pasando al través de los huesos de aquellos habitantes del sepulcro, daban á su aspecto fantástico variaciones que aterrorizaban; sus pasos eran vivos y regulares, y al crujir de sus miembros desnudos de carne, acompañaban las melodías del espectro músico, y mezclaban con ellos una especie de son mortuorio: era la fiesta de los sepulcros.

Las cuatro se dejan oír en el reloj de la capilla. ¡Las cuatro! esto no es posible; pues solo hace muy pocos minutos que Arturo se halla en el balcon viendo bailar á la muerte.... ¡Pero quizás las doce campanadas que le han despertado no han sonado mas que en su cabeza!... ¡Es que las

horas de aquella horrible noche tienen tanta realidad, como los esqueletos tienen de vida!... Arturo ve apuntar el día, y saliendo de su inmovilidad, se precipita fuera de su cuarto y quiere asegurarse por sí mismo de la impalpabilidad de las fantasmas. Pero estas, á las primeras claridades de la mañana, cesan sus danzas y juegos, corren á buscar sus mortajas, se envuelven en ellas, y se escapan desapareciendo. El músico, obligado á bajar de su tablado es el que ha quedado el último, y el que no ha podido recoger su mortaja tan pronto como sus compañeros, y en el momento en que iba á asirla, Arturo llega antes que él al jarro sobre el cual la habia dejado, y la coge entre sus manos....En el momento todos los espectros han desaparecido.

Arturo mira.... Ya no hay baile, ya no hay ni un esqueleto, ni una sombra; no obstante en las manos le queda una prueba palpable de la realidad de sus visiones nocturnas: sube la mortaja á su cuarto; la arroja sobre su lecho y quebrantado por sus sensaciones, cae anonadado en su sitial.

Su cavilacion letárgica era entonces por decirlo así una cosa entre velar y dormir, lo que es el crepúsculo para la tierra; un término medio entre el día y la noche, un alto entre la vida y la muerte....Pero la hora del desafío va á sonar, y sir Arturo vuela al bosque de Altirgh.

Lady Isabel, despues de un grande acceso de calentura, habia vuelto completamente en sí, cuando el alba empezaba á esclarecer.

— ¿Dónde está Arturo? dijo la castellana.

¡Arturo! ¡yo quiero verle, que venga! pero aunque lo buscan no lo hallan, ni en su aposento, ni en parte alguna, pues ha salido sin verle ninguno de los criados del castillo.

— ¿Se ha llevado su espada? pregunta lady Isabel, con la constante preocupacion que la habian dejado estas palabras del viejo *del segundo oido*: *Oigo choque de espadas*: la respuesta que la dan es afirmativa, y la desgraciada no tiene ya delante de los ojos mas que espadas y sangre, y no

duda de una próxima catástrofe. Pero ¿contra quién va á combatir sir Arturo? Ella no ha sabido que el jefe de los peregrinos era sir Eduardo Sommerfield; pero ocúrrele súbitamente la idea de ir á consultar á Macquerson, y para ello se levanta de la cama á despecho de su médico, y seguida de algunos de sus criados, corre al bosque del profeta.

¡Oh terror!... Apenas se ha separado de los muros del castillo, cuando se presenta á sus ojos una litera llevada por cuatro aldeanos á quienes acompaña Macquerson.

— ¡Arturo! exclama la castellana que se arroja sobre el cuerpo de su marido abandonándose á la desesperacion. ¡Mas ay! Arturo apenas la oye, pues una estocada le ha atravesado el pecho, y parece tocar á sus últimos momentos.

— ¡Salvad á Arturo! ¡salvadle! decia Isabel fuera de sí y asiendo el brazo del profeta. ¿No sabeis mas que predecir las desgracias?... ¿No podriais socorrerle?... ¿No sois mas que una campana fúnebre?...

— *¡Una campana fúnebre!* responde el anciano con tono severo; ¿porqué la habeis tocado? Recordad lo que he dicho constantemente á los que vienen á preguntarme: *Quién quiere sabr emas allá de los límites puestos por el cielo, se separa de las miras del Señor!*

— ¡Ah! continuó Isabel arrebatada: ¿es este el momento de moralizar y de reconvenir? ¿Arturo está perdido para mí?

— ¿Quereis que oiga mas? dijo Macquerson con tono solemne.

— No, replicó la castellana. Yo no quiero saber ya mas profecías, ni preguntar al porvenir; sino prosternarme delante de los misterios y decretos de Dios, á quien diré: *¡Cúmplase vuestra voluntad!* ¡Anciano, acabad mi oracion! y añadid á ella: *¡Señor tened piedad de Isabel!* Decís que soy culpable y no me atrevo á rogar por mí misma.

El *segundo oido* habia escuchado el duelo de los dos rivales desde el fondo de la ermita de Altirgh, y acudiendo al

instante al sitio del combate, el octogenario habia llegado en el momento en que sir Arturo caia bañado en su sangre bajo el acero de su enemigo. Diestro en socorrer á los desgraciados y en cuidar á los enfermos, habia llevado consigo lo necesario para curar una herida; y lord Sommerfield, habiendo acudido á la aldea inmediata, unas parigüelas y cuatro aldeanos habian venido para trasportar á sir Arturo: la castellana todo lo ha sabido, el desafío y sus circunstancias.

¡Oh Dios mio! Decia á media voz lady Isabel caminando al lado de la fúnebre litera, ¡Arturo no me ve, ni me oye!... y despues volviéndose con aire de clemencia hácia el ispirado de los bosques de Altirgh, le dijo:

— ¡Y vos! ¡cruel anciano!... ¡Ahora me acuerdo!... ¡habéis hablado de *una mortaja*!

— ¿Porqué me haciais hablar?

— ¡No podiais callaros! ¡Ah! basta de vanas recriminaciones! Ya no os pido que *oigais*, lo que quiero es que obreis.

— ¿Pierdo por ventura el tiempo? ¡Quién ha curado la herida de Arturo! ¿quién os le volvia á Altirgh?...

— ¡Perdonadme! la desesperacion me extravia. Vos sois nuestro apoyo, es verdad: y sereis su salvador, ¿no es cierto? ¿Vos no teniais *nada triste en el corazon*? Recordad estas palabras; pero no, no me contesteis; no os hago ninguna pregunta. Anciano, me postro y ruego.

La litera se habia detenido de nuevo para que reposasen los que la llevaban, y lady Isabel volvió á caer de rodillas sobre la yerba: poco despues sir Arturo estaba ya en el castillo y en su lecho, pero no habia vuelto aun en sí.

— Haced llamar al médico, dijo el octogenario á la castellana.

— No; yo no os quiero mas que á vos á su lado, respondió lady Isabel. Vos solo le velareis; porque el poder del hombre ya no puede salvarle, sino el del Juez supremo;

aquí se necesita, mas que la mano de un doctor, la de la Providencia.

El capellan del castillo se presenta para prestar al moribundo los socorros de su ministerio.

— Un objeto extraño se me ha aparecido á mis ojos esta mañana, dice el eclesiástico á Macquerson. Dando una vuelta al rededor del castillo he hallado junto á un jarro de alabastro, un esqueleto tendido sobre la yerba.

— ¿Tenia sobre sí su mortaja? pregunta el inspirado de Altirgh.

Lady Isabel se estremece. *¡Mortaja!* esta palabra la hiela de horror.

— No, replica el capellan; yo no he visto mas que los huesos y al instante he dado órden para que los enterrasen en el cementerio de la parroquia; pero teniendo en mi casa un paño negro con una cruz blanca, he dispuesto que hiciesen de él una mortaja para el esqueleto que ahora reposa con ella en tierra bendita.

— ¡Oh! ¡Dios mio! interrumpe la castellana: ved, ahí hay una.... hay una sobre el lecho.

— ¿Qué decís, milady?

— ¡Una *mortaja!*

— En efecto, replica el capellan, una *mortaja blanca* con una cruz *negra*, está al revés de la mia.

— ¡Macquerson! dice Isabel con voz dolorida y lúgubre. Este es un nuevo misterio: yo no quiero penetrarle, pero una voz secreta me habla, y la desgracia tiene con frecuencia avisos sobrenaturales: *alguno morirá aquí*, estoy segura de ello.

— ¡Silencio, ! responde el anciano. Nosotros rogarémos por él que perezca.

Hácia el medio dia Arturo volvió en sí, pero no estaba en estado de hacerse entender; solo sus miradas llenas de reconocimiento y de amor contestaban á los dolorosos acentos de su mujer. Á la caida de la tarde su respiracion empezó de nuevo á embarazarse, y la noche podia ser fatal para él.

— ¡ Sir Arturo ! dijo Macquerson , despues de haberle da- do una pocion saludable , lord Eduardo Sommerfield , de quien he visto la desesperacion al lado del homicidio ha comprendido el horror de su crimen , ha implorado perdon de Dios y quisiera ahora el de su víctima : ¿ consentireis en que venga á pedírosle ?

El gesto de Arturo decia *no*.

— Jóven , volvió á decir el anciano : quizá dentro de algu- nas horas estareis delante de Dios. ¡ Tened cuidado ! Pocas almas hay en la tierra sin manchas , vos teneis tambien vuestros errores , y si no perdonais en este mundo , no se- reis perdonado en el cielo.

Venga pues , contestó el moribundo.

La noche se pasó tranquilamente. Macquerson un poco antes de la aurora confió á Arturo á los cuidados de Isa- bel , y fuese á buscar á lord Sommerfield. A las ocho de la mañana , el capellan , que se habia alejado algunos ins- tantes , volvió á la cabecera del enfermo.

— Aun un acontecimiento inexplicable , dijo á la señora de Altirgh. El esqueleto que ayer hice enterrar ha salido de nuevo de su fosa , y se halla tendido en la yerba , al pie de ese balcon , y la mortaja negra con cruz blanca con la cual le habia hecho envolver....

— ¿ Dónde está ?

— El esqueleto la ha devuelto , y mirándola sin duda co- mo una cosa inútil la ha dejado en el jarro de alabastro que hay cerca de la azotea. Ahora , milady , ¿ qué hemos de hacer ?

Arturo con una señal de su mano pide la mortaja blanca con cruz negra que la víspera tenia cerca de sí ; pero el ca- pellan no le comprende , y en aquel momento anuncian la llegada del lord Sommerfield y de Macquerson , á cuyos nombres se retira Isabel.

— ¡ Sir Arturo ! dice el célebre viejo en la exaltacion de la fé. En nombre del Dios de las misericordias , os pido un ol- vido de los resentimientos , y una palabra para el arrepen- tido.

El lord espirante tiende la mano con bondad á su rival arrodillado, y le dice:

— Yo os perdono.

— Bien, vuelve á decir el oráculo de Altirgh: ahora que Dios decida, y abre las puertas del balcon, sin duda para dirigir una oracion al Arbitro supremo; pero un grito se escapa de sus labios.

— ¡El esqueleto!... en su mismo sitio.

— ¡Eduardo! volvedle su mortaja; murmuraba Arturo con esfuerzo, y muestra la mortaja blanca que habia recogido en la danza de los muertos.

Lord Sommerfield toma el fúnebre vestido, y desde el balcon le arroja á los pies del esqueleto, cuando este se levanta porque ya puede volverse á su sepulcro; así, saludando el balcon del cual le ha sido echado el vestido fúnebre, sin el cual probablemente no puede descansar en paz, y tomando la negra mortaja con cruz blanca que habia dejado en el jarro de alabastro, se la echa á lord Sommerfield, pero un viento extraordinario se levanta en aquel momento, que arrebatando la mortaja negra, la despliega en los aires, y la cruz blanca, resaltando sobre el paño de luto, resplandece como el lábaro de Constantino en medio de las nubes, y flota un corto rato en los espacios como la capa de Eliseo que Elias le arroja desde su carro, y despues de ondear un poco vuelve á caer sobre el balcon y con sus pliegues fantásticos envuelve al falso peregrino. Eduardo da un grito.... junta las manos, y cae muerto instantáneamente.

Isabel entra asustada.

— *Alguno debia morir aqui*, la dice el profeta de Altirgh mostrándola á lord Sommerfield, rogad á Dios por él.

— ¿Y Arturo?

— Arturo se ha salvado.

Tres meses despues, sir Arturo é Isabel gozaban de una perfecta felicidad. El país contaba y repetia los acontecimientos que habian precedido y seguido á su matrimonio,

y todo se creia menos la historia del *Esqueleto*. Se aseguraba que *la danza fúnebre* no habia] sido mas que las visiones de un espíritu delirante con las penas, y que entrando en las ideas del enfermo para calmar su cerebro ardiente, se habia imaginado la extraña escena de la mortaja. La sola cosa que daba un testimonio en favor de la milagrosa relacion, era la muerte súbita de lord Sommerfield en el famoso balcon del castillo; pero los incrédulos afirmaban que habia perecido allí por consecuencia de las agitaciones demasiado vivas que habia tenido y que le habian dado una súbita apoplejía de sangre. ¿Era esto mas creible? La mayor parte del canton adoptaba la otra version, porque lo mas poético tiene siempre mas partidarios: así se disputó largo tiempo sobre este asunto; ¿pero que resultó por fin de fiestas? Que nada se probó por ningun lado; y que, segun costumbre en semejantes casos, cada uno se quedó con su opinion.

X.

Llegué por fin á las orillas del lago Lomond. Este rey de los lagos de Escocia no se parece ni al *Leman* de la Suiza, ni al *Como* de Italia, ni al *Wennern* de la Suecia, ni al *Wolfgang-See* del Austria; pero no por eso rivaliza menos con ellos en bellezas ni en fama. Tiene treinta islas de mayor ó menor extensión y de diversas formas, de las cuales las unas están cubiertas de bosques enramados y espesos, y las otras de áridas rocas. Allí el *ben Lomond*, uno de los mas altos picos de los contornos, adornado de cinturas mágicas, eleva su frente hácia los cielos. El famoso *Rob Roy Mac-Gregor*, el descendiente del rey Alpine, era en otro tiempo su dueño; pero ahora pertenece al duque de Montrose (1). Segun las relaciones populares, el lago Lomond tiene tres cosas maravillosas: 1.^a *Peces sin espinas*; 2.^a *olas sin viento*; 3.^a *islas flotantes*. Pero yo no las ví (2).

El lago de Ginebra ha sido ilustrado por los escritos de

(1) El Ben Lomond está á tres mil doscientos pies sobre el lago; de su cima se descubren los condados de Lanark y de Ayr, las bocas del Cyde, las islas de Arran y de Bute, las sinuosidades del Forth y los castillos de Stirling y de Edimburgo. Este punto de vista es magnífico.

(2) El lago Lomond tiene 20,000 yugadas de superficie, 30,000 de largo de N. á S., y cerca de 400,000 de circuito; se cree que fue en un tiempo un brazo de mar. En 1755 durante el famoso terremoto de Lis-

Rousseau y Voltaire, de madama Stael y de lord Byron. El lago Lomond perdería una parte de sus prestigios, si á él no se uniesen las magníficas creaciones de Walter-Scott. Tomé un barco en *Tarbet-rin* al pie del Ben-Lomond, y recorrí una gran parte del lago; vi la caverna donde se refugió el célebre *Rob Roy*, y poco despues puse pie á tierra en la pequeña posada de *Inversnaid*. Allí fue construido por el gobierno, en 1713 un fuerte contra los *Mac Gregor*; *Rob Roy* le puso fuego, y su sobrino se apoderó de él. Las gargantas de aquellas playas admirables ofrecen sitios como no se ven en ninguna parte, y yo me interné en ellos con entusiasmo. Como allí no podían circular ni carruajes públicos ni particulares, tuve que tomar unos jacos para mi criado y para mí, y unos peones llevaron á cuestas mi equipaje.

Llegado á la mitad del camino del lago *Katrine*, vi de repente salir de una choza salvaje en medio de las rocas, una extraña figura de vieja con una carabina en la mano; el viento hacia flotar sus cabellos blancos en torno de su cabeza desnuda, y su vestido era como el de *Meg Merillis*, de *Guy Mannering*; presentóme el arma que tenia en la mano y me dijo con voz tan dura como su fisonomía: — Este es el fusil de *Rob Roy*!

El arma que me enseñaba era larga, estrecha y enmohecida: tenia la impresion del tiempo y el carácter del sitio. ¿Quién os la ha dado? la pregunté.

La vieja montañesa alzó la frente con orgullo, sus miradas se animaron como las de las gitanas inspiradas; su actitud tomó una dignidad feroz y replicó bruscamente.

— ¿Quién me la ha dado? mi nacimiento. Yo soy de la sangre del viejo *Mac Gregor*; soy *María Mac Gregor* de *Glengyle*; y como el ilustre *Rob Roy* desciendo de *Alpine*, rey de Escocia.

boa, la superficie del lago fue violentamente agitada; el agua se elevó rápidamente á una altura no acostumbrada, y volvió á bajar en seguida con la misma rapidez.

Quedéme confundido, porque aquella especie de hechicera de facciones duras y acento ronco, tenia altanería en su triste estado y grandeza en su miseria: ¿podían creerse sus palabras? Yo saludé silenciosamente aquella extraña hija de reyes, y poniéndola una moneda de plata en la mano, me sentí tentado á pedirla perdon de la grande libertad que me tomaba ofreciéndola aquel pequeño tributo.

Llegué al lago de Katrine y le atravesé en una barca de pescadores. ¡Qué cuadro se desplegaba delante de mí!... La naturaleza ha ostentado allí su poderosa energía. Las montañas y las rocas se amontonan con un desorden sublime; y todo en aquel sitio conmueve el alma en el mas alto grado, se sienta en la esfera de las poéticas inspiraciones. Hallábame en las tierras de la *Dama del lago*, y la buscaba bajo los flotantes vapores que se elevaban de las aguas entreviendo su forma aérea. Enseñáronme su islita, y al ruido de las olas mis barqueros con el remo en la mano cantaban los versos de Walter-Scott.

Los *trosachs*, montes que cercan la extremidad del lago me ofrecieron sus negros y escarpados flancos, sus sombrías cavernas y sus árboles majestuosos; me parecia que la brisa de la noche en aquellos desiertos silenciosos debia traer hasta mí algunos vagos ecos de la *Dama del lago*. Allí debia estar su arpa, y sus cantos no debian morir: por la noche me sorprendió en medio de mis dulces pensamientos, siéndome necesario dejar mi barco y con él mis ilusiones, diciendo adios al poético lago. En el mundo es necesario decir á todas horas y á todas las cosas: ¡La vida es un viaje continuo y una incesante despedida!

El año último se pensó en poner un barco de vapor para el lago Ketrine; pero como esto hubiera sido destruir una parte de su atractivo, los barqueros de la orilla estaban desesperados: llega el *steamer* y se instala; mas la noche menos pensada desapareció. ¿Cómo? no pudo saberse. Se presumió que los barqueros le habian conducido en medio del lago y le habian sumergido en él.

El *Ben-Venue*, el *Ben-Ledy* (1) y el lago *Achray* me presentaron consecutivamente sus magníficos puntos de vista; pasé la noche en *Callender*, y al día siguiente en *Stirling* (2).

¡*Stirling!* ¡Qué recuerdos tan grandes ofrece á la memoria aquel sitio! Allí en el siglo nono estuvo la escuadra escocesa que derrotó á los daneses en *Luncarty*. Allí el 13 de setiembre de 1297 tuvo lugar la célebre batalla en que Wallace fue vencido por traicion (3); allí fue coronada María Estuardo; y allí tuvieron lugar en 1746 despues de la memorable victoria de Falkirk, los primeros amores de Carlos Eduardo (4).

El palacio construido por Jacobo V está al sudoeste de la fortaleza, y domina un vasto territorio: su posicion es encantadora. Bruce, de vuelta de África, aseguró no haber visto nadie á ella comparable en el mundo; yo pienso lo mismo que Bruce.

Me habia procurado una buena carretela, y hendia los

(1) Sobre la cima del Ben-Ledi, se hallan los restos de un templo druidico.

(2) El castillo de Stirling se convirtió en el siglo XII en residencia real: en él nació Jacobo II y murió el conde de Douglas. El cuarto donde fue asesinado por el rey mismo se llama aun: *Cuarto de Douglas*. Este crimen mancilla la memoria del príncipe.

(3) La ciudad fue entregada á las llamas, y Eduardo, herido, pero vencedor, permaneció allí quince dias en medio de las humeantes ruinas.

(4) El objeto de su amor se llamaba Clementina Wulkenshaw; era hermosa y tenia mucho talento. « Carlos Eduardo, no obstante, no se entregó al amor sino despues de la victoria. Clementina escuchaba al príncipe referir sus aventuras en Italia, y su desembarco en Escocia, y le amaba por los riesgos que habia corrido... El resultado de estas dulces conversaciones fue una pasion formal: entre ellos hubo promesas hechas con el abandono de un primer amor (*Historia de Carlos Eduardo* por Amadeo Pichot, t. II, pag. 198). » Cuando Carlos Eduardo vencido y proscrito volvió á Francia, Clementina se escapó de Escocia y fue á buscarle. Una hija llamada Carlota fue el fruto de sus amores. Carlos Eduardo la hizo reconocer por su hija legitima bajo el título de duquesa de Albania.

aires en las orillas deliciosas del lago *Lubnaig*, donde Roberto Bruce iba á disfrutar del placer de la pesca, y en donde visité su morada. Vi el sepulcro de Rob Roy en *Balquhidder*; en cuya fúnebre lápida está esculpida su espada, y en ella no se lee ninguna inscripcion (1). El camino estaba lleno de una gran cantidad de rebaños que iban á un mercado vecino; ví pasar mas de seis mil ovejas en el espacio de una hora. El número de reses que pastaban en las montañas de Escocia es incalculable, y hay propietarios que ni ellos mismos saben el número de sus carneros: lo mismo sucede en Hungría. Un noble inglés decia un dia con orgullo al príncipe de *Esterhazy*:

— Yo tengo diez mil carneros en mis tierras, ¿y vos?

— Yo, contestó el príncipe, no lo sé de cierto, pero sí sé que tengo diez mil pastores, esto es tantos pastores como vos carneros. Y regularmente cada pastor tiene á su cargo doscientas cabezas de ganado.

Esto me recordó una anécdota relativa al mismo príncipe de Esterhazy. Habia ido á un gran mercado de caballos cerca de Viena; donde habia un chalan que mostraba á los aficionados un potro. Viendo venir al príncipe, y habiendo oido hablar de su carácter, fingió no conocerle, y en el momento en que el príncipe examinaba el caballo, dijo á uno de sus camaradas con aire de desprecio y á media voz, pero de manera que le oyesen:

— No le compraré: es demasiado caro: un caballo semejante no se ha hecho para un aleman.

El alto y poderoso señor se adelanta al instante hácia el chalan y le dice.

— ¿Cuánto quereis por vuestro potro?

— Diez mil luíses.

— Aquí están; y la suma es pagada al instante. Ahora continua el príncipe, llevad este animal á mis caballerías,

(1) Rob Roy, queriendo morir enteramente armado, se hizo ceñir en sus últimos momentos la claramoya y la espada.

y allí hacedle trotar delante de mí. El chalan obedece. Llegados al palacio del príncipe :

— Yo creia este animal mucho mejor de lo que es , dice el príncipe con desden, y armando una de sus pistolas , decididamente teniais razon : *Un caballo semejante, no se ha hecho para un aleman*; y al decir esto pegó un pistoletazo al potro. El chalan guardó por supuesto sus doscientos mil francos.

Me dirigí hácia Taymouth (1); mi buena estrella me preparaba alli un espectáculo que yo no podia prometer. El noble señor de Taymouth , el baron de Breadalbane , habiendo recibido en su casa el año antes la reina de Inglaterra , habia reunido en su magnífico castillo todos los clans de la montaña con el vestido de los *Highlanders* ; y dado á S. M. Británica una funcion de las mas brillantes. Los mismos cuadros y las mismas escenas iban á renovarse en Taymouth , para celebrar el aniversario de la real visita ; y sin haberlo procurado ni previsto , llegué yo justamente á punto , para la gran solemnidad.

Taymouth, en parte semejante á *Vindsor*, ofrece una multitud irregular de pequeñas y fuertes torres, pórticos, torreones, galerías, arcos y plataformas: estas masas góticas y caballerescas se hallan en medio de un inmenso parque, sombreado por árboles centenarios, que hacen pensar en la gran Cartuja de Grenoble: allí se ven además todas las riquezas del arte en medio de los esplendores de la naturaleza.

El interior de aquella morada de príncipes recuerda los cuentos árabes; allí el lujo es asiático: las paredes de la escalera principal, afilegranadas moriscamente, tienen figuras de mármol, coronas de relieve y labores góticas; el salon de armas con sus anchas ojivales ventanas con vidrios de colores y adornos pintados, está rodeada de trofeos y ban-

(1) No dejé de ir á admirar al paso sobre mi camino el lago *Earn*, el *Ben Voirlich*, el *Ben Moore* y las cascadas de *Killin*.

deras; caballeros armado de todas piezas guarnecen el recinto cuya bóveda con ojivas resplandece con el oro y los escudos de armas; flotan allí ricas banderas, y entre ellas se hacen notar las de la reina Victoria y el príncipe Alberto. Los artesonados de la sala son de madera esculpida como los sillones de coro de un santuario en las basílicas de los antiguos tiempos.

Á continuacion de esta pieza, en donde la imaginacion llama á Lanzarote del lago y á Amadis de Gaula, una porcion de aposentos ostentan aun otras pompas: no se hallan mas que techos de oro, ricas estatuas, cuadros de gran precio, museos y bibliotecas; y todo esto en proporciones reales. Se diria que es un palacio hecho para Carlomagno por el encantador Merlin (1).

Pasemos á la fiesta de los *Clans*.

El sol se habia levantado radiante, y la bóveda celeste estaba como los salones de Taymouth resplandeciente de púrpura y de oro, los sonidos del *bagpipe* (la cornamusa) resonaban á lo lejos; estaban cubiertos todos los caminos de hombres á caballo y de carruajes que acudian apresuradamente á la fiesta. Yo bajé de mi cuarto á la sala de armas, en donde se hallaba ya el marqués de Breadalbune, vestido de *jefe de clans* y rodeado de muchos señores montañeses vestidos como él. Sus claramoyas y sus polvorines colgaban de sus cintos con cadenas de plata; y sus *broques* (chaquetas), con botones de agata, se ajustaban á su cintura con un correon enriquecido con joyas; sus *kilts* (briales) de diversos colores, dejaban ver sus piernas desnudas, y debajo de sus *sporrans* (delantalitos) de piel de cabra con borlas de oro, habia las pistolas y sus dagas resplandecientes de pedrería; sus *plaides*, sujetos al hombro con sus hebillas del mayor precio, ondeaban con gracia al rededor de sus talles, y

(1) El marqués de Blandelbane, tiene una riqueza y dominios tan extensos que puede andar cuarenta leguas del E. al O. de Taymouth sin salir de sus posesiones.

sus tocas ostentaban plumas de águila y la verde palma del Clan. Esta reunion de *caballeros de Abenel* era como una reminiscencia de las edades de heroismo y de encantamiento, pues en medio de preciosas banderas, de pomposos trofeos de armas y de góticas armaduras, se hubiera uno podido creer en los dias memorables de la gloria escocesa. Yo buscaba allí á *Wallace* y á *Roberto Bruce*.

¡Tocad gaitas y cornetas....
Los montañeses se juntan!

Oí resonar la música de esta cancion, y las deliciosas ficciones de la poesía y de los teatros se realizaron para mí. El marqués de Brandalbane, adornado con el doble prestigio de la riqueza y de la hermosura, y su bellissima hermana, mis Baille, nos ofrecieron ramos de mirto: esta es la flor del clan de Taymouth (1). El cañon retumbaba al mismo tiempo.

Nosotros fuimos al circo en donde los *highlanders* debian ejecutar sus juegos, sus luchas y danzas; y las señoras del castillo y su séquito se colocaron en un anfiteatro lleno de flores, desde donde se dominaba el palenque y se descubrian hasta perderse de vista el lago *Tay*, el *Ben-Lawers*, las rocas de la montaña y los bosques del parque. Se habia levantado un templo agreste, estaba cubierto con las coronas de oro del castellano y con las banderas señoriales en derredor, bajo los árboles y sobre la yerba se escalonaba una multitud inmensa de pueblo. El cañon continuó sus salvas, que á lo lejos repitió el eco de la montaña. La llegada de la castellana acababa de excitar una salva de aclamacion, cuando tomó asiento; y los juegos montañeses empezaron.

Tocad gaitas y cornetas, etc.

(1) El nombre escoces de esta flor es *gale*; es una especie de mirto que no brota sino á orillas del agua.

La primera cuadrilla de los highlanders apareció bajo las enramadas, en donde tocaban con la cornamusa: su aire nacional, el *pibroch*, excitó los primeros trasportes; luego vino el segundo grupo á los sonidos de una marcha guerrera; y los que lo formaban llevaban escudos con clavos de oro (1), y los jueces del campo les escoltaban. Pronto la vasta pradería se llenó de estos pintorescos hijos de la montaña y de las rocas: sus *broques* (2) y sus *tartanes*, sus plumas de aguilas y sus ramos verdes, sus piernas desnudas y sus *skeandhu*, (3) sus *kilts* y sus *sporrans* (4), sus claramoyas, sus dagas y sus polvorines brillaban á los rayos del sol. Esta reunion era á la vez campestre y guerrera, cándida y altiva, sencilla y grande, caballeresca y montañesa. Los highlanders desfilaron dos á dos al son de los clarines y del *bag-pipe*, y la elegancia de sus talles llamaba tanto la atención como la fuerza de sus músculos: los que iban á disputarse el premio entraron en la arena.

Después de conceder el premio al que con mas destreza tocaba el *pibroch*, el de fuerza y destreza fue disputado por numerosos concurrentes. Yo reparé entre estos juegos, el de la *maza de hierro*: se trataba de saber quien arrojaría mas lejos una maza hercúlea: la elasticidad de aquellos jóvenes Alcides que hacían dar vueltas sobre sus cabezas á la pesada maza antes de arrojarla: la gracia de sus aires y el vigor de sus movimientos, me recordaban las escenas de la Iliada y los juegos que Aquiles presidía; trasladábame á las orillas del Simois, y mirando á los hijos de la Escocia veía los de Homero (5).

(1) Estos escudos eran de madera cubiertos de cuero, con grandes clavos dorados.

(2) Chaquetas de caza de terciopelo, adornadas de botones de ágata ó de *Cavin gorun*, pedrerías de Escocia: el tartan es la tela de los plaides.

(3) *Skeandhu*: calzados escoceses.

(4) *Kilt*, son unas enaguetas que no llegan mas que á la rodilla. *Sporran* delantalito de piel de cabra con borlas de oro, que cae sobre el *Kilt*.

(5) Los vencedores de los juegos de fuerza se llamaban Macdonald y Macpherson.

Los premios de la carrera se siguieron, y jamás había yo visto tanta agilidad unida á tanta energía; los cuatro ó cinco mil espectadores que con la vista seguían á los rivales, saludaron con los mas vivos aplausos al primero que tocó la meta (1): despues vinieron los premios de la danza.

En la pradera se había dispuesto un tablado: el *reel* escocés y el *houlakin* fueron bailados con una perfeccion inconcebible, no hay expresiones que puedan transmitir la gracia original y la rústica elegancia con que fueron ejecutados esta especie de bailes; no eran pasos calculados; ni posturas estudiadas, ni cosas preparadas de antemano; eran al contrario inspiraciones del momento, é improvisaciones inesperadas; el verdadero genio de la danza estaba allí con todo el abandono de sus alegrías, y todo el delirio de sus locuras; unas veces eran los feroces trasportes y los gritos de las hordas salvajes; otras las graciosas posturas y la ligereza de las silfides; no se podía definir este género de pasos y de actitudes; pero en aquellos sitios poéticos y despues de aquella danza llena de encantos no se hubieran podido admirar otras (2).

Acabados los ejercicios, los higlanders volvieron á tomar el camino del castillo en medio de las aclamaciones generales. Un gran banquete les estaba preparado bajo los árboles del parque, y nosotros asistimos á su comida.

No pintaré aquí el suntuoso convite que nos estaba dispuesto á nuestro turno; fácilmente se comprenderá cuanto lujo debía haber en la mesa del *jefe de los Clans*. Brindis fueron dados sucesivamente á la *reina Victoria*, al *príncipe Alberto* á los *Clans escoceses*, al marqués de Breadalbane. Cada brindis era precedido segun costumbre de un discurso bastante largo y de *hurras* prolongados. Se podrá juzgar

(1) También hubo premios para los que saltarian mas lejos.

(2) Mac-Alister fue vencedor: era no solo excelente bailarín, sino bello mozo también. Entre las danzas que llamaban la atención, citaré la *de las espadas*. Se colocan estas en cruz y es necesario bailar sin tocarlas en medio de ellas con la mayor rapidez.

de la emoción que yo experimenté, cuando el castellano levantándose de repente pronunció estas palabras :

— Señores, hay un ilustre viajero entre nosotros. Acogido con una alta distinción por todos los reyes de Europa á los que ha visitado, lleva sobre su pecho una porción de las condecoraciones que ha ganado en el doble campo del honor de la guerra y de las letras. En presencia de este hombre célebre creo deber proponeros beber *á la prosperidad de la Francia*. ¡Ojalá que la Francia y la Inglaterra sean siempre dos pueblos amigos!

— Yo estaba violentamente agitado: y contesté estas pocas palabras.

— No sabré expresar cuan gratas me son las alabanzas, demasiado lisonjeras, que me ha dirigido el noble marqués de Breadalbane *¡A la prosperidad de la Francia!* estas son las únicas palabras que acepto. ¡Ojalá que una amistad franca y duradera se establezca y se consolide entre los dos pueblos mas grandes de la tierra!

Este discurso, sumamente sencillo, no tenía ciertamente nada de brillante, no obstante fue acogido con los mas vivos aplausos. La cortesía tiene tambien extremos.

Después de la comida hubo baile en los aposentos del castillo: la marquesa de Breadalbane habia distribuido preciosos plaids escoceses á todas las señoras convidadas, entre las cuales reparé á *lady Kinnaird*, una de las mujeres mas hermosas de los tres reinos. Muchos jefes de los clans habia allí con el vestido de los *Highlanders*. Estos nobles montañeses y bellas escocesas, á la claridad de mil bugías, al pie de los trofeos del salon de armas y bajo las reales banderas, ofrecian un golpe de vista encantador; era una cosa caballeresca y de la edad media, entre los esplendores de la civilización, y lo pintoresco de los clans entre el lujo de las cortes.

El camino de *Taymouth* á *Dunkeld* ofrece una continuación de sitios deliciosos; ví la hermosa cascada de *Acharn*, que cae de noventa pies de alto; y en una posada aislada

volví á hallar á dos de los atletas vencedores de la fiesta *Macdonald* y *Macpherson*: tuve un gran placer en hablar con ellos, pues eran tan modestos y sencillos en su lenguaje como bellos y vigorosos en sus luchas.

Dunkeld es una ciudad situada en medio de las montañas; y como todo el país á que pertenece tiene admirables puntos de vista. El jefe de clans *Lochiold* proclamó allí á Jacobo VIII poco despues del desembarco de Cárlos Eduardo en Escocia. Cuando el duque de Burdeos aun niño pasó por allí en 1833 para ir á visitar á *Inverness*, la sociedad de los *verdaderos Higlanders*, le formó una guardia de honor. Cerca de *Dunkeld* se halla el famoso bosque de *Birnam*, tan célebre en la historia de *Macbeth*. Á la entrada de la ciudad se ven las magníficas *ruinas* del *nuevo* castillo del duque de *Athol*. Este castillo, empezado bajo una escala gigantesca, hace pocos años ha quedado á medio construir. El conde de *Athol*, habiéndose vuelto loco, lord *Glenlyon*, su sobrino y heredero continuará, segun dicen, el edificio despues de la muerte de su tio; pero segun la apreciacion del arquitecto, necesitará para esto *cinco millones*.

La catedral de *Dunkeld*, construida en el siglo octavo, fue destruida en el siglo trece por el famoso *Jonh Knox*, discípulo de *Calvino*; sus ruinas atraen aun al viajero. Han arreglado en una de las extremidades de la basílica una especie de iglesia moderna que da sobre los escombros de la antigua nave. Esta que muestra aun pilares, ventanas, ojivas y torres, no tiene techo, ni vigas, ni puertas: en medio hay un cementerio; el conjunto produce un efecto de los mas extraños (1). Una de las curiosidades de *Dunkeld* es el sitio llamado *La ermita de Osian*. Está sobre una montaña, en medio de bosques y al lado de la hermosa cascada de *Brain*, en el fondo del poético retiro halláse el retrato del hijo de

(1) Cerca de la catedral, se ven dos alerces ó cedros del Líbano, muy curiosos: fueron los primeros plantados en las islas británicas y llevados en 1737 de la Suiza en macetas que se pusieron en tierra. Ahora tienen 95 pies de alto y 107 años.

Fingal cantando y tocando el arpa. En el momento en que el viajero le mira, este cuadro se desliza y huye por medio de un resorte secreto, y la catarata aparece en frente cayendo en medio de las rocas con el ruido del trueno; el golpe de vista es teatral y mágico.

Tomé la posta en Dunkeld, y me dirigí hácia la ciudad de Perth: á poca distancia está el palacio de Scone, que pertenece hoy dia á lord Mansfield, y en donde estaba antes la famosa piedra de la coronacion de los reyes de Escocia. Eduardo I, hecho dueño del reino, despues de la batalla de Dumbar, se apoderó del misterioso paladion en la Abadía Scone (1) y le hizo trasportar á Westminster, donde está todavía (2). El antiguo palacio no existe ya, pero sobre sus ruinas se ve un vasto castillo, donde paró la reina Victoria en su reciente viaje á Escocia.

Perth, que fue largo tiempo la metrópoli de Escocia, y en donde hubo muchos parlamentos, es una ciudad preciosa de cerca de 20,000 almas; atravesada por el Tay que va á arrojarse al mar en Dundée. Muchos hechos históricos han ilustrado aquellos muros ocupados por los ingleses bajo Eduardo I, pero luego volvió á pasar á poder de Roberto Bruce. En los tiempos de la gran guerra civil fue tomada por el marqués de Montróse, despues de la batalla de Tippermuir, y allí fue donde en 1745 el ejército de los *Higlanders* proclamó rey al Pretendiente (3).

Dos hechos eminentemente dramáticos merecen aquí mención.

(1) La abadía de Scone fue destruida en tiempo de la reforma.

(2) Cuando Roberto Bruce, queriendo reconquistar su reino, vino á la abadía de Scone para hacerse coronar, la piedra de la coronacion no estaba ya. Se refiere que se hallaba tan pobre en aquel momento, que el prelado de Glasgow le suministró los vestidos reales. En lugar de la corona hereditaria, se tomó prestada una diadema muy delgada de oro, á uno de los santos de la abadía, la cual fue puesta con gran pompa sobre la cabeza del nuevo rey.

(3) Perth, está en los Lowlands-Dunkeld, y aquí se halla la frontera de los *Higlanders*.

En 1436 Jacobo I, rey de Escocia iba donde le estaban preparadas brillantes funciones; una inquietud sola turbaba las alegrías de su viaje; y era que en aquellos parajes tenia un mortal enemigo, llamado *Sir Roberto Graham*, y una antigua profecía anunciaba que en aquel mismo año un rey de Escocia terminaria sus dias en Perth. Jacobo I iba á atravesar el Tay para entrar en la ciudad, cuando una especie de hechicera con los cabellos blancos y el cutis de color de plomo se adelanta hácia él y le dice.— ¡Mi señor y rey! si pasas este rio, no volverás á pasarle mas.

Uno de los señores de la corte empeñaba al monarca á que se volviese atrás; pero esto hubiera sido una cobardía, el jóven cortesano persistia sin embargo.

— Acordaos, dijo á su dueño, que segun las predicciones, este año morirá aquí un rey. — El otro dia en una fiesta, le replicó el monarca riéndose, te he proclamado *rey de amor*; con que hay dos reyes ahora, y quizás es de tí de quien se trata. En seguida continuó su camino.

La abadía de Blackfriars, edificio el mas hermoso de la ciudad, habia sido arreglado para recibir al rey: allí se colocó, y grandes fiestas se verificaron durante el dia. Por la noche se habia retirado á sus aposentos con la reina, cuando se oyó un ruido extraordinario. Una multitud de conjurados se habian apoderado de la morada. Jacobo I se asoma á la ventana, y ve á su guardia desarmada; y á la cabeza de una horda de asesinos reconoce á *Sir Roberto Graham*: — Soy perdido, exclama el monarca, y en el instante resuenan pasos en la sala inmediata.... La reina se acercaba, y una de sus damas, Lady Catalina Douglas, lanzándose hácia la puerta, pasa su brazo por los anillos de hierro por donde se colocaba una barra del mismo metal, para suplir su falta.... Pero los asesinos le rompen el brazo, Roberto Graham entra el primero, mata al rey de una estocada, y los asesinos desaparecen.

El crimen no quedó impune: Roberto Graham, que se habia retirado á los Highlanders fué arrestado, puesto en tor-

tura y ejecutado. El solo sentimiento que manifestó fue el de no haber muerto á la reina cuando mató al rey.

Veamos otro acontecimiento trágico. A la extremidad sud de *Watergate* se halla la hermosa y rica casa del conde de Gowrie, que es el señor mas poderoso de Perthshire. Cuando Jacobo VI (1), hijo de María Estuardo, era de corta edad, un conde de Gowrie, descendiente de los primeros reyes de Escocia, habia sido condenado á muerte y ejecutado, por haber intentado volver á subir al trono; y los inmensos bienes del conde fueron confiscados: pero dejaba dos hijos, y Jacobo VI devolvió al primogénito el patrimonio de su padre. Las cosas estaban así cuando en 1600 Alejandro Ruthven, hijo segundo del conde de Gowrie, fué una mañana á buscar al rey que cazaba en su parque de Falkland á poca distancia de Perth.

— ; Señor! le dijo, acabó de apoderarme de un personaje misterioso, bajo cuya capa he hallado un vaso lleno de monedas de oro. Parece que este hombre se halla en posesion de un tesoro inmenso, del cual él ha sacado estas primeras riquezas: pero rehusa revelar el sitio en donde le ha hallado, y pretende no querer decírselo sino á V. M. Yo le he conducido á la morada de mi hermano, el cual le tiene preso en este momento. Señor, venid á preguntarle, y él os entregará sus riquezas.

Jacobo VI tenia sus arcas vacías y se hallaba con grande necesidad de dinero; así se apresuró á dejar la caza, y seguido de una débil escolta, fue á Perth con Alejandro Ruthven. El conde de Gowrie pareció extremadamente sorprendido de la visita inopinada del monarca, no obstante hizo servirle una gran comida, acabada la cual Jacobo preguntó por el cautivo. Alejandro Ruthven condujo al rey por largos corredores oscuros hasta lo alto de un viejo torreón. Una puerta maciza se abre.... y en seguida vuelve á cerrarse con un ruido extraño.... y Jacobo ve en el fondo

(1) Jacobo VI, rey de Escocia y I de Inglaterra.

de aquel recinto, en lugar de un prisionero encadenado, un guerrero armado con una daga.... y este se arroja hácia él. El príncipe espantado retrocede llamando á Ruthven á su socorro.... pero este, armado con un puñal, le grita con voz de trueno:

— ¡Pérfido, tu hora á llegado!

— ¡Gran Dios!

— Tú has muerto á mi padre.

— ¿Yo? responde Jacobo; No, Ruthven, no: yo nada he tenido que ver en esta fatal ejecucion, pues no era mas que un niño. Recuerda despues cuales han sido mis beneficios. Tu hermano ha recobrado sus dominios, ¡ingratos! yo era un padre para vosotros.

Alejandro titubea, y los remordimientos se apoderan de él, no queriendo teñir él mismo sus manos en la sangre de su rey; así fue que encargando el hacerlo al soldado y volviendo á cerrar el torreón, se alejó.

— ¿Te atreverás á matar á tu príncipe? dijo entonces Jacobo al asesino.

— No, responde este cayendo á sus pies; no tengo valor para ello.

El monarca al instante se acerca á la estrecha ventana del torreón y pide socorro á grandes gritos; su voz es oida desde afuera, uno de sus pajes, sir John Ramsay, despues de haber gritado alarma á los suyos, sube á la torre á toda prisa; pero las puertas estaban cerradas por dentro. En tanto que las echan abajo á golpes de hacha, descubre un pasadizo secreto que conduce al fatal torreón, donde halla al rey luchando con Alejandro Ruthven, que un instante indeciso en sus resoluciones, habia dejado el lugar del crimen para volver mas furioso que antes. Ramsay se arroja sobre el traidor y le pasa la espada por el cuerpo. Sir Tomás Erskine, y lord Hugo-Herries, que siguieron al jóven paje acaban de matar á Ruthven, cuando entra lord Gowrie con una espada desnuda en la mano y seguido de siete hombres armados: Jacobo no tenia consigo mas que á sus

tres valientes, y se empeña un combate desesperado. Ramsay hunde su acero en el corazón del conde de Gowrie que cae muerto de golpe y huyen los cobardes malhechores.

Jacobo está rodeado de sus guardias pero un nuevo peligro le amenaza; se habían esparcido voces de que solo había ido á Perth para matar á los dos Gowrie, de los cuales quería recobrar los bienes. Lord Gowrie, *preboste de la villa*, era adorado en ella. El pueblo se sublevó, pidió á su jefe y fueron necesarios esfuerzos inauditos para calmar su furor, no pudiendo salvarse el rey sino con mucho trabajo.

La relacion que acaba de leerse es la que hizo Jacobo VI; pero nadie creyó una palabra del atentado de los hermanos Gowrie, aun hubo pruebas en contrario (1). El extraño acontecimiento quedó envuelto en impenetrables misterios; la version mas acreditada fue esta: Jacobo había sentido vivamente el haber vuelto á los Gowrie sus dominios y su poder: la muerte de los dos hermanos volvía á ponerle en posesion de sus riquezas; y en consecuencia había imaginado su inconcebible conspiracion para conseguir su objeto, que era *la confiscacion de sus bienes*. Esta confiscacion se verificó.

Lo que apoya esta última opinion es que cuando el soberano pidió á la iglesia un *Tedeum* en accion de gracias por su dichosa salvacion, el clero de Perth lo rehusó.

—¿Dudais del atentado? decia el príncipe á uno de los clérigos.

—Vuestra majestad debe creerlo, le replicó este último, pues dice haberle visto; pero si yo hubiese sido testigo de él, no creeria á mis ojos (2).

(1) El soldado de la torre, encargado, segun decian, de matar al rey, se cortó mil veces en la relacion de su mision y de sus remordimientos y acabó por disculpar á Ruthven. El testimonio de Jacobo VI, fue el único al cual el gobierno dió publicidad. Esto se comprende fácilmente.

(2) Jacobo VI (ó Jacobo I), afirmaba haber combatido con sus asesinos. No obstante se sabia que jamás tocaba una espada, y que con

No se ven sino muy pocos vestigios de la abadía de *Blackfrairs*. En el sitio que ocupaba se ven hoy día una porción de casitas, de calles y callejuelas; yo entré en una de dichas casas, en la calle de *Carfaw-row* la cual se halla sobre el suelo de la antigua iglesia de la abadía, habitada por un ebanista llamado *Wilye*. Este hombre, sabiendo que yo recogía las antiguas memorias del país, me presentó una caja artísticamente trabajada por sus manos, y me dirigió estas palabras con mucho énfasis:—Este cofre ha sido hecho con la madera de una viga de encina que sostenía la casa que habitó el padre de la hermosa joven de *Perth* (1).

Cerca de esta ciudad, á la cual *Walter-Scott* ha consagrado bellas páginas, está el castillo de *Freeland*, perteneciente á lord *Ruthven* de la ilustre sangre de los *Gowrie*. Lord *Ruthven* no tiene ya desde de la historia de *Jacobo VI* los inmensos dominios de sus padres; pero no ha conservado menos por eso la autoridad de una gran fortuna y de un gran nombre. Yendo á sus tierras me detuve en la montaña de *Moncreiff*, desde donde se descubre el *carse* de *Gowrie* (2), el valle de *Strathearn*, la ciudad lejana de *Dundee*, y las hermosas orillas del *Tay* (3); *Perth* estaba á mis pies con sus bonitas casas, sus calles bien alineadas, sus barcos de vapor, sus campanarios, sus bosquecillos y casas de campo. El golpe de vista era encantador.

respecto á esto era tal su cobardía, que ni aun podía soportar la vista de un acero desnudo (*Church of Scotland*. lib. VI, p. 461. — *Attour in Scotland*. t. I, p. 74). Sobre la plaza adonde está la bella casa de *Gowrie* se ve hoy día á *County-hall*, edificio de estilo griego.

(1) Véase esta novela de *Walter Scott*. Este cofre mandado hacer por la corporación *Gueldryn*, de la ciudad de *Perth*, está destinado á contener los preciosos autógrafos de *Jacobo VI*, de *Cárlos II*, de la reina *Victoria* y del príncipe *Alberto*.

(2) En *Escocia* se llama *carse* un valle entre río y montañas: *strath*, un valle entre dos montañas; y *glen*, una garganta entre las rocas.

(3) El puente que atraviesa el *Tay* al N. tiene diez arcos y novecientos pies de largo: su fecha es de 1772. *Perth*, es una ciudad de grande antigüedad. No se sabe la época en la cual fue construida su antigua iglesia de san *Juan*.

Á cuatro millas de Perth, y á las orillas del Earn, está *Abernethy*, antigua capital del reino de los *Pictos*; y no lejos están las aguas de *Pitcaithly*, los restos del palacio de *Abernethy* se conocen aun, y cosa extraña, una de las torres redondas de Irlanda se eleva en medio de sus ruinas, semejante á la de las *siete iglesias* del conde de *Wicklow*. Esta torre y la que se ve en *Brechen* en Angusshire son las dos únicas de este género que hay en Escocia.

Alpine, rey de los *Scots* (escoceses), y abuelo de Rob-Roy Macgregor, tronco de los primeros soberanos de Escocia, disputaba en el año de 834, el terreno de *Abernethy* á *Brudo* rey de los *Pictos*, y se dió una gran batalla. *Alpine* fue batido y hecho prisionero cerca de Dundée, en el condado de Angus; y el vencedor ordenó le cortasen la cabeza en el sitio mismo en que habia sido cogido (este paraje se llama aun *Pitalpine*, fosa de *Alpine*), y la cabeza del rey vencido, puesta en un madero por orden de *Brudo*, fue colocada en guisa de trofeo sobre la puerta principal de *Abernethy*, y en *Pitalpine* fue enterrado el cuerpo sin cabeza.

Tres años despues *Kenneth II*, hijo de *Alpine* y rey de los *Scots*, quiso vengar la muerte de su predecesor; y para ello atacó á su vez á *Brudo*, le puso en completa derrota, entró triunfante en *Abernethy* y reconquistó la cabeza de su padre que hizo enterrar en donde reposaban los restos. Sobre esta tumba se colocó la piedra donde *Alpine* habia puesto su estandarte en el momento en que sucumbia.

Circunstancia rara: el dia en que la reina de Inglaterra llegó á Perth en medio de las aclamaciones públicas, un paisano que trabajaba en el camino, habiendo visto cerca de sí la piedra de *Pitalpine*, la levantó para ver lo que habia debajo, y halló el cuerpo del monarca: la cabeza cortada estaba en el fondo del mismo sepulcro. *Lord Camperdown*, propietario de aquel sitio, dió los fúnebres despojos al museo de la ciudad de Dundée.

Abernethy, situada cerca de la confluencia de los dos rios

el *Earn* y el *Tay*, es en el día un lugarejo en el cual no hay mas que algunas casas y los arcos rotos de un puente construido por los romanos. Este puente, por el cual no se pasa hace ya muchos años, cautivó largo rato mi atención; por que á él están anexos hechos maravillosos, una curiosa leyenda, y hasta el origen de *Perth*.

El puente de Abernethy.

—

Berta Graham era en el año de 909 la mas bella, rica y noble de las jóvenes del reino de los Pictos. De edad de diez y ocho años, huérfana ya de padre y madre, habitaba el castillo de Kincardine, á orillas del arroyo de *Ruthven* en *Strathearn* (1). En los contornos no se hablaba mas que de sus encantos.

Entre los pretendientes á la mano de Berta (y se presentaban en muchedumbre), se citaban dos que parecia debian vencer á todos los demás concurrentes: el uno era *Malcolm Murray*, y el otro *Donald Ruthven*; el primero pasaba por el mas hermoso de los hijos de la Escocia, y el otro por el mas valiente.

Malcolm Murray era de un ilustre nacimiento. En su casa un cuadro representaba á Noé saliendo del arca con un cofre debajo del brazo, en el cual se leia esta inscripcion: *Papeles de la familia de Murray* (2). Tenia una fortuna considerable, y además la naturaleza le habia dotado de una figura encantadora. Berta Graham le miraba á veces con una

(1) Kincardine-Place, pertenece hoy día al marqués de Montrose. Berta Graham, fue una de las primeras ilustraciones de esta noble familia.

(2) Horacio Valpole en uno de sus escritos da este cuadro á la familia de Northumberland.

especie de interés ; pero cuando Malcolm, animado por esta mirada, procuraba dirigirla tiernos discursos, Berta, desde lo alto del pedestal que le habian erigido las adulaciones humanas, le confundia con un altanero silencio.

Donald Ruthven era menos hermoso que su rival ; pero famoso por su valor, tenia aquellos ojos brillantes que, sea que ella consienta en ello ó no, dicen á una mujer : *Yo te amo*. Su carácter era irascible y fogoso, y en todas las cosas el esperar le parecia una derrota, siendo para él un retardo una afrenta. Su rostro á veces tenia una expresion extraña, pues cuando su ancha frente llegaba á arrugarse con el impulso de las pasiones que se agitaban en su alma, se formaba entre sus negras cejas una especie de abismo, y se hubiera dicho que allí se conocia la marca de las *uñas de Satanás*, pero su boca un instante despues tenia una inefable sonrisa que mostraba una bella alma : un hombre tal tenia muchas probabilidades de conseguir en materia de afecto, porque admiraba á todas las mujeres. Sabido es que en el campo del amor, quien admira interesa, quien interesa agrada, y quien agrada no tarda en ser amado.

No obstante, el alma enérgica de Ruthven tenia una extraña debilidad : el que no retrocedia delante de ninguno de los peligros de la vida, y que hubiera desafiado los poderes mas formidables de la tierra, creia en las cosas sobrenaturales y se espantaba de ellas : ideas supersticiosas turbaban su razon á veces. Por viejas gitanas le habia sido predicho que entre uno de sus sobrinos segundos naceria un *vampiro*, y Ruthven creia en las hechiceras (1).

Ruthven y Murray se odiaban mortalmente : á veces se encontraban en los aposentos de la reina de Escocia en el palacio de Abernethy ; y entonces, cuando se dirigian la palabra, se hubiera podido creer á su acento que las espadas

(1) Todo el mundo ha leído el *Vampiro* de lord Byron, y conoce el drama de este nombre. El héroe del libro y de la pieza es como se sabe lord Ruthven.

iban á salir de las vainas. Abernethy era entonces la residencia de la augusta consorte de Guillermo que fue el soberano LXXXIII de Escocia (1); y lady Berta Graham ocupaba un aposento en el palacio, pues la reina la tenia tanto afecto, que la habia dado un empleo en su corte, lo que hacia que no solo Donald Ruthven y Malcolm Murray, sino otros veinte nobles señores se apresurasen á rendir obsequios á la brillante favorita, disputándose sus miradas, y estando en el caso de matarse por una de sus sonrisas. Ruthven tenia un amor profundo y capaz de los mas fogosos impulsos; pero Murray ponía en el suyo frios racionales y profundos cálculos. Lady Berta los examinaba á los dos atentamente, y no se decidía por ninguno; pero muchos pensaban que el diestro Murray acabaría por vencer; pues Berta estaba tranquila y alegre con Malcolm, é inquieta y cuidadosa con Donald: ¿acaso no amaría ni al uno ni al otro?...

— Berta, la dijo un dia la reina: ¿qué piensas tú de Malcolm?

— Jamás me ha hecho pensar, respondió sonriéndose la favorita.

— ¿Tienes alguna idea con respecto á Ruthven?

— Sí, la idea que tengo es que me da miedo.

— Recuerda cuan valiente es.

— ¡Sí, pero ved que también es sombrío!

— ¡Cuántos triunfos ha conseguido en su vida!

— ¿Pero cuántas visiones no tiene en la cabeza?

— Este te ama con pasión.

— Ahora es muy posible, porque nada se lo impide; pero si mañana cualquiera fantasma le prohibiese dirigirme sus homenajes, estoy convencida de que mañana mismo cesaría de hablarme. Su amor no resistiría á una aparición.

— Berta, yo creo lo contrario; haz la prueba.

(0) Véase á Georges Buchanan. (*Historia de Escocia*. t. I, lib. VII, cap. L.).

— ¡Dios me libre!

— No obstante es preciso casarte, continuó la reina con tono grave; los dos mejores partidos de la Escocia se te presentan; escoge entre Malcolm y Donald.

— Lo consultaré á *Brother John* (1)

Brother John, especie de astrólogo tenido en gran veneración en el país, era hijo de la ilustre familia de los *Grahams* y pariente de Berta. Nacido en las grandezas y en la opulencia, hubiera podido aspirar á las mas altas posiciones; pero para abrazar la vida científica y consagrarse enteramente á los estudios químicos, habia renunciado á todas las pompas de la tierra, y construyéndose en los bosques de *Glenfearg*, cerca de *Abernethy* un misterioso laboratorio.

Allí en la montaña y á orillas de un torrente entregaba su vida al estudio y al descubrimiento de la *grande obra*; y aunque esto no era cosa de su época, *Brother John* se adelantaba á su siglo.

Berta desde su juventud tenia la costumbre de consultar á este docto pariente en todas las circunstancias en que era importante para ella el ser ilustrada, y llamábale á este anciano *mi padre*. *Brother John* lleno de piedad, era á sus ojos mas que un sabio consejero, pues le miraba como una antorcha divina.

Al nacer la aurora del dia 7 de mayo, Berta dirigió sus pasos á *Glenfearg*, sin mas compañía que la de su fiel *Whiteboy*, que era un gran dogo, que no la dejaba nunca y cuya inteligencia extraordinaria igualaba á su entera fidelidad: adivinaba hasta los deseos de su ama, y en los momentos de peligro, el soldado mas intrépido no hubiera defendido mejor su bandera que *Whiteboy* á *lady Berta*.

Brother John, cubierto de una túnica de lana y ceñida la cintura con una cuerda á la manera de los cenobitas, se ocupaba en destilar plantas medicinales, cuando *lady Berta* llegó y le descubrió su alma. ¿Qué consejo la dió el astrólogo-

(1) Hermano Juan.

go? Esto permaneció oculto; solo se hallaba allí Whiteboy, y este perro de Abernethy aun que hubiese podido hablar como la burra de Balaam, no hubiera descubierto un secreto de su ama.

Berta volvía de *Glenfearg*, cuando Malcolm se presentó de repente á su vista en un sitio aislado: iba vestido de caza, y la belleza de sus facciones resaltaba con la elegancia de su vestido: creyó notar emoción en los ojos de la noble hija de Graham, y su vanidad le persuadió que en su mano estaba el asegurarse de su conquista, puso pues una rodilla en tierra delante de Berta, y con una voz á la cual procuraba dar la expresión mas irresistible se atrevió á hablarla de amor; ella, indignada de tal lenguaje, quiso huir; pero como con esta demostración de temor no hubiera hecho mas que dar mayor osadía á Malcolm, se contenta con guardar silencio, y ni aun aligeró el paso. Ambos atravesaban un bosque, y las palabras del cazador se hacían á cada instante mas ardientes: pronto se atrevió á tomarla una mano....

— ¡A mí Whiteboy! gritó Berta; y el dogo fiel, que la habia comprendido, se arrojó con furor sobre Murray, que armado con una daga no tardó en librarse de su enemigo; Berta en tanto, libre ya de la sujeción del audaz, huyó hácia Abernethy. Un desconocido, que todo lo habia visto y oído detrás de una enramada, se precipitó entonces hácia Malcolm, el cual reconoció en él á sus contrario Donald.

— ¡Malcolm! exclamó con el acento del mayor desprecio, teneis por adversario un dogo!... ¡Ah! si el perro es digno de un hombre como vos, vos no lo sois de ese perro!

— ¡Acércate! replica Murray desembarazándose de *Whiteboy* con un golpe de daga que le dió en el cuello; tras del perro vendrá la bestia salvaje, y si al perro le guardaba consideraciones, mataré luego á la fiera.

— Esto es lo que veremos antes de poco, dijo Donald sacando su acero. ¿Tienes espada?

— No tengo mas que mi puñal; toma el tuyo, y podemos batirnos á puñaladas.

—No lo traigo.

—Pues bien, dejemos el combate para esta noche.

—¿Dónde?

—En el puente de Abernethy.

—¿A qué hora?

—Á media noche sin falta, á la hora de las fantasmas, Ruthven.

Malcolm sabia que efecto produciria sirviéndose de estas imágenes.

—¿Qué armas elegiremos? contestó Donald con voz alterada.

—El acero de los hijos de Osian.

—Los bravos de Morven no te cubrirán con sus escudos.

—Pero me rodearán con sus *sombras*.

Los rivales se separan: Whiteboy habia desaparecido, arrastrándose sangriento hasta los pies de su ama. Berta habia visto de lejos á Donald y Malcolm, uno en presencia de otro, y habia presenciado su combate.

—¡Cobarde Murray! decia curando la herida de su perro, tú te has atrevido á herir á mi compañero querido, al modelo del cariño y de la fidelidad! .. ¡Oh Ruthven! ¡donde estaba tu acero!... Yo te amaré si me vengas.

Ruthven no podia oir estas palabras; pero por el ardor con que anelaba el combate, se hubiera dicho que habian resonado en el fondo de su alma. Sus miradas tenian resplandores siniestros, su acero funestos brillos y el odio y la muerte estaban en él.

La noche cubria las orillas del Earn; y el bronce resonaba al dar la hora fúnebre: vense dos hombres armados en el puente de Abernethy en frente del palacio, que se acercan uno á otro en silencio. Su furor, desdeñando explicarse con palabras, no quiere mas que el choque de las espadas; temen que el ruido llame testigos que interrumpian la venganza, y deteniendo la respiracion sacan los aceros.

—Combate á muerte, exclama Donald.

—¡Sí, á muerte! responde Malcolm.

— ¡ *A muerte!* vuelve á repetir el eco de aquellas orillas; y bajo las nieblas de la noche, resuena á lo lejos y retumba la voz del sepulcro.

— ¡ Ruthven! dice Malcolm, tú te estremeces.

— No, le responde Donald pues te mato; y le atraviesa de parte á parte al decir esto.

Murray cae dando un grito lamentable, y Ruthven al retirar su espada del cuerpo de su enemigo, se ve cubierto con la sangre de este, que como una bocanada de llamas se derrama sobre él, y retrocede con un movimiento de sorpresa y de horror.... En aquel momento por entre los celajes del firmamento se lanza un rayo de la luna, y este rayo súbito é imprevisto, rayo mágico y fatal, ilumina el rostro de Malcolm: una risa horrible divaga por sus labios, con la cara cubierta de los aplomados colores del sepulcro se incorpora con la fria lentitud de un espectro, y como si algun espíritu invisible hubiese ido á inspirarle un último pensamiento de odio y de venganza, de sus labios, helados ya, sale una voz profética.... una voz casi sobrehumana.

— ¡ Desgraciado, desgraciado de tí, Ruthven! no gozarás de tu triunfo. Vuelve á pasar otra vez por este puente y en él estarémos la muerte y yo!

Las semanas y los meses se pasan, y ya la favorita de la reina no es la indiferente y altanera Berta, que siempre viva y alegre repelia los amores y desdeñaba los homenajes; su mirada se ha hecho vaga y melancólica, una armoniosa languidez está esparcida sobre sus facciones, su fisonomía ha tomado una expresion mas tierna, y no buscando ya los placeres y las fiestas, se aísla, cavila y ama.

Donald, por su parte, no tenia ya aquella fogosidad impetuosa, ni aquellos bruscos transportes que hacian su carácter temible para los que le rodeaban. Sus modales se habian hecho mas apacibles y mas benévolos, y la singular señal de su frente *la garra de Satanás* habia casi desaparecido enteramente; una voz secreta del corazon le habia advertido que era amado de Berta, por mas que nada se lo

hubiese probado aun. Admitido rara vez á su lado , la dirigia poco la palabra , y la veia y amaba como los poetas , mas dentro que fuera de sí mismo ; pero el amor del poeta pide á la mujer , lo que exige á la lira : concordancia perfecta y celeste armonía ; ¿ conseguiria Ruthven esto ?...

Como todos los hombres superiores, Donald tenia enemigos. El cuerpo de Murray despues del fatal duelo habia sido hallado en las aguas del Tay , cerca de Dundée. ¿ Dónde se habia cometido el homicidio ? ¿ Qué mano habia herido á la víctima ? Las pesquisas que se habian hecho habian sido infructuosas , pero los rumores públicos acusaban á Donald. Sus detractores reparaban que nunca pasaba por el puente de Abernethy , y se hacia circular en voz baja que en el mismo puente se habia dado muerte á Murray.

La reina de Escocia empeñaba siempre vivamente á su favorita á que eligiese al fin un marido ; pero Berta no se decidia , y Ruthwen empezando á desanimarse se habia retirado á la entrada del hermoso valle del Tay llamada la *Carse de Guwrie* á un hermoso castillo llamado *Kinfauns* (1). Desde aquel sitio habia escrito la mas tierna carta á la noble hija de Graham , poniendo á sus pies su nombre su fortuna y su vida ; en ella pedia una respuesta ; pues su intencion era en caso de negativa ir á buscar en país extranjero y en lejanas tierras el fin de una existencia marchita.

Lady Berta ya no pudo titubear mas tiempo , su corazon se decide para responder á Ruthven y decirle : ¡ *Venid!* Pero Brother se presenta á ella , dejando su soledad y faltando en esto á sus costumbres , pues su aparicion en el palacio de Abernethy es un acontecimiento extraordinario. El astrólogo tiene sin duda grandes revelaciones que hacer ó una sentencia que pronunciar. Ya está solo con Berta.

— Hija mia, la dice con tono de autoridad , leo vuestros secretos pensamientos. Vos quereis ser la esposa de Ruthven, y yo me opongo.

(1) *Kinfauns-Castle* pertenece hoy dia á lord Gray. Está casi enfrente de Perth.

— ¡ Vos , padre mio !

— Donald mató á Malcolm Murray.

— Estos no son mas que rumores públicos.

— Para mí es un hecho cierto.

— ¡ Pues bien ! supongamos que sea verdad , el combate entre Donald y Malcolm , no ha podido ser mas que una lucha entre dos hombres de corazon valiente , y en ella no veo sino un triunfo de mas . Donald se habrá visto sin duda en la necesidad de sacar la espada contra Malcolm ; y estoy segura que este habrá merecido su suerte . ¿ Qué hallais de singular , padre mio , en que un guerrero decida una cuestion de honor con la espada en la mano ? *Respetad un juicio de Dios.*

— Lo veo , interrumpió el astrólogo , vos amais á Ruthven.

— Sí , padre mio.

— ¿ Y os figurais que él os ama ?

— Tengo certeza de ello . No hay sacrificio , ni prueba de afecto de que él no sea capaz por mí . Su amor es como su valor : sin límites y á toda prueba .

— *Á toda prueba* : no , hija mia , probadlo vos misma ; la experiencia....

— ¿ Vos desconfiais de él , padre mio ? Pues bien , prometmedme no oponeros mas á mi casamiento con él , si poniendo su alma á prueba , pero á una prueba posible , le veo salir de ella con gloria suya .

— Consiento en ello con todo mi corazon .

— ¿ A qué prueba le sujetareis ?

— A la mas sencilla y fácil . Escribidle que vaya al puente de Abernethy *el siete* de este mes *á las doce* de la noche , y que allí le dareis vuestra respuesta .

— Cómo , padre mio : ¿ vos quereis que sola y en un puente desierto vaya á esperar á un hombre á media noche ?

— No temais nada : yo estaré á vuestro lado , y él no irá .

— ¿ Y qué intentais con esto ?

— Probaros que vuestro animoso Donald no es mas que una alma pusilánime , y que este hombre que os parece ca-

paz de tantos sacrificios y abnegaciones, no está ni aun en estado de arrostrar por vos una idea supersticiosa. Vos tendreis una prueba de esto, hija mia, porque él no se atreverá, por mas dicha que vos le prometais, á ir á la cita del amor en la hora de las apariciones y de los espectros, pues teme el espíritu de tinieblas; vos vereis su llama apagarse y extinguirse delante de una *sombra*.

Ruthven, sentado tristemente en una de las esplanadas de Kinfauns, desde donde se dominaban las hermosas orillas del Tay, tenia los ojos fijos en el horizonte de Abernethy: la respuesta de Berta no llegaba. Ni un correo, ni un mensaje. ¡Ó cielos! ¿qué es lo que percibe en el camino? El dogo de su amada. Sin duda es él, es *Whiteboy*. ¡Ah! el extraordinario animal llena una mision secreta, una mision que Berta no se atreve á confiar á nadie. Donald se abalanza á su encuentro; y el perro al verle manifiesta una viva alegría, pareciendo decirle sus miradas inteligentes: *Busca sobre mí*: el animal tenia un collar, Ruthven le abre y halla la carta de Berta.

¡Qué alegría es la de Donald! sus votos no son repelidos, y Berta le concede su mano; pero antes de que la conduzca al altar, ella desea una conversacion particular con él, y le llama á una cita nocturna y misteriosa fuera del palacio de Abernethy....

— ¡Ah! exclama Ruthven interrumpiendo la lectura con transporte: ¡iré, Berta! ¡no faltaré! Pero continua y se estremece; el dia de la cita es *el 7*, el sitio *el puente de Abernethy*, y la hora señalada *la media noche*.

— ¡Ó Dios mio! exclama con voz sofocada. ¿Este billete de felicidad será acaso una sentencia de muerte? ¡Elegir el siete del mes! En un *dia siete* se verificó el funesto duelo, *en el puente de Abernethy y á media noche*. ¡Una cita de amor en el lugar del homicidio!... ¿No oigo la voz de Malcolm que dice: *Vuelve á pasar este puente y en él nos hallaremos la muerte y yo?*

Un frio glacial paraliza los miembros de Donald; sobre su

pálida frente, y entre sus cejas arrugadas vuelve á mostrarse la señal pavorosa de la *garra de Satanás*, una imprecación delirante sale de sus labios, semejante á la de un criminal condenado al cadalso, que en el momento terrible y á la hora del arrepentimiento, ve levantarse delante de sí las sombras de sus víctimas que se le muestran sin misericordia ni perdon. Bañado de un sudor frio, se deja caer anonadado sobre unos matorrales, y solo le vuelve en sí con sus caricias el fiel mensajero de Berta. Whiteboy le lamia las manos, y le miraba con una tierna inquietud volviéndole á pedir su collar.

Ruthven toma su última resolución; Berta no le habrá llamado en vano. Sea el cielo ó el infierno quien haya dado á la que ama la fatal inspiracion de la cual podrá ser víctima, no retrocederá delante de su destino, y caminará hácia el abismo; y aunque tenga que atravesar los puñales ó las llamas del demonio, combatirá con las potestades invisibles así como con las fuerzas humanas: su respuesta está ya dada:

— Iré.

El dia de la cita, al salir el sol, el cielo estaba cargado de nubes. ¡Ó Dios! ¡qué agüeros tan amenazadores! Desde la aurora torrentes de lluvia inundan las campiñas; durante la noche ha habido los silbidos de un viento furioso y se han oido aullar los perros del canton como por la aproximacion de un gran peligro. En la montaña de *Dunsimane* (1) envueltas en una obscura niebla se han visto aparecer tres hechiceras. Estas con una sonrisa diabólica en los labios, trabajaban en una obra sin nombre y lanzaban lúgubres gritos dando vueltas al rededor de una caldera hirviendo. Sus manos descarnadas se levantaban de tiempo en tiempo hácia las nubes, y mostraban en ellas numerosas bandadas de aves de rapiña, que acudian á las orillas del Earn como atraídas por el olor de cadáveres: la alarma es general en el país.

(1) Allí estaba el castillo de *Macbeth*.

Donald ve pasar el dia con un terror que va en aumento : jamás cita de amor fue precedida de mas horribles tormentos. ¡ Ah ! es que la hora del amor parecia no deber llegar sino como el estertor de la muerte ; el astro del dia se pone tras una negra cortina de nubes atravesada de rojas ráfagas, como un paño fúnebre con barras de sangre.

El trueno empieza á resonar hácia Dunkeld, y la tempestad viene del lado de los Higlanders donde está diluvian-do : los torrentes salen de madre , y corren con estrépito sus olas impetuosas ; por momentos el horizonte parece abrasarse , y algo de convulsivo y de desordenado se apodera de la naturaleza. Una catástrofe se anuncia por las sordas conmociones de la montaña , y pronto el cielo entregado á las tinieblas y al huracan , no tiene mas antorchas que los relámpagos que parecen llevados en alas de los genios de la destruccion , porque sus luces son rayos , y su paso la muerte.

Ruthven , montado en un vigoroso caballo , parte de Kinfauns para Abernethy ; su alma tiene la firme voluntad de sobrepujar todos los peligros ; pero sus sentidos , á pesar suyo no alcanzan la acostumbrada energía : ha dejado de ser el que otras veces , se busca y no se reconoce ; lleno de fuerza se siente decaer , y lleno de vida se ve morir.

Á la luz de los relámpagos que iluminaban su pálido rostro , Donald hendia los aires como un espectro. Al verle pasar con su caballo blanco en medio de las nubes que corrian con él , se hubiera dicho que era la temerosa figura que anunciará el fin de los tiempos , el fúnebre mensajero del Apocalipsis.

Ruthven atraviesa el Tay con gran dificultad ; este rio empezaba á salir de madre del modo mas espantoso ; pero rechazando todo pensamiento , se dirige hácia el Earn con la inmóvil tirantez de la consternacion y las miradas extraviadas de la demencia. El huracan redobla su violencia , los grupos de nubes tempestuosas del firmamento se rompen y entreatren. Un cielo estrellado se ve en medio de la tor-

menta, una luna con rayos mágicos, la luna de la noche del homicidio ostenta su disco plateado; por todas partes las nubes se disipan; mas ¡ay! ¡qué escena de desastres se presenta!

Las aguas del Earn, acrecidas por los torrentes que bajan de los Higlands, salen con furor de su lecho; y la inundacion crece y se extiende, sin que ningun dique pueda detener sus destrozos; así destruye, derriba y arrastra todo cuanto halla á su paso. Se puede poner obstáculos á los progresos del fuego; pero no son posibles á las devastaciones del agua. Contra las olas sublevadas, no hay resistencia ni lucha, es menester huir ó caer en sus abismos.

Donald está enfrente del puente de Abernethy; pero no puede ya aproximarse; un lago se forma á su alrededor y cubre el camino que conduce á él. ¿Va á volverse atrás? Sus ideas supersticiosas se lo aconsejan; pero su amor extremo se lo impide: este último es el que vence. Aguija los ijares á su caballo, y aunque tenga que pasar á nado, llegará hasta el puente.

¿Qué es lo que Donald oye? .. las campanas redoblan.... los habitantes de Abernethy, asaltados y envueltos por el agua, llaman á socorro á las poblaciones vecinas. Vana esperanza, nadie les ayuda, y ellos ven sus casas que se hunden y su ciudad tragada por las aguas....

Ruthven toca al fin el fatal puente; pero en el mismo sitio en el que combatió á Murray cree ver una figura armada de punta en blanco con un penacho fúnebre y una banda sangrienta. Este guerrero alza la visera, y se ve una calavera que exclama con voz lúgubre: *¡La muerte y yo estamos aquí!*

¿Era la imaginacion turbada de Donald la que le presentaba aquella imágen? ¿Va él á retroceder fuera de sí?... No, Berta sale á su encuentro, Berta misma se acerca y se halla con él en el puente. Su vestido blanco agitado por el viento parecia una bandera de amor y le llamaba al sitio del amor y de la fidelidad. ¡Ah! Donald no ve mas que á

ella, y ya no se trata solamente de una conversacion apasionada, sino de la salvacion de su querida, porque los mas grandes peligros la cercan, y la muerte está en Abernethy: lánzase hácia el puente, y Berta le tiende los brazos desde lejos con la expresion del amor, de la esperanza y del reconocimiento; su fiel perro la seguia, pero la imprevista catástrofe la habia separado de *Brother-Jonh*. Donald oye la voz de Berta.... solo se halla de ella algunos pasos.... ¡Ó Dios santo! la figura del esqueleto se halla aun en el puente, y esta figura los separa, pues extiende su fúnebre brazo, y los aires resuenan con estas palabras: *¡La muerte y yo estamos aquí!*

¡Qué espantoso desastre!... ¡Qué trastornos!... ¡Qué estrépito!... Las aguas del Earn continuando en aumento como las aguas del diluvio, han derribado uno de los arcos del puente.

— ¡Donald! grita una voz llena de angustia: ¡Donald! ¡Donald, socorredme! y los dos amantes cerca de reunirse y puestos en el arco fatal, ruedan al fondo del abismo que se abre á sus pies; pero aun que tan cerca uno de otro, no habrán podido morir juntos. Ruthven durante algunos instantes, ve flotar un vestido blanco... no se halla lejos de su amada, nada con vigor y la coge... ¡Ah! quizás la salvará... ¡Berta! ¡Berta! exclama.... Pero sucede un nuevo hundimiento; Donald se halla cerca del puente, y el esqueleto cae sobre él con los nuevos escombros. Donald siente el acero de la armadura, un acero pesado y frio como el hielo; su cabeza se abre con el choque, la sangre brota, y el abismo traga su presa.

¡O noche de eterna memoria! Abernethy no existe ya. Las paredes del palacio fueron derribadas y arrebatadas por la corriente... No se pudo salvar sino á la reina. Su hijo el heredero del trono pereció con su ama de leche y catorce de sus criados; la ciudad entera fue sumergida y no salió mas de sus ruinas (1).

(1) Véase sobre esta catástrofe la *Historia de Escocia*, por Jorge Buchanan, t. 4, c. 7, p. 50.

La aurora empezaba á aparecer: ¿quién es aquella joven que se halla tendida é inanimada en una orilla desierta? La palidez de la muerte está sobre su rostro y sus vestidos empapados. El agua cae tambien de sus cabellos; pero ha sido arrancada á la inundacion por un socorro inesperado. ¿Quién es la desconocida? Berta, y su salvador *Whiteboy*. El perro fiel ha sido mas dichoso que el amante intrépido, su ama le debe la vida.

La desgraciada Berta abre los ojos, mira al rededor suyo y al principio no comprende todo el horror de su posicion... Pero poco á poco la memoria vendrá á completar su infortunio. *Whiteboy*, echado á sus pies, solicita de ella una mirada, Berta le pasa la mano por el cuello.

— No era á mí á quien era menester socorrer le dice con voz dolorida; él es quien era necesario salvar!... ¡él á quien yo he llamado á la muerte!...

Berta se levanta: ¿á dónde irá en aquel momento? Aquellas orillas no tienen ya albergue, su perro camina delante y la guia mientras ella le sigue maquinalmente; él se aleja de las orillas del Earn, y Berta no reconoce ni los sitios ni el país que recorren. Sus miradas, su modo de caminar y movimientos, tienen todos los síntomas de la decadencia: su piel estaba seca y ardiente y una calentura abrasadora la consumia: en fin las fuerzas le faltan y cae.

Cuando el sol se levantaba en el horizonte una persona se hallaba cerca de Berta y esta era el astrólogo de *Glendfearg*; el perro habia ido á buscarle.

— ¡Me abraso de sed, dice Berta; por piedad dadme algunas gotas de agua!

— ¡Oh! ¡Dios mio! tened compasion de ella, murmura *Brother-John* poniéndose de rodillas.

— Me abraso, repetia Berta. ¡Sí, agua! yo la necesito aun, agua, aun no ha habido bastante.

— Y no se halla un arroyo que me socorra, interrumpe el anciano desolado. Nadie hay aquí y su razon se extravía; no puedo darla ningun alivio, y se muere. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡quien la salvará!

Whiteboy con el oído atento ha parecido comprender estas palabras; olfatea las áridas matas, y busca con aire agitado. De repente menea la cola, ladra con alegría y se pone á escarbar la tierra con una actividad inconcebible, abriendo un agujero con su manos, el cual se ensancha poco á poco; y *Brother—John* previendo un milagro, ayuda al dogo en su obra hasta que ve brotar una fuente.

El astrólogo de *Glenfearg* lleva el agua á la moribunda y la hace beber... ¡Oh prodigio! Berta se levanta, y aunque tiene el aire de la demencia, no obstante en sus ojos se nota el fuego de la inspiracion, y acercándose á la fuente milagrosa:

— Tú apareces en los dias de la muerte, la dice con tono solemne, pero serás un manantial de vida.

Y la profecía se verificó.

Las aguas de *Pitcaithley*, descubiertas por *Whiteboy*, se halló que eran minerales, de una virtud poderosa, y su fama se hizo inmensa. Berta recobró la razon, pero entregada á eternos recuerdos, fue á encerrarse en un claustro. Algunos dias antes de dejar el mundo, hizo don al rey de Escocia de una parte de los bienes que poseia en las orillas del *Tay*, para que construyese allí una nueva capital; esta ciudad tomó el nombre de Berta, como lo prueban aun las antiguas crónicas del país (1), y este nombre se ha cambiado poco á poco: Berta es hoy dia *Perth*.

(1) Véase particularmente la *Historia de Escocia* por *Jorge Buchanan*, lib. VII, cap. L.

XI.

Salí de Abernethy, y continuaba mi camino por Freeland, cuando el postillon que me conducia se detuvo un momento en uno de los sitios mas famosos del país.

— ¡Ved aquí Pitcaithley! me dijo.

Paréme un instante, y dirigí una mirada á la fuente milagrosa de Berta, descubierta por Whiteboy. Aquel no es un sitio solitario, pues un gran número de enfermos van á recobrar allí su salud, habiéndose construido casas, una sala de baile y una librería: hay tambien una hermosa posada, y la playa es de las mas risueñas.

Hubiera querido hacer una excursion en las montañas, hasta el paraje donde estuvo el laboratorio de *Brother John*; pero no tenia tiempo para ello, siendo esperado en Freeland, en donde lord *Ruthven* me acogió con la amable cordialidad escocesa. Lady *Ruthven*, llena de talento, de benevolencia y de saber, ha viajado mucho, visto mucho y mucho retenido. Ha habitado largo tiempo la Grecia, en donde su marido ocupaba un alto empleo, y su conversacion está llena de encanto. Yo volví á hallar en su casa á lord y lady *Kinnaird*. Sir Arturo *Kinnaird*, su amable hermano, les habia acompañado allí, y fue para mí una verdadera dicha el formar relaciones con esta amable familia. Lord *Kinnaird* se marchaba el dia siguiente para su tierra de *Rossie-Priory*, si-

tuada á orillas del Tay en el *Carse de Gowrie*: me convidó á ir con él, y yo acepté muy gustoso.

Lady *Ruthven* me hizo hacer interesantes paseos en las cercanías de su graciosa morada. *Dupplin-Castle*, que pertenece al conde de Kinnoul, excitó vivamente mi atención. Edificada al gusto del tiempo de Isabel, ofrece una mezcla de arquitecturas diversas. En ella se halla el estilo árabe, el turco y el egipcio; pero el gótico es el que domina: la reunion de todos es majestuosa (1),

Doscientas ó trescientas liebres se paseaban como pacíficas ovejas en el parque de aquel hermoso castillo: yo visité sus invernáculos, y en ellos abundaban las uvas, albaricoques, melocotones y cerezas. A propósito de esto haré una observacion singular, y es que nunca he comido en mayor abundancia frutas sabrosas que lejos de los climas calientes y en los países en donde generalmente no se cree que las haya (2).

La castellana de Freeland quiso hacerme recorrer los principales establecimientos de Perth. Citaré entre ellos la cárcel, como la cual habrá sin duda muy pocas: en ella no se ven grillos que sujeten, ni odiosos suplicios, ni torreonos mal sanos y fúnebres. Por todas partes luz y aire: cautividad pero con alivios, castigos pero con piedad. Se da trabajo á los presos en sus celdas y segun sus diversas capacidades; se pasean por las mañanas al rededor de las murallas interiores de la prision, y tienen oraciones por la noche bajo las galerías de sus cuartos; es decir que están bajo la vara de la justicia, y vigilados por la misericordia,

(1) La reina almorzó allí cuando su viáje á Escocia, y fue á comer á *Scone*.

(2) En las cercanías del castillo de Freeland hay un torrente llamado *Invernay*, al cual voy á consagrar un recuerdo. Tiene 800 pies de profundidad en una estrecha garganta, y baja de una roca á pico erizada de puntas extrañas. En el fondo hay ruidosas cascadas, de donde apenas se ve el cielo. Se me contó una leyenda, y la escribiré algun dia: *La roca de Bag Piper*. *Invernay* hace parte de las propiedades de Mr. Belchess.

cuidando del cuerpo y del alma (1).

Lady Ruthven me condujo á una escuela gratuita, de la cual era una de las patronas y bienechoras: ví una porcion de niños de dos á seis años cuyos estudios se hacian del modo mas extraño y alegre; su enseñanza consistia en juegos perpetuos, y todo lo aprendian como por fiesta; de suerte que contestaban á todas las preguntas que se les hacian sobre la historia, geografía, aritmética ó mitología, riendo, cantando y bailando y sin que en esto se mezclase desorden alguno. La instruccion salia de las alegrías, y el trabajo era un placer.

Acababa de atravesar el Tay, é iba á *Rossie-Priory*. Delante de mí tenia el *Carse de Gowrie*, que es el mas hermoso de los valles; y á mí paso, á *Kinfauns*, residencia de lord Gray. A este castillo habia llevado Whiteboy á *Donald Ruthven* el fatal billete de Berta: Lord Gray me habia convidado á detenerme un instante en su casa, y fuí en efecto á ver otra morada soberbia con torres y que lo menos costó últimamente un millon y medio de reparacion. Entre otras cosas ví las estatuas de Wallace y de Bruce. Aquellos castillos escoceses con sus parques, su museos, sus estatuas y sus cuadros, son mirados con pena por el extranjero de Francia ó de Alemania que recuerda sus posesiones; pues compara en el fondo de su alma, y su pensamiento sale de allí entristecido.

No era sin embargo tristeza lo que yo sentí al llegar á *Rossie-Priory*. Esperaba dias dichosos. ¡Porqué fueron tan cortos!...

Rossie-Priory es ciertamente uno de los castillos mas hermosos de la Escocia; está admirablemente situado en las márgenes del Tay, domina ricas campiñas, rodéanlo bosques, torrentes y montañas, es de estilo gótico con ventanas ojivas y vidrios de colores, galerías y torres almena-

(1) Esta casa penitenciaria tiene 350 presos, y deberá tener una gran extension.

das, pórticos y escalinatas feudales, y en su arquitectura grandiosa se halla el gusto de la edad media y resplandece con todas sus magnificencias (1).

— ¡Y qué diré de lo interior de este castillo, ó por mejor decir de este palacio!... La Italia ha enviado allí sus obras maestras en mármol y pintura. El gusto francés á presidido en su mueblaje y sus colgaduras; pero ¡se mira todo esto cuando se presenta la castellana! No me atreveré á pintarla, pues mis páginas llegarán á ella un día y herirían su modestia; mi pluma intimidada se detiene....

No me atrevo á pintarla, porque algun día leerá este libro, y mis palabras ofenderían tal vez su modestia: mi pluma tímida se detiene; pero me queda el consuelo de que teniendo aun que escribir mas, sin duda alguna, cuando tenga que delinear en alguna de mis futuras páginas, alguna figura angélica ó algun modelo de hermosura, de gracia y de elegancia, no tendré mas que evocar de mis recuerdos su imágen, y sea cual fuere el nombre que yo escriba, yo sabré que es la suya, y en los Tres Reinos lo repetirán conmigo cuantos hayan visto el original.

En un extremo del hermoso parque de Rossie-Priory hay un peñasco aislado que llaman *la roca del Halcon*, al cual va anexa una crónica (2).

En tiempo de Kenneith III y por los años de 980, invadie-

(1) El interior de esta morada de príncipes tiene una galería de 200 pies de largo, donde se hallan objetos del mayor precio y en abundancia. Vi un busto de *Napoleon* por *Canova*. Entre sus cuadros se halla el retrato de la mujer de *Van Dick*, pintado por este, la cual se llamaba *María Ruthven* y era de la gran familia de este nombre. Lord *Kinnaird* tiene en sus aposentos un lecho del rey *Jacobo I*, obra maestra de escultura de la edad media; sus columnas de encina y ébano estan trabajadas maravillosamente, y el respaldar de relieves tiene flores, pájaros, estátuas y ángeles, y se halla colocado en una tarima con tres gradas. Sobre el fondo de este lecho está esta divisa hecha con preciosos embutidos: *Teme á Dios y obedece al rey, y ve aquí el camino del cielo*. Su fecha creo es del año de 1619.

(2) Al lado hay una cruz, y antes habia un lugarejo del cual se ven aun las ruinas de la iglesia.

ron los daneses la Escocia, y dióse una batalla memorable en Luncarty en el Perthshire. Los naturales, despues de un encarnizado combate huian desordenados, cuando al llegar á una angostura del campo hallaron á un labriego que cava-
ba en compañía de dos hijos suyos. Era el campesino intré-
pido y vigoroso aunque viejo, y deteniendo á los fugiti-
vos, increpó su cobardía, y poniéndose á su frente con sus
dos hijos, los llevó otra vez al campo de batalla. Esta accion
mudó la suerte, y la victoria fue de los escoceses que der-
rotaron á sus enemigos.

El rey Kenneith envió á buscar al valiente labrador así
que fue terminado el combate, y le hallaron tendido en el
suelo, lleno de sangre y sin aliento, pues solo salia de su
boca el grito lastimero y doliente de ¡ay! ¡ay!

Presentado al rey, le dijo su majestad: — De hoy en ade-
lante tú y tus descendientes llevareis el apellido de *Hay*, y
doyte para tí y los tuyos tantas tierras como pueda atrave-
sar un halcon de un solo vuelo y sin pararse. ¡Ea, suelten
el mio! — Echó á volar el halcon de caza del rey y atrave-
só cerca de seis millas en el *carse* de Gowrie, yendo á parar
en el peñasco de Rossie Priory. Este es el origen de los *Hay*,
condes de Errol, cuya familia conserva aun el escudo de
armas que le dió Kenneith III. Fórmanlo tres broqueles que
significan que el padre y sus dos hijos fueron las tres égidas
de Escocia: sobre las armas hay un halcon y á los lados dos
labradores armados con sus correspondientes rejas de ara-
do; la divisa es esta: *Serva jugum*.

Cuando yo estuve en Escocia agitábanse grandes discusio-
nes religiosas; y la iglesia presa de vivos altercados se ha-
bia dividido en dos fracciones. Los ministros protestantes,
elegidos, como de costumbre, por los principales propieta-
rios de cada comarca, ordenados ya por sus jefes, iban á
dirigir las parroquias que se les habian confiado, sin que
el pueblo hubiese entendido de modo alguno en su organi-
zacion. Al parecer esto no era regular, y hasta se asegura
que en sus principios las elecciones se sometian al pueblo, y

era indispensable una aprobacion general para ser elegido un sacerdote. Como quiera que sea, lo cierto es, que por algunas escandalosas promociones se reclamó recientemente con mucha energía, y parte del clero escocés se ha puesto al frente de un *pronunciamiento* de reformas. Preténdese que el pueblo elija sus pastores, y que no puede hacerse nada á ello referente sin su participacion. De esto se han originado grandes querellas; y el gobierno, viendo pueblos enteros, muchos propietarios y la mayoría de los sacerdotes pronunciarse en favor de los disidentes, ha propuesto como término medio, no el derecho de eleccion, sino la facultad de desechar los pastores propuestos, motivando siempre razones. De aquí nuevos gritos y mas grandes oposiciones. El pueblo exasperado, no ha querido ya la iglesia existente y ha declarado que no se presentará al templo cuando no predique un sacerdote de su eleccion; y luego se han edificado á sus expensas nuevas iglesias en todas partes, se han abandonado las antiguas, y el *pronunciamiento* ha triunfado á pesar de todos los contrarios esfuerzos.

Por lo dicho puede conocerse que no se trata de dogma, sino de estatutos; y que la *nueva iglesia* no ataca el fondo de la religion cuando mina sus reglamentos. Sin embargo, el desórden de los espíritus ha llegado á su colmo, pues se han cometido atentados como en las revoluciones. Cualquiera diria que el bien del cristianismo y la regeneracion del país dependen de la nueva reforma. El *pronunciamiento* sigue, Dios sabe dó parará.

Ahora hagamos justicia á la Escocia. Es imposible que haya en el mundo un país mas fiel á sus creencias religiosas: allí son desconocidas monstruosidades las burlas del impío y las dudas del incrédulo, y se conservan con un santo respeto las tradiciones de la fe: el *benedícite*, las gracias y las oraciones de otros tiempos no se han desterrado por los nuevos usos. Los domingos por la noche todos los amos de casa, rodeados de su familia y sus criados se arrodillan, rezan y leen en alta voz salmos y otros pasajes de

la Biblia. La igualdad ante Dios se muestra allí en toda su primitiva sencillez. Allí no hay señores ni criados, todos son hermanos é hijos de Dios (1).

Estando una mañana en casa de lord Kinnaird, determinamos ir á *Dunsimane*, en donde estuvo el castillo de Macbeth: como no estaba mas que á algunas millas de Rossie-Priory, llegamos en breve tiempo; los coches se pararon al pie de la montaña, la cual subimos á pie. Yo me habia puesto un plaid escocés y habria querido persuadirme que el *thane de Glamis y de Cawdor* me iba á salir al encuentro y en cada concavidad de las rocas me parecia ver á las *tres brujas* (2). Hubiera querido oír las terribles palabras de maldicion que debian estremecer al usurpador: *Seras rey!*... pero la montaña permanecia silenciosa y desierta. El castillo de Macbeth no resonaba ya con el sonido de los clarines, ni se ocultaban en él los remordimientos del regicidio, ni vagaba ya por sus fúnebres corredores el somnábulo de la sangrienta espada: ya no quedan mas que algunas piedras, pues ni escombros se hallan, ni se ven fantasmas.

Desde la cumbre de Dunsimane se ve hácia el norte el hermoso valle de *Strathmore*, y al oeste Dunkeld y el famoso bosque de Birnam. Al señor de Glamis se le habia anunciado una profecía terrible cuando le dijeron: *Si los bosques de Birnam se avanzan hácia Dunsimane, Macbeth vencido perderá la vida*. El dia en que se debia dar la batalla decisiva, levantóse Macbeth con mucha esperanza y valor. Su enemigo Macduff le pareció poco temible; presentia que Sigward jefe de las tropas inglesas moriria en el combate (3), y así corria de roca en roca... ¡Pero ó terror!

(1) Lo mismo sucede en Irlanda é Inglaterra. Es de observar que en las islas británicas la aristocracia ha conservado sus prestigios, y se tiene un gran respeto á las familias en que ha habido nombres ilustres y famosos en la historia.

(2) En la tragedia de Shakespeare, titulada *Macbeth* figuran tres hechiceros.

(3) Todavía se ve el lugar donde murió, señalado con una piedra por recuerdo.

Por el lado de Dunkel se mueve el bosque de Birnam y adelanta hácia Macbeth, que palidece abandonado de su valor, y traba la lucha desalentado para morir á manos de Macduff que le derriba al suelo y acaba con su vida. El prodigio se aclarará mas tarde: los enemigos habian cortado el bosque de Birnam y levantando las ramas de sus árboles hacian parecer que caminaba el bosque.

Dundea dista poco de Rossie-Priory, y fuí á verla en una calesa y en compañía de lord Kinnaird y su esposa. Dundea fue la primera ciudad de Escocia que abjuró el catolicismo, y por esto fue llamada la segunda Ginebra. Es muy antigua, está muy bien construida á una legua del mar, contiene sesenta y dos mil almas y en su puerto hay *docks* muy buenos. Habia yo seguido el rio Tay desde el lago Taymouth, en donde nace, y como habia entrado en Escocia por Glasgow, resulta que atravesé el reino de una á otra parte. En el museo de Dundea vi la cuna de María Stuart que es de encina, negra sin adornos ni esculturas, y parece un ataúd. Pregunté en donde estaban los huesos del rey Alpino, y me los enseñaron dentro de un globo de cristal (1).

Volvímonos á Rossie-Priory, en donde ya no debia estar sino muy poco tiempo, y estuvimos en *Castle-hill* á orillas del torrente de *Glenballedgarro*, en donde vivia en otro tiempo una reina de Escocia, llamada *Emergarda*, célebre por sus crueldades. El torrente y los escombros del castillo, están ahora dentro del parque de Rossie-Priory. No lejos de allí ha construido lord Kinnaird una hermosa aldea, en donde todo respira alegría, placer y ventura. En cada casa hay su patio y su jardin, de suerte que parece un cortijo de teatro. Allí no reina ya la feroz Emergarda, sino lord Kin-

(1) Delante de Dundea parece el Tay un inmenso lago, y desagua en el mar á poca distancia y entran en él grandes buques. A 24 millas de Dundea está Bellrock, famoso arrecife que solo se ve en la marea baja. Un sacerdote de la abadía de Aberbrothock puso una campana, que agitada por las olas advertia los riesgos que allí habia, á los buques que pasaban por allí cerca.

naird que es el padre y bienhechor de aquella feliz *Tesalia*.

Todas las noches habia música en los salones de *Rossie-Priory* y resonaba hermosa y vibrante la sonora voz de *lady Kinnaird*. Llamóme la atención una canción escocesa sacada de una historia sucedida en el país, de la cual se han hecho un gran número de poemitos escoceses. Según las crónicas es la siguiente.

Bessy-Bell y María Gray.

—

Bessy-Bell era hija del *laird* de *Kinnaird* y *María Gray* de *lord Lynedoch*, hermosas las dos y muy queridas una de otra desde la infancia: afecto tal, que fue siempre en aumento con la edad hasta el punto de no poder vivir separadas. Habiéndolas privado la muerte de sus padres, determinadas las dos huérfanas á no separarse jamás, se mandaron edificar una granja en las cercanías de *Lynedoch-housse* en el *Perth-Shire*, en donde vivian felices en la soledad y el retiro. *Burnbraes* era su *Eden*.

Apoderóse de ellas inopinadamente una tristeza insólita, y dejaron de hablarse con la franqueza é ingenuidad acostumbradas, como si tuviesen un secreto que no se atreviesen á confiarse. ¡La ternura era aun igual entra ellas; pero ya no la confianza!

¿De qué procedia aquel cambio? Un dia al saltar un foso cayó de caballo junto á *Burnbraes* un jóven cazador llamado *John Duglass*, que levantándose herido y sin poder andar y hallándose lejos de la carretera, pidió asilo en la granja, donde *Bessy-Bell* y *María Gray* le acogieron con el mayor interés.

Duglass era amable y hermoso....

Habíanse pasado algunos meses despues de este acontecimiento, y el jóven cazador no iba ya á Burnbraes; aunque las dos amigas le habian vuelto á ver unas veces en el campo, otras en la ciudad; porque Bessy y María no vivian ya tan retiradas como antes. No por esto habia disminuido su alegría; pero las diversiones se las habian hecho de golpe necesarias. El tiempo muda los caracteres, decian; pero en lugar de achacar la mudanza al tiempo debian haberla atribuido al amor.

Declaróse en Escocia la peste de 1666, y el Perth-Shire fue contagiado. ¡Adios placeres y fiestas! Ya no se hablaban mas que de enfermedades y muertos, y en medio de la general consternacion todos huyen y se apartan de sus semejantes.

Protegidas por la Providencia, no han sufrido aun el contagio las huérfanas de Burnbraes; pero en sus fisonomías descúbrese de continuo un agudo sufrimiento; abrázanse á veces llorando y dícense la una á la otra:

— Yo quisiera morir.

— Yo tambien.

— ¡Ah María, ya no nos amamos como en otro tiempo!

— ¿Eso te parece, Bessy?

Y volvian á llorar mas y mas sin preguntarse porqué.

— ¡María! díjole una mañana Bessy-Bell á su compañera: yo sufro horribilmente y quiero irme á Kinnaird algunos dias á pasarlos en el *carse* de *Gowrie*: temo estar contagiada y no quiero trasmitirte á tí el contagio.

— Ya entiendo: quieres marcharte sin que yo te acompañe. ¿Pero crees que si tú mueres podré yo sobrevivirte?

— Ya lo he pensado, María.

— ¿Y qué te parece?

— No sé.... porque el cerebro se me trastorna.

— Mira, Bessy, añadió María melancólicamente; hace algun tiempo que ha habido algo de extraordinario en nosotras que ha turbado la paz de nuestros corazones. ¿Será la peste por acaso?

— No, respondió Bessy, pasándose la mano por la frente casi sin advertirlo, la epidemia no tiene nada que ver con nuestra mudanza: otro debe ser el motivo.

— Lo mismo me parece á mí, Bessy-Bell; ¿pero *cuál es ese otro motivo?*

— Ahí está la dificultad. ¿Á tí qué te parece?

— Me sucede lo mismo que á tí, porque tambien se me trastorna el entendimiento.

— María, contestó Bessy Bell gravemente. Yo he pensado muy escrupulosamente, y veo que las dos vamos erradas: nuestra amistad no ha sufrido alteracion, aun nos amamos como antes.... solo qué.... creo.... me parece.

— ¡Acaba!... ¿qué te parece?

— Que la vida tiene mas de un móvil; que muchos sentimientos ó intereses pueden unirse sin dañarse; que todo está en saberlos comprender y dirigir... que hablando, hablando, se entienden las cosas, y que por fin... ¿no es verdad, María?

— Sí verdad es, Bessy; pero yo no te entiendo.

— Ya lo pensaré mas maduramente, y con este objeto me voy. Mira, querida María, tengo formado un plan y volveré á consultártelo. Si no muero, amiga mia, con ¡cuánto placer nos volveremos á ver, para amarnos mas que nunca!

— El plan será tan hermoso como quieras, pero yo no sé porque, ni entiendo como; pero recelo....

— Haces mal, María, ya verás.... pero antes de salir de Burnbraes tengo que pedirte un favor. Prométeme que suceda lo que sucediere, nunca menguará nuestra amistad.

— ¿Te lo juro, y tú?

— Yo tambien.

— Bessy-Bell marchó el dia siguiente, y María la vió, partió con la mayor angustia en el corazon, y luego sola y abandonada en su aposento entregóse al secreto pensamiento que tiempo habia la acosaba: ¡Ay! se dijo á sí mismo, *él* quizás ha muerto ya.

John Duglass habia caido enfermo de la peste, y las dos

amigas lo sabian, aunque ignoraban que estuviese en su casa de Perth.

— ¡Oh! continuó la pobre María, sin mi afecto por Bessy Bell ya habria ido á donde *él* está para socorrerle. Lo único que me detuvo fué el miedo de volver con la peste y matar á mi pobre amiga, que yo prefiero á todos, menos á Duglass acaso.

La sencilla jóven, diciendo estas palabras, se echaba sobre los hombres el plaid escocés, se cubria la cabeza con un velo y salia precipitadamente de su casa; pero parándose de repente se preguntó á sí misma.

— ¿A dónde voy?

Luego, prosiguiendo su camino, añadió:

— Voy á ver si aun vive.

Llegó á Perth, y llamó muy poco á poco á la puerta de la casa de Duglass, el cual estaba moribundo en su lecho. María llevaba el rostro tapado, y pienso que en su estado de calentura el enfermo no la conoceria, ni nadie sabia el paso que daba. La epidemia destruia toda etiqueta, porque nadie piensa en ella en medio de las calamidades públicas. María Gray queria saber por sí misma el estado del moribundo, para verlo una vez á lo menos ya que no pueda salvarlo, decirle adios por vez postrera y en voz baja y orar al pie de su cama.

Abrese la puerta ante ella, y entra en un aposento obscuro cuyas ventanas se habian cerrado con intencion de que una luz sobrado viva no cansase la fatigada vista del enfermo y se adelanta ligeramente. Duglass dormia en aquel momento, y en su cabecera veíase la blanca figura de una mujer. Se acerca, y lanza un grito al reconocer en ella á su amiga Bessy-Bell.

María se quedó confusa, y cara á cara las dos amigas junto al jóven Duglass, se miraban sin hablarse. ¡Cuántos pensamientos agitarian su imaginacion! Pálidas, inmóviles y frias, parecian dos estatuas fúnebres sobre un sepulcro. María fué la primera que rompió el silencio y dijo:

— ¡Como! Bessy, ¿le amabas tú?

— Sí, María, con toda mi alma. ¿Y tú también, no es verdad?

— Ya lo ves, puesto que estoy aquí.

— ¿Porqué me ocultaste tu amor?

— Y tú ¿porqué no me confesaste el tuyo?

— María, no era necesario. Convengamos en que á pesar de nuestros esfuerzos por comprendernos nos comprendíamos perfectamente. Éramos rivales, lo sabíamos y pretendíamos ocultárnoslo; ¿pero hacíamos mal en esto? No; porque esto probaba que mirábamos al amor como á un intruso que no debíamos admitir en el santuario de la amistad. ¿Te acuerdas de nuestras promesas? ¡Oh! yo cumplí con la mia, buena amiga.

— Yo también.... hasta la muerte.

— ¡Oh! no hablemos de muerte.

— ¿Porqué? ¿No la tenemos á la vista? Mira.

— En efecto el rostro inanimado del moribundo parecia no pertenecer ya á la vida. Sus párpados estaban cerrados; y sin embargo su frente viril y sus facciones eran bellas.

— ¡Que lástima! dijo Bessy-Bell. Morir tan jóven y tan hermoso.

— Tú eras sin duda lo que él amaba, dijo María, con voz trémula, á lo menos la que él amaba mas.

— ¡Yo! replicó vivamente Bessy-Bell, te iba ha hacer la misma pregunta.

— ¿De veras? Pues entonces no nos descubramos nada: vaya el secreto á la tumba del hombre á quien hemos amado.

— ¿Pero y si convalece?

— El mismo elegirá.

— Y sea quien fuere la escogida, continuaremos amándonos del mismo modo.

— Por mi parte te lo aseguro.

— Yo también, María.

— Entonces ya me parece que soy menos desgraciada, dijo María, exhalando un profundo suspiro. ¡Adios! te dejo

con él, mañana me cederás tu lugar, pues quiero que alter-nemos.

— Sea.

— María volvió á Burnbraes, y el dia siguiente esperábala Bessy-Bell en la cabecera del lecho de su amante que habia recobrado algunas fuerzas. Sus ojos se fijaban en la hija del laird de Kinnaird con una expresion de amor y reconocimiento y ella pensaba y se decia interiormente: *Me ama.*

Entreabrió el enfermo los labios, y murmuró estas palabras.

— Estoy salvado. ¿Como he de morir teniendo á mi lado dos ángeles que me guardan.

— ¡Dios! respondió Bessy-Bell atónita.

— Ayer, replicó Duglass, mis ojos no podian ver, pero mi alma oia y sentí que María Gray estaba junto á mí.

— ¿Amais á María? preguntó la jóven con acento triste y suave.

— ¿Quién no la amaria? respondió Duglass, y cogiendo la mano de Bessy-Bell con expansiva ternura, prosiguió:

— ¡Como late mi corazon! vos le volveis la vida y renace por vos y para vos.

— María Gray vendrá luego, replicó Bessy en voz baja.

— ¡Que venga, exclamó el enfermo, que venga! Ya la espero.

Su acento era apasionado y la hija del laird de Kinnaird estuvo un momento sin palabra. Sumida en una profunda meditacion y con la mano sobre la frente, parecia ocultar sus lágrimas.

Levántose de golpe con un movimiento de terror, y exclamó.

— ¡Ya es mediodía, y María no llega!... ¡Dios mio! que le habrá sucedido!

Esto diciendo salióse del cuarto: apenas dijo adios á su amado; porque la perseguia un horrible presentimiento, y dominada por él, dirigióse á la granja de Burnbraes, en donde entró llamando á María. Esta habia respirado un aire

mortal en el aposento de Duglass, y estaba herida de muerte.

— ¡Bessy-Bell! no te me acerques, dice la pobre víctima tendida en su lecho mortal, te contagiarias... Vuélvete á él, porque yo voy á morir, y yo no ocuparé nunca tu lugar.

— Sí, María, sí... tú lo ocuparás; porque yo te lo cederé siempre.... para su dicha, para tu ventura, para nuestra felicidad, y lo tendrás siempre porque él te ama.

— ¿Te lo ha dicho él?

— He creído comprenderlo.

— ¿No debíamos no preguntar?

— Verdad es, he hecho mal; pero no importa, puesto que te ama y será tu marido.

— Te engañas... á mí me parece lo contrario.

María murió aquella noche.

Al cabo de una semana Duglass estaba completamente sano; pero cuidadoso de no haber vuelto á ver ni á Bessy-Bell ni á María Gray, desde que las dos se habian encontrado en su casa, aprovechó el primer momento que le permitieron sus fuerzas, y voló á la granja de Burnbraes.

Las dos amigas habian muerto queriendo no separarse ni aun en la tumba. ¿A cuál lloraria mas el contristado Duglass? Difícil, si no imposible, hubiera sido decirlo porque fueron sepultadas las dos en un mismo sepulcro (1).

(1) La tumba de las dos amigas se halla en *Dronach-haug*, orillas del rio de Almond.

XII.

Llegó el día cruel de la separacion y confieso que salí de Rossie-Priory con verdadero dolor. En el otoño de la vida, cuando el hombre se separa de sus amigos, ¿sabe por ventura cuando los volverá á ver? En los días de la juventud, de nada se duda y en todo se confía, porque se espera con seguridad volver hallar lo que una vez se deja, porque la carrera es larga; pero al declinar la existencia y las fuerzas, ya no se cree en el porvenir. La tierra pierde sus encantos á medida que se abren sepulcros, por lo que se pierde y se llora: las ilusiones huyen con la esperanza, hállase lo que no se busca y lo que se busca no se encuentra.

Fuí ayer al norte de Escocia y tomé la mala posta en Perth, teniendo por compañero de viaje á un Mac Gregor de la familia de Rob-Roy. Comenzamos la conversacion de esta manera.

— Sir John, hace pocos días que tuve el honor de ver en Dundea á uno de vuestros mas ilustres abuelos.

— ¿Cuál? me preguntó con admiracion.

— El rey Alpino.

— ¿En pintura?

— No, en persona.

Habria querido añadir en carne y huesos; pero habria mentido por mitad: por lo mismo pasé en silencio la carne y no quise hablar mas que de los huesos.

Entre Perth y Dunkeld ví de lejos la famosa granja en donde vivieron y murieron Bessy Bell y María Gray ; que está cerca del parque Lynedoch , cuyo lord la cuida mucho. De Dunkeld á Blair se halla el hermoso valle de Athold , en cuyo extremo está el famoso paso de Killiecranckie , desfiladero memorable, en donde pensaba sentir vivas impresiones : no sé si podré describirlas. Allí fue donde el ilustre Claverhouse , vizconde de Dundee , llamado por los montañeses el negro Juan de las batallas (*Ian dunan Cath*) alcanzó la célebre victoria de Killiecranckie (1). A la vista de aquellas rocas escarpadas , amenazadoras gargantas y tenebrosas simas , sentí un misterioso espanto. Cuando las tropas hessas , aliadas del ejército inglés , llegaron allí para combatir con Carlos Eduardo , detuviéronse espantadas, no queriendo pasar por aquella especie de entrada de los abismos , como si la sombra de Claverhouse hubiese aparecido para infundirles un supersticioso terror , y retrocedieron. Allí murió en medio de sus triunfos el fiel vasallo de Jacobo II. Y dióle una bala cuando levantaba al cielo las manos gritando victoria. Enseñáronme el sitio donde murió aquel héroe de la fidelidad monárquica , sitio designado por una piedra. ¡ Triste tierra es aquella en que para hallar glorias se han de contemplar sepulcros ! (2).

No puede haber lugar mas selvático que los Highlands , entre Blair é Inverness , cielo y rocas y nada mas ; sin ver en parte alguna ni árboles, ni césped, ni tierra siquiera. Allí se presentan sin embargo los recuerdos de Carlos Eduardo , y nada poetiza tanto como los recuerdos. Mi imaginacion

(1) Claverhouse, parcial de Jacobo II, y cuyo valor y fidelidad no fueron nunca desmentidos, tomó las armas contra Guillermo. Sus hazañas fueron maravillosas: sublevó toda la Escocia, y si no hubiese muerto en medio de sus triunfos, Jacobo hubiera recobrado su trono.

(2) El vizconde de Dundee, famoso en Escocia, fue celebrado en un gran número de baladas nacionales. Pitcairn en un epitafio le llama *Ultimus scotorum*: el último de los escoceses. Dryden tradujo este epitafio en inglés.

se transportaba al tiempo en que pasó por allí el leon de los Estuardos cubierto con los laureles de Preston y de Falkirk; su bandera blanca con una cruz llevaba entonces esta divisa: *Tandem triumphans* (por fin triunfante): la rosa blanca era su palma, sus fieles clans le rodeaban, recordando el momento cruel en que despues de la publicacion del acta del parlamento que ordenaba el desarme general de lo higlanders, ellos y sus padres fueron á ocultar sus armas en las cuevas de las montañas, esperando el dia de la venganza. El príncipe caminaba á su frente, y bajo sus banderas militaban el duque de Perth, los lores Elcho y Kirmarnock, los Lochiel, los Macdonald, los Mac-Innon, los Mac-Gregor, los Mac-Lachlan, los Macpherson, y todas las glorias de la Escocia. Cerca del príncipe iba la Clorinda del ejército jacobita, la hermosa Jenny Cameron, con un vestido de amazona verde, bordado de escarlata y con adornos de oro; sus cabellos caian rizados sobre sus hombros, cubria su cabeza una toca de terciopelo azul con un pluma encarnada; montaba un caballo bayo con gualdrapa verde y franjas de oro, espada en mano como jefe de su clan:

— ¡Cantad, les decia á sus valientes: cantad *el Sueño de la Claymora!* la Claymora ha despertado.

Acompañados con el *bag-pipe*, alegres y altivos, los montañeses entonaron el himno jacobita (4).

(4) Miss Jenny Cameron, de Glen-Dessery, ultrajada por los historiadores whigs, ha sido celebrada en mas de una balada. — Presento mi clan á vuestra alteza, le dijo ella á Carlos Estuardo al ofrecerle 250 camerones; y aunque mandados por una mujer, mis montañeses no son por esto afeminados. Una causa tan gloriosa ha hecho nacer en mí pensamientos viriles que me hacen olvidar que soy mujer; mi gente y yo os consagramos nuestro corazon y nuestros brazos (*Historia de Carlos Estuardo*, por Amadeo Pichot. T. 2, p. 62).

*Then was our maiden young
First aye in battle strong
Fired at her prince's wrong, etc.*

Entonces fue cuando nuestra jóven vírgen, la primera siempre en la pelea.... etc. (*La montaña de Lochiel: traduccion del Gaélico*).

El sueño de la Claymora (1).

—

Duerme entre las rocas , duerme ,
 Duerme mi buena Claymora ,
 Y espera que te despierte
 El son de terrible trompa ,
 De la libertad se acerca
 La resplandeciente aurora ,
 Y saldrá el leon Estuardo
 Del sueño que duerme ahora ;
 Y un nuevo Wallace acaso
 Tendrá que admirar la Escocia :
 ¡ Vendrá el instante anhelado !
 Duerme hasta entonces , Claymora .

Duerme cerca del torrente ,
 Arma mia muy preciosa ,
 Que nunca vendrá el tirano :
 Y cuando resuene el hora
 De Kilsith y Killicranckie ,
 Se armarán las nobles tropas
 Para herir con tu cuchilla
 Aguda y deslumbradora
 A los verdugos de Cárlos
 Y de María la hermosa :
 ¡ Vendrá el instante anhelado !
 Duerme hasta entonces , Claymora .

Duerme entre brezos y zarzas
 Como proscrita , Claymora ,
 Que un opresor te persigue
 Con su venganza ominosa ,
 Y siempre fiel permanece

(1) La casa de Hannover obtuvo en el parlamento una autorizacion para desarmar á los highlanders despues de las sublevaciones de 1745 y 1749. Pero los clans ocultaron sus armas y el *Sueño de la Claymora* se hizo uno de sus cantos nacionales.

A tu bandera gloriosa.
 Un *Montrose* y un *Dundea*
 Con su mano triunfadora
 Nos abrirán el camino
 De un campo de nuevas glorias:
 ¡Ya vendrá quien nos liberte!
 Duerme hasta entonces, *Claymora* (1).

Viajaba yo con una rapidez extrema y llegué por último á *Inverness*, capital de los *Higlands*, admirablemente situada á orillas del *Ness* y á cuatro pasos del mar en una deliciosa playa. Al sudeste de la ciudad existe el antiguo castillo en donde se supone que *Duncan* fue asesinado por *Macbeth*. Desde la Audiencia, que está en una altura en uno de los extremos de la ciudad, se descubren puntos de vista admirables (2): por un lado el mar y sus bajeles; por otro el gran canal caledonio, que atraviesa la Escocia, reúne los dos mares, y ostenta muchos buques; á lo lejos se ven montañas, pueblos y castillos, pocos paisajes hay tan hermosos (3).

Á cinco millas de *Inverness* se halla la famosa llanura de *Culloden*. Tuvo la bondad de acompañarme un distinguido escritor de aquella ciudad, y fuimos en uno de aquellos co-

(1) Son tan pocos los rasgos de afecto monárquico que deben reproducirse siempre. *Montrose*, á quien se acaba de citar en estos versos, despues de mil prodigios de valor, fue cogido por sus enemigos y condenado á la horca y á ser descuartizado para colgar sus miembros en cuatro puertas de grandes ciudades. Leyósele la sentencia, y respondió: — No siento que colgeis mis brazos y piernas de cuatro ciudades del reino, lo que siento es no tener bastantes miembros para que dispersos por todas las ciudades de la cristiandad, pudiesen servir á la misma causa por la cual muero.

Wallace, héroe de la Escocia, fue sentenciado en Londres, ahorcado, mutilado y quemado. Su martirio produjo efecto, pues seis meses despues la Escocia era libre.

(2) La audiencia parece recién construida, y tiene cuatro torres almenadas. *Inverness* cuenta de 45 á 46.000 almas.

(3) Me apeé en la fonda principal de *Inverness*, en cuyo comedor ví la estatua de *Napoleon* delante de *Wellington*. ¡Vaya una idea!

checitos que tienen por nombre *gig*, con los cuales se pasa por todas partes, trepando rocas, vadeando torrentes y salvando precipicios. Salimos á la mañanita: el cielo, obscuro y frio, estaba en armonía con los lugares que íbamos á visitar, y luego vimos los vastos campos de Culloden cuyo aspecto estrecha el corazon. ¿Cómo pudo dar la batalla en aquel sitio el príncipe Carlos Eduardo? Culloden, poco apartado del mar, es un llano pedregoso con barrancas y pantanos y rodeado de altas montañas. El duque de Cumberland, hijo del rey de Inglaterra Jorge II, general derrotado en Fontenoi, llegaba contra Carlos Eduardo con caballería: el lugar le era favorable. Carlos Eduardo, cuyos animosos highlanders preferian la guerra de las montañas á la de los llanos no tenia ni escuadrones ni artilleria: el lugar le era funesto (1).

El mariscal Macdonald, que visitó pocos años hace el lugar donde combatió su abuelo, no podia hacerse cargo de como el heredero de los reyes de Escocia aceptó la batalla en aquel campo. Verdad es que se congregaron circunstancias deplorables; y tal vez habria aun vencido, á pesar de todas las desventajas, sin las traiciones y vilezas que se vieron en aquella jornada. Veamos como lo cuentan en Inverness.

Por abril de 1746, el ejército inglés habia pasado el Spey con direccion á Inverness, que le convenia mucho tener, por ser está capital de los Highlands la llave del norte de Escocia. El dia antes de la batalla, celebrábase por la tarde en Nairn la fiesta del duque de Cumberland con mucho regocijo. Carlos levantó su campo para sorprender al enemigo en medio de su júbilo y partió protegido por la noche; pero el hijo de Jorge II tenia en sus filas el clan escocés de los Campbell, mandado por el duque de Argyle (2); y algu-

(1) Carlos Eduardo no llevaba mas que 6.000 hombres, y su enemigo 40.000. El embajador de Francia se le arrodilló pidiendo que esperase refuerzos, pero Carlos no calculaba la fuerza con el número.

(2) La verdadera fuerza del gobierno inglés en los Highlands, con-

nos *highlanders* de este clan se pasaron, favorecidos por sus trages, al campo del príncipe Eduardo: estos eran los que manifestaban á sus jefes los proyectos del *pretendiente*; y cuando el heredero de los Estuardos creyó sorprender á su enemigo, corria á su misma pérdida.

Hacia ya algun tiempo que faltaban provisiones y víveres al campo escocés, habia zelos y divisiones entre muchos jefes montañeses; y Duncan Forbes de Culloden, lord presidente de las sesiones y magistrado afecto á la casa de Hannover, habia logrado con su poderoso influjo que no se reuniesen con sus hermanos de armas, los Macdonald de State y los Mac-Leod. De este modo se disminuia la fuerza de Carlos: pero sin arredrarse, se arrojó sobre los ingleses que ya esperaban su ataque: obligado á retirarse, dirigióse el príncipe á la llanura de Culloden. Bien hubiera podido retirarse á las montañas y pasar á vado el rio de Nairn, que le separaba de ellas; pero marchándose dejaba á Inverness en descubierto, y entregábala acaso al enemigo, perdiendo así sus últimos recursos de víveres. ¡Cómo hubiera mantenido su gente entre desiertos peñascos!

— ¡Amigos! decia él á sus valientes. Cumberland tendrá aquí otro Fontenoy!

Trabóse luego la pelea, seguro como estaba él del ánimo de sus montañeses; pero por desgracia se hallaban entonces cansadísimos y hambrientos. Sin embargo, á la primera señal se echaron sobre sus enemigos con una intrepidez sin ejemplo. Una mujer, lady Mac-Intosh, animaba á su clan; y los hijos de la montaña calándose la toca azul hasta los ojos, y encorvando la cabeza bajo sus escudos, corrian como las olas de un torrente irresistible. Los gritos de ataque se levantaban como un clamor sobrenatural sobre el estruendo de los arcabuces; y ya eran rechazadas las cohortes inglesas, cuando la artillería del duque de Cumber-

sistia en el numeroso clan de los Campbells, mandados por el duque de Argyle. (Amadeo Pichot, *Historia de Carlos Eduardo*, t. 1, p. 356).

land, empezó á barrer el llano. Dió cargas la caballería contra los Highlanders en medio de nubes de polvo y de humo que cubrían la atmósfera. Los clans retroceden atónitos: ¿perdieron la esperanza? ¿Huirán tal vez? No. Carlos Eduardo, decidido á morir y llorando de rabia, se mete en lo mas encarnizado del combate. — ¡Animo, grita, ánimo, aun podemos triunfar! Á esta voz poderosa y animada, los montañeses revuélvense con furor contra aquellos estampidos que turban su imaginacion sin abatir su alma, lánzanse con el impulso de la desesperacion contra los ginetes que les atropellan y los cañones que les derriban; los matan, pero no se les doma.

La victoria era aun incierta, cuando el clan de los Macdonald negóse de improviso á pasar adelante, y retirándose se alejó. Solo su jefe con espada en mano, no queriendo sobrevivir á la mengua voluntaria de los suyos, gritaba á grito herido y con la cabeza descubierta: — *¡ Los hijos de mi tribu me abandonan!* y corria buscando la muerte, hasta que la muerte le encontró. Desde entonces todo fue perdido; la desesperacion dió alas para la fuga, y el desastre fue completo (1).

Atravesé lentamente la llanura donde el heredero de los Estuardos perdió para siempre la corona de sus padres. Sentéme en una de las piedras de Culloden cerca de Inverness, del mismo modo que me senté en la torre de Wagram cerca de Viena y sobre el sepulcro de Poniatowshy junto á Leipsik. El viento soplaba tristemente en aquella árida llanura, y yo contemplaba á lo lejos el Benwayes, *el monte de las*

(1) Perecieron en el combate 2.000 montañeses, y despues de la victoria fue mayor la matanza. El duque de Cumberland, cuya barbarie mancilló su triunfo, se paseó por el campo de batalla para asistir al degüello general de todos los heridos y moribundos. Aquellos caníbales, que, segun uno de los actores de aquella jornada, *mas parecian salvages carniceros que soldados cristianos*, no contentos con acabar con los heridos y mutilar á los muertos, bañaban sus manos en olas de sangre y se salpicaban con ella unos á otros, dando descompasados gritos. El duque de Cumberland quedó con el apodo de *Carnicero*.

Tempestades, que es la montaña mas alta de aquellas comarcas. Aquel monte presenció la derrota de Culloden: despues ha cambiado todo en aquella tierra, hombres y cosas, coronas y pueblos; él solo se ha quedado lo mismo que antes (1).

Allí no se ve casa ni árbol alguno siquiera; pues aun se estan derribados y en escombros las granjas y apriscos donde el duque de Cumberland hizo quemar á sus prisioneros despues de la batalla, en medio de los tormentos mas atroces (2). El mar mugia á poca distancia: allí todo estaba triste y helado, como por duelo de la fatal jornada. Señaláronme el lugar en donde Cárlos Eduardo pudo reunir por última vez á los suyos.... Detúveme en aquel sitio, y cogí un ramito de brezo. ¡Un recuerdo entre otros tantos! (3).

El duque de Burdeos, siendo aun muy jóven, visitó aquella famosa llanura; y habiéndolo sabido algunos viejos highlanders, hijos de los antiguos combatientes, fueron á él y le rodearon con entusiasmo. Enseñáronle con lágrimas en los ojos un árbol, en derredor del cual cincuenta ó sesenta franceses defendieron valientemente á Cárlos Eduardo en las horas terribles de la derrota. El duque de Burdeos cogió tambien algunas yerbas silvestres: buscaba grandes recuerdos, y la Escocia ha conservado el suyo (4).

Allende el Nairn y cerca de Culloden hay un lugar curioso, que es un vallecito rodeado de montañas; así que se lle-

(1) Desde los campos de Culloden se descubre la ciudad de Fort-Rose á orillas del mar, y el nuevo fuerte llamado el *Fuerte Jorge*, que protege la entrada de Inverness. Al cabo de aquel llano está el castillo de Delcross, construido en 1620 por lord Lovat. Hay allí una sala comedor, de gusto gótico, que tiene en el fondo una elevacion donde estaba la mesa del jefe, y mas bajos los asientos de los demas de la familia y servidumbre.

(2) *Historia de Cárlos Eduardo*, por Amadeo Pichot, t. 2, p. 254.

(3) No lejos de allí hay una enorme piedra en donde estuvo el duque de Cumberland durante la batalla.

(4) Su alteza real tuvo de ello una prueba en su último viaje á Edimburgo, en donde fue recibido con entusiasmo.

ga á él ya se exclama : *¡Esa es la ciudad de la muerte!*

En el espacio de un cuarto de legua se ve una hilera de tumbas drúidicas, cuyo origen han buscado en vano algunos sabios anticuarios. Cada uno de aquellos túmulos tiene en derredor círculos de piedras en pie, como centinelas fúnebres : el primer círculo esta inmediato al sepulcro, y el segundo algo mas apartado (1). Aquellos túmulos son una especie de cuevas redondas y casi iguales todas, abovedadas como las de los ciclopes, sin mortero, ni cal ni cimientó, con piedras llanas colocadas horizontalmente unas sobre otras : en ellos se hallaron huesos y vasos cinerarios. Segun la tradicion perpetuada desde los tiempos de Odin, deben ser sepulcros de reyes y de príncipes ; pero ¿de qué príncipes y de qué reyes ? ¿Quién reposaba en aquellos sepulcros ? ¿De quién eran aquellos huesos y cenizas ?... ¡Misterios siempre y en todas partes.... siempre y en todas partes sepulcros !

Pasé á vado el Nairn teniendo en frente el *Dun Evan*, monte coronado por los restos vitrificados de un monumento desconocido. ¡Vitrificados ! ¿cómo y por quién ? Otro impenetrable secreto. El *Dun Daviot*, roca vecina, ofrece otras ruinas semejantes (2). Pisaba yo entonces una tierra de desolacion y de muerte que mereciera estar junto á *Culloden*.

En una altura cercana á los túmulos se ven los desmoronados paredones de una antigua capilla católica, construída, segun dicen, por el apóstol irlandés San Colombo, que es el santo de la isla de Iona y el primero que predicó en Escocia la fe cristiana. Llegado de Irlanda á *Inverness*, convirtió á un rey de los Pictos, segun dicen las crónicas.

La tradicion refiere que los niños muertos sin bautizar se salvan siendo enterrados en aquella capilla. Sobre esto es muy de notar una contradiccion del espíritu humano : los padres de familia que despues de la reforma no creen en la

(1) Estos círculos estan hechos á compás, y las piedras puestas de distancia en distancia son diez ó doce.

(2) Para un geólogo, aquel terreno lo es de maravillas.

necesidad del bautismo, envían á enterrar allí á sus hijos no bautizados. Esta capilla, llamada Clachan, destruyó los altares del druida, y á su vez los reformadores han destruido los altares del católico: ¿quién destruirá los altares del reformador?

Volvimos tarde á Inverness, y oí el toque de la queda á las ocho: la campana que sirve para este uso se salvó milagrosamente de las devastaciones que sufrió la catedral en tiempo de Cromwell, el cual, aunque piadoso protector, derribó siempre que pudo, en nombre de Dios las iglesias de los Tres Reinos.

Inverness es una ciudad antiquísima. Los romanos, después de levantar la gran muralla de Glasgow, de que he hablado en el capítulo I de este volúmen, extendieron sus conquistas hasta Fores en el condado de Elgin, y hasta Burghead cerca de Inverness. Al lado del nuevo *Fuerte Jorge* se ven aun á lo largo del camino restos de obras y fortificaciones que datan de aquel tiempo (1).

Pasé la velada en casa del señor Anderson, donde se cantaron canciones jacobitas, de las cuales recordé largo tiempo este estribillo en lengua gaélica, que se ha hecho nacional en Escocia.

Follou thee ! follou thee !

King o' true Highland earth, bouny prince Charlie ! etc.

¡ Te seguiremos, te seguiremos, buen príncipe Carlos, nuestro rey!
¿Quién no te ha de seguir, ó Carlos para vivir ó morir por tí? etc.

Oí el himno cantado con acompañamiento de *bag-pipe* (cornamusa) durante la batalla de Culloden; y me refiríe-

(1) Los romanos permanecieron en la Gran Bretaña cerca de 400 años.

ron un gran número de anécdotas, que, como se deja entender, se referian todas á Carlos Eduardo. Una señora del pais pudo lograr un plaid que habia llevado el príncipe, y deseó ser enterrada con tal manto por mortaja; prometiéronselo, y murió contenta. Un escocés llamado *Mackensie*, hijo de un platero de Edimburgo, se asemejaba mucho al heredero de los Estuardos, y resolvióse generosamente á pasar por él á fin de engañar al enemigo. Verificólo, y mientras los vencedores le perseguian se alejaban del verdadero príncipe. Caido en medio de los soldados ingleses y cubierto de mortales heridas, exclamaba: *¡Desdichados, habeis muerto al hijo de vuestro rey!* Los soldados, codiciosos de los setecientos cincuenta mil francos ofrecidos al que matase á Carlos Eduardo, le cortaron la cabeza para llevársela á Cumberland, el cual ébrio de alegría, metió en su coche aquel sangriento trofeo y partió triunfante hácia Lóndres.

Sabido es que habiéndose refugiado en una cueva de ladrones, no solo no fue entregado Carlos Eduardo por los bandidos por el aliciente de treinta mil guineas ofrecidas, sí que tambien le sirvieron de guardias de corps durante tres semanas que estuvo con ellos. Habia uno, llamado Chisholu, hombre que tenia seis pies de alto, el cual en su vejez era mendigo y nunca pedia limosna con la mano derecha. Preguntado porque lo hacia, contextó: —Fuera envilecer esta mano que Carlos Eduardo estrechó con la suya cuando se despidió de nosotros.

Por esto fueron tan amargos los pesares de este príncipe desterrado lejos de su leal Escocia. Un dia, en medio de un gran concierto dado en su casa en Italia, un proscrito se puso á cantar la patética cancion del hermano de *Lochiel* en la cárcel: *Lochaber no more* (ya no veremos mas el Lochaber). Eduardo se estremeció, bajó la cabeza, púsola entre sus manos, derramó un torrente de lágrimas, y ya no quiso mas cantos italianos. Otra vez Mr. Greathead, amigo de Fox, hablaba con él sobre la Escocia: el príncipe, recobrando todo el calor de su juventud, le recordaba á Preston y Fal-

kirk y sus ojos brillaban y resonaba su voz ; pero cuando llegó á su derrota , á los riesgos de su fuga y al amor de sus montañeses , sucumbió á sus emociones y cayó en el suelo desmayado. — ¡ Ah ! ¡ caballero Greathead ! exclamó la duquesa de Albany socorriendo á su padre , sin duda le debeis haber hablado de la Escocia.

Uno de los cantos que mas me enterneció aquella velada fue: *The lament of Flora Macdonald* (Lamentacion de Flora Macdonald). Esta jóven y hermosa escocesa vió y fue vista del príncipe Cárlos Eduardo en el palacio de Holy-Rood: cuando vencido el Estuardo huia de cueva en cueva por entre las rocas de la isla de Skye , lleno de harapos y muerto de hambre , Flora , á la manera de un ángel , le llevó vestido y comida pasando torrentes y precipicios. Sabido es como luego le hizo pasar por entre sus enemigos vestido de mujer y como le salvó. La balada escocesa es la siguiente :

LAMENT OF FLORA.

Vertiendo lágrimas tristes
 Al pie de una triste roca ,
 Ve Flora un ligero barco
 Que huye cortando las olas ,
 Y entre suspiros al viento
 Lanza su voz melodiosa.
 « Adios ! tal vez para siempre ,
 « Astro de la Caledonia !
 « Tiene el águila en el monte
 « Un nido donde reposa ,
 « El leon tiene cavernas ,
 « El ave abrigo en las hojas ;
 « Solo tú sin techo alguno
 « Huyes á tierras remotas ;
 « Pero grande en tu desgracia
 « Conservas para tu honra
 « Con tu nobleza tus timbres
 « Y con tu nombre tu gloria.

XIII.

Salí de Inverness con dirección al castillo del coronel Hugo Baillie. *Red-Castle*, á orillas del mar, es un torreón del siglo XV, construido contra reglas y rodeado de torrecillas. Hábitalo una familia patriarcal que me ofreció nuevos encantos de la buena hospitalidad escocesa. Hallé un gran número de cazadores, y vi que tanto las antecámaras como el vestíbulo estaban adornados con cabezas de ciervos, entre las cuales las había muy curiosas. Cada cabeza tenía su historia porque cada una había tenido su vida.

Cerca de *Red-Castle* se ven las ruinas del antiguo monasterio de *Beaully* construido en 1230 por Juan Bisset de *Lovat*: visitóle María Estuardo (1). *Red-Castle* presenta no solo un hermoso punto de vista, sino también recuerdos históricos. Fue el último castillo escocés que se resistió tenazmente contra Cromwell. En él estuvo Carlos Eduardo poco antes de su derrota y aun se conserva su cuarto: mostré de-

(1) El terreno que rodeaba el edificio, fue llamado por muy largo tiempo *the book of the monts* (el libro de los monges). En aquellas ruinas hay un sepulcro muy notable: el de *Black-Murdoch* de la familia de los *Mackensie*. Era un valiente jefe: su estatua que le representa armado de punta en blanco, espada al lado y su perro á los pies, cubre la lápida tumularia. Lord *Lovat*, que es el mas rico propietario del país, reedifica el monasterio de *Beaully*, y su ejemplo es el primero en Escocia despues de la reforma.

seos de dormir en él y halléme bajo el mismo techo donde latió sin duda de esperanza y de ardor el corazón del hijo de los reyes de Escocia. Rodeábanle á la sazón sus fieles highlanders, y hasta entonces habíale sonreído la fortuna. ¡Mas ay! acercábase la jornada de Culloden.

Cuando fuí á almorzar el día siguiente, con la cabeza llena de los recuerdos de 1745, hablé de las emociones que había sentido en el cuarto de Carlos Eduardo.

—¿Sin duda vendreis á ver á sus nietos? me dijo uno de los huéspedes de la casa.

—¡Á sus nietos! contesté yo con una exclamación de sorpresa.

—Viven cerca de aquí, repuso un interlocutor, no hay cosa mas interesante que su misteriosa morada: *Eilan Aigais* (isla de Aigais) (1).

—Pues en la iglesia de san Pedro en Roma vi esta inscripción sobre el sepulcro del cardenal Yorck: *Aquí yace el último de los Estuardos* (2).

—Á los que pusieron esa inscripción les convendría sin duda ponerla de ese modo. Pero no teneis mas que visitar á los descendientes de Carlos Eduardo que son los dos hombres mas gallardos del país. La naturaleza les ha prodigado sus favores, dándoles instrucción, agudeza, talento, todo cuanto adorna al hombre: son dignos de un trono.

Excitada vivamente mi curiosidad, pasé el día hablando de los hermanos Stuart, á los cuales se adhiere un interés general en el norte de Escocia: contáronme lo siguiente:

Carlos Eduardo tuvo un hijo de su matrimonio con la princesa de Stolberg, condesa de Albany; hecho que no ha tenido ninguna publicidad histórica, ha sido desmentido por escritos patentes y afirmado por documentos auténticos: de estos últimos he visto algunos; no hablaré de ellos pero

(1) *Eilan Aigais*, palabras gálicas que dirían en inglés *island of Aigais*.

(2) El cardenal murió en 1807 á los ochenta y dos años; y Jorge II mandó hacer el mausoleo de los tres Estuardos en 1819.

puedo repetir sin escrúpulo los siguientes detalles publicados en diferentes partes.

Un doctor escocés, Cameron, recibió hallándose en Florencia á un distinguido extranjero, que le rogó fuese á ver á una señora noble que se hallaba en peligro de muerte, exigiéndole que callase cuanto viese y tapándole los ojos para introducirlo al cuarto de la enferma por quien era llamado. Llegado donde le estaban aguardando, el doctor Cameron vió tendida en el lecho á una señora que acababa de dar á luz un niño. Hallábase ya dispuesta una nodriza, y se habia llamado tambien á un sacerdote. Veíase sobre una mesa el retrato de Carlos Eduardo, guarnecido de piedras preciosas, y en el fondo del aposento se hallaba el mismo príncipe en persona (1).

Dicho doctor escribió y firmó una declaracion detallada de este hecho, la cual se asegura que es otro de los títulos que poseen los hermanos Estuardos. Hay tambien un cuadro de aquella época (no estoy autorizado para decir donde se halla) que representa á Carlos Eduardo entregando su hijo al almirante *Hay* para que fuese educado secretamente lejos de él. Al almirante se le ve en un navío, y á su mujer en la playa, con una rodilla en tierra, recibiendo al niño de manos del príncipe, para conducirlo á la embarcacion.

Mas, ¿qué motivo pudo haber para que Carlos Eduardo y la condesa de Albany ocultasen con tanto cuidado la existencia de su hijo? ¿Porqué le confiaron á un almirante llamado *Hay* para que fuese educado lejos de ellos? Hé aquí la respuesta: «El príncipe quiso poner en salvo á su hijo hasta llegar á su mayor edad, porque estaba convencido de que se atentaria á la vida de un nuevo heredero de los Estuardos, y queria además borrarle toda idea de su nacimiento, para no turbar su educacion y sus primeros años

(1) Habiendo lord Archibaldo Fitz-James acompañado á un Macdonald de Glendalochan, á casa del doctor Cameron, para ver una coleccion de hermosas pinturas, contóles el doctor los hechos que acabamos de detallar.

con pensamientos de cetro y trono, no pensando en declararle la verdad hasta tanto que lo exigiese alguna coyuntura favorable.

Pero ¿porqué, despues del fallecimiento de su marido, no reveló la condesa de Albany la existencia de un nuevo Estuardo? Porque « la condesa, amante de Alfieri, y mujer poco estimable, se habia hecho entregar considerables sumas para seguir callando el secreto. » Todo esto nada tiene de extraño de parte de la que, despues de haber sido la compañera de Cárlos Eduardo, fue la querida de Alfieri, y acabó por casarse en terceras nupcias con un tal Fabre, pintor de Montpellier (1).

El hijo de Cárlos Eduardo, adoptado por el almirante *Hay* cuyo nombre llevaba, casóse, segun dicen, á despecho de su madre, y tuvo de su mujer dos hijos, que son actualmente los *hermanos Estuardos*. Hízolos educar en Escocia, y él se retiró á Italia, donde vive todavía en una profunda soledad. Créese que obligado por sagrados juramentos habrá prohibido á sus hijos el revelar su origen, al menos mientras él exista: y así es que no quieren publicar ni permitir que se publique ninguno de sus papeles ni títulos. Sin embargo, llevan con orgullo el nombre de su abuelo, pues el mayor firma *Juan Sobieski Estuardo* (2), y el segundo Cárlos Eduardo Estuardo. El primero se parece muy particularmente á Cárlos I pintado por Van Dick, aunque mucho mas hermoso; pero el otro es una viva imágen del *pretendiente*. Tienen en su poder una porcion de objetos sumamente preciosos é interesantes, entre los cuales se hallan las condecoraciones de Cárlos Eduardo, sus vestidos, su

(1) Esta mujer murió en 1824. Despues de la muerte del principe, se habia casado con Alfieri. Una carta del príncipe Eduardo al conde de Vergennes, contiene las siguientes palabras: *Debo á mi familia y á mi mismo el participaros mi situacion con respecto á madama de Stolberg; y le cuenta los extravíos de su mujer y su conducta con Alfieri (abril de 1785).*

(2) En 1720, Jacobo Estuardo, padre del pretendiente, se habia casado con la princesa Maria Sobieska, nieta del gran Sobieski y madre que fue de Cárlos Eduardo.

velo, sus joyas, cabellos, bandera, armas y retrato. Enseñáronme también la caja donde el héroe de los Highlanders acostumbraba encerrar su dinero, pedrerías y papeles, regalo de Francisco I, y de admirable labor.

Concluyamos con algunos extractos de un artículo del *Catholic Magazine* publicado en marzo de 1843 (n. LXXIV. new series, n. III, London. Charles Dolman, 64, p. 185).

« ¿Era verdaderamente el cardenal Yorck el *último de los Estuardos*? Así se asegura generalmente; pero ¿está probado el hecho? No.

« Pruebas numerosas atestiguan lo contrario. La vida de Carlos Eduardo desde la batalla de Culloden hasta mucho tiempo después de su casamiento con la princesa de Stolberg es poco conocida y está rodeada de misterios.... No hay ninguna razón para negar la posibilidad de un heredero de los Estuardos. Carlos Eduardo tenía sobrados motivos para ocultar la existencia de un hijo, y principalmente el de salvar su vida de manos de los que hubieran tenido un interés en su muerte.

« Se nos ha permitido registrar una correspondencia de la mayor importancia, por la cual queda probado que el cardenal de Yorck estaba muy distante de ser el último de los Estuardos, pues existen herederos directos de Carlos Eduardo. »

Habiendo oído hablar Napoleón de los *hermanos Estuardos*, antes de los últimos desastres del imperio, quiso verlos y captarse su voluntad; y los jóvenes escoceses pelearon bajo sus banderas. Un día en el campo de batalla quitóse Napoleón la cruz de su ojal y la dió á Juan Sobieski (1). Mas adelante, los títulos que obraban en poder de este fueron, según se dice, manifestados al rey Carlos X, á quien sorprendieron en extremo; y entonces corrió la voz de que pensaba en restablecer la orden de Malta, nombran-

(1) Interesábase mucho por él, y había manifestado varias veces el deseo de levantar de nuevo el trono de los Estuardos. Walter-Scott hace mención de esto.

do á uno de ellos gran maestro. A los *hermanos Estuardos*, conocidos por los *hermosos escoceses*, dispensóseles en todas partes una brillante acogida. El mayor lleva cubierto su pecho con una multitud de condecoraciones, y con su traje escocés, adornado con sus numerosas insignias y cubierto de misterios, preséntase rodeado de prestigios.

¿Qué prueba todo esto? No he sido yo llamado para fallar. Se me preguntará cual es mi opinion en este asunto; pero yo no daré mas respuesta que la frase que sirve de epígrafe á mi libro: *Yo no juzgo, solo cuento.*

Habia pensado ya en visitar la isla de Aigais, cuando una noble señora de aquel país, la madre de lord Lovat, M. Fraser llegó una mañana á Red-Castle, encargada por su nueva lady Lovat de invitarme á pasar algunos dias en Beaufort-Castle. Prometióme acompañarme desde allí á la habitacion de los nietos de Carlos Eduardo; acepté y partimos (1).

Mrs. Fraser, llena de talento y bondad, me condujo primero á su encantadora quinta de *Balblair*, y luego desde allí nos fuimos á casa de su hijo. *Beaufort-Castle*, situado en medio de las montañas y á orillas del torrente de *Beaully*, era en otros tiempos un castillo de nobles y elevadas murallas; pero, despues de los desastres de Culloden, fue tomado, incendiado y demolido (2). Sin embargo, aunque la residencia actual diste mucho de parecerse á las esplén-

(1) Los *Fraser* son de las mas antiguas familias de Escocia. De origen normando, siguieron á Inglaterra á Guillermo el conquistador, y mas adelante se distinguieron por su adhesion á los Estuardos. Su tribu llevaba una bandera con fondo encarnado, y su palma era una rama de acebo. En *Beaufort*, vi el retrato del famoso Simon Fraser, lord Lovat, que hizo tan gran papel durante las guerras del *pretendiente*. Cogido en el tronco de un árbol, despues de la derrota de Culloden, fue llevado á Londres y condenado á muerte. A pesar de sus ochenta y ocho años, subió animoso al cadalso, y al gobernador de la Torre, que le estaba gritando: ¡*Viva el rey Jorge!* respondióle: ¡*Viva el rey Jacobo!*

(2) Lord Lovat piensa reedificarle. Habiendo una vez ido á visitarlo, la reina Maria Estuardo, exclamó: ¡*Beaufort!* (hermosa fortaleza) y el castillo recibió este nombre.

didadas habitaciones de *Inverary*, de *Taymouth* y de *Rossie-Priory*; no deja por esto de ser una magnífica hacienda. Su parque tiene la extensión de todos esos maravillosos jardines de Escocia, donde cuando uno abre la primera reja y se cree ya llegado al término de su camino, se halla todavía á dos ó tres leguas del castillo.

—¿Vámonos á la isla de Aigais? me dijo Mrs. Fraser, á poco de haberme instalado en la hospitalaria morada de lady Lovat y su encantadora familia.

—Con mucho gusto, la respondí; y subimos al coche.

Ofrecióse luego á mi vista el mas pintoresco y extraordinario paisaje. El torrente de Beaully, abriéndose paso con violencia á través de los gigantescos picachos que la mano de Dios parece haber quebrantado para alguna obra misteriosa, forma allí una caprichosa isla. Es una montaña cubierta de corpulentos árboles y rocas puntiagudas, á cuyo alrededor borbotea un círculo de cascadas llamado *Kilmorack*. Para aquella morada fortificada con salvajes maravillas, y donde resuena continuamente la poderosa voz de las cataratas, es menester atravesar un ligero puente de madera, echado atrevidamente á una horrorosa altura sobre los abismos y cascadas; y luego entre silenciosas gargantas y sombrías fragosidades, se trepa hasta la cumbre del monte de los Estuardos, que es el término del viaje.

Allí, bajo aquellos árboles centenarios y en una soledad que nos trasporta á mil leguas de la civilización, levántase un edificio de la edad media con sus vidrieras de capilla antigua. Aquella rara y espaciosa ermita, asombrada por los pinabetes y encinas, tiene el frontis de un castillo feudal, adornado con los escudos de armas de la monarquía escocesa. Debajo del de Carlos Eduardo léese esta inscripción evangélica: *¡ Dios lo dió, Dios lo quitó: bendito sea su santo nombre!*

Los dos Estuardos se hallaban ausentes; la mujer del mas jóven fué la única que salió á recibirnos, y nos introdujo en su casa. El piso bajo de aquella embelesadora morada se

componia principalmente de una larga sala de armas empavesada de banderas, con las paredes cubiertas de trofeos, y adornada con numerosas estatuas. Los rayos de luz, que solo podian penetrar á través de las pintadas vidrieras, se deslizaban de un modo fantástico por entre las banderas, ojivas y efigies de aquel santuario guerrero.

Hallábanse allí reunidos todos los recuerdos de Carlos Eduardo: sus armas, su estandarte, sus vestidos y su retrato; y allí pude admirar aquella hermosa y noble figura, que por primera vez se presentaba á mi vista. Tambien llamé muy particularmente mi atencion un cuadro pintado por *Juan Sobieski*, que representa la *batalla de Culloden*. Carlos Eduardo va montado en un caballo isabela, y salva un ancho precipicio en medio de una desecha borrasca. El viento, que sopla con violencia, agita las blancas plumas de la gorra de montañés, coronada de una rosa blanca: flota su *plaid* al rededor de su cintura, y lleva en la mano desnuda la espada. Vese retratada en sus ojos y en todas sus facciones la desesperacion de un valiente. Sus Higlanders, medio ocultos por el polvo y el humo, de donde parecen salir llorando las sombras de los hijos de Fingal, alargan hácia él sus espadas, formando con ellas un ancho escudo sobre su cabeza. Por entre los estandartes, las espadas y la borrasca, cae sobre su frente un rayo de inmortalidad, y.... resplandece en medio de su desgracia.

En aquel cuadro tan buena ha sido la ejecucion como el pensamiento. En frente hay otro no menos notable: *Napoleon en Waterloo*. El emperador va montado en un caballo blanco, que lo arrastra contra los vientos y tempestades. En una parte sangre y ruínas; en otra palmas y cadáveres. Dos metéoros le sirven de antorchas en su camino: la *gloria* y el *rayo* (1).

No hay imaginacion, por fria que sea, que pueda per-

(1) El busto de Napoleon está en medio de aquella extraordinaria sala de armas.

manecer tranquila y sin conmovirse bajo el techo de los hermanos Estuardos. Carlos Eduardo es casado; su hermano mayor no; y de ahí es que no se separan nunca. Uno y otro van vestidos habitualmente con el traje de montañeses. Su *tartan* es encarnado con cuadros verdes, y su *palma* una rosa blanca. Dotados de talento y erudición, cultivan las artes y las letras (1); y su hermosura y la afabilidad de sus modales son tales que pocos años hace no podían viajar por Escocia sin despertar el entusiasmo de los Highlanders, algunos de los cuales no hubieran esperado mas que una palabra de su boca para levantarse en favor suyo y reivindicar para ellos la corona. Pero los Estuardos, sencillos en sus gustos, modestos en sus hábitos y rechazando todo afecto ambicioso, han adoptado el sublime pensamiento de conformidad y resignación que han grabado en su morada. *Dios lo dió, Dios lo quitó: bendito sea su santo nombre.*

La hija del mayor de Carlos Eduardo, linda y graciosa jóven, nos hizo recorrer la *isla de Aigais*. ¡Cuántas impresiones experimenté al contemplar aquella isla, meseta erizada de peñascos y desgarrada por estrepitosos abismos! Al dar la vuelta costeando los picachos y las mas salvajes excavaciones, óyese el mugido del viento por entre los negros pinabetes de aquella agreste soledad; y llegado á la cima de uno de aquellos escarpados peñascos, allá donde se reúnen los dos ramales del Beaully arremolinándose recíprocamente, ¡cuán grandiosa y sublime se presenta la escena! Vense á lo largo del torrente los derrumbamientos de granito, los peñascos resquebrajados, las simas abiertas, las aguas precipitándose furiosas, levantándose, volviendo á caer, retrocediendo y escapándose; todo con un espantoso ruido y en medio de una lluvia de perlas y zafiros, real-

(1) Han publicado algunos libros de importancia, y entre otros una obra sobre los highlanders, los caudillos de sus tribus, sus trajes, etc. La edicion de lujo de este libro, adornado con multitud de láminas iluminadas cuesta diez guineas por cada ejemplar.

zado todo con los mágicos efectos de un sol que no sin dificultad puede llegar hasta á aquellas espumosas cavernas.

Allí se halla la *escalera de las hadas*, por cuyas peligrosas gradas no puede bajarse sin experimentar cierto horror; pues son estrechas, estan abiertas á pico, y van caracoleando á lo largo de un precipicio. ¡Qué naturaleza tan volcanizada! Sobre los picos inmediatos descúbrense los restos del castillo, cuyas piedras están vitrificadas. ¿Fueron acaso estas ciudadelas presa de algun incendio inaudito? ¿ó fueron por ventura construidas con piedras que los fuegos subterráneos ó algunos desconocidos Vesubios habian vitricado? ¡Quién podrá nunca explicar esos grandes secretos de Dios, colocados allí entre los secretos del hombre!... Lo cierto es que aquella playa no ofrece por todas partes mas que *sorpresas*; y por esto le han dado el nombre de *the Dream* (el sueño), porque allí parece que un vértigo se apodere de la imaginacion, como si se hubiese salido de la esfera de las realidades. ¡Isla de Aigais! ¡isla misteriosa! ¡cuán merecida tienen tus playas su nombradía! ¡cuánta poesía encierras! ¡quién podrá olvidar *el sueño*!

Volvímonos en seguida á Beaufort-Castle; y como he hablado ya de la extension de su parque, hablaré ahora de sus maravillas. El torrente de Beauly, llegando desde la isla de Aigais, se hunde allí de rechazo bajo impenetrables sumideros. Otras escaleras conducen á otros abismos, y con solo un paso en falso estaria uno perdido. El genio de las conmociones y trastornos se ha entregado allí á sus mas enérgicas inspiraciones; y aquellos tenebrosos avernos, aquellos peñascos y cascadas, todas aquellas inmensas bellezas son las únicas construcciones del parque.

Habia gran reunion en casa de lord Lovat, y entre los cazadores noté al hijo del lord Russel, que fue asesinado por *Couvoisier*, y cuya muerte dió tanto que hablar. Llevaba consigo á su mujer, jóven de extremada belleza, sobrina del duque de Argyle, y á cuyo padre habia pertenecido el renombrado castillo de Hartwell. A algunas leguas de Beau-

fort-Castle está la comarca llamada *Glenstrath-farrer*, donde se hallan las celebradas montañas que sirvieron de refugio á Carlos Eduardo despues de su derrota. Allí puede verse *la gruta del Principe*, así llamada porque fué la primera donde por muchos dias el heredero de los Estuardos pudo librarse del furor de sus enemigos. Mrs. Graser tuvo la bondad de acompañarme allá.

Pasamos por *Archless-Castle*, y atravesamos los sitios memorables donde anduvo errante, perseguido por el ejército inglés y dirigiéndose á la isla de Shye, el jefe adorado de los escoceses. ¡Qué amontonamiento de peñascos! ¡qué confusion de elementos! Bosques, montañas y torrentes están allí como echados á la ventura, unos encima de otros, como si la naturaleza estuviese delirando. Pero en aquellos desiertos donde faltan la existencia y la vida no faltaron ni lealtad ni valor. Así en aquel país, como en la isla de Shye, como en las Hébridas, como en todo el reino, la lealtad escocesa salvaba como por magia á Carlos Eduardo del poder de sus vencedores. El ilustre fugitivo pasaba allí sus dias á orillas de los torrentes y sus noches en las profundidades de las cavernas. Los soldados ingleses, perdidos en todas sus pesquisas, y ofreciendo en vano tesoros á quien les entregase el heredero de los Estuardos, pasaban continuamente á su lado, sin recelarlo siquiera, no encontrando en los fieles escoceses mas que un desinterés inmutable como las montañas y un afecto invencible como sus almas.

Apeámonos del carruaje, y nos adelantamos al azar por entre las gargantas y desfiladeros del *Glen-Stratk farrer*; pero como íbamos mal guiados nos perdimos luego. Mrs. Fraser, robusta y valerosa como una hija de las montañas, no se desalentó por eso; sino que continuó con infatigable actividad buscando el camino al través de los riscos, zarzas, malezas y cascadas. Pero ni una alma descubrimos en todas aquellas soledades, ninguna esperanza nos quedaba de encontrar allí á un solo ser viviente; y erran-

tes de roca en roca, como los soldados ingleses que iban en persecucion del pretendiente, no podíamos hallar *la gruta del Príncipe*.

Cansados al fin, tuvimos que detenernos. Teníamos algunas provisiones, sacámoslas á lucir sobre los guijarros á orillas de un torrente, y almorzamos al pie de un pedrusco de granito. Con todo, me quitaba las ganas de comer la idea de que tendria que volverme sin haber podido entrar en *la gruta del Príncipe*. Comenzaba ya á sentir una penosa inquietud cuando llegó á nuestros oidos el silbido de un highlander. Apareció sobre una vecina roca un cazador de la montaña, y lancé al instante un grito de alegría.

Aquel highlander era un jóven de aventajada talla y formas hercúleas, y tan hermoso como fuerte, que se llamaba *Macrea*. Mi buena estrella no solo acababa de depararme un guia, sino que me enviaba por tal á uno de esos tipos poéticos, uno de esos montañeses primitivos, una, en fin, de las reminiscencias del tiempo de Carlos Eduardo.... tal como yo nunca hubiera podido figurármelas en mis sueños.

— Ahí teneis, le dijo mi noble compañera, un viajero francés, que va en busca de los grandes recuerdos de Escocia, es un admirador de Carlos Eduardo, y quisiera visitar *la gruta del Príncipe*.

— Voy á conducirle á ella en seguida, respondió el montañés sonriendo de orgullo y alegría.

Macrea no era mas que un humilde habitante de una de las chozas del desierto; pero por su pintoresco traje, su gorra adornada con una pluma de águila y una rama de acebo, sus nervudas piernas desnudas, sus medias listadas á la escocesa, su chupa con el ceñidor y hebilla, y su plaid al hombro, hubiérasele tomado por el caudillo de alguna tribu (1).

Condújonos por un imperceptible sendero hácia una pe-

(1) El acebo es la palma del clan de los Fraser.

ña cortada á pico, y allí nos deslizamos á través de una estrecha hendedura y en medio de un enmarañado laberinto de secretos pasillos. Tan pronto era menester que nos arastrásemos como lagartos, tan pronto que nos replegásemos como serpientes; y todo esto bajo unas bóvedas donde apenas penetraba la luz, entre malezas y aguazales. No creo que haya habido nunca marcha tan pesada, si *marcha* puede llamarse semejante modo de moverse y adelantar. Mis vestidos estaban hechos girones, y mis manos y rodillas maltratadas; pero por fin pude llegar á la gruta y se me pasó todo el mal.

Vencidas ya todas las dificultades y obstáculos, presentóse de improvisto á mis pies una excavacion tenebrosa, una especie de sumidero sin ninguna luz ni escalera.

— ¡Esta es! me dijo el montañés.

— ¿Y cómo bajaré? añadí yo.

— En mis hombros me respondió. Hay en la roca algunas grietas, y yo sé ya donde he de colocar mis pies aunque esté del todo á oscuras. Seguidme pues, que por cierto tampoco fue otro el camino que llevó *el príncipe*.

— ¡Pobre Carlos Eduardo!

Admirado Macrea de mi emocion, cogióme y se me llevó como una pluma, pues el Sanson de la montaña hubiera hecho pedazos aquellas moles de granito para abrirme un paso, gozoso como estaba de conducir á un amigo de los Estuardos á la gruta de Carlos Eduardo. Llegamos por fin. Deslizábase un rayo de luz sobre una de las paredes de aquella morada subterránea, y pude descubrir abierta en la roca una cavidad llena de agua muy cristalina.

— Esta fuente no se seca nunca, me dijo mi guia.

— ¿De dónde proviene? le pregunté.

— No se sabe. Dios la envió aquí para el príncipe, y desde que él refrescó sus labios en este receptáculo ha quedado siempre lleno. Es un manantial sagrado.

Esto me bastó. En aquella copa de la naturaleza habia aliviado su sed Carlos Eduardo: quise también beber en ella ... y bebí.

Permanecí por algunos momentos bajo la sombría caverna; busqué el sitio donde debía de haber dormido aquel hijo de reyes; sentéme en él, y á la débil claridad que me alumbraba escribí en la cueva de *Eduardo* como habia escrito antes bajo la gruta de *Fingal*. Pero en *Staffa* no se me presentaban mas que imágenes poéticas y fingidas; y aquí se me ofrecian recuerdos de heroismo y verdaderos: mas bien que la gruta de las melodías y leyendas, era esta la roca del valor y del infortunio.

Mirábame mi guia sorprendido, y queria adivinar lo que yo estaba trazando en el librito que tenia abierto encima de mis rodillas.

— Ocúpome en vuestro príncipe, le dije; escribo sus desgracias, y estas líneas serán leídas en Francia.

— Y le ensalzais ¿no es verdad? añadió *Macrea*: ¿y le amais tambien como nosotros?...

Lloraba al decir esto, y deseos tuve de echarme á su cuello y abrazarle. Aquel realismo hereditario, aquel culto monárquico y aquel amor siempre desinteresado por el príncipe á quien habian defendido sus padres, me parecian tan tiernos y hermosos, que no pude menos de estrecharle la mano con emocion.

— ¡Sois un valiente! le dije, y quisiera que todos los franceses se os pareciesen. Con todo, *Macrea*, tampoco faltan en mi país almas fieles.

Salimos por fin de la caverna, y amaba ya á *Macrea* como á un antiguo amigo, porque sus sentimientos nos habian hecho hermanos. Él conocia tambien, sin pedirse razon de ello, que habia entre los dos relaciones de lealtad, de recuerdos y de fidelidad. Acercóse á Mrs. Fraser, y llamándola aparte la dijo con voz conmovida:

— Tengo un excelente perro de caza, y quisiera regalárselo á ese caballero: sé que es muy poca cosa, pero es cuanto yo poseo en este mundo. ¡Ofrecédsele y procurad que lo acepte!

Aquellas palabras me hicieron derramar lágrimas.

— ¡Gracias! *Macrea*, ¡gracias! no se borrará jamás de mi memoria el ofrecimiento que acabas de hacerme. ¡Cuánto desearia yo poderlo aceptar! Un símbolo de fidelidad dado por un montañés escocés fuera para mí un precioso regalo; pero lejos de mi patria, le perderia quizás por el camino, y me seria esta pérdida sumamente dolorosa. ¡*Macrea*! en mi libro escribiré vuestro nombre al lado del *Príncipe Cárlos*.

Pidióme á su vez el mio y se lo dí; pero era un nombre para él desconocido, y que no le despertaba ningun recuerdo, al paso que el suyo, que para mí iba unido á grandes imágenes, me será siempre una memoria de honor, afecto y fidelidad. Siempre recordaré agradecido el sencillo ofrecimiento del montañés, y aunque no lea nunca estas páginas, será una satisfaccion para mí el haber hablado de él como merecia. Quizás alguno se lo diga, y continuaremos siendo hermanos.... al menos de corazon.

Á pocos pasos de la gruta del Príncipe fue plantado un rosal blanco. Sabido es que la rosa de la casa de Lancaster era la divisa de la tribu de los Estuardos, y aquel rosal florece cada primavera lejos de toda mirada y al lado de una desierta peña. He sabido despues que la linda mano de una jóven y noble hija de la comarca habia plantado allí aquel arbusto: tierno y misterioso homenaje de una adhesion tradicional á un inmortal infortunio. He visto despues *aquella linda mano* tocando una guitarra; he pedido un canto jacobita, y he oido de boca de la encantadora escocesa, la del rosal blanco, este famoso cántico de la montaña:

*¡ Follow thee! ¡ follow thee!
¡ King ó true Highland earth! ¡ bouny prince Charlie!*

— Te seguiremos, te seguiremos, buen príncipe Cárlos, nuestro rey.

Étenos ya otra vez en camino para Beaufort-Castle.

— ¿Quiere V ver una de las mas raras curiosidades del

país? me preguntó Mrs. Fraser.

— De muy buena gana.

Nos apeamos, y nos dirigimos luego hácia una solitaria aldea que se descubria al pie de una árida montaña.

— ¿Puede saberse lo que vamos á visitar? dijo yo.

— Á una contemporánea de Cárlos Eduardo.

— ¿Es posible?

— Á no dudarlo: llámase *Flora Forbés*; ha conocido al heredero de los Estuardos, y nacida en el mismo año que él, ha visto la batalla de Culloden. Tiene en el dia sus ciento y veinte y cinco años.

Entramos á la choza donde vivia la prodigiosa centenaria, y la vimos tendida en un lecho de paja en el fondo de un chiribitil sin ventanas, donde no entraba nunca la luz del dia. Dos jóvenes rollizas y alegres cuidaban á la pobre montañesa. Al oír *Flora Forbés* que se abria la puerta, lanzó un sordo gemido, que en nada se parecia á ninguna voz humana. Aunque el sol hubiese ya salido, tuvimos que encender luz para que pudiésemos contemplar en el fondo de aquella oscura madriguera donde yacia á la contemporánea de Cárlos Eduardo. Incorporóse entonces en la cama con aire de sorpresa, pero asustada. Tenia aun algunos dientes; sus ojos eran claros y animados y su piel, de una blancura que daba miedo, tenía la pegada á los huesos como si fuese una ligera capa de yeso. Alargóme su mano de esqueleto, y díjome en voz baja estas palabras:

— ¿No es verdad que he vivido ya sobrado en este mundo?

Estas palabras me confundieron, pues expresaban una tierna y poética melancolía. Aquella especie de espectro tenía aun sus pensamientos y expresiones: no podia asegurarse del todo que viviese; pero tampoco la muerte se habia aun apoderado enteramente de su presa: su memoria vacilante tenía de vez en cuando algun rayo de luz, mas luego se perdía en las tinieblas. El castellano de Beaufort-Castle fue un dia á llevarla algunos socorros.

— Es lord Lovat, dijo á la anciana una de las jóvenes de la choza.

— ¡*Lord Lovat!* respondió la vieja arqueando las cejas despues de haberle mirado: ¿y porqué ha dejado el traje de highlander, que es el de los valientes del *príncipe*?

Y el nombre del héroe de su juventud salió entonces de su trémula boca.

Una de aquellas mismas jóvenes, me indicó con el dedo y la dijo:

— ¡Aquí teneis á un extranjero! cantadle alguna vieja cancion de vuestro tiempo; es muy aficionado.

Aquella mujer centenaria púsose luego á cantar: *The highlanders farewell* (el adios del montañés proscrito), y aunque no podian casi distinguirse sus palabras, conservaba todavía los sonidos (1).

— ¡Es un amigo de Carlos Eduardo! añadió la joven, llamando de nuevo hácia mí la atencion de la anciana.

Flora Forbés me alargó otra vez la mano: una risa fria, por decirlo así, y descarnada pasó por aquella boca sin labios, y esta fue su única respuesta.

Yo sabia ya que era católica: hice pues la señal de la cruz, y se pinto el gozo en sus facciones.

— ¿Va V. á misa? me preguntó en tono de satisfaccion.

Y al hacerle yo un gesto afirmativo, comenzó sus oraciones.

Mrs. Fraser le puso en la mano algunas monedas, que

(1) He aquí dos estrofas:

¡Ya no hay gloria, patria amada!

¡El rayo nos derrocó:

Vencidos, somos proscritos!

¡Héroes de la patria, adios!

¡Ya no hay gloria; en su perfidia

El usurpador triunfó!

¡Adios, honor! ¡Adios, lauros!

¡Héroes de la patria, adios!

ella miró con indiferencia, porque ignoraba ya su valor, al paso que se acordaba y comprendía perfectamente el de su antiguo príncipe. El sentimiento del interés pecuniario había muerto ya en su espíritu; pero el de fidelidad realista continuaba aun vivo en su alma.

Salí de aquella choza con un silencio de recogimiento, pues había visto un alma que acababa ya de desnudarse de su cuerpo. Aunque no pueda decirse que allí hubiese existencia, reinaba tal tranquilidad en todo su ser, que parecía ya dispuesta á subirse á los cielos.

Desde allá nos encaminamos con Mrs. Fraser á una capilla católica, que lord Lovat había hecho construir no muy lejos de donde estábamos. El edificio es del género gótico, con sus columnas, galerías y tribunas, y le ha costado al castellano de Beaufort sumas considerables. La iglesia está en medio de las montañas, y á su alrededor ruedan los torrentes.

Allí rogué yo por *Flora Forbés*, y ella rogará por mí en el cielo.

XIV.

Me alejaba ya de los Highlands, y marchaba con el alma llena de nobles ideas de religioso afecto y fidelidad monárquica. Entre los grandes recuerdos de Cárlos Eduardo habían sonado también á mis oídos algunos hermosos nombres revindicados hoy día por mi país: *Macdonald*, *Fitz James*, *Walsh*; nombres ilustres, símbolos de gloria y lealtad, que han sido en otro tiempo el orgullo de la Escocia y lo son ahora de la Francia.

Aunque no estábamos más que á 4º de octubre, por la parte de Inverness empezaba ya á cubrirse de nieve la cima de las montañas. Como hacia bastante frío, detúveme en la primera posta para calentarme con una taza de té, al estilo del país. Cerca de mí y junto á la chimenea de la posada habia un viajero irlandés, que despues de haberse informado de mi nombre, me dirigió la palabra con aquella franca cordialidad propia de su nacion.

—¿Con qué V., señor vizconde, va viajando de castillo en castillo, segun he leído en los periódicos? En todas partes se le acoge y festeja á V. como á un antiguo conocido: bueno es eso; pero sin embargo, espero que las recepciones de la Escocia no le harán á V. olvidar la hospitalidad de la Irlanda.

—¡Por cierto que no! respondí yo; nada podrá borrar de mi memoria vuestra tierra de *Erin*.

Satisfecho el desconocido, continuó alegremente su conversacion. Sus observaciones sobre los tres reinos eran en extremo sutiles; y entre las mas notables noté el siguiente apólogo:

«Érase un dia en que el diablo estaba de buen humor, (cosa que no le sucede siempre, á causa de los malos ratos que le dan algunas veces las resistencias de los hombres), y trasportó á la cumbre de una inmensa montaña y encima de un ancho precipicio á un inglés, un escocés y un irlandés. Era el sitio agreste y glacial, pues no habia mas que nieblas y nieves: ¡son tan estrambóticas las ideas de Sata-nás!

—¿Cuánto creéis que pudierais ganar aquí? dijo S. M. diabólica al inglés; os lo daré en seguida.

El inglés echó su cuenta con los dedos con una flema imperturbable, y respondió sin vacilar:

—Diez mil guineas, milord.

Tantos miles como deños. La Providencia no le habia puesto en la mano mas que diez, como á todos; y á fe que entonces no le hubieran venido de sobras algunos mas.

—¿Y vos? añadió el garrudo soberano, dirigiéndose al escocés.

—Entendámonos, contestó este: ¿porqué me lo preguntais? Hacedme conocer vuestras verdaderas intenciones. ¿Cuánto estais en disposicion de darme?

—¿Y vos, preguntó el demonio al irlandés, cuanto creéis que podriais ganar aquí?

El irlandés echó una mirada burlona á los nebulosos vapores que le rodeaban y soltó una larga carcajada.

—¿Aquí? contestó luego; lo único que puede ganarse es.... un fuerte constipado.

—He aquí, señor vizconde, añadió mi interlocutor, una conseja que bajo cierto punto da á conocer el carácter actual de los tres pueblos.

Presentad una cuestion á un inglés, y la mira desde luego bajo el punto de vista del interés pecuniario y provecho

comercial: haced cualquiera propuesta á un escocés, y no acabará de resolverse, sino despues de un profundo exámen y madura discusion; pero presentad la misma cuestion á un irlandés, y á la manera de los franceses, la tomará desde luego por la parte festiva y de zumba.

Iba yo camino de Edimburgo, y quise visitar de paso á Kinross, deteniéndome dolorosamente á orillas del *Loch Leven* (1). Allí se ve el castillo donde estuvo presa por la implacable Isabel la infortunada María Estuardo; y sus ruinas oprimen el corazon. ¡Cuánto no debió de sufrir bajo aquellos muros la hermosa reina de Escocia! Pero en este mundo de injusticias, ¿hay acaso algun lugar donde no hayan sufrido las glorias humanas, ó triunfado las causas desleales?

Cuando el 2 de mayo de 1568 María Estuardo, ayudada del jóven Duglass, logró escaparse de su cárcel, las llaves del castillo de *Loch Leven* fueron echadas al lago. Hace poco que aquellas llaves fueron encontradas por un jóven de Kinross y entregadas al conde de Morton; mas, como habian pasado mas de dos siglos y medio debajo del agua, fue ya imposible ajustarlas á la cerradura.

Llegué por fin delante de Edimburgo. La primera vista de Lóndres, llegando por el Támesis, en medio de humaredas de carbon de piedra, me habia afectado penosamente; pero el primer aspecto de Edimburgo, la *Atenas* del norte de Europa (2), produjo en mí una impresion contraria, ensanchándoseme el corazon y colmándose de entusiasmo.

¡Quién es capaz de describir á Edimburgo! Es, no hay

(1) Este lago es de forma oval irregular. Tiene cuatro islas, de las cuales la principal es San-Serfo, donde hubo un priorato de este nombre. El castillo de Loch-Leven, cuyo origen es desconocido, comienza á figurar en la historia en 1334: fue con el tiempo sitio real, y convertido despues en cárcel de estado.

(2) (Renombre dado á Edimburgo). Todos los que han viajado por la Grecia han reconocido la extremada semejanza entre Atenas y Edimburgo; aunque *esta es mucho mas hermosa*, segun dice M. W. H. Williams.

duda, la menor de las tres capitales de la gran Bretaña, pues no cuenta mas que 140,000 almas; pero en cambio es sin disputa la mas poética y pintoresca. He visitado casi todas las metrópolis de Europa, pero ninguna me ha causado tan viva admiracion. Figúrese quien pueda una ciudad admirablemente construida á la orilla del mar, de cuyo centro se levantan gigantescos peñascos, con sus erizados picos cubiertos de castillos, obeliscos y estatuas, y tendrá alguna idea de Edimburgo. Aquellas peñas se comunican entre sí por medio de puentes echados sobre antiguos valles, convertidos ahora en ciudades; y en el centro de la capital levanta su erguida cabeza un coloso de granito que lleva por corona un castillo con sus almenados baluartes, y cuyas fortificaciones han sido abiertas en la peña viva. Confundido todo esto, da una idea de grandiosidad y valentía que se parece al sueño de un guerrero mágico. Las asperezas de esta masa de peñascos y edificios presentan formas tan agrestes y tan selváticos colores, que por rica que sea la imaginacion del pintor ó del poeta, les es imposible trasladar su fantástico brillo. Ciudad de fantasmagorías, medio sumergida en las nubes, medio enterrada en los precipicios, jovial á la vez y severa, tan pronto echada sobre la tersa playa del mar, tan pronto recostada en la escarpada ladera de las montañas, con sus ricos palacios y su cielo nebuloso, su feraz campiña y sus nidos de águilas feudales, digna de ser el punto de reunion general de los héroes y poetas: Edimburgo, por decirlo así, es á la vez el campo de los hijos de Wallace, y la ciudad de los descendientes de Ossian (1).

Hay en ella dos calles magníficas: *Georges-Street*, y *Prin-*

(1) Para aumentar cuanto tiene ya de extraordinario Edimburgo, acaba de abrirse ahora en algunos puntos de la capital un camino de hierro, que desde el mar va á juntarse con el *rail-way* de Glasgow. De este modo los *tunels* y *viaductos* lucharán con los colosos de granito que se levantan de la ciudad, y los puentes que atraviesan sus calles, para aumentar sus prodigios.

ces-Street. La primera está adornada con las estatuas de bronce de Jorge IV y de Pitt (1), y en medio de la segunda, terminada por *Calton-Hill* y su corona de templos, se está levantando un monumento dedicado á sir Walter Scott, que será una maravilla de arquitectura gótica. Tiene cuatro fachadas, presentando cada una tres arcadas ojivales, cuyas piedras afiligranadas son del mejor gusto. Sus numerosas colunitas son de un trabajo perfecto, y aquel hermoso edificio próximo á quedar concluido, será para Edimburgo lo que Walter Scott es para la Escocia: una de las glorias de la época.

El mismo día de mi llegada subí á *Calton-Hill*, donde, junto á una torre erigida á la memoria de Nelson, vi elevarse un *monumento nacional* que debía construirse conforme al modelo del *Parthenon*. Hay en pie doce columnas aisladas como las ruínas de un antiguo templo, que vistas desde lejos producen un grande efecto (2). ¡Qué magnífico panorama estaba contemplando á mis pies! ¡Holyrood y su

(1) *Georges-Street* y *Princes-Street* tienen casas magníficas, que parecen de bronce y mármol por lo tersas y brillantes que son sus piedras. La iglesia de san Jorge, que se halla á uno de los extremos de *Georges-Street*, tiene una cúpula por el estilo de la del Panteon; y al otro extremo de la calle se levanta una columna con la estatua de un antiguo amigo de Pitt, que, según dicen, prestó señalados servicios á la Escocia. Cuando vi aquella figura levantada hasta las nubes y sostenida por cuatro águilas, acerquéme con curiosidad; porque observé que dominaba á todas las demás estatuas de héroes y reyes, como si fuera un Carlomagno, un Augusto, un Alejandro ó un Napoleon; pero al contemplar semejante apoteosis, pregunté quien era, y me respondieron: *Lord Melville*.

En Londres habia tenido lugar de hacer la misma observacion. La estatua del duque de Yorck está colocada sobre una enorme columna, y las de los reyes sobre mezquinos pedestales.

(2) Este monumento sin acabar, cuya primera piedra puso el duque de Hamilton, debía erigirse en memoria de la última guerra contra la Francia y odio á Napoleon; pero esta idea, que por de pronto habia seducido á muchos, acabó por disgustar á casi todos: retiráronse los suscriptores; paróse la obra, y el templo quedó reducido á un *fragmento*.

famosa capilla, el Forth y sus fértiles riberas, la mar y sus encumbradas montañas, la ciudad y sus pintorescos peñascos, y luego por todas partes aquel conjunto de monumentos que añaden las inspiraciones del hombre á las maravillas de Dios (1).

Un judío llamado Jacob Aecyk pidió muchos años atrás que se le permitiese escoger su sepultura en un rincón de aquella peña, porque creyendo imposible que se estableciese en tal lugar un cementerio, pensó que de este modo se libraria de dormir al lado *de ningun despojo cristiano*. Accedióse á sus ruegos, mediante la suma de setecientos luisas, que Jacob pagó en el acto; y ahora descansa en uno de los picos de *Calton-Hill*, rodeado de sepulcros cristianos (2).

Georges Hériot's hospital es otro de los buenos edificios de Edimburgo, y parece de bronce por el color de su granito. Fue construido sobre la meseta de una de las rocas de la ciudad por Jorge Heriot, joyero de Jacobo VI en 1628, conocido bajo el nombre de *Jingling Ceordie* en las *Aventuras de Nigel*, por Walter Scott; y se educan en él gratuitamente unos 180 niños de siete á catorce años de edad (3).

Los hermanos Estuardos, cuya poética morada habia yo visitado en *la isla de Aigais*, se hallaban á la sazón en Edimburgo, y tuve la dicha de poder entablar relaciones con ellos. Pude asegurarme por mí mismo de la perfecta semejanza de Juan Sobieski y Carlos Eduardo con los retratos de

(1) Un distinguido escultor que ha alcanzado permiso para establecer su taller en *Calton-Hill*, está ahora trabajando siete estatuas ecuestres, entre las cuales figuran la de *María Estuardo*, la de *Roberto Bruce* y la de *Napoleon*.

(2) Son los principales, el del poeta *Burns*, el del célebre matemático *Playfair*, el del profesor de filosofía *Dugald Steward*, el de *David Hume*, etc. Todos estos monumentos son hercosos, y no lejos se halla el notable palacio, llamado *High School*.

(3) El edificio es de estilo gótico. Tiene cuatro grandes torres y ocho pequeñas, un patio interior con arcos como un claustro, y presenta un conjunto imponente.

Cárlos I y del pretendiente. Admirado de su agradable conversacion y de la noble elegancia de sus modales, me convencí de que tenían bien merecida la reputacion de que gozaban de ser los hombres mas cumplidos de su país. Ofreciéronse á servirme de cicerone en aquella nueva Atenas, y acepté con sumo gusto su oferta. Durante nuestras correrías procuraba siempre que recayese la conversacion sobre la casa real de Escocia; pero á pesar de esto, nunca salió de sus labios una palabra de orgullo, y aquella modesta reserva acrecentaba mas y mas la alta opinion que yo me habia formado de su carácter.

Fuimos juntos al palacio de *Holyrood*, bajo cuyos muros, desgraciadamente célebres y testigos de tantas adversidades, experimenté las mas dolorosas sensaciones. *Holyrood*, antigua residencia de los reyes de Escocia, se hallaba situado al extremo de la ciudad, y al pie del solitario *Arthur's Seat*, peñasco que se eleva á 822 pies sobre el nivel del mar, en una posicion pintoresca pero melancólica. Su principal fachada es majestuosa, y las cuatro torres que la adornan presentan un carácter imponente, pero nada hay mas lamentablemente triste que la capilla que le está unida, erigida en 1628 por David I, donde fue coronado Cárlos I en 1633, y destruida despues, cuando la reforma, por el famoso Knox y sus sectarios (1).

Subí por la escalera de los grandes aposentos que habitaba Cárlos X, despues de 1830, y me encontré en la larga galería del palacio, donde se hallan los retratos de los reyes de Escocia en número de 106 (2). En aquella espaciosa galería, que tendrá unos 150 pies de largo, dió Cárlos Eduardo aquella famosa fiesta que siguió á la batalla de Preston y

(1) En frente de Holyrood habia antes la cruz de la abadía, la cual fue derribada por aquellos fanáticos; solo se descubre ahora el sitio donde se hallaba.

(2) Estos retratos, que datan de la infancia del arte en materia de pinturas, son probablemente de una misma mano, y parecen mas bien figuras de capricho. Ahora se celebra alli la eleccion de los pares de Escocia.

precedió á la de Falkirk. ¡ Cuántas aclamaciones debieron prodigársele en aquel baile célebre , rodeado de todas *las bellas de la Rosa Blanca* (1) ! Sus hermosos cabellos blondos y ensortijados , dice el historiador Hume , su tez sumamente blanca y delicada , su rostro perfectamente ovalado , la elegante disposicion de su cabeza , sus brillantes ojos azules , bien dibujadas cejas , nariz regular y boca graciosa , le valieron el renombre de príncipe hermoso ; y por mas que algunos whigs maldicientes pretendiesen que sus miradas revelaban una melancolía de funesto agüero , estallaba siempre á su vista un general entusiasmo. Cárlos era excelente jinete : *Se parece á Roberto Bruce* exclamaban sus numerosos partidarios , al verle pasar á la cabeza de sus tribus ; y efectivamente así era (2). En la fiesta de Holyrood , veíase brillar sobre su jubon de tartan encarnado con cuadros la estrella nacional de San Andrés ; servíale de tahalí una banda de azur y oro , y sobre su gorra de terciopelo azul lucia la rosa de Lancaster. Entonces , rodeado de festejos y vencedor de *Preston* , ¿ podía acaso pensar en *Cullo-den* ?

Pasé luego por el tocador de Cárlos X, y entré en su aposento , cuyo techo es admirable. La sala para el desayuno y la otra que sigue están adornadas con tapicerías de Francia llevadas allá por María Estuardo. Pásase luego al gran comedor , y de allí se entra en el salon del trono , adornado con colgaduras de damasco encarnado , y con un hermoso retrato de Jorge IV en traje de *highlander* , pintado por el célebre Vilkie. Algunos curiosos pormenores que hay en todos aquellos aposentos , hubieran merecido por cierto mas prolijo exámen ; pero ¿ podía yo ocuparme allí de otra cosa que de los recuerdos de Cárlos X ? ¡ Cuántas lágrimas tuvo allí que contener para no acrecentar el dolor de su augusta

(1) Nombre dado á todas las damas afectas á los Estuardos.

(2) Para convencerse basta comparar su retrato con el de Roberto Bruce , que se halla en Holyrood.

familia! ; cuántas veces en sus sufrimientos tuvo que elevar el monarca sus súplicas al cielo para pedirle la resignacion del cristiano! Concediósele al justo el soberano juez, y esta fue su última corona (1). Sorprendióme mucho que en aquellos aposentos de la majestad, la desgracia y la fe, donde lloró la hija del rey mártir, y sobre los cuales parece haberse extendido algo sagrado; nadie levanta la voz, y parecen un santuario donde debe inclinarse la frente con silencioso respeto. Los labios no se atreven á soltar una sonrisa: se va pasando, mirando y callando, como si hubiese allí invisibles testigos, ó como si estuviese aun presidiendo la sombra del anciano rey.

Pasé luego á la habitacion que fue de S. A. R. el duque de Burdeos, atravesé rápidamente las primeras salas (2), y no me detuve hasta hallarme dentro de su cámara. Su retrato, litografiado por Mr. d'Hardilliers, estaba junto á la chimenea; y á su alrededor habia algunos buenos cuadros, particularmente uno de Rubens; pero no quise mirarlos siquiera, porque la litografía hablaba mas alto á mi pensamiento que todas aquellas hermosas pinturas de los grandes maestros.

— Nosotros amábamos mucho á vuestro príncipe, me dijo conmovido el que nos abria las puertas, y todo Edimburgo ha sentido el perderlo. ¡Dios conserve al hijo de la Francia.

— ¡Oh, sí! Dios le conservará!

Y añadí algunas otras palabras, que *allí* pude pronunciar-

(1) La sala que sirvió al rey de capilla se halla en una galería, en cuyo fondo hay dos gabinetes en dos torrecillas. Ahora se ha hecho de ella un salon que ocupa lady Strathmore, en el cual hay algunos preciosos cuadros, particularmente uno de Van-Dyck.

(2) Antecámara, comedor y salon. En el comedor, hay un retrato de la mujer de Carlos I, por Van-Dyck, y el del *laird* de Macnab, vestido de jefe de tribu. En el salon se ve tambien otro retrato de un marqués de Breadalbane, cuando niño, y con el vestido de jefe de highlanders de tiempos de la reina Ana.

las, pero que *aquí* no puedo escribirlas (1).

Faltábame ver la famosa ala del castillo que fue habitada por la reina María Estuardo; subí á ella por una escalera de piedra, cuyo aspecto me pareció bastante fúnebre, y en una de las primeras piezas se ofreció á mi vista la cama de Carlos I, que hizo en mí el efecto de un catafalco. Sus colgaduras, destrozadas y ennegrecidas por el tiempo, están rodeadas de una barrera hecha con un largo cordón encarnado, para que no pueda nadie tocarla ni acercarse (2). En ella durmió Carlos Eduardo antes de marcharse á Inverness. ¿Pudo descansar allí sin horror? Á mí me pareció el lecho de una víctima.

Pero entremos en la cámara de María Estuardo. A mi derecha tenia su cama, tal como la dejó la reina al abandonar para siempre á Holyrood; pero que al igual de la de Carlos I ha sido notablemente deteriorada por el tiempo. Al contemplarla siente uno helársele la sangre. A la derecha, y bajo una antigua mampara de tapicería del siglo XVI, ocultase una puerta que da á una escalera secreta para bajar á la capilla. Por aquella puerta se presentaron el 9 de marzo de 1566 los asesinos de Rizzio, á cuya cabeza iba *Darnley*. María estaba cenando en el gabinete que le servia de tocador, con la condesa de Argyle, Rizzio y otras dos personas. Presentóse de improviso el esposo de la reina, acompañado de lord Rutven, Jorge Douglas, lord Lindsay y algunos hombres armados, y con los ojos encendidos de cólera y furor. Al verle Rizzio, previó la suerte que le aguar-

(1) Cuando se pronunciaron en Holyrood estas palabras: *Nosotros amábamos mucho á vuestro príncipe*, no podia yo prever que un mes mas tarde lo acreditarian aquellos habitantes tan cumplidamente. Sabido es con que entusiasmo el duque de Burdeos ha sido recibido en la noble ciudad de Edimburgo á fines de octubre último. Las poblaciones se presentaban á su paso para saludarle con estrepitosos vivas, y por cierto que á haber yo presentado el viaje del agosto descendiente de nuestros reyes, no hubiera dejado la Escocia.

(2) De igual modo se hallan todos los demas muebles que guarnecen el cuarto: no puede uno mirarlos mas que de lejos.

daba, echóse de rodillas junto á su soberana, y envolviéndose en los pliegues de su vestido, imploró su proteccion; pero Darnley arrastrando á María Estuardo fuera del gabinete, la separó de él con violencia. Al instante Jorge Douglas dió la primera cuchillada á Rizzio, sacólo del aposento, y mientras que María llenaba el aire con sus súplicas y lamentos, cincuenta y seis puñaladas acabaron con la víctima (1).

Cumplido el crimen, María Estuardo, quebrantada el alma, dejó escapar estas amenazadoras palabras:

— *¡Basta ya de lágrimas, cúmplase ahora la venganza!*

Entré en aquel fatal gabinete, donde se conserva el retrato de Rizzio, que representa un hombre de hermosa figura. Manifestáronse tambien allí, en una cajita que habia pertenecido á María, la deliciosa miniatura de esta reina desventurada. Era la primera vez que la veia llena de atractivos y encantos, tal como la habia siempre soñado. Aquella era verdaderamente la poética reina de Escocia, con todo el brillo de su juventud, antes de los yerros de su vida y de su prision en Lochleven. Al contemplar sus facciones, despues de haber visto las de Isabel no pude menos de cobrar odio á esta rival.

En aquel mismo gabinete hay una *pedra de la coronacion*, que sirvió para la de María Estuardo, aunque no es la de *Scone*; y al lado hay pintada en el mármol una Virgen. John Knox, que, segun dicen, fue otro de los asesinos del cardenal Beaton, y uno de los cómplices del crimen de Darnley, hizo pedazos aquella santa imágen. Recogieronse despues los trozos y volvieron á pegarlos (2).

Pero el lugar mas interesante de aquella parte del pala-

(1) Durante este tiempo, Morton, el canciller del reino, guardaba las puertas del palacio con 160 hombres armados, para asegurar la ejecucion del asesinato.

(2) Si John Knox, no tuvo una parte directa en el asesinato del cardenal Berton, á lo menos se encargó de aprobarlo en lenguaje bíblico (*Historia de Carlos Eduardo* por Amadeo Pichot, tom. I, pag. 405).

cio es el vestíbulo en donde espiró Rizzio. La sangre que se incrustó en las baldosas nunca se ha podido borrar, quedando como un sello de acusacion eterna los colores del homicidio; pues ni los esfuerzos del hombre ni los estragos del tiempo han podido hacerlas desaparecer. Allí se ve el crimen que sale del suelo.

Bajé á la capilla, y ví que estaba tapiada la escalera del asesinato. Entonces me acordé que ya habia visto aquellas tristes y magníficas ruinas en el Diorama de París, á la luz de la luna, y que me habian causado una grande impresion. ¡Pero cuánta mayor fue volviéndolas á ver en realidad y en medio de sus fúnebres recuerdos!... ¡Cuántas desgracias ha habido allí y cuántas víctimas!

En el fondo de la iglesia hay una catacumba cerrada con una verja de hierro, donde estaban sepultados los restos mortales de los reyes David II, Jacobo II, Jacobo V, y su esposa Magdalena y de Enrique Darnley. Juan Knox hizo pedazos sus sepulcros y dispersó los huesos, los cuales fueron recogidos despues, pero no enterrados, puesto que se ven en atillos en el fondo de la catacumba.

Una de las galerías laterales de la capilla está aun en pié con sus hermosos pilares y soberbios adornos de arquitectura: la otra está arruinada. La antigua casa de Dios, aunque sin techo ni maderámen, presenta aun su admirable portada con sus hermosísimos esculpidos. Si no se puede decir en ella la misa, á lo menos se puede aun orar, segun caridad cristiana, por el opresor y el oprimido, por los verdugos y las víctimas.

En otros tiempos, en la edad florida de la caballería, habia un circo de torneo delante de la abadía de Holyrood, liza de guerra entre los dos elevados montes de *Arthur's-Seat* y de *Calton-Hill*, que se llegaba hasta donde está ahora el puente de Jorge IV. ¡Cuántos cambios desde aquella época! El antiguo palenque de los paladines es ahora la parte de Edimburgo que llaman *ciudad antigua*, donde se ven hacinadas, por decirlo, así casas de diez y once pisos: entré

en el parador del *Caballo blanco*, que según dicen fue en algún tiempo un palacio real, y ahora es un grupo uniforme de barracas sucias y medio demolidas. Yendo el marqués de Montrose á buscar allí un caballo para reunirse al ejército de Carlos I, no se lo permitió el populacho: en una de las piedras del parador ví escrito el año 1623. Detúveme después en la calle de la Canongata, delante de una casa histórica construida en 1618 por el conde de Murray. Hay en ella un balcon, desde donde el marqués de Argyle y su familia miraron como iba á la cárcel para ir luego al cadalso el realista marqués de Montrose (1). No muy lejos de ella está la de Juan Knox, en la cual se ve aun la ventanilla desde donde peroraba al *mole* congregado el feroz reformador de vuelta de Francia, en donde habia estado en presidio 18 meses. Debajo de la ventana está su busto, de madera pintada, groseramente esculpido como los santos de capilla callejera. Lo raro es que esté en clase de tal el que en todas partes los destruía como un ángel exterminador (2).

Las cárceles de Edimburgo, celebradas por Walter-Scott, ya no existen, y su puerta con su enorme cerrojo fue llevada á Abbotsford, morada de Walter Scott, en donde está todavía. Fué demolida aquella prision en 1817, haciendo otra en otra parte. Cerca de su solar se halla la hermosa catedral de san Giles (3) y el *Parliament-House* (4). Suba-

(1) El genio implacable de las sectas, dice Villemain en su historia de Cromwell, se mostró en la barbarie del juicio que se hizo á este valiente. Condenáronlo á ser ahorcado en una horca de 30 pies de altura, descuartizado luego y expuestos sus miembros en las puertas de las cuatro ciudades principales del reino.

(2) Está grotesca figura se halla en el ángulo de una gradería. Knox, nació en mayo de 1505, y murió en noviembre de 1572.

(3) Esta iglesia, dedicada á san Giles, antiguo patron de la ciudad, data del siglo XIV. En 1603, Jacobo VI se despidió en ella de la Escocia cuando ascendió al trono de Inglaterra con el nombre de Jacobo I. Su discurso arrancó lágrimas. En ella fueron enterrados el regente Murray y el marqués de Montrose. Es la única iglesia que se libró de la furia devastadora de los sectarios.

(4) La gran sala de *Parliament-house*, *Outer-house* contiene la estatua

mos ahora al castillo de Edimburgo (1).

Anelaba yo llegar á la roca de basalto en donde está sentada aquella fortaleza, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos (2). Primero se llamaba el *Monte de los dolores*, ó por mejor decir el *monte de dolorosa guardia*, como solia decirse en tiempo de *Lancelote del Lago*; luego *Castrum Puellarum* ó *Maiden's Camp* (montaña de las vírgenes) (3); en seguida *Dunedin*, nombre céltico, y ahora *Roc-Castel* (4).

Cuando Carlos Eduardo entró triunfante en Edimburgo en 1745 no pudo apoderarse de la ciudadela; y cuando lue-

de Enrique Dundas, primer lord Melville, y la de Duncan Forbes de Culloden, que en parte fue causa de la derrota de Carlos Eduardo. Este magistrado hizo despues vanos esfuerzos para impedir que el duque de Cumberland convirtiese la Escocia en un vasto cementerio, pues en premio de sus servicios, vió matar hasta sus mas próximos parientes.

El *Parliament-house*, se ha embellecido con nuevos edificios adheridos muy elegantes, en donde hay una preciosa biblioteca (*avocates library*).

(1) En aquel mismo cuartel se eleva un edificio gótico en forma de iglesia conafilgranadas agujas, cuya arquitectura es admirable. En él estará la sala del congreso general de la iglesia antigua de Escocia, no de la *pronunciada*. Delante se ve la casa de María de Guisa, mujer de Jacobo V, y madre de María Estuardo, y á fe que no se puede comprender como ha sido aquello un palacio en otro tiempo. En sus paredes se lee: *Laus Deo* (Gloria á Dios) y este es su único adorno con la data de 1591.

(2) Es una de las cuatro fortalezas que segun el tratado de la Union deben estar siempre guarnecidas: las otras tres son Stirling, Dumbar-ton y Blackness. La roca de Edimburgo se halla á trescientos ochenta y tres pies sobre el mar y en 1296, cuando las guerras entre Bruce y Baliol fue sitiada y tomada por los ingleses que la tuvieron hasta 1373. Bruce la tomó, y destruyó sus fuertes, que Eduardo III levantó otra vez. En 1344, sir Williams Douglas echó de ella á los ingleses y en 1543 Isabel se la quitó á María Estuardo. En 1550, capituló con el ejército de Cromwell.

(3) Diéronla este nombre, porque, segun se dice, fueron educadas en ella durante muy largo tiempo las hijas de los reyes pictos.

(4) Fue en otro tiempo una residencia real, y ahora no es mas que una caserna y hospital militar. María Estuardo parió allí á Jacobo VI, que reunió la Inglaterra con la Escocia.

go despues se fue á la expedicion de Inglaterra no dejó por guarnicion en el palacio de Holyrood mas que un solo montañés. —Muy poco estarás sin ser preso, le dijeron algunos falsos compañeros.— ¡Báh! contextó el Higlander hablándoles al oido, se conoce que no sabeis lo que pasa; pero yo os lo diré. Hay mas de quinientos hombres ocultos en nuestros subterráneos para cortar la retirada á los ingleses si bajan de su peñasco. Esta confidencia fue en seguida comunicada al gobernador de la plaza, y hasta que volvió Cárlos Estuardo flotó su bandera en el palacio de los reyes de Escocia, mientras el estandarte de la casa de Hanover era defendido por numerosos soldados en la cumbre de la fortaleza.

No puede darse cosa mas interesante que la roca ciudadela de Edimburgo. Despues de subir mas de trescientos pies y pasar puentes levadizos que parecen estar en la cumbre de la montaña, hállase uno en medio de rocas que es preciso trepar para llegar á otras puertas que conducen á otros picos sobre los cuales hay otros fuertes: rústicos todos, formidables y desordenados. Habia yo admirado el panorama de Edimburgo desde lo alto de Calton-Hill; pero mi entusiasmo fue grande cuando lo contemplé desde la altura del Maiden's-Camp. Tenia delante de mí las cadenas de montañas de Arthur's-Seat, de Blackfcford y de Pentland-Hills; veia el antiguo convento de frailes blancos destruido en parte por los reformistas, en el cual habia sido enterado el historiador Robertson, y contemplaba el lugar donde fue ajusticiado Montrose, la mar y sus navíos, el Ben-Lomond y sus nubes, muchos hermosos puertos y fértiles valles. Enseñáronme á lo lejos una cantera de donde habian sacado piedra los holandeses para construir el palacio de Amsterdam. Aquel cuadro mágico me tenia extasiado, y trabajo costó el sacarme de allí (1).

(1) En una esplanada del fuerte, hay un cañon de prodigioso calibre, llamado *Mons-meg*, porque fue fundido en Mons. Sus balas pesan de 250 á 300 libras.

Aun me esperaba otro curioso espectáculo, pues mis guías me acompañaron al interior de la fortaleza para ver *the scottish regalia* (las insignias reales de Escocia). Subimos la escalera de una torre, y entré en una sala abovedada, sin ventanas como un calabozo, colgada de morado y negro como una capilla y alumbrada por cuatro lámparas suspendidas en torno de una jaula de hierro.

Aquella jaula, colocada en medio de la extraordinaria sala, presentaba por entre sus borrones *la antigua corona de los reyes de Escocia, una espada que el papa Julio II regaló á Jacobo IV, y dos cetros reales, uno de los cuales data del siglo XIV*. Estos objetos, cerrados desde el tiempo de la reina Ana en un cofre de encina con aros de hierro, casi se habian perdido, pues no se sabia en donde estaban, hasta que Walter-Scott haciendo escavaciones en el castillo encontró el cofre, que está ahora en la misma sala antedicha. La corona es de oro, adornada con piedras preciosas, y está colocada sobre un almohadon de terciopelo guarnecido de armiño. Al lado se ve la hermosa espada de Jacobo IV y el magnífico cetro de Jacobo V, adornado con flores de lis. Este cetro tiene una bola de cristal procedente de un templo de druidas.

Debajo de aquella caja ó jaula pude ver la órden y el collar de la jarretiera dado por Isabel á Jacobo IV: eran del cardenal de Yorck quien se los envió á Jorge IV que le pasaba una pension en Roma. Tambien está allí el anillo de la coronacion de Cárlos I (1).

Si yo quisiese detallar los numerosos monumentos de Edimburgo, ¡cuántas páginas mas llenaria aun! Tendria que hablar de la universidad, del instituto real, del hospital de Watson, de la real enfermería y de los puentes y estatuas de la ciudad; pero esas bellas creaciones se han descrito ya en muchas partes, y solo hablaré de las primeras.

(1) La duquesa de Albania que habia recibido este anillo de su padre Cárlos Eduardo, lo envió á Inglaterra, esperando considerables sumas, que segun dicen no recibió.

La Universidad, no la habia en Edimburgo antes del siglo XVI, hasta que Jacobo VI la fundó en 1582. En el lugar que ahora ocupa habia antes una casa aislada llamada Kirk-of-Field (iglesia de los campos). Allí dormia tranquilo en su lecho lord Darnley de vuelta de Glasgow, diez meses despues de la muerte de Rizzio, cuando entrando de improviso el conde de Bothwell, nuevo favorito de María Estuardo, se precipitó sobre él y ahogóle. Para borrar toda señal de homicidio, Bothwell hizo saltar la casa con barriles de pólvora que se habian traído de Dumbar con aquel objeto, y así se cumplió la palabra que pronunció María Estuardo despues del asesinato de Holyrood, *no mas lágrimas: venganza y nada mas* (1).

El instituto real: Este edificio de largas columnatas fuera un momento magnífico si fuese mas elevado. En él se hace la exposicion de pinturas; y entre otras cosas curiosas vi el *maiden* (guillotina escocesa), que se puso en uso por el regente conde de Morlon, el cual segun dicen perdió en ella la cabeza (2). ¿Porqué con tanta frecuencia entre los diferentes cuadros que se ofrecen á la vista durante el curso de la existencia, no se puede profundizar ni examinar cosa alguna sin hallar luego la marca del homicidio y del crimen?...

Acababa yo mis excursiones en Edimburgo, cuando una carta amabilísima de la duquesa de Hamilton me incitó á visitar el *Hamilton-Palace*, que es una de las mas bellas moradas que hay en Escocia. De camino pasé por Falkirk, en donde Carlos Eduardo alcanzó su brillante victoria con-

(1) La casa de Kirk-of-Field estaba aislada y en campo libre. Su terreno elevado, la daba toda la salubridad del aire.... El domingo 9 de febrero de 1567, salió de ella la reina á las once de la noche, para ir á un baile de Edimburgo, y á las dos de la madrugada siguiente, saltó minada la casa. Hallaron muertos al rey y á un criado que dormia en su mismo cuarto, y echados á un jardin cercano, dentro de las murallas de la ciudad. Darnley no tenia mas que 21 años (*Historia de Escocia* por Robertson).

(2) Este hecho ha sido desmentido por algunos escritores.

tra el general inglés Hawley y vengó la derrota de Wallace. Vi el Linlithgow en donde nació María Estuardo, y el llano de Bennockburn, en donde Roberto Bruce, vencedor, rompió el yugo de la Inglaterra en 1314. No lejos de allí se halla el lugar de Cameton, en donde habia una ciudad romana construida por Vespasiano, y en cuyos campos los antiguos caledonios dieron uno de aquellos poéticos combates cantados por Ossian. Entre Falkirk y Stirling se hallan los restos del bosque de Torwood, en donde Wallace perseguido por sus enemigos no tuvo mas refugio que una encina, de la cual queda un fragmento que el pueblo venera todavía.

Hamilton, situado en medio de un soberbio parque, es un palacio como pueden tener muy pocos soberanos. Su fachada y su elevada gradería adornadas con columnas, recuerdan los monumentos de Roma y de Atenas (1). En su interior ha reunido el duque de Hamilton todo cuanto ha podido hallar en Europa curioso y raro. Su gran galería con sus columnas de pórfido negro de un solo trozo, su trono, su techo, sus escudos de armas con flores de lis de oro, sus retratos de familia y sus muebles de Boule, es una de las mas suntuosas del mundo. Uno cree hallarse en el Louvre cuando se pasea por aquel interminable corredor de cuartos y salones en donde se ven hacinadas obras maestras de mármol y de bronce y preciosidades de todos géneros. Muchos años y revoluciones ha necesitado el duque para alcanzar tantas rarezas como se han transportado á su palacio de las cuatro partes del mundo (2).

(1) El estilo de la arquitectura de este palacio es greco-romana. Las esculturas de madera y de piedra de aquella casa, su peristilo y su escalera negra, son hermosísimos. Se necesitaria un volumen para detallar el número de salones y galerías que tiene. Cada dia la visitan infinitos curiosos.

(2) Bajo los artesones de aquel museo real se halla el célebre cuadro de Rubens: *Daniel en el lago de los leones*. Hay tambien un retrato de cuerpo entero de Carlos I por VanDyck y otro tambien de cuerpo entero de Napoleon por David. Entre los muebles del palacio ví un gran

Poco despues de mi llegada me propuso el duque de Hamilton un paseo á caballo, pues él es excelente ginete. Fuimos al castillo de Chatellerault, llamado así porque los Hamilton fueron hechos duques de Chatellerault por el rey de Francia en 1548, en recompensa de servicios (1): de allí pasamos á las ruínas de Cadzow, antiguo castillo de los reyes de Escocia (2) y volvimos luego al palacio.

Yo tenia muchas ganas de ver á la princesa Maíra de Baden, que es nuera del duque de Hamilton; pero la marquesa de Douglas habia ido á visitar con su marido sus hermosas posesiones de Arran. Mucho lo sentí, porque yo habia conocido á la hechicera hija de la gran duquesa Estefanía en Baden-Baden y me habia alegrado infinitamente de verla á ver en Escocia. El duque queria que para esto me aguardase algunos dias mas, pero el tiempo corria y me quedaba muy poco para acabar mi viaje. Entonces no preveia yo que al cabo de algunas semanas iria á Escocia S. A. R. el duque de Burdeos!....

El duque de Hamilton se hallaba á la sazón solo con su esposa; pero no por esto dejé de ver el castillo con toda su pompa. La comida se celebró en el salon de los banquetes,

un cofre de laca de la China que fue del cardenal Mazarini, una enorme copa de onice montada en plata sobredorada, y una magnífica bajilla de porcelana de Sevres que le regaló al duque de Hamilton, Carlos X cuando se hallaba en Holyrood. El duque de Burdeos pasó algunos dias en Hamilton siendo niño y S. A. R. fue recibido regiamente por el noble duque su dueño, cuando ahora le visitó.

(1) El bisabuelo del actual duque construyó aquel castillo conforme al plan del de *Chatellerault* en Francia. Sabido es que cuando el cautiverio de María Estuardo, Hamilton Bothwellhaugh mató al regente Murray que le habia quitado los bienes y causado la muerte de su esposa por los malos tratos que la hizo sufrir. La carabina con que le mató, la conserva el duque en su palacio.

(2) Cadzow data del siglo VIII y fue morada real. Sus ruínas se hallan en la garganta de una montaña y dominan un torrente. Este castillo en cuyas inmediaciones se hallan piedras druidicas, fue asolado por las guerras civiles en tiempo de María Estuardo, y por último lo mandó quemar Isabel, por el afecto que habia profesado á la reina de Escocia la familia de Hamilton.

y al levantarme de la mesa del magnífico castellano, hallé alumbradas todas las galerías, calientes y espléndidas como si se preparase una fiesta.

Del palacio de Hamilton pasé á Lanark, en donde Wallace comenzó sus primeras hazañas. Cerca de allí se hallan las célebres cascadas del Clyde, que me admiraron tanto como las del Rin en Schaffhouse y las de Trollhatan en Suecia. El conde de Wemyss, uno de los mas nobles y ricos propietarios de la Escocia me habia ofrecido la hospitalidad de su castillo de Gosford, y fuí á pasar en él algunos dias (1).

El castillo de Gosford se halla á orillas del mar en medio de encantadores boscajes. Junto á sus estanques hay fábricas, y los bolingrines se ven rodeados de florestas (2). El abuelo del conde de Wemyss, hermano del célebre lord Elcho, que siguió al pretendiente en Francia despues de su última derrota, construyó en 1800 y en la misma hacienda un palacio que le costó tres millones; pero despues fue abandonado, porque el lord actual construyó otro nuevo á doscientos pasos del primero, y este que representa ciento cincuenta mil francos de renta se ha quedado solo con su magnificencia, inhabitado y desierto, para arruinarse luego.

El llano donde se dió la batalla de Preston es casi todo de lord Wemyss y yo lo recorrí en una calesa, merced á la castellana de Gosford que me invitó á ello. Vi el lugar en donde el dia antes de la batalla durmió Carlos Eduardo sobre un monton de vainas de guisantes secas, no queriendo

(1) Puesto que hablamos de las moradas cómodas de las islas británicas voy á manifestar un contraste entre las camas de Escocia y las de Alemania: las primeras son muy anchas con sábanas y cortinas anchísimas, y las segundas no tienen mas que dos pies de ancho, son cortísimas y sin cortinas, y las sábanas una especie de servilletas que nada tapan.

(2) Lord Wemyss tiene una coleccion de cuadros preciosísimos, y estatuas de mármol italianas de mucho valor. Un dia vi pescar en sus estanques y en diez minutos se recogieron quinientos pescados grandes y pequeños.

mas techo ni mas cama. El duque de Perth mandaba su ala derecha y la izquierda lord Jorge Murray. Allí dieron cima los highlanders á hechos de armas que no parecen posibles mas que á un pueblo de gigantes : los Mac Gregors , armados con una especie de guadañas llamadas *hachas de armas de lochaber* , cortaban á cercen y en un instante las cabezas de los enemigos , y nada era igual á su impulso. Un imberbe highlander hizo por sí solo diez prisioneros y los llevaba delante como un rebaño de carneros. Presentáronle á Cárlos un jóven de catorce años al acabar la pelea y díjole el príncipe. Me han asegurado que has muerto catorce enemigos : ¿ es esto verdad ?

— Yo no sé si los he muerto respondió el héroe muchacho ; pero lo cierto es que los he pasado de parte á parte con mi acero.

Detuvímonos junto al sendero en donde el general inglés volvió la rienda al caballo , y se escapó hácia Berwick aquel sendero se llama aun *camino de John Cope*.

Cuando el general llegó á Berwick díjole lord Mark-Ker : ¡ Sir John ! vos sois el primer general de Europa que trae la primera noticia de su derrota (1)....

Si en aquella época y cuando la marcha del pretendiente á Londres llenaba de terror el palacio de san James , la Francia hubiese enviado algunos batallones á Escocia , como habia prometido , los Estuardos volvian á subir al trono (2) ; pero Cárlos Eduardo tenia desgraciadamente por aliada una corte sin energía y corrompida por los excesos de la re-

(1) Los escoceses no tuvieron en Preston mas que treinta muertos y ochenta heridos ; los ingleses perdieron en el campo de batalla , ó bien en la retirada , quinientos muertos y mas de mil prisioneros , y sus tiendas , bagajes , cañones y banderas.

(2) Habiendo corrido la voz en Londres de que habian desembarcado 40,000 franceses , mandó aprestar barcos junto al muelle de la torre , ocultó en ellos sus tesoros y dispúsose todo para embarcarse S. M. para Holanda á la primera noticia que diese. Cárlos Eduardo no estaba mas que á tres leguas de Westminster (*Historia de Cárlos Eduardo* por Amadeo Pichot. t. II , pag. 447).

gencia. Madama de Pompadour dirigia á un tiempo mismo el ministerio de Luís XV y las voluptuosas fiestas de Cloisy. En París se cometió una flaqueza socolor de prudencia, y se prepararon las caidas futuras de la monarquía legítima abandonando la causa del buen derecho. ¡Cuán diferente-mente no se hubiera obrado si hubiera vivido Luís XIV!

Lady Kinnaird me habia regalado un plaid escocés y lady Harriet Suttie, hija de lord Wemyss, me dió para sujetarlo en el hombro un broche de plata que llevaba un bravo highlander en la batalla de Preston: para mí son dos recuerdos preciosos.

¡Cuánto me costaba tener que salir de Escocia! Érame tan dulce el estar entre aquellas nobles familias que tan bondadosamente acogen á los viajeros!... Preciso fue sin embargo resolverme á nuevos adioses. El dia antes de partir propúsome el mayordomo del conde de Wemyss una larga excursion en los Haddington-Shire; y aprobándola yo, partimos.

Un gran número de iglesias y conventos arruinados me probaron que Cromwell habia pasado tambien por allí. Vi el antiguo castillo de Red-House, fortificado, segun dicen, por un general francés llamado *de Thermes* en 1549, y llegamos á Haddington.

Esta ciudad antiquísima, *civitas quatuor burgorum*, se halla situada á orillas de un hermoso rio llamado el Tyne, y tiene 4,000 habitantes. Ada, condesa de Northumberland, fundó en ella un convento de monjas en 1178, y María Estuardo tuvo allí un parlamento en 1548. Jacobo VI hizo á Juan Ramsay vizconde de Haddington por haberle salvado la vida en Perth, segun él decia, cuando el atentado de los Gowrie.

Al sud de la ciudad hay una antigua abadía de Franciscanos, arruinada ahora. El *piadoso* Cromwell, despues de haberla demolido á cañonazos, envió las campanas á Inglaterra, sabida la celebridad de sus repiques.

Cuenta una leyenda de Haddington que cuando la terri-

ble inundacion que sumergió en 1558 la mayor parte del país y ahogó muchísima gente, salió una religiosa de la abadía con una estatua de la Virgen en los brazos, y que acercándose á las furibundas aguas que lo cubrian todo, la dijo á la santa imágen: — Si no salvas la abadía te echo al rio. El agua que seguia subiendo y que ya le pasaba de las rodillas, tocó los pies de la estatua y en seguida empezaron á menguar y retirarse, y salvóse el monasterio.

Las ruinas de la iglesia son preciosas: algunos paredones en pie demuestran aun su antiguo esplendor: en el recinto hay muchos sepulcros. Adyacente al antiguo monumento hay una iglesia moderna en donde se predica: el *pronunciamento* religioso que agita la Escocia será causa de que se construyan cinco ó seis mas. Gracias á las divisiones y subdivisiones de cultos disidentes que se esparcen y pululan en la cristiandad actual de la Caledonia, paréceme que luego habrá tantas religiones como familias, y tantas iglesias como casas. ¿Estará allí bien aplicado el refran de *por mucho pan nunca mal año*?

Á cien pasos de la abadía se halla la casa en donde nació John Knox, el cual no se ocupaba en construir iglesias; trabajaba solamente en ellas, lo mismo que Cromwell, como arquitecto de escombros.

En un extremo de la ciudad hay una casa curiosísima, y es la que dió abrigo á Bothwell despues del asesinato de Darnley, que tiene una torrecilla y un torreón: aquel asilo, salvador en algun tiempo, parece ahora una ladronera (1).

Cerca de Haddington hay un hermoso castillo que se llama de Amisfield, de arquitectura griega, propiedad de lord Elcho, hijo de lord Wemyss: parece todo de pórfido porque todas sus piedras son rojas y brillantadas. Á su lado tiene una miserable cabaña, en donde hace diez años suce-

(1) En la entrada de Haddington hay un hermoso monumento dedicado á M. Ferguson, miembro del parlamento que casó con la mujer divorciada de lord Elgin, el que devastó los templos de la Grecia para adornar los jardines de Inglaterra.

dió una trágica catástrofe, cuyos detalles apunté.

Una pobre viuda, á quien la Providencia habia dado dos hijas, habitaba aquella pobre cabaña con una de ellas que tenia diez y seis años. La otra hermana vivia en aquellas cercanías con un tío suyo buhonero llamado Edmundo.

Este, cuñado de la viuda, era casado pero sin hijos, habia adoptado á su sobrina y la prometia su herencia. Un dia, de vuelta del mercado, acercósele la viuda y le dijo:

— Traígote un par de zapatos que te he comprado. Mira que herraduras tienen en los talones. ¿No es verdad que son muy extraños? nadie los tendrá semejantes.

— ¡Gracias! contextó el buhonero en tono brusco; ya me gusta á mí no ser semejante á nadie.

— Entonces he hecho buena eleccion, respondió riendo su cuñada; los zapatos te distinguirán de los demás.

¡Cuán poco pensaba ella en lo profético de sus palabras!

Pocos dias despues, en tiempo de lluvia y en noche obscura, entró furtivamente Edmundo en casa de la infeliz viuda, pasó parte de la noche en un establo de cerdos, y saliendo de allí sin luz, cuando todo dormia en torno suyo, dirigióse á la cama de la mujer y la degolló á ella y á su hija.

El motivo jamás se ha podido saber, porque nunca la habia manifestado aversion y á su hija la miraba como si lo fuese suya. Pero ¿porqué mató la hermana? Otro crimen que tampoco se pudo comprender. Las víctimas tenian algun dinero y él no lo tocó: poseian un reloj y él lo tiró por la ventana: razones todas para probar que no habia intencion de robo.

Al amanecer le encontró una mujer mientras se lavaba con la mayor calma las manos en el agua de un arroyo.

— ¡Bien de mañana os lavais! le dijo la labradora.

— Sí, respondió el buhonero alegremente. Para mí la limpieza es *vida*.

Estas palabras contenian doble sentido; y en ellas la audacia era tanta como la imprudencia.

Edmundo se fue á su casa como si tal no fuera, acostóse

junto á su mujer y durmióse tranquilamente. Cundió luego la noticia del asesinato, y al oirla exclamó el asesino. ¡Oh! ¡esto es horrible! Su sobrina se desesperaba; pero él procuraba consolarla diciendo: — Pierde cuidado, ya sabremos quien ha muerto á tú madre. Tarde ó temprano se castigan los crímenes.

En esto llegó la justicia para prenderle á él.

— ¿Cómo, exclamó riendo, de mí se sospecha? ¿De mí? ¡Pardiez! vaya una humorada.

— Tenemos pruebas contra vos, respondieron los agentes de justicia.

— ¿Qué pruebas?

— Enseñad vuestros zapatos.

— Aquí los teneis: ¿qué mas ahora?

— Os acordais de las palabras que os dijo vuestra cuñada: ¿*Estos zapatos te harán distinguir de todos?*

— Sí.

— Pues ellos os han hecho distinguir.

— ¡Cómo, qué estais diciendo!

— *Nadie los tiene semejantes á los vuestros.*

— Ya lo sé; pero acabad.

— Las herraduras de los talones se han marcado en el suelo humedecido desde la cabaña de las víctimas hasta la casa del homicida.

Edmundo murió en el cadalso.

No lejos del castillo de Amisfield existia en otro tiempo la antigua casa de New-mills, en donde residia la noble familia de los Stanfield. Aquella casa no existe ya y en su lugar ha quedado una soledad salvaje por donde parece que haya pasado el viento de las maldiciones. Allí está *el pozo de las fantasmas*, llamado así porque diz que en ciertos dias de crimen y de muerte salen de él espectros con puñales..... Pregunté de que procedia aquello, y me contaron la siguiente historia, que corrió mucho por todo el reino en el siglo XVII, y que aun hoy dia es objeto de mil controversias. Yo leí algunos detalles en los archivos del país, y sé que dió

materia á un inmenso rimerero de documentos de acusacion y de notas justificativas. Pocas causas ha habido tan célebres.

La gota de sangre.

—

Por los años de 1687, sir James Stanfield, coronel de los ejércitos de Cromwell, se retiró del servicio despues de la batalla y victoria de Dunbar, y se estableció cerca de Haddington en su hacienda de *New-mills*. Tenia riquezas y honores, y sin embargo siempre estaba mal humorado y era su carácter feroz, pues ningun sentimiento afectuoso tenia cabida en él, fuese por distraccion del espíritu, fuese por enfermedad del corazon. No creia en el bien mas que como excepcion del órden universal: sí reconocia *justo* á un hombre, éralo porque no le habia sido necesaria la iniquidad; el *sobrio* porque no podia resistir á las bebidas, el *parco* porque no digeria, el *casto* porque era impotente por la frialdad de su sangre. A esto añadia que en el mundo no habia virtud mas que en aquellos que ya no podian ser viciosos. Por último, segun él, la palabra Dios significaba *necedad* en el hombre sano y *flaqueza* en el moribundo.

Sir James Stanfield vivia con su esposa y su hijo complaciéndose en atormentarlos de continuo, teniendo cierto amor propio en hacerse tan odioso como temible. Nunca padre de familias hizo mas infelices á los que le rodeaban: su entendimiento, sombrío siempre por los malos pensamientos, era agitado de continuos furoros. Parecia poseido del demonio.

Su hijo, Felipe Stanfield, uno de los hombres mas bizarros de la Escocia, tenia un carácter enteramente opuesto: amable, apacible y benévolo, aunque vivo, ardiente y

valeroso no pensaba mas que en granjearse la estimacion y confianza pública: era tan bueno como gallardo. En la primavera de su edad, amábale entrañablemente la jóven Ines Hepburn, hija de un baron de aquellas cercanías, á quien conocia desde niña.

Hallábase un dia con ella en el castillo de Hails, y sus miradas fijas tristemente en el hermoso rostro de Inés parecian llenas de sufrimiento.

—¿Porqué estás tan abatido? le preguntó la jóven con inquietud. ¿Qué tienes? ¡Me das miedo!

—¡Qué he de tener! respondió Felipe Stanfield, los malos tratos de mi padre....

—¿Qué hacen?

—Son peores cada dia.

—¿Qué ha sucedido pues?

—Acabará por quitarme á mi pobre madre precipitándola al sepulcro. Se ha atrevido á pegarla delante de mí....

—¡Á pegarla!

—Y yo estaba presente. Inés, confieso que mi sangre hervia en mis venas y que si hubiese tenido un arma....

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cállate!

—¡Oh! sí, Inés mia: yo adoro á mi madre y hubiera querido defenderla, ó por mejor decir, vengarla.

—Desecha tan fatales pensamientos, Felipe. ¡Cuánto siento que esté ausente mi hermano! Si Juan Hepburn no estuviese de servicio en el castillo de Edimburgo, sus prudentes consejos calmarian tu irritacion, porqué él te ama mucho.

—Tambien es militar y comprenderia lo que yo sufro.

—Tú madre, Felipe, odia mucho á tu padre, y lo deja conocer demasiado pues no oculta sus sentimientos de aversion que no deberia querer trasmitirte: sus imprudentes palabras, y esto me consta bien, te irritan muchas veces culpablemente; no las escuches, Felipe, no las escuches.

—Le hace odiosa la vida, y siendo una plaga para la familia causa horror á todo el país.

—No por esto deja de ser tu padre.

—Sabe que te amo, Inés, y me ha prohibido verte diciéndome que nunca consentirá en nuestro enlace. Ya lo ves, mientras él viva no es posible nuestro casamiento, ni hay felicidad para nadie, y aun puede vivir veinte años.

—Solo Dios es dueño de las vidas, responde Inés bañada en lágrimas. Vuestro padre puede prohibiros verme, pero no me impedirá que os ame. Mantengámonos puros y sin tacha y tal vez cambien las circunstancias. Esperémoslo todo del tiempo y del cielo: aquel pasará, este será nuestro protector.

¡Inés! ¡Inés! ¡ruega á Dios por nosotros!

Felipe volvió á New-mills, seguro de ser recibido como de costumbre con aspereza y mal modo. Detúvose con el alma ulcerada junto al puente que mas tarde debia llamarse *de las fantasmas*, rodeado de árboles corpulentos y de altos y siniestros cipreses. Al pie de uno de ellos estaba sentado un veterano que habia militado á las órdenes de sir James. Felipe retrocedió al verlo, porque aquel hombre de atlética fuerza tenia un rostro feroz, que lo era aun mas por su espesa barba roja y por sus diabólicos ojos. Llamábase *Samuel Mangor*, y vivia solitario en una buhardilla, en donde nadie habia penetrado desde que él la habitaba despues de su vuelta del servicio. Allí, segun decia el vulgo, pasaba el tiempo en trabajos cabalísticos, y creyéndole discípulo del diablo todo el mundo le temia.

—Salud, sir Felipe Stanfield, dijo levantándose al ver al jóven: ¿os hago miedo por ventura?

—No. ¿Porqué me preguntais esto?

—Porque está tétrica vuestra alma y yo leo en vuestros pensamientos.

—*¡En mis pensamientos!* ¿Cuáles son mis pensamientos? Vamos á ver, explícate.

—Con el mayor gusto: vos estais enamorado, sir Felipe.

—Á mi edad, ¿quién no lo está?

—Hay hombres que nunca aman, y esto mejor lo sabeis vos que yo. Pero á vos, sir Felipe, no os falta sentimiento, puesto que ahora abriga vuestro corazon tanto amor como ira. ¿Me engaño tal vez?

—Continua.

—Ya sabeis que no debeis ser feliz mientras viva vuestro padre, y sin embargo hay un medio para libraros de él, teniendo firme la voluntad y audaz la mano: no os falta el poder, lo que os falta es el valor.

—Cállate, Samuel, yo no te entiendo.

—¡Oh! sí que me entendéis. ¡Escuchadme bien, sir Felipe! Yo aborrezco tanto y aun mas que vos al tirano de esta comarca, porque mató á un hermano mio y deshonoró á una jóven que debia ser mi esposa. Cuando y como, no lo sé, ni tampoco en donde; pero esto os importa poco: lo cierto es que yo no tengo mas que una idea en el alma inflexible y constante.... *la venganza*. Autorizadme para herir, y yo libro á vuestra madre y os casareis con vuestra querida.

—¡Vete, demonio, vete! contesta Felipe indignado. Monstruo! ¿un parricidio me propones?

—Ya esperaba yo esta primera exclamacion, pero la reflexion vendrá luego: de aquí á una hora me hallareis aquí.

La conversacion se renovó en efecto.

Aquella tarde fue horrible.... Retumbaba el trueno tras los ardientes relámpagos; y los habitantes de aquella comarca aseguraban haber visto junto al puente de Newmills y en medio de la borrasca dos hombres vestidos de negro con un puñal en la mano, que de improviso desaparecieron como si el pozo se los hubiese tragado. Corrian por debajo de los árboles llamas de fuego, aullaban los perros, revoloteaban las aves de siniestro agüero y reinaban allí el crimen y la muerte.

El dia siguiente hallóse á la orilla del rio el cuerpo de sir James Stanfield, muerto por la noche durante la borrasca. ¿Pero cómo á tal hora le habia arrojado el agua del rio?

¿Habíase herido tal vez él mismo y anegádose luego, ó despues de asesinado le habian echado al rio *Tyne*? ¿Era aquello un suicidio, ó un asesinato? Difícil era decirlo, pero la justicia iba á averiguarlo.

El cadáver de la víctima fue expuesto solemnemente en la abadía de Haddington, y hallóse que sir James habia sido asesinado antes de caer en el rio. ¿Pero quién era el homicida? Nadie lo sabia, pues aunque se sospechaba, nadie lo podia asegurar. En tal caso, y segun las supersticiosas ideas de los antiguos tiempos, decidióse que se acudiria al juicio de Dios, por prueba extraordinaria, ya que no bastaban los recursos del entendimiento humano. El tribunal no dudaba de que un poder sobrenatural prestaria su auxilio, y diéronse órdenes al efecto.

En medio de la antigua catedral de Haddington, en parte derribada por las balas de cañon de Cromwell, se expusieron los restos mortales de sir James Stanfield. Formóse un catafalco debajo de la nave principal entre los escombros y ruinas, y encima, rodeado de cirios y bajo una especie de dosel negro, estaba el cuerpo desnudo, lívido y manchado de sangre. El lord teniente, el cherif del canton y los ministros del culto protestante, todos revestidos con sus trajes particulares presidian aquella extraña ceremonia; y un gran gentío reunido bajo los arcos rotos de la iglesia y sobre los zócalos fracasados de las columnas y en los mutilados sepulcros la contemplaba. La destruccion y la muerte rodeaban á los circunstantes, cuyos corazones estaban llenos de terror.

La viuda de sir James, lady Stanfield, ocupaba un escaño al lado de su hijo delante del espantoso sarcófago, y con ellos estaban tambien sus familiares y criados. Inés Hepburn envuelta con su manto negro estaba oculta entre la muchedumbre cerca del catafalco, y puesta de rodillas y con las manos juntas murmuraba estas palabras: — ¡Dios mio! *designad al culpable.*

Empezó la ceremonia: un sacerdote por medio de un dis-

curso lleno de imágenes terribles y volviéndose luego al hijo de la víctima, terminó así con voz fuerte y solemne ;

— ¡Felipe Stanfield! No bastando las luces humanas para descubrir al matador de vuestro padre, recurrimos á las del cielo, y Dios disipará nuestras tinieblas. Vos mas que nadie debeis desear saber la verdad, permitid pues que todos los habitantes de esta comarca vengan á jurar sobre el cuerpo de la víctima que son inocentes de ese crimen, y haced vos lo mismo, pues así lo ha decidido el consejo privado. Consentís, sir Felipe.

— Con todo mi corazon, contestó el jóven saludando con calma y piadoso respeto. ¡Comience la ceremonia!

Pasaron muchos habitantes por delante del cadáver y levantando la mano dijo bajo juramento cada uno. *Soy inocente.* Presentóse luego Felipe Stanley, acercóse al cuerpo de su padre con la frente pálida aunque tranquila, y levantó á su vez la mano diciendo :

— ¡Soy inocente!

En aquel instante pareció moverse y abrirse la herida del asesinado, saltaron de ella gotas de sangre, y una se estampó en la frente de sir Felipe, que retrocedió lleno de horror.

— ¡Dios mio! ¡tened piedad de mí!

Á este grito contextó otro grito de desesperacion lanzado por una jóven que cayó convulsa al pie del fúnebre túmulo. Contemplóla Felipe y reconoció á Inés.

— ¡Él es el asesino, él es! gritó el populacho irritado. ¡Maldicion y muerte al parricida!

— ¡Maldicion! repitieron los sacerdotes.

¡Y muerte! añadió el Sherif.

Exasperada la turba, lanzóse contra Felipe Stanfield queriendo hacerle pedazos; pero, aunque con muchísimo trabajo, lograron librarle de aquellos caníbales los sacerdotes y los magistrados.... Esto no era mas que dilatar el suplicio, porque el 15 de febrero de 1687 por sentencia dada por sus jueces fue condenado Felipe Stanfield á tener cor-

tada la lengua como *sacrilego*, cortado el puño como *parricida* y ahorcado luego como *asesino*.

Intimóse la sentencia al jóven en la cárcel de Edimburgo á donde fue trasladado, y su lectura no le inmutó, pues la escuchó sin temblar, tranquilo y muy sereno, sin descubrirse en su hermosa y dulce fisonomía señal alguna que indicase un crimen.

— *Soy inocente*, repetia con voz firme y sonora. Me acusa un hecho inexplicable y mis jueces no se pueden acriminar: ante ellos Dios me presenta culpable; pero subiré á él sin mancha de homicidio. Ellos me condenan al suplicio, y él me prepara una recompensa.

Al anochecer del dia anterior al de la ejecucion abrióse la puerta del calabozo de Felipe y entró una mujer.

— ¡Inés! exclamó al verla el preso.

— ¡En nombre de nuestro antiguo amor! respondió la jóven con la mas austera gravedad, vengo á pedirte dos palabras. Mira: este es el libro de los Evangelios, y en su primera página hay una gota de sangre que yo he puesto. Ahora bien.... sobre esta sangre que es tambien de tu padre, sobre esta sangre que pareció acusarte en Haddington dime: *soy inocente*, y te creeré. Estás ya en tus últimos momentos, y debiendo comparecer ante Dios no mentirás. Si eres culpable, Felipe, dímelo tambien: Inés te perdonará desde luego y Dios te será misericordioso.

— Inés, responde Felipe con la exaltacion del amor terrestre y del amor celestial: espero que el cielo hará mas que perdonarme, puesto que me debe un premio. El fallo de los hombres me condena; pero la justicia de Dios me salva.... Ya veo venir un ángel....

— He visto salir á un sacerdote.... añadió Inés.

— Sí, y ese sacerdote me ha absuelto. Yo le he dicho: *Mañana he de subir al cadalso*; y él me ha contestado: *¡Mañana subireis al cielo!* No me pesa ya de mi suerte.

— Felipe, ya no dudo, te creo; pero no importa, es menester que pronuncies las solemnes palabras que yo he di-

cho antes. Aquí está el libro.

— Las repetiré, respondió el cautivo poniendo los labios sobre el misal y encima de la sangrienta marca. ¡Dios justo! ¡soy inocente!

Esto diciendo oyéronse los lejanos sonidos de un órgano, resonó una celestial armonía, sintiéndose el perfume de un oloroso incienso, la lámpara del preso echó vivos resplandores, y la gota de sangre se borró del papel instantáneamente. Un nuevo prodigio era aquel como el de la catedral arruinada de Haddignton; pero prodigio en sentido opuesto.

— ¡Segundo milagro! gritó Inés ¡Oh! este es el que debe creerse; porque el otro era obra del demonio. Dios revela esta vez la verdad, Dios y solo Dios.

— Sí, repitió Felipe, el otro era obra del demonio, y yo sé quien fue su agente.

— ¡Su agente! ¿Quién fue?

— *Samuel Mangor.*

— ¿El veterano?

— El verdadero asesino. Perdiéndome á mí se salvaba él, y con ayuda del infierno hizo saltar la *sangre* hasta mi frente, triunfando con sus artes ocultas.

— ¿Qué es lo que dices?

— Es preciso que lo sepas todo. *Mangor* me propuso el parricidio, porque queria tener un cómplice de su asesinato, un cómplice que le protegiese despues de su crimen: yo le repelí con horror, y no le ví mas; pero él tenia pensado su plan y mató á mi padre.

— ¿Porqué no lo has declarado?

— No tenia pruebas.

— ¡Felipe, te salvaré! exclama gozosa la jóven triunfante.

¡Cómo! ¿qué significa ese contento?

— *Sí, Felipe, te salvaré.* Debes saber que mi hermano sir John es el que custodia ahora tu cárcel, y si quiere puede facilitar tu evasion sin exponerse á riesgo alguno. Esta mañana me he echado á sus pies y me ha dicho: ¡*Ve á Fe-*

lipo: pregúntale, y si puedes jurarme luego ante Dios que estás segura de su inocencia, yo haré que esta noche se escape. En seguida he salido con el libro de los evangelios manchado con *la gota de sangre*, y he sabido la verdad por un milagro viendo brillar tu inocencia: ahora voy á ver á mi hermano. Felipe, no morirás.

— Inés, responde el cautivo con voz conmovida: yo habia hecho ya el sacrificio de esta vida, pues ya medio me creia en la otra.... Si ahora he de vivir, creo que será con un nuevo terror....

— Es que no has de volver al mundo, respondió Inés en tono de queja, no has de volver al mundo, sino á mí. Yo te seguiré por todas partes, aunque sea en tierras extranjeras, porque cuando se ama en cualquier punto se es feliz. ¡Adios! ¡el tiempo vuela y debo partir! Mi hermano y yo juntos vendremos á media noche á salvarte. Inés y Dios velan sobre tí.

Salió la jóven y encaminóse velozmente á ver á su hermano. Las sombras de la noche cubrian á Holyrood, Caltonhill y el antiguo Talbooth (1). La nieve caia en abundancia, el riguroso frio de la atmósfera confinaba en sus casas á los habitantes de la ciudad, y las calles de Edimburgo estaban desiertas. Inés, cerca de la iglesia de san Giles, aligeraba el paso á pesar del viento, la nieve y la obscuridad, y su corazon latia de esperanza á medida que adelantaba su camino.

De golpe, al entrar en una callejuela detúvola un robusto brazo.

— Alto, insensata, la dijo una voz ronca y feroz.

Espantada Inés volvió la vista.

— ¿Quién sois vos?

— Samuel Mangor.

Inés sintió un estremecimiento mortal viéndose sola, en

(1) Talbooth: la cárcel de Edimburgo: llamábanla tambien *the heart of Mid-Lothlian*, y bajo este nombre la ha hecho célebre Walter Scott en su novela.

manos de un asesino, y sin poder pedir socorro á nadie. El espanto la tenia helada.

— ¿Qué me quereis? le preguntó.

— Que vuelvas atrás y me sigas.

— Yo.

— Serán vanos los gritos y no te valdrá resistirte, porque en último caso recurriré á la fuerza.

— ¿Á donde quereis llevarme?

— Á mi casa.

— ¡Socorro! ¡socorro! grita la jóven viendo un transeunte y queriendo dirigirse hácia él.

Cerróla la boca un pañuelo que ahogó sus gritos, y cogiéndola con sus nerviosos brazos llevósela á pesar de su desesperada resistencia, sin hallar obstáculo en el camino y sin dejarla nunca.

Llegaron á una casa de siniestra apariencia y en parte inhabitada, pasaron por un pasadizo obscuro, subieron por una escalera angosta y tortuosa diferentes pisos sin hallar alma viviente; y al cabo de un largo y negro corredor buscó él á tientas una puerta, abrióla, y entrando en una asquerosa buhardilla, dejó en el suelo junto á un miserable jergon á su víctima.

Pasaron algunos minutos, y libre ya Inés del pañuelo que la cubria la boca y los ojos, miró con horror en torno suyo, y vió un candilejo que alumbraba la buhardilla del homicida, que en pie delante de ella, la miraba con aire de triunfo, con la risa de los demonios.

— ¿Qué te parece? la dijo por último el malvado. ¿No es verdad que á poca diferencia tanto vale el cuarto del nigromante como el calabozo del preso? Pero aquí no hay mas que miedo mientras allí habia amor.

— ¡Samuel! respondió Inés, reuniendo sus fuerzas y con una apariencia de calma, yo nunca he hecho mal; al contrario, siempre habeis hallado proteccion en el castillo de Hails: ¿porqué pues me habeis traído aquí?

— Porque, gracias á los secretos de mi arte, he recono-

cido tus intenciones y el fin que te proponias : ahora veniais de la cárcel de ver á tu amante y querias salvarle esta noche.

— ¿Cómo le podia yo salvar?

— ¿Esto qué me importa á mí? Lo que me convenia es impedir que lo hicieses, y ahora ya estoy tranquilo.

— ¿Y qué teniais que temer de mí?

— Si te hubieses fugado con tu amante, tal vez le habrias sincerado probando su inocencia ; y denunciando al verdadero matador , habria tenido que morir yo.

— ¡Vos!

— No finjas , pues ya sé que Felipe te lo ha contado todo. Su mano hubiera podido herirme algun dia y perderme su lengua : pero el verdugo prepara ahora el hacha que le cortara la mano y el hierro que le cortará la lengua.

¡Oh! ¡piedad , Samuel , piedad! exclama Inés con un grito de horror y cayendo á los pies del asesino. No , jamás , ni sir Felipe ni yo os denunciaremos á nadie , ni siquiera saldrá vuestro nombre de nuestra boca : os lo juro á la faz del cielo. Tanto él como yo huirémos muy lejos y os haremos rico si quereis serlo. Fijad la cantidad que os baste y dejadme salir , Samuel. ¡Misericordia en nombre de Dios!

— ¡Calla! yo he renegado de tu Dios, respondió con zumba aquel monstruo. Tú no puedes responder mas que de tí y de nadie mas. Stanfield debe morir.

— ¡Entonces mátame á mí tambien , Samuel! exclamó la infeliz Inés , plegando sus manos con movimientos convulsivos : mátame, porque si muere Felipe, te será peligrosa mi vida.... pues te denunciaré al mundo , pediré al cielo que te maldiga y mi desesperacion te seguirá....

— *¡Hasta el infierno!* ¿no es verdad? continuó Samuel con ironía satírica: has hecho bien en decirlo porque me prevendré: gracias y adios.

¡Samuel! una palabra y nada mas , ¡deteneos!... dijo entonces la infeliz Inés , asiendo por el vestido al bárbaro Samuel y arrastrándose tras él de rodillas : yo no sé lo que

me digo ; pero no abrigo ni odio ni rabia en mi pecho... mi exaltacion no es mas que mi ansiedad !... Sufro.... lloro.... y ruego ! ; Samuel ! tened piedad : ¿ no la habeis tenido alguna vez ? ; Bien debeis tener corazon !... Jóven habeis sido y conocido sin duda una madre.

— Yo no he tenido ni madre ni mujer, y semejante en esto al ser á quien sirvo , *yo soy aquel que no ama nunca*. Déjate pues de humildes súplicas y de degradantes contorsiones que de nada han de servirte ; pues á mí nada me mueve : ni ruegos , ni amenazas ; ni el crimen, ni la virtud. Si algo hay *implacable* en el mundo es mi corazon. Sufre, llora ó suplica , de nada te ha de valer.

— Dicho esto repelió Samuel violentamente á la pobre Inés , que cayó de cabeza contra la pared gritando :

¡ Socorro, Dios mio , socorro !

— Nadie vendrá á socorrerte, contestó el infame asesino y salióse.

Inés se levantó , recorrió toda la pieza cuya puerta estaba cerrada con dos vueltas de llave , y la ventana obstruida con una espesa reja , y en un cuarto piso.

¡ Felipe ! ¡ Felipe ! repetia la pobre cautiva , dando con las manos en las paredes en la ansiedad de su delirio : tú me llamas, me esperas, te crees salvado y ambos somos perdidos !....

Sus gritos eran lamentables... y no entreveia ni socorro ni esperanza. Sus fuerzas no podian resistir largo tiempo á tan espantoso suplicio, y quedó por largas horas letárgicamente anonadada.

— ¡ Vamos ! dijo de improviso una voz burlona , vamos ! levántate , jóven ; ya ha llegado el momento de despertar y la hora *de dar gracias* !

Inés echó una mirada incierta hácia Samuel , pues aun no habia vuelto en sí completamente para comprender todo el horror de su situacion y estaba muda é inmóvil.

— Ya es de dia claro , añadió Mangor ¿ no oyes extraños ruidos ? Te preparan un espectáculo. Mi ventana da á la pla-

za de las ejecuciones y se pueden ver muy bien, mira!

Inés no le comprendía aun, y medio loca de terror se asomó para dar un grito desgarrador. Había visto en frente en medio de la plaza la horca de Felipe: el verdugo estaba en su puesto, el hacha y los hornillos prontos, y el suplicio iba á comenzar. Entonces comparece el condenado.

Inés, aterrada como si le hubiesen dado con un mazo en la cabeza, volvióse á Samuel Mangor y gritóle:

— ¡Maldito seas, demonio!

Dicho esto retrocedió, y vacilando un momento cayóse en el suelo.

¿Murió? dijo el bandido, no, solo se ha desmayado. A propósito tengo aquí un cordial.

.....

A mediodía poco mas ó menos, algunas horas despues de verificado el suplicio de Sir Felipe Stanfield, presentóse un antiguo soldado en casa de Sir John Hepburn, para hablar con milord, y fue introducido en la habitacion sin ningun obstáculo.

Hallábase Sir John con la cabeza apoyada en una mano, y al parecer sumergido en una grande inquietud; pues á pesar de haber estado aguardando á su hermana toda la noche, y de haber por la mañana practicado todas las diligencias oportunas para averiguar lo que habia sido de ella, no pudo inquirirlo, y el dolor se veia impreso en su fisonomía.

— ¡Ah! ¿eres tú, Samuel Mangor? dijo el oficial frunciendo el entrecejo; creíate en tu casa de *Newmills*.

— ¡Ah, Milord! respondió el antiguo soldado con blando y humilde acento: desde que hirió á mis amos la desgracia abandoné el país. Lady Stanfield se halla en sus postrimeros instantes, de suerte que está cónsternada la comarca entera, y yo desconsolado y sin apoyo...

— ¿Qué pretendes de mí? dijo Sir John interrumpiéndole rudamente; ¿ignoras los infortunios que me agobian? ¿Tráesme alguna nueva?

— ¡Sí, milord, y muy triste! Suspiraba esta noche por la suerte del infeliz heredero de los Stanfield, cuando vi llegar á mi casa una señora jóven, sola y cubierta con un velo negro. En la persuasion de que podia yo penetrar en el fondo de los corazones y hasta adivinar los arcanos de lo futuro, venia para preguntarme si sir Felipe era realmente culpable, y si podria tener buen éxito una tentativa de evasion. Ya sabeis, milord, que quieren hacerme pasar por mágico en Haddington-Shire, lo que es un grave error; así, contesté á aquella noble señora que me era imposible darla luz alguna sobre lo que deseaba saber. La desesperacion se apoderó de ella, y al punto cayó sin sentido, y aunque le presté cuantos socorros estaban en mi mano, su deplorable situacion duró muchas horas.

Para colmo de desgracia recobró el sentido en el preciso instante en que conducian al cadalso al sentenciado; y como mi estancia se halla frontera al sitio del suplicio, lady Inés al presenciar tan terrible espectáculo cayó muerta.

— ¿Lady Inés? preguntó Sir John lleno de espanto. ¡Lady Inés! ¡mi hermana!

— La misma. Si su señoría quiere acompañarme hasta mi casa, en ella encontrará el inanimado cuerpo. Así, milord, mi deber era venir en busca vuestra, pues la exequias debidas á su nobleza....

— ¡Basta! salgamos y guiadme.

— Échase sir John á toda prisa la capa encima de su uniforme militar, acompaña á Samuel; y aunque no puede dar entero crédito á la relacion del soldado de New-mills, ve en ella cierta verosimilitud que le llena de zozobra. ¿Qué se hizo su hermana toda aquella noche? ¿habria recurrido en su desesperacion á las ciencias cabalísticas?.. Helado pues de terror, sube sir John á la funesta morada.

— ¡Gran Dios! ¡ella es! ¡Inés! Allí está tendida, inmóvil y exánime! La calma pintada en sus facciones nada indica que tenga asomos de convulsiones ni de violencia, ningun indicio se presenta de asesinato. Inclínase sir John há-

cia el cuerpo de su hermana, y la llama con los nombres mas tiernos.

— Tu amor ha sido quien te ha dado la muerte, decia con acento el mas penetrante. ¡Ah! ¿porqué no acudiste á mí esta noche? Tambien amaba yo á Felipe; aun cuando fuera culpable: ¿qué importaba esto?... Si me hubieses dicho: *Sálvate* aun que.... ¿crees que hubiera podido resistirme á tus lágrimas?

— Pero de repente levántase sir John; pues ha creido vislumbrar en la feroz fisonomía de Samuel cierta sombra irónica y triunfante, ó un infernal reflejo. Siempre habia sentido suma aversion al nigromántico de New-mills, y fijaba en él sus miradas escrutadoras diciéndole.

— ¡Samuel Mangor! ¡será esto un asesinato!

— ¿Un asesinato? repitió el bandido, sin manifestar la menor alteracion ni en la voz ni en el semblante; el dolor extravía la razon á su señoría. ¡Yo! ¡yo asesinar á una mujer! ¡á Lady Inés! ¿qué motivo?...

— ¿Qué motivo? No puedo explicárnelo; pero todo en este sitio me horroriza; y creo percibir el crimen en cuanto me rodea.

— Recobrad vuestra razon, milord: ¿dónde hallais vestigios de asesinato?

— Ciertamente.... ni heridas, ni golpes.... ¡siempre misterios!

— ¡Oh Dios mio! ¡imploro tu poder! ¡Dios mio! que *una gota de sangre en la frente del homicida*....

— Interrúmpese sir John, y en seguida con una voz atronadora prosiguió:

— Pero ¿el veneno?... ¿tienes tú veneno?

— Milord, no.

— Lo tienes, no me cabe duda, puesto que has perdido el color.

Llevaba sir John sus armas consigo: desenvaina el puñal y lo levanta amenazador contra el bandido.

— Ni una palabra salga de tú boca; si mi hermana estu-

vo aquí bajo tu poder, tu te hallas ahora bajo del mio: ni oigo, ni veo mas que asesinatos; y mi acero pide otro mas todavía. Pronto de rodillas, y confiesa tu crimen.

— Herid, dijo Samuel con acento tranquilo; el soldado no teme la muerte; sed un monstruo con respecto á los demás; pero antes echad una mirada por la ventana, y vereis el cadalso levantado todavía, que os está aguardando, ¡asesino!

— Tales palabras hicieron estremecer á sir John, y su conviccion titubeó. En este instante el viento impelió el postigo de la ventana, entreabrió una puerta mal cerrada, y sir John vió cerca de sí en la misma pared un redomita medio vacía.

— ¡Samuel! ve ahí el veneno, dijo cogiendo la redoma: Inés no lo ha bebido todo; y *ahí queda la parte que te corresponde.*

— ¡Milord! ¡Milord!

— ¡Cállate, miserable! el viento celeste acaba de soplar en tú casa, en tí y en tu crimen. ¿No acabas de decirme que no hay aquí *veneno*? Nada tienes pues que temer: bebe.

— ¡Socorro! socorro! grita Samuel haciendo inútiles esfuerzos por desprenderse de la ferrea mano de sir John.

— Tambien Inés debió de gritar así como tú, responde inflexible el hermano de la víctima, levantando otra vez la redoma y el puñal; pero habias tomado bien tus medidas para cometer impunemente el crimen: escogiste una casa desierta. Pues bien; tú mismo lo has dispuesto; y *nadie puede venir á tu socorro.* Bebe, miserable, ó te arranco el alma.

Samuel, amenazado por el implacable puñal y con el apretón de mano que le dió milord en el colmo de la rabia, bebe el resto del contenido de la redoma.

— Ahora, prosiguió sir John soltando su presa y envainando el puñal: si eres inocente estás libre de peligro; si culpable, ante tus ojos se abre la tumba. Veniste á buscar carne para arreglar las exequias; y he venido á abrir otro

sepulcro. Adios: dentro de una hora vuelvo á estar en este sitio.

Vase, cerrando la puerta con doble vuelta de llave, y dejando petrificado al bandido. La hermana de sir John quedó vengada.

A eso del anocheecer viéronse sacar dos cadáveres de la casa del nigromántico de New-mills en dos féretros: uno fué llevado á la iglesia; el otro se ignora á donde lo condujeron.

Corrieron rumores de haber muerto Inés Hepburn de desesperacion viendo llevar á su amante al suplicio; en cuanto á la muerte de Samuel Mangor, nunca pudo explicarse la causa.

Sir John guardó un sombrío silencio.

Salí de Haddington, y me dirigí hácia los pintorescos montes de *Garlton*, en donde sobre la punta de una roca se eleva una alta coluna en conmemoracion del conde de Hapetown, general inglés, que, segun dicen, se distinguió en las últimas guerras con Francia (1). Desde la cumbre de *Garlton-hills* (2) vese á sus faldas el rico condado de Haddington. A lo lejos se ve el *bass-roc*, pico enorme de configuracion cónica, el cual se eleva aislado en el mar á dos millas de distancia de la costa (3): divisase en el horizonte la famosa ciudad de *Dunbar*, que contiene las ruínas del castillo de *Botwell* (4), y por último, las poéticas playas de *Lammermoor*,

(1) Edificaron este monumento los arrendadores y terratenientes del general, y debió de costarles mucho dinero.

(2) Al pie de *Garlton*, existen las ruínas del antiguo castillo de este nombre.

(3) Cuando las guerras civiles del siglo XVII, hizose de él una bastilla. No muy lejos está el *North berwick law*, otro monte cuya inmensa cúspide se eleva aislada.

(4) Es *Dunbar* una ciudad de 3,000 almas, en ella se ven las ruínas de dos monasterios: *Gray fryars* y *White fryars*. ¡ Siempre destruccion de templos! Junto á aquellos muros ganó Cromwell una victoria brillante. La fortaleza de *Dunbar* es célebre en la historia: Inés Black, condesa de *March*, sostuvo en ella con el mayor denuedo un sitio de

en las que la imaginacion del espectador busca la torre de *Caleb*.

En esas mismas rocas de *Garlton*, se halla una altura en que existen restos de un campo *de los Pictos*. Las laderas de dicho collado están surcadas por los atrincheramientos de la antigua plaza de guerra, almenados circularmente y por pisos, que toman principio en la parte inferior y terminan en la cumbre. En frente se ve aun el terreno de un apostadero romano. Cubren ahora el campo de los Pictos grandes malezas y prados, donde se apacientan numerosos rebaños: el antiguo sitio de los guerreros es hoy el prado de los pastores, y la zampoña ha sustituido al clarin de Marte.

Como manifesté deseos de ver una granja escocesa, mi guia, James Burnet, acompañóme á casa de Hall, terrateniente de los mas instruidos del país, cuya casa reunia con la comodidad la elegancia. Veíanse en la sala tapices, colgaduras, mármoles y espejos, y todo respiraba bienestar y felicidad. Era Hall terrateniente del conde de Wemyss, y descendia de oscura familia. El principio de su vida tuvo ciertas extrañas particularidades, que él mismo me contó; la que voy á referir es la mas interesante de ellas.

Siendo aun en extremo jóven, antojósele ir á casa del maestro de baile de su aldea, para que le enseñase los *pasos*; vió allí una jóven que le pareció hechicera, y hácia ella dirigió su *primer paso*, bien que no fue un *paso en falso*. Pídela por esposa; respóndenle que *no tiene nada*; contesta que *lo mismo tiene él*, y sobre este supuesto conclúyese la boda.

— Amigo mio, dijo la reciencasada á su esposo: ¿qué haremos? Paréceme que ya debiéramos pensarlo.

Una idea semejante no les ocurrió de antemano, puesto que solo habian pensado en su amor, en el modo de declarárselo, y por fin en casarse.

los Ingleses, mandados por el conde de Salisbury, y obligó al enemigo á retirarse. En 1567 confió Maria Estuardo el mando de aquella fortaleza á Bothwell, y fue allá disfrazada de paje: en seguida fue tomada dicha plaza por *Murray*.

— Me haré barquero, responde Hall lleno de confianza; puedo procurarme un esquife en el *Tweed de Norham*, junto al antiguo castillo del lugar á siete millas de Berwick; pasa mucha gente por allí, y ganaremos con que vivir.

Parten pues ambos esposos para Norham; pero, ¿cómo conducirán su barca?

El primer día en que el jóven Hall dió principio á sus nuevas ocupaciones para trasladar de una á otra orilla á los pasajeros, acompañaba con sus cantos el movimiento de los remos, pero nadie se presentaba.

¡Cómo es posible! dijo tristemente la reciencasada: ¡ni un pasajero esta mañana!

— ¡Ya se presentarán, no, no lo dudes! respondió el barquero con énfasis, ageno de imaginar que repetía un verso de Voltaire. Ve ahí, querida mia, que esta mañana me siento inspirado. El primer viajero á quien haremos pasar el *Tweed* será para nosotros una especie de profecía; y en él leeremos nuestros destinos.

— ¿Lo crees así?

— Estoy cierto de ello.

Le linda reciencasada espera con impaciencia el agüero en carne y hueso, que al mismo tiempo que estrene su navecilla decida de su futuro destino; y suspira por que sea un gran señor, ó alguna noble dama, ó un ángel protector.... Nada de esto se presenta.... antes muy al contrario, la primera persona que se les ofrece á la vista es una vieja pordiosera, haraposa y de rostro descarnado.... Salúdala Hall con cortesía; de ella recibe el primer sueldo, y luego de haberla traspuesto á la otra orilla, díjola alegremente: Adios.

La infelíz se alejó.

— ¿Cómo interpretas esta profecía? pregunta la batelera á su esposo: ¿qué nos augura esa vieja mendiga?

— Qué estamos en camino de hacer fortuna, respondió Hall, entregándola su primer sueldo: la profecía es clara y terminante. Acabamos de pasar á la *miseria* y de decirle *Adios*.

— Regocijada la jóven con semejante respuesta, saltó al cuello de su marido y le dió un estrecho abrazo.

— Hall es en la actualidad un terrateniente de los mas ricos de *Haddington-shire*; y paga anualmente al conde de Wemyss por la hermosa granja de *Amisfield* 1,400 libras esterlinas. Desde el primer sueldo de la pordiosera, constantemente fue prosperando, y ni un instante dejó de sonreírle la fortuna: ahora tiene diez hijos: abundancia por todos estilos.

Hízome servir una cena en que se bebió excelente whiskey; pero desgraciadamente esa ponderada bebida, tan agradable á los escoceses, para mí es abominable.

— ¿Te acuerdas de nuestro primer sueldo? preguntaba el antiguo barquero á su mujer.... ¿No te lo dije? el *cobre* nos pronosticaba *oro*.

Poseía Hall de ochenta á cien grandes montones de grano en torno de su morada. Enseñóme una máquina muy ingeniosa, movida por el vapor, la cual producía en la granja el mismo resultado que un crecido número de jornaleros: trillaba las gabillas, separaba el heno, quitaba el polvo y la zizaña y aechaba el grano con suma rapidez: para cuyo enorme trabajo ni siquiera eran necesarias las manos y vigilancia del hombre; puesto que el carbon y el vapor, poniendo en acción aquel ingenioso mecanismo, se encargaban hasta de las mas minuciosas y secundarias operaciones: vapor y carbon: ve ahí las primeras notabilidades del siglo presente (1).

Acababa de salir de *Gosford* (2); y me hallaba en la abadía de Melrose, y á orillas del Tweed. ¿Quién no ha oido celebrar las ruínas de esa abadía? ¡Cuántas tradiciones y

(1) Hagamos justicia á la agricultura escocesa, pues en aquel país ha llegado á la mayor perfeccion; y los grandes propietarios la hacen progresar diariamente.

(2) El duque de Burdeos y su hermana, que desde 1830 iban á menudo de Holyrood á Gosford, han dejado en este punto indelebles memorias.

leyendas se me refirieron en ella! ¡Tantas locuras me contaron, que exitaban en mí la sonrisa!

— Caballero, díjome cierto viajero que estaba junto á mí: Verdades hay tan extravagantes, que parecen cuentos: ¿visteis el faro de *Eddystone*?

— ¿Cerca de Plymouth? No, señor.

— Pues oid un hecho auténtico: que no obstante hallarse consignado como positivo en el libro en folio mayor del ingeniero civil John Smeaton, publicado en Londres en 1791, no hay en el mundo crónica mas inverosímil. Ya sabreis que el faro de Eddystone se halla encima de una roca en medio del mar: cierto dia pues se apoderó el fuego de ese elevado monumento. Desesperado un marinero que se hallaba al pie de él viendo que no habia ningun medio humano para detener el incendio, levantó al cielo los ojos exclamando *Dios mio!... Dios mio!...* En el mismo instante cáele en la boca plomo derritido y le impide continuar sus exclamaciones, bajando por todo el espacio de la garganta. Es preciso que convengais en que hay con ello causa para no recobrar jamás el uso de la palabra. Pero no fué así; el hombre se tragó la píldora con resignacion, y aunque es seguro que no hallaria muy sabrosa semejante bebida, no volvió á arrojarla por medio del vómito. Es verdad que se sentia algo cargado de estómago; pero esto mismo le dió cierto *aplomo*; é hizo que él solo pudiese digerir esta historia.

— ¡Cómo! ¿referíala él mismo?

— El mismo; y John Smeaton la escribió en su obra científica de manera que no dejase lugar á duda. Sin embargo, el marinero con su metal derritido se desesperaba viendo que se recibia con mofa su narracion; el único modo de evidenciar la verdad hubiera sido permitir que le abriesen el vientre; pero parece que no estaba resuelto á semejante prueba, y aun tardó mucho tiempo en morir. Desde luego se practicó la autopsia del cadáver; y en efecto se le encontró el estómago perfectamente emplomado, del mismo

modo que se practica con una muela carcomida. Pesaron la lava ardiente extraida del cuerpo donde se habia fijado; y resultó tener exactamente *siete onzas* de peso.

La historia antecedente era en efecto muy digna compañera de otra infinidad de fábulas.

Daba vueltas en torno de la abadía de Melrose una bandada de cuervos. Tomé asiento bajo la hilera de arcos ojivales medio derruidos en una piedra en donde se entregó Walter-Scott á frecuentes meditaciones, y que enseñan á todos los viajeros. Mi vista se espaciaba por los góticos arcos donde resonó antes la artillería de Cromwell; pues es de saber que aquel terrible destructor de templos no trató mejor á Melrose de lo que habia tratado á Haddington; y las trone-ras abiertas por sus proyectiles son un testimonio de sus bárbaros triunfos. Con todo, aquel grandioso monasterio hubiera sobrevivido á los estragos debidos al Protector; pero á *Oliverio Cromwell* sucedió *John Knox*: amontonáronse los escombros y acabóse con la abadía.

La iglesia está cuajada de sepulcros: Walter-Scott tiene allí sus abuelos (1); y tambien reposa en aquel sitio Alejandro II. Fundó aquella abadía David I en 1136, y la dedicó á la Virgen. Consérvanse aun en buen estado las imágenes de María, de Jesucristo y de los apóstoles. Las ventanas del templo, que en algunos puntos quedan aun bien conservadas lucen sus admirables molduras y calados. Enseñóseme el lugar donde fue enterrado el corazon de Roberto Bruce encerrado en un vaso de plata; pero despues de tantas revoluciones, no sé si se hallaria aun el corazon: en cuanto al vaso de plata, estoy casi cierto de que habrá desaparecido.

Vamos á tratar de la abadía de Dryburgh, distante cuatro millas de Melrose. Otras ruínas magníficas que contienen dentro de sus muros muchos nombres ilustres. Diri-

(1) Parte de los dominios de esa abadía perteneció antiguamente á un cierto Walter Scott, conde de Buccleuch, y ascendiente del ilustre novelista.

gime con afán al último que allí se enterró, el cual fue para mí el primero: hablo del sepulcro de Walter-Scott (1), situado en el sitio mas melancólico y penetrante de aquellas hermosas ruínas. Al parecer se esmeró la naturaleza en prestarle las mas pintorescas decoraciones: entrelázanse con aquellas piedras fúnebres frondosas y abundantes ramas, en términos que extendiéndose á lo largo de los góticos muros, les comunican el sombrío aspecto de un bosque: todo al rededor de la tumba del poeta debió ser poesía.

Á tres millas de Melrose existe el famoso *Abbotsford*. ¡Cuánta felicidad fuera la mia á haber allí encontrado al divino escritor: ¡ah! en las riberas de Escocia no debia hallar mas que su sepulcro!... ¡Sin embargo, en todas partes encontré su gloria! Esta vivirá eternamente.

Observé que en las ciudades y aldeas de aquel país, así las tiendas como las cabañas se condecoran con tan celebrado nombre; de suerte que por todas partes se ven rótulos que dicen: M** panadero de sir Walter Scott—M*** sastre de sir Walter Scott—M* zapatero de sir Walter Scott, etc: los escoceses son agradecidos.

Abbotsford está situado en un hermoso valle, regado por el rio Tweed, el cual por la parte de Berwick y de Kelso separa la Escocia de Inglaterra. Cercan dicho edificio vistosos montes que comunican al lugar un aspecto agreste y tranquilo. Llégase á él por una senda que da vueltas en medio de un parque solitario. Tiene *Abbotsford* cierto aspecto blando y sosegado, que se asemeja á los escritos de su due-

(1) Enterraron en esa abadía á Walter Scott, el 26 de setiembre de 1832 al lado de sus ascendientes, *the Haliburtons of new maines*, antiguos propietarios del terreno. Fundó la abadía en 1150, durante el reinado de David I, Hugo de Moreville, lord de Lauderdale; y Eduardo II, al volver vencido cuando la invasion de Escocia de 1322, la redujo á cenizas. Reedificóla Roberto I; y fue de nuevo destruida en 1544 por los ingleses, al mando de sir Jorge Bowes y de sir Brian Latoun. Poco distante de Driburgh hay un templo dedicado á las musas, donde se ve el busto de Thompson, autor de *las Estaciones*; y mas lejos en una peña que domina el Tweed vese una estatua del héroe de Escocia, Wallace.

ño. El exterior del edificio es extraño y original; pues consiste en una conglomeracion de torrecillas almenadas y de obras góticas cuyo conjunto es sumamente agradable: vese el retiro de un poeta y se respira allí el aire del genio.

Quedé sobrecogido de una conmocion profunda al poner los pies en aquella tierra donde Walter Scott dió con tal frecuencia libre curso á sus inspiraciones: en ella meditó el autor de *Iwanohe*, de la *Novia de Lammermoor*, del *Castillo de Kenilworth*, del *Anticuario*, de *Guy*, *Mannering*, de los *Puritanos de Escocia* y de otras tantas obras á cual mas admirable: de ella salieron tantas páginas que debian admirar á Europa con su repetida lectura: allí palpité de agradecimiento su bello corazon al recibir brillantes pruebas de la general admiracion de sus contemporáneos: allí, en fin, prodigó á su mérito mil coronas la Fama. ¡Pero, ah! en aquella misma playa el dolor y el sufrimiento atosigaron los últimos dias de su gloriosa existencia! ¡Deben acaso expiarse los triunfos, como se expian los crímenes! ¡Porqué han de ser con tal frecuencia el blanco de la envidia y las víctimas de la afliccion los privilegios del genio! ¿Ha existido jamás un grande hombre, un hombre ilustre, sin haber sido, ser, ó haber de ser un objeto de conmiseracion y de lástima? ¡Muy raro es que el hombre distinguido pueda pasar por la tierra sin las dos palmas del talento, á saber *fama y desventura*.

El escritor vióse sumergido en el infortunio, y acometido por un enjambre de acreedores: Abbotsford, su amado retiro, fue amenazado por los tribunales; pero el alma del poeta era superior á la desgracia: al contrario, esa misma remozó su talento, puso mas activa su pluma; y si le aflió la fortuna, le consoló la gloria.

¡Ah! si la menor parte de las sumas enormes que despues de su muerte se han derramado para levantarle monumentos, se le hubiesen enviado mientras vivia y se hallaba próximo á su ruína, ¡cuántos sufrimientos le habrian ahorrado! ¡tal vez existiria aun! Pero faltábale la doble auréola

de triunfo y adversidad, y con ella descendió al sepulcro.

El vestíbulo de Abbotsford consiste en una sala de armas rodeada de trofeos y estandartes: el techo está construido de artesones admirablemente esculpidos. En las vidrieras de colores campea el blason de Walter Scott, junto á los de las familias nobles que tenían con la suya alguna alianza; en especial el del duque de Buccleugh. Entre las banderas de esta primera sala hay una tricolor con esta inscripcion en grandes letras: *El emperador Napoleon, al regimiento 105.º de línea.*

— Esa bandera fue ganada en Waterloo, me dijo mistress Ormond, mujer de carácter remolon que servia de *Cicerone* á los viajeros en Abbotsford.

— Esta bandera nunca fue francesa, contesté de repente. Mistress Ormond frunció el entrecejo.

Acababa de advertir en una prueba incontestable de que aquel supuesto trofeo, dado á Walter-Scott como histórico, nunca figuró en las filas del ejército imperial; pues el artesano inglés que construyó dicha bandera estampó su fraude en la misma; las cifras debian estar escritas en esta forma: 105 *ème*, siendo la terminacion *ème* indispensable; pero en su lugar le puso *th*, terminacion de la palabra inglesa *fifth*, que significa *quinto*. No puede darse una falta de mas bulto; y es muy presumible que si Walter-Scott hubiese puesto su atencion en ello no se hubiera dejado engañar.

Me aproximé á dicha bandera á fin de examinarla mejor; pero mistress Ormond me dijo con aspereza:

— Aquí no se permite tocar nada.

— Soy incapaz de tomarme semejantes libertades, contesté yo con calma.

— Pasamos en seguida al comedor donde almorzaba Walter Scott: saqué el lápiz y escribí algunas palabras en mi cartera, mirando una galería de arcos ojivales que conducia á dicha pieza y que me traia á la memoria las capillas de la abadía de Melrose; cuando otra vez la áspera voz de

mistriss Ormond dijo con tono imperativo:

— Aquí no se permite dibujar.

— Enseñé mi librito á aquel Cancerbero con faldas, para que se cerciorase de que no habia en mis páginas el menor asomo de dibujo. Llamóme la atención un retrato del príncipe Cárlos Eduardo, y tomé nota del mismo. Así que hube llegado al espacioso comedor de Abbotsford, adornado con los retratos de Cromwell, de Cárlos XII y de Thompson (autor de *Las Estaciones*), puse otra vez mi lápiz en ejercicio; pero mi conductora, para desquitarse del chasco anterior, me dijo con el mismo desapacible tono:

— Aquí no es permitido escribir.

— Esta vez perdí los estribos y le repliqué:

— Ni hablar debiera permitírseos, puesto que vuestras palabras son una profanacion de este lugar.

Cuando algunos instantes despues me alargó la mano en el umbral de la puerta para reclamar su paga, tentaciones tuve de decirla tambien: — Aquí no se permite pagar.

Aquella insoportable mujer, desvanecía todos los encantos y grandes reflexiones que inspira al viajero el lugar de Abbotsford, desviando con sus majaderías el giro filosófico de los pensamientos propios de tan venerable retiro; cosa que me indignó no tanto por mí, como por lo que respecta á los manes del célebre escritor escocés. ¿Podíase ó debíase por ventura pensar en otra cosa que en él allí donde todos los objetos recordaban su genio?

El reducido arsenal de Walter Scott parecióme muy poético: y contenia una multitud de armas preciosas. Su retrato se halla en el salon, y le representa sentado con dos hermosos perros junto á sí: se ve tambien el retrato de su mujer, la cual era francesa y se llamaba *Charpentier*. Tuvo de ella dos hijas y un hijo, que abrazó la carrera militar y actualmente se encuentra en Indias. Por medio de una suscripcion nacional se han quitado todas las cargas con que se hallaban gravados los bienes de sir Walter Scott, y la propiedad de Abbotsford se devolverá otra vez á su familia.

En la biblioteca, donde hay el retrato del hijo de Walter Scott en traje militar, vi el busto de Shakespeare. Díjoseme que encontraría allí diferentes obras mías; pero como *miss* Ormond me declaró que *no se permitía leer*, no me fue posible saberlo por mis propios ojos. En Abbotsford ví un magnífico pupitre, presente del rey Jorge IV, y un preciosísimo vaso de porcelana regalado por lord Byron (1).

Inmediato al gabinete en que Walter Scott se entregaba á sus tareas rodeado de sus autores favoritos, hay un reducito solitario donde se enseñan los vestidos que llevaba poco antes de morir. — ¡Así pasan las glorias de este mundo! decía para mí al contemplar tristemente aquellos últimos despojos: ¡eran tantos los objetos que había visto de aquella misma clase!

¡Ah! ¡el hombre, lo mismo en casa propia que en las ajenas, ¡vese de continuo rodeado de despojos! ¡no siempre queda lugar para la fama; pero pocas veces le falta á la aflicción! Fije cada cual sus miradas en aquellos sitios donde ha pasado su vida, y donde habita; pocos objetos verá que al cabo de un tiempo determinado no presenten al alma algún triste recuerdo, alguna fecha que despedaza el pecho, ó una especie de sepulcro donde descansa algún afecto del corazón.

No obstante hay corazones en que los sentimientos se borran: todos los días el olvido, esa ola implacable y sombría que va subiendo con el progreso de la vida de un modo frío y silencioso, va tragando y sumergiendo en el insondable abismo del tiempo las débiles emociones del presente. ¿Deberemos agradecerle á Dios que por compasión de la especie humana, la haya hecho incapaz de conservar así el dolor como la alegría? No, esta idea es muy cruel: prefiero conservar el recuerdo de los pesares; pues para mí son unos lazos sagrados que me unen á los seres

(1) No debemos olvidarnos de mencionar el busto de Walter Scott en mármol, obra maestra en su género.

que me robó la muerte; los conservo en mi corazón como una santa llama de los primeros años que asciende día y noche hácia los cielos: y si alguna vez me siento inclinado á irritarme contra el destino, dígame á mí mismo que en la breve peregrinacion de la vida, los únicos objetos dignos de ocupar la mente del hombre se hallan mas allá de este mundo. En efecto: ¿porqué adherirnos á objetos que se nos escapan?

— Sin embargo, ¿estamos seguros de reunirnos en las regiones celestes á los seres que lloramos en la tierra? Dos contrarios sentimientos se disputan el corazón del hombre: el *orgullo*, y la *humildad*; el primero tiende á la *rebelion*, y á la *resignacion* el segundo: en cuanto á mí escucho al uno, pero sigo al otro.

XV.

Salí de Abbotsford y en pocas horas llegué al castillo de Minto. Lord Minto fue por mucho tiempo embajador de Inglaterra en Prusia. En 1842 encontré á su hijo en Copenhague, y le ofrecí visitar la hermosa hacienda de su familia cuando dirigiese mi viaje por Escocia; por consiguiente apenas me vió, díjome:

— Veo que cumplís vuestra palabra.

Dos dias permanecí en aquel castillo. Pasé rápidamente por *Hawick*, en donde sir Guillermo Douglas (el caballero Negro de Liddisdale) hizo perecer de hambre en un torreón de su castillo al valiente Alejandro Ramsay. Hallábame por consiguiente muy cerca de las fronteras de Escocia.

— Ved ahí *Gretna Green*, díjome sonriendo el postillon.

Eché una rápida ojeada á la casa del herrero que hace casamientos: *municipalidad permanente* para los amantes que se hallan en apuros: el último albeitar herrador hacia poco que habia muerto, pero otro le habia reemplazado.

— *Cuando ya no hay mas, todavia hay algo*, decia alegremente el postillon: *el herrador de Gretna Green nunca muere.*

— Parecióme aquello maravilloso, tanto mas, cuanto que los originales lazos que allí se *fraguan* sin cumplimientos y al acaso no dejan por esto de tener fuerza de ley.

A poca distancia se encuentra el río Esk, y en él acaba la Escocia.

Tenia delante de mí las hermosas y ricas llanuras de Inglaterra, y sin embargo mis ojos no podían apartarse de las lejanas montañas de la Caledonia. En vano trataban de llamar mi atención hacia la magnífica residencia de sir Jacobo Graham, actual ministro de la reina; pues mis pensamientos estaban fijos en la pintoresca comarca que acababa de dejar detrás de mí. Llegué delante de Carlisle, de donde salían grander torbellinos de humo que se esparcían por la playa á largas distancias. Acababa de salir del país de la poesía y del entusiasmo, y volvía á sumergirme en el de la industria y de la maquinaria. Vínome á la memoria que fue en Carlisle donde la desventurada María Estuardo se entregó en manos de Isabel; y en la disposición de ánimo en que me hallaba, aquella ciudad, aunque la regaba el *Eden*, se halló muy lejos de parecerme un *paraíso*.

— Á la noche llegué á Lancaster. La posada á donde me dirigí rebosaba de gente, pero mucha parte de ella aguardaba las doce de la noche para partir á Londres por el camino de hierro. Mi proyecto era marcharme al día siguiente á *Hagley-Hall*, magnífica residencia de lord Littleton, á corta distancia de Birmingham; pero un desagradable contratiempo desconcertó todas mis disposiciones. El cochero del *Omnibus* nocturno, mientras cargaba con los equipajes de los viajeros, se apoderó de mis maletas que mi criado se olvidó de subir inmediatamente al cuarto, y á pocos minutos mis efectos se fueron volando á Londres.

Tarde se advirtió el error, pues los *vagones* estaban ya muy lejos; y yo me quedaba sin camisas, sin ropa, sin papeles y sin dinero, en una ciudad desconocida á dos ó trescientas millas de Londres. Mi posición no era por cierto muy divertida. Afortunadamente tenía en mis bolsillos algunas monedas de oro, con que podía correr tras de mis efectos; pero como todo me faltaba, no pude visitar el castillo de lady Littleton: además, como en las maletas no es-

taba inscrito mi nombre temia que las llevasen Dios sabe donde, y aun perderlas; y mi desesperacion era tanto mayor en cuanto contenian mis manuscritos. Pero un inglés que se hallaba á mi lado en el vagon que me llevaba á Londres, á quien comuniqué mis temores, me tranquilizó con estas palabras:

— Sosegaos, que yo me encargo de este asunto.

— Este officioso compañero de viaje estaba en relaciones con los administradores del camino de hierro; y gracias á él, apenas me apeé en la gran ciudad fuéronme devueltas mis maletas. Este bello sujeto, á quien siento no haber visto mas, se llamaba *el reverendo Litchfield* de la *universidad Club*: jamás olvidaré su nombre.

Quedó concluido mi viaje; y debo decir en honor del gobierno inglés, que ni visos de pasaportes, ni registros de aduanas interiores, ni formalidades de policia incomodan allí al viajero que recorre los tres reinos; cuyo ánimo parece que respira en la verdadera patria de la libertad.

Recorrí la Escocia como habia hecho en Irlanda; esto es, yendo de uno á otro castillo, de una á otra fiesta; pero no puedo continuar estas páginas sin volver otra vez á la Caledonia, á quien debo todavía algunas líneas de agradecimiento y de despedida. En aquellas poéticas comarcas se conserva aun la hospitalidad propia de las antiguas costumbres con toda su gracia primitiva: y todavía la civilizacion no ha pasado su cepillo y su escuadra por los montes de Osian; ni el nivel positivo de los caminos de hierro pudiera allanar aquellas peñas y cegar aquellos valles. En las orillas de los lagos del Highlander se encuentra el viajero como en los dias de Bruce y de Wallace, enteramente entregado á las cándidas tradiciones del tiempo patriarcal. Un extranjero recomendable al momento forma parte de una familia, pertenece al hogar doméstico, dánsele gracias de la misma bondad con que es tratado, y mírase como una felicidad hasta el embarazo que ocasiona: el viajero parece el amo, y el verdadero amo se le cree obligado. Sobre todo

en la atmósfera que respiró Carlos Eduardo se vuelve á encontrar aquel perfume de lealtad monárquica, y aquellos manantiales de fe religiosa que trasladan la imaginacion á las edades caballerescas: allí recobra uno el temple de alma, se purifica, y desearia ser hijo de las montañas. Finalmente, en los días de la partida conmueven al corazón las siguientes palabras: *parto*, expresion del sentimiento; *volveré*, voz de la esperanza.

Salí de Londres para el continente en el buque de vapor la *Princesa Victoria*. Dirigíme á Amberes: el tiempo prometia una travesía favorable; y creíamos llegar á buen puerto, cuando á las seis de la mañana despertó á los viajeros una recia sacudida: grandes gritos resonaron en la cubierta, pues el barco acababa de encallar en un banco de arena en la embocadura del Escalda.

Todos los pasajeros se levantaron llevados de la desesperacion; y no sin motivo, puesto que aquel acontecimiento podia traer gravísimas consecuencias, y ya se esparcia la voz de que se veian hendiduras en el buque, por las cuales empezaba á entrar el agua. Empleaba el capitán todos los medios que estaban en su poder para salir de una situacion tan peligrosa, pero la embarcacion permanecia inmóvil; y aunque se izó la bandera de auxilio, no parecia ningun buque á socorrernos. Así pasamos la mañana entera. El capitán aseguraba que al verificarse la alta marea, la cual debia tener lugar por la tarde, se desencallaria el buque; pero como precisamente se habia encallado durante la alta marea anterior, los marineros manifestaban con expresivos gestos que no participaban de la opinion del capitán. La mar estaba sumamente baja; nos hallábamnos en seco en una isla de arena por la cual podíamos pasearnos, y en ella se veia profundamente metido nuestro buque de vapor. Yo habia oido decir que algunas embarcaciones habian permanecido en una situacion como la nuestra por espacio de cuatro ó cinco días. Al ponerse el sol varios pasajeros, cansados ya de lamentarse, propusieron valerse del esqui-

salvacion de la *Princesa Victoria*, ganar tierra antes que cerrase la noche, y caminar al acaso desde la primera playa que nos deparase la suerte. Sin vacilar adopté el consejo, y reunidos en número de siete partimos en seguida.

Así en los peligros como en la adversidad el peor tormento consiste en la inaccion; cualquiera tentativa es una distraccion auxiliar, y una lucha se asemeja á una existencia. Varias señoras deseaban acompañarnos, pero era muy pequeño el esquife, y sobre todo llovía á cántaros; hasta entonces solo habíamos *encallado*, y corríamos riesgo de *naufargar*; de suerte que en la eleccion del peligro acaso tomábamos el peor. Nos despedimos pues de las señoras, una de las cuales, muy linda y al parecer recién casada, miraba con la mayor ternura á su esposo, quien la dijo:

— ¿Qué estás pensando?... Escoge.

— Todo me es igual con tal que no nos separemos, respondió ella.

Y permanecieron juntos en el buque.

Á fuerza de remos llegamos á las costas de Holanda, y al cerrar la noche desembarcamos en *Terneuse*. Allí se me presentaron nuevas dificultades; los habitantes de aquel país no tenían ningun carruaje que ofrecernos, y el posadero del lugar deseaba que nos quedáramos en su posada. En cuanto á mí, que á toda costa deseaba ir á Gante, alquilé una carreta tirada por un rocin ético, y con tan brillante aparato salimos con mi criado envueltos en la oscuridad, los vientos y la lluvia. Por espacio de muchas horas fuimos caminando á lo largo de un canal holandés y por un terreno cenagoso. El caballo, que habia olvidado ya el trote, empezó á andar con sumo trabajo, y nada podian con él los repetidos latigazos de su dueño: al cabo no pudo dar un paso mas y cayó al suelo cuan largo era.

El carretero que no entendía una palabra de francés, dirigíame una multitud de expresiones holandesas que yo no comprendía, mezcladas con horribles juramentos. ¿Qué podía hacer yo en semejantes circunstancias? Ya no tenía

delante de mí, como en las costas de Antrim en Irlanda, un magnífico castillo almenado llamándose desde lejos con sus ventanas iluminadas: sí solo cañaverales y pantanos. Al fin tomé resueltamente mi determinación, exclamando en mi interior: —¿Por ventura hay cosa más poética en el mundo que los sufrimientos, la noche, el desierto y el abandono?

Bajé pues de mi carro, dejéle echado con su rocinante, y á pie, molido y encenagado, cayendo acá, levantándose acullá, caminé un cuarto de legua. Ignorando el lugar donde me hallaba, y de donde podía esperar auxilio; pero me consolé con estas palabras: —No hay cosa que tenga tantos encantos como el misterio, ni que sea tan interesante como lo desconocido.

Al fin divisé una luz que salía de una miserable cabaña, y entré en ella tan satisfecho como en una morada hospitalaria. Encontré allí un anciano labrador con su mujer y sus hijos, comiendo en una gamella al lado de una sarten llena de patatas desmenuzadas, de las cuales había lleno un caldero. Levantóse el campechano holandés al presentarme, le referí mi contratiempo, y me interrumpió con alegría dirigiéndome preguntas en mi propia lengua.

— ¿Con qué sois francés?... Pues yo tal como me veis he servido á Napoleon.... ¿Quereis comer de estas patatas?... Tambien él las comia en el bivaque.

— Os doy mil gracias; pero lo que yo deseo es tener un caballo.

— ¡Un caballo! Entiendo.... pues señor, aquí donde me veis tambien fuí de caballería...¿ Si quereis una pipa?... Napoleon tomaba tabaco.

— Nada necesito más que proseguir mi camino lo más pronto posible: ¿podriais proporcionarme un carruaje?

— ¡Un carruaje! ¿porqué no? Hace ya muchos años que guiaba yo uno de los carros del grande ejército; cuando ya no habia.... es decir, cuando no habia ejército, despues que lo abrasaron en Moscou. — Acercaos un poco á la lumbre:

¡hace tanto frio !.... Á Napoleon le gustaban mucho las pieles.

Este antiguo soldado imperial estaba tan contento por tener ocasion de recordar las expediciones de Napoleon, que no podia volver su atencion hácia ningun otro objeto. Sus divagaciones me hacian rabiarse y reír á un mismo tiempo; dejéle desahogar su pecho, y cuando me hubo arrojado amistosamente todos los proyectiles de su memoria, le pedí auxilio de nuevo.

No tengais cuidado, me contestó, yo me encargo de sacaros de apuro y conduciros á Gante, aunque debiera llevaros en hombros á vos y á vuestra cruz de honor, que hubiera debido tener yo tambien en toda justicia. Porque ahí donde me veis era yo un robusto soldado, soporté grandes fatigas, y hacia mis marchas sin sentarme un momento.... Mujer trae una silla para el señor.... ¡A! si Napoleon viese todavía!

El lenguaje original de aquel hombre, cuyas ideas variaban el curso segun la última palabra que pronunciaba, iba unido á una honradez tan afectuosa, que llegaba á ser interesante. Dió órdenes á sus hijos, y las ejecutaron al punto; de modo que mediante sus esmeros me presentaron poco despues un caballo. Desempantanamos la carreta, ofreciéronme un vaso de *curazao*, y antes de amanecer llegué sano y salvo á Gante.

Iba á marcharme hácia Francia; pero debia presentarse al mundo un grande espectáculo en las riberas que acababa de abandonar. Enrique de Francia, el descendiente de sesenta reyes, el nieto de San Luís debia ir á Escocia donde se le aguardaba, de allí dirigiéndose en seguida á Londres debia recorrer toda la Inglaterra en medio de las ovaciones de la aristocracia y del entusiasmo de las masas populares.

No obstante su elevacion, no fue allá con el aparato de la soberanía, con ostentoso acompañamiento de guardias, ni con la pompa del lujo y las riquezas; pero el brillo de

su noble sencillez y la modestia de su grandeza real conmovian las almas de una manera muy distinta de lo que hubieran podido hacer los alardes de un inquieto orgullo, ó de una falsa dignidad. Adornado con la majestad de las edades y levantando una frente serena y sin mancilla en medio de las turbulencias y errores de la época, tiene en favor suyo las glorias del tiempo pasado, las esperanzas del presente y la justicia del futuro. El sello de los tiempos es su herencia sagrada, es un cetro que ley alguna puede arrebatarle, ni trastorno alguno romperle; que sobrevive á las tempestades revolucionarias, como un faro que levantándose sobre las rocas azotadas por la tormenta, despues que pareció perdido por algunos momentos tras los montes que forman las olas, reaparece luego mas brillante y hermoso para salvar todavía á algunos infelices náufragos.

Las generaciones actuales, decian, no están apegadas ya á las ideas envejecidas del culto á la monarquía y de la consagracion caballeresca; miran con lástima todo lo que es entusiasmo y poesía; solo hacen caso de valores numéricos y de autoridades positivas. Callad calumniadores de este siglo: un acontecimiento inesperado ha batido en brecha vuestras doctrinas. Un príncipe jóven, sin mas corona que el destierro, sin otro prestigio que el de su nacimiento, ni otra auréola que la de sus virtudes, ha puesto el pie en las playas británicas, y en seguida han corrido á él una muchedumbre, y desde un extremo al otro de la Francia grandes y pequeños, ricos y pobres, no solamente los nobles apellidos, sino lo que es mejor, los nobles corazones. Enrique de Francia no tenia ni tesoros ni poder que ofrecer; y no obstante, entre todas las clases, creiase dichoso el que podia arrojarse á los pies de esta supremacia del destierro, y de este esplendor en la oscuridad. Jamás rey alguno tuvo corte mas brillante, y ningun pensamiento de complot, de desorden ó de ambicion manchó esta generosa demostracion de lealtad, de patriotismo y de creencias. ¡Qué espectáculo á los ojos de la Europa! ¡la resurreccion de las altas ideas de equidad,

de honor y de gloria ; ! el infortunio ensalzado sobre los escudos y la derrota en el capitolio !

Ahora que ose repetir aun , como lo desean los enemigos de todas nuestras luces , que no hay ya entre nosotros ni desinterés , ni poesía , ni independendencia , ni ideas caballerescas ; ya han sido desmentidos á la faz del mundo. ¿ Se vió nunca cuadro mas interesante que el de esta multitud de peregrinos , que pisando las cobardes víboras del odio , iban á llevar á los pies de la desgracia la constancia de la consagracion ! La mayor parte pasaban el estrecho no como individuales , expresiones sino como enviados nacionales , encargados de la mision de exponer el estado del país y de decir *la verdad*. El conde de Chambord los escuchaba con atencion , y sobre su rostro , en el cual se resumian todas las glorias de su familia , y que reproduce las facciones de sus mas ilustres abuelos brillaban los rayos de sus altos destinos. En el príncipe se hallaba un hombre , y en el hijo de los reyes el pensamiento de los amigos del pueblo.

Entonces la capital inglesa no tenia mas que un palacio : *Belgrave-square*. La graciosa soberana de Vindsor , alejándose por algunos dias con una cortesía llena de delicadeza , habia como cerrado á *San-James* y puesto de lado á *Buckingham* : todo cedia el puesto al hijo de Francia.

Sí , la prueba ha demostrado que aun hay almas , y su número es considerable , que protestan altamente contra la corrupcion del siglo , y no se arrastran vergonzosamente de un poder á otro segun el impulso de un sórdido interés. Para ellos lo injusto es lo falso ; ciertas luces tinieblas , y en la vida de retiro y de oscuridad en la cual muchos han refugiado sus principios , guardan las verdaderas luces.

Que los que habiendo antes recurrido á trastornos en el interés de su ambicion desenfrenada , prediquen ahora respeto al órden establecido ; que los que cantaban antes la *Marsellesa* , griten ahora *alto* á toda idea revolucionaria : es la obligacion de su papel y consecuencia de su cinismo : pero que ligados estos hombres á las instituciones liberales

que quisieran echar de sí y bajo las cuales se ahogan, se irriten viendo á los leales servidores escribir sus nombres en el extranjero en las tablas de la fidelidad; y se crean con el derecho de invocar *la santidad del juramento*, despues de haber hecho un juguete de él toda su vida: es esto el colmo de la demencia. Nadie se admira, á decir verdad, pero almenos cada cual puede reirse de ello (1).

No, en adelante sobre ninguna tierra se encadenarán las conciencias; todo el mundo tiene hoy dia bajo los beneficios de la civilizacion el derecho de ir á saludar, no importa á donde, lo que respeta y lo que ama. La *conciencia pública* y la independendencia general han *infamado* por todas partes *las demostraciones culpables* de los insensatos que se habian querido constituir en *infamadores* (2).

El número de los viajeros que fueron á Londres ha sido prodigioso; y no obstante, muchísimos franceses se han visto obligados á permanecer en sus hogares por imposibilidades de toda especie. Estos almenos se han hecho representar; y como ademas no hay trabas ni cadenas para las alas del alma, sus votos han atravesado los espacios.

Se consigue extraviar por mas ó menos tiempo las ideas de una nacion; pero un gran pueblo, tan ilustrado como la Francia, no puede ser engañado sino momentáneamente, pues vuelve antes ó despues al camino recto y á la moral eterna. La impostura prueba continuamente con sus diatribas extraviar la opinion pública, atribuyendo al duque de Burdeos ideas fuera de su época: esto debia tener un término. La estrella injuriada se ha levantado grande y majestuosa segun los versos del poeta.

(1) (Reflexiones del periódico el *Corsario*). «Al menos Judas no se quiso hacer pasar por un apóstol de fidelidad.»

(2) *Bien disfamará, quien disfamará el último*: escribia el *Charivari*. Por su parte el *Siglo* resumia así el famoso voto de la cámara de diputados (enero de 1844), en contestacion al discurso del trono. ¡ Señor, vuestra dinastía es la que se ha puesto en juicio.... y ha tenido una mayoría.... de catorce votos!...

Dando torrentes de luz,
Sobre oscuros detractores.

El joven príncipe ha elegido para manifestar abiertamente sus sentimientos de patriotismo, y para hablar lealmente á todas las inteligencias, la tierra clásica donde se despliegan con todo esplendor los altos principios de independencia y de libertad. Es delante de un ilustre anciano, cuyo ingenio ha recibido la consagración del tiempo y de los recuerdos, delante de quien su grande alma se ha abierto. La Francia tiene dos imágenes delante de ella: la una ofrece el partido retrógrado y moribundo que la arrastra hácia las Bastillas; el otro el partido joven y fuerte que camina hácia la libertad. Enrique de Francia es en este momento, según las expresiones de un periódico democrático, el neófito de la regeneración popular, de la cual las potestades del día no son más que los apóstatas; así puedo repetir con satisfacción estas palabras del *peregrino* escritas en *Kirchberg*.

Enrique de Francia se lanza en la carrera con la fe de san Luís, el valor de Francisco I, la generosidad de Luís XII y la franqueza de Enrique IV. No tiene ni hiel en las ideas, ni resentimientos en la memoria, ni un solo nombre le es hostil, ni una falta irreparable; así como ningún mal le parece incurable, ni enemistad alguna invencible. Además, ¡cuánto más ardor tiene por la Francia! ella es el pensamiento de todos sus instantes, el blanco de todos sus estudios, él sabe bien lo que debe ser, y será lo que es necesario que sea.

Cuando los viajeros franceses corrian en tropel á Londres cerca del nieto de Enrique IV, ninguno de ellos ignoraba los resentimientos á que habian de exponerse y que tempestades podian ser su consecuencia. Pero la mayor parte tenía en la memoria y aun sobre los labios las elocuentes palabras de nuestros hombres de estado actuales, de nuestros ilustres guerreros, y de nuestros publicistas famosos.

Ellos se abrigaban detrás de sus máximas ; ved aquí las mas célebres de entre ellas y que hacen un grupo para la inmortalidad y pertenecen á la historia :

La legitimidad sola da á la vida social esta extension , esta perpetuidad que es una de las mas profundas necesidades de nuestra época.... (Guizot, *Gobierno de la Francia*) (1).

« Toda autoridad viene de Dios. Nuestros reyes reinan por la *gracia de Dios y no por las constituciones*.... Toda otra forma política es una degradacion general ; » (El presidente Seguier , 1815).

« La legitimidad , nuestra áncora de salvacion , es tan indestructible como santa.... Todo lo que tiende á separarnos de ella no puede producir mas que la infamia y la desesperacion , no solo para los hombres sino para los pueblos. » (El duque de Cazes , 1817 y 1827).

« Soldados , el ejército francés es el mas valiente de la Europa y será tambien el mas fiel. Reunámonos al rededor de la bandera de las lises. A nuestra cabeza hay un príncipe (Cárlos X) que es el modelo de los caballeros franceses. (Mariscal Soult , marzo de 1815).

« Nos verán á todos defender en caso de peligro la constitucion y la dinastía. » (Casimiro Perier , diputado , marzo de 1821).

« La usurpacion no presenta á los pueblos , ni las ventajas de la monarquía , ni las de una república. Estas pretendidas dinastías nuevas son tan tempestuosas como las facciones y tan opresivas como la tiranía. Es la anarquía de Polonia y el despotismo de Constantinopla. Un rey legítimo llega noblemente al trono ; un usurpador se introduce en el al través del lodo y la sangre. » (Benjamin Constant , en *El espíritu de la usurpacion*).

(1) Variante : - ¡ *La legitimidad!*... ¡ Ah ! yo tengo sus máximas por absurdas , vergonzosas y degradantes para la humanidad (Guizot á la cámara de diputados , sesion de 1844).

« Vosotros habeis hecho un rey , habeis dispuesto de una corona ; y ¿ con qué derecho ? (Cormenin, *Cartas impresas desde 1830*).

« Aquí no hay nacionalidad sino en la bandera blanca. » (El general Sebastiani. — *Historia de diez años*, Luís Blanc tomo I, p. 540).

« Yo os compadezco, Monseñor, van á colocar en vuestra cabeza una corona, que será de hierro ardiendo. » (Mr. Se-monville á Luis Felipe el 9 de agosto. — *Memorias de Mazas*, pág. 174).

« (Al teniente general comandante de Lilla).

« El conde de Erlon procuraba embaucar en nombre del infame usurpador Bonaparte los fieles soldados del rey legítimo. Las odiosas tentativas de este hombre no tendrán buen resultado.... así que este *miserable* sea arrestado, vos velareis para que sea *fusilado* en veinte y cuatro horas. » (El mariscal Sout, 8 de marzo de 1815) (1).

« El gobierno legítimo será el gobierno eterno.... El que le derribase debia ser para siempre excluido de la tierra sobre la cual es indigno de vivir ». (Pasquier 1815).

« Nosotros seremos fieles en nuestros puestos, y guardaremos religiosamente el depósito sagrado que está entre nuestras manos, y esperaremos como vasallos fieles é incorruptibles la hora de volvérselo á nuestro soberano legítimo. » (Carnot, abril de 1814).

« ¡ Ah! los franceses no merecieron nunca la felicidad de tener por rey un príncipe tan bueno, este verdadero caballero, este modelo de honor (Carlos X). Es menester una

(1) Variante: (Al general conde de Erlon): « Mi querido general, « tengo el mayor gusto en anunciaros que el rey, atendiendo á mi posición, acaba de elevaros á la dignidad de mariscal de Francia, es « una recompensa de los eminentes servicios que no habeis cesado de « hacer al país: en todas las épocas y en todas las ocasiones, con tanto « valor como *lealtad*.... yo me felicito de haber hallado de *nuevo* la alta « estimacion que *siempre he tenido* hácia vuestra persona (El mariscal « Sout, en 1813). »

mano de hierro para domarlos y enfrenarlos.... » (Guizot en Gante, palabras dirigidas á Mr. Mazas).

« Juremos fidelidad al rey, enarbolemos el color *verdaderamente francés* que hace desaparecer para siempre este emblema de una revolucion que está fijada. » (Mariscal Augereau 1814).

« Del lado del rey legítimo está la *libertad, la seguridad y la paz*: del lado del usurpador está la servidumbre y la anarquía. » (Benjamin Constant, marzo de 1815).

« Todo lo he desafiado para aclarar los espíritus y para atraerlos á la obediencia hácia el rey. — El ejército al cual he dado el ejemplo de la sumision, enarboló la *cucarda blanca*. — Jamás, convengamos en ello, ha habido en él mas libertad, estabilidad y dicha. » (El general Lamarque, *Memoria impresa en Paris* año de 1818).

« La legitimidad es del edificio de las monarquías una clave de bóveda dada por la historia, y que estriba en los fundamentos del orden social; por esto el dia en que es arrancada no hay nada, y hasta los mojones de las heredades son sacados de su sitio: su caida ataca la inviolabilidad de la propiedad igualmente que la santidad de las leyes. » (El conde de Salvandy).

« La Francia suspiraba por el regreso de su soberano legítimo, descendiente de los reyes á los cuales ha debido tantos siglos de ilustracion y de dicha. » (Duque de Choiseul, mayo de 1814).

« Yo no he recibido del pueblo un mandato constituyente, y carezco absolutamente de poderes para hacer un rey, una carta y prestar un juramento. » (Cormenin, diputado, agosto de 1830). (*Historia de diez años*, Luís Blanc, tomo I, pág. 467).

« A la llegada del usurpador (en los cien dias) me despojé de los títulos y empleos que debia á la munificencia del rey.... y voté contra la usurpacion. (Odilon-Barrot, cuaderno impreso en 1815).

« No nombremos diputados sino vasallos fieles, enemigos

de la usurpacion y amantes de la legitimidad. » (Dupin mayor, 1815) (1).

« Que sea quemada la infame bandera de la usurpacion (Orden del conde de Argout bajo la restauracion). Sin las doctrinas sagradas de la legitimidad, no puede haber ni dicha ni reposo para la Francia (El conde de Argout).

« La legitimidad es un principio sagrado, un dogma fundamental, con el cual no es permitido transigir. » (*Diario de los Debates*, París 1820).

« Nosotros sabremos con todo nuestro poder asegurar el triunfo de la autoridad legítima. ¡Desgraciados de los que la desconocerán! *Dinastía legítima, intereses franceses*, con esta divisa inscrita en la bandera de la Francia no tendreis que temer ni las usurpaciones cuya siniestra imagen os persigue; ni las sediciones, porque las habreis quitado todo pretexto; ni á los extranjeros, porque ellos os están unidos. — Una casi legitimidad es el mayor de los absurdos. » (Dupin mayor, 1828, 1829, 1832).

« Siempre son una calamidad nacional las tentativas para establecer las nuevas dinastías sobre las ruínas de las legítimas. » (*Diario de los Debates*, 22 de agosto de 1819).

« Este encadenamiento de ocho siglos de reyes no es interrumpido sino por el horrible intervalo que dejan dos generaciones arrebatadas á la vez. ¡Funesta y engañosa política del furor! ella consagra aun lo que pretende infamar. » (Villemain, de la academia francesa).

« ¿La Providencia que nos fue siempre propicia, no nos da en el heredero de la corona, un príncipe cuya moderacion, cuya virtud, equidad y buena fé dan todas las garantías á la patria? » (El general Lamarque, Paris 1826).

« ¡Qué bello carácter es el de este hombre (Cárlos X), no es posible ser mejor ni mas digno! » (El Mariscal Mai-

(1) (Reflexiones del *Charivari* con este motivo, en enero de 1844). « Si las cortes de amor existiesen aun, M. Dupin (*amante de la legitimidad*), seria declarado traidor á su *bella y deshonorado* por unanimidad de votos. »

son, Cherbourg 1830) (*Memorias de Mazas*, pág. 317).

« Dónde está el rey (Cárlos X) allí está la Francia. » (Portalis).

« Hace treinta y seis años que nunca he escrito ni dejado escribir una línea que no tuviese por objeto la defensa de los principios que podían solos, según mi entender, dar al soberano legítimo su reino usurpado. Yo fui llamado á Gante para redactar el diario oficial del rey: este fue el mayor honor y recompensa que yo hubiera podido recibir. Combatí allí á favor de los principios constitucionales que solo la dinastía legítima podía garantizar. » (Bertin mayor 1829).

« Nosotros hacemos, tanto en nombre de nuestros leales compañeros como en el nuestro propio, el solemne y sagrado juramento, que hemos prestado sobre nuestras espadas al rey, de vivir y morir fieles á nuestro soberano legítimo. » (Luís Felipe duque de Orleans, julio de 1803.)

« ¡Duque de Mortemart! decid al rey que ellos me han llevado por fuerza á París, pero que me dejaré hacer pedazos antes que dejar me pongan la corona en la cabeza. » (Luís Felipe 1830. *Memorias de Mazas* tomo II, pág. 112) *Historia de diez años* tomo I, pág. 364.

« ¡Qué decepción! (Mauguin, sobre el gobierno de julio. Sesión de 1832). »

« ¡Qué mentira! (Corcelles, sobre las promesas de julio. Idem). »

« ¡Qué saqueo! (Cabet, sobre las rentas de julio. Idem). »

« ¡Qué engaño! (Andry de Puyraveau, sobre las leyes de julio. Idem). »

« ¡Qué mescolanza! (El conde de Lebeau. Idem). »

¡Ah! los millares de individuos de todas clases que se presentaban al duque de Burdeos en Belgrave-Square (1),

(1) Mercaderes, trabajadores y diputaciones de la Halle (mercado público de París) soldados antiguos y paisanos jóvenes siguieron el movimiento general y partieron á Inglaterra. ¡Ah! infelices si se pudiese castigarles por crimen de fidelidad que es el mayor de los crímenes á los ojos de los traidores!

manifestaban bien á las claras sus leales sentimientos; pero no se expresaban en Londres por cierto de un modo mas claro y enérgico que lo habian hecho en París los hombres políticos que acabo de citar, notabilidades poderosas, que dirigian en otro tiempo el país, y que lo dominan aun hoy dia. Su voz resonaba en los corazones fieles de los cortesanos de la adversidad, y era para ellos una luz que los animaba y servia de estímulo: ellos se apoyaban con confianza en el ascendiente de su talento y en la autoridad de su lenguaje. Los altos pensamientos políticos anteriormente recogidos y desenvueltos, no habian podido borrarse de ninguna memoria; porque el *Monitor*, los *Anales de la Francia*, y todas las voces de la prensa las habian llevado para siempre á la posteridad. Los legitimistas no podian ignorar que *escandalizaria* su viaje á Londres, como habian *escandalizado* los que en otra época se habian hecho á Bélgica; pero pensaba que si bien podian ser *atacados*, *condenados* é *injuriados*, los *acusados* de Belgrave-Square, siempre tendrían por salvaguardia el ejemplo de los *infamados* de Gante. La Europa, que ha podido mirarlos alternativamente, les ha apreciado á todos segun su mérito. La conciencia pública los juzga (1).

Los viajeros de Londres se decian estas palabras memorables sobre el *hijo de Europa*, publicadas en otro tiempo á manera de profecía por nuestras celebridades literarias:

« Un agosto niño acaba de asegurar los destinos de la Francia; ¡ crezca este príncipe que es nuestro consuelo y esperanza! » (El presidente Seguier, 1820) (2).

(1) La equidad del tribunal no ha podido ver en la conducta de los que han hecho el viaje á Inglaterra un acto de felonía.... Que ahora la cámara decida si quiere detenerse en el camino por donde ha andado ya demasiado, ó si quiere seguir al *hombre de Gante* hasta donde guste conducirla. (Madier de Montjean, consejero en el tribunal de *Casacion*. Enero de 1844).

(2) La paz de la Europa, decia O'Connell á los irlandeses el 5 de enero último, está ligada con la única condicion del restablecimiento de los Borbones, bajo el imperio de instituciones liberales (Véanse los periódicos de aquel tiempo).

¡ Ó pueblos , no dudeis ! ¡ cantad victoria !
 Hoy nace un salvador lleno de gloria ,
 Que la espada y el cetro llevará.
 Nacen del infortunio las venturas ,
 Pues dejando las frias sepulturas ,
 Su cuna muchos reyes velarán.

.
 Dios por salvador envia ,
 Un niño , nuestra alegría.

(Víctor Hugo. *Oda al bautismo del duque de Burdeos* , 1821).

« Lleva en su frente el sello de la predestinacion. » (El conde de Flahaut).

« La legitimidad es no solamente una verdad legal , sino tambien una social necesidad , que hoy dia es en todos los hombres de juicio el resultado de la experiencia y de la conviccion. » (Dupin mayor. — *Historia de diez años por Luís Blanc* , tom. I. pag. 163).

Canta pueblo cristiano
 De libertad el himno ,
 Que el astro soberano
 De Tolbiac hoy la Francia ve brillar.

.
 Su sien de oro ceñida ,
 Feliz el pueblo vea.
 De Dios maldito sea ,
 Quien le oponga rebelde voluntad.

(Barthelemy. *Oda á Carlos X*).

« ¡ Guardad bien este depósito sagrado ! esta tierna cabeza podrá un dia salvar á la Europa. » (Odilon-Barrot. Cherbourg , 1830).

Le protegerá en la tierra
 Mano invencible y divina ,
 Porque en él espera el mundo ,
 Y una luz celeste abriga.

¡Feliz el pueblo que tuvo
De verte nacer la dicha!

(Borfaut , de la academia francesa).

« El duque de Burdeos es un astro de esperanza para los franceses : no habrá visto el anterior orden de cosas y será de este siglo. Sabrá que la Francia que ama á su príncipe , ama tambien la libertad , y que es un pueblo altivo y libre el que está llamado á gobernar. » (Dupin mayor , en 22 de diciembre de 1829).

¡ Ó legitimidad , reina querida ,
Con tu esplendor mayor brilla en mis versos !

(Mollevant , del Instituto. *Poema épico inédito*).

« El ejército , representado por uno de sus mas valientes oficiales , los guardias de corps y los nacionales han recibido en las puertas de la vida al príncipe que con su valor y fidelidad deberán defender siempre. ¡ Niño ! objeto de tanto amor ! vivid para hacer feliz á un pueblo que os recibe con tanta alegría y esperanza. » (*Diario de los debates* , setiembre de 1820).

Con triste corazon y ojos llorosos,
Buscamos al que Dios ha señalado
Para calmar nuestra inquietud acerba.

(Guiraud , de la Academia francesa).

« ¡ Qué el *rey de Francia* no entregue su espada ! » (Roger-Colard , antes de julio de 1830).

Cual flor que brota en la nieve ,
Creceis en la adversidad ;
Pero el señor que os protege ,
Os guarda felicidad.

(El conde Julio de Rosseguiet).

« ¡ Dios mio ! ; no se piensa mas que en el duque de Burdeos ! » (Mr. Guizot , enero de 1844).

El árbol no perece, sus raíces
Al suelo de la Francia le aseguran.

(Ancelot , de la Academia francesa).

« Querido de los franceses, este agusto niño lo será aun mas particularmente á los que, como nosotros, fueron y serán siempre fieles á los dignos herederos del trono de san Luís. » (Chauvin, procurador general en Burdeos, diputado, consejero en el tribunal de Casacion, etc.).

« Los cetros de los reyes legítimos son tizonos encendidos, que acaban siempre por abrasar la mano que se atreve á tocarlos. » (La gran reina de Inglaterra Isabel).

¡ Cuánta gloria y esperanza
De un niño la frente ofrece !
¡ Y cómo triunfante sube
Y en bien de la Francia crece !

(Dorion. Octubre 1820).

« Si al poder le falta el derecho, la sociedad se disuelve ; pues esta para creer en sí misma tiene necesidad de no ser de ayer. Á las instituciones les conviene el no verlas nacer. No se hace un rey legítimo, así como tampoco se hace un pueblo libre. » (Guizot, *Gobierno de Francia*).

Nuevo Joas salvado por milagro,
Es vástago que un dia se hará tronco.

(Victor Hugo. 1820).

« Los acontecimientos cambian : pero no la justicia y el derecho. » (Bignon, cámara de los diputados. Diciembre de 1832).

« Mientras se perpetue la raza de nuestros reyes legítimos, la Francia será su herencia y los franceses su familia. Así lo aconseja la razon, lo enseña la experiencia, la ley lo manda y la justicia lo proclama. » (El presidente Seguier, abril de 1814).

Palpita de placer tierra de lis
Pues se encumbra ya el astro salvador.

(*Memorial bordelés*. Octubre de 1820).

Si el empleo de una fuerza superior pudiese (lo que Dios no permita) colocar de *hecho* y jamás de *derecho* en el trono de Francia á cualquiera que no fuese nuestro rey legítimo, declaramos que seguiremos con tanta confianza como fidelidad la voz del honor que nos prescribe apelar contra ello hasta nuestro último suspiro, á Dios, á los franceses y á nuestra espada (Luís] Felipe de Orleans, 1803).

Cuando en tiempos pasados la discordia
Nos destrozó con intestina guerra,
El inglés vencedor sus estandartes
Plantó en nuestras antiguas ciudadelas.
De su derecho armado, Cárlos lucha
Para romper nuestra fatal cadena:
De los franceses, rey era Lancaster;
Pero rey de la Francia, Cárlos era.

(*Anónimo*).

Cuando empecé mi viaje á Londres decia en la primera página de mi libro: *Esta será la única en la que se verán reunidas las grandes palabras de cartas, asambleas, revoluciones y libertad*; ¿pero podia yo prever al salir de París el grande acontecimiento de Londres y quedar callado una vez sabido? El viaje del jóven Enrique de Francia ha interesado al mundo entero: todas las voces han hablado de él, todas las plumas han escrito y todos los corazones han latido. En presencia de este movimiento europeo ¿podia yo permanecer frio, impassible y silencioso? Mi resolucion ha cedido al impulso general; y no he podido continuar diciéndome: *lejos de mí todo asunto político*.

¡Honor! honor esta vez á las reuniones electorales, que llamadas á pronunciar en última apelacion sobre los diputados legitimistas que habian estado en Londres, han so-

lemnemente roto la sentencia de la camara! ; Los nobles acusados han vuelto á entrar triunfantes en sus puestos despues de las mas brillantes ovaciones y con la frente ceñida de nuevos lauros! ; El honor y la justicia han triunfado: gran ejemplo y alta leccion!

¡ Oh poder de un principio!... ya no le es permitido al augusto proscrito el dar un paso acá ó acullá sin excitar todas las pasiones: amor y odio, afecto y terror, fidelidad y pérfidias, entusiasmo y rabia. ¡ De cuántas inquietudes se han visto rodeados los hombres á quienes espantan los nobles sentimientos!... Y no obstante su impotente irritacion, despues de haberse violentamente desencadenado en amenazas, no ha tenido mas resultado que un desgraciado ataque al Diccionario de la Academia. ¡ Ó parto de los montes! Los ciegos han pedido una *errata* al libro de la instruccion pública, una nueva definicion de la lengua francesa: *impulso general (élan généraleux)* significará en adelante *manifestacion culpable*; y *lealtad* se traducirá *infamia*: ¡ Oh! cuántos laureles tendrian en sus frentes los infamadores, si en su mismo órden de ideas, *apostasia* se volviese *corona*, y *vergüenza* se tradujese *glorias*. Los que en otro tiempo llamaban en su auxilio contra el soberano de *derecho* los *santos medios de la insurreccion*, invocan hoy dia en favor del rey de *hecho*, los *deberes sagrados del juramento*. ¡ Del *juramento!* pero *la soberanía del pueblo* es hoy dia una ley nacional, y seria atacarla (segun sus propias doctrinas) el mirar como irrevocable un empeño que prohibiese obedecer á nuevas voluntades que esta soberanía podria manifestar un dia. *La soberanía del pueblo* tiene derecho de cambiar ideas, sentimientos, banderas y gobiernos segun lo crea útil y necesario. ¿ Además toda alma sometida á este gran principio actual no debe colocarse de modo que pueda admitir libremente las eventualidades del porvenir? *La soberanía del pueblo*, siendo apta para obrar de un dia á otro, para el bien general, algunos cambios mas ó menos considerables en el país, toda promesa indisoluble está en oposicion con sus

miras, y no sería mas que una *barrera* puesta á su suprema autoridad, y una rebelion antipatriótica al sistema fundamental.

La palabra *rey*, ha sido pronunciada en Belgrave-Square, segun dicen; pero este mismo ejemplo y esta misma palabra han sido repetidos desde *los dias de julio* por la poderosa voz del país. Abramos las páginas de la historia. Habiendo sido nombrado Mr. Schonen por el gobierno para acompañar á Cárlos X á Cherbourg, tuvo con las personas que se indicarán, el diálogo siguiente.

Mr. de Schonen á Luís Felipe: — Si nos entregan al duque de Burdeos, ¿qué harémos de él?

Luis Felipe con viveza á Mr Schonen: — ¡El duque de Burdeos!... ¡este es *vuestro rey*!

María Amalia del todo enternecida y arrojándose en los brazos de su esposo: — ¡Ah! ¡sois el hombre mas honrado del reino! (*Historia de diez años*, por Luís Blanc, tom. I, pag. 414) (1).

¡He terminado otro viaje! He explorado el norte de Europa, mis ojos se volverán hácia el mediodia y hácia los climas amados del sol. Un año mas ha pasado sobre mi con un gran número de impresiones y se ha conmovido mí corazón. En las playas británicas y en las tierras de Irlanda y Escocia, numerosas simpatías han salido al encuentro del *Peregrino*. ¡Ah! aunque no hubiese ganado mas que un solo afecto en el tránsito mas penoso y de mas fatiga, ¿no habria hecho ya un dichoso viaje?...

¡Cuántos goces me ha procurado este último!... Contien-

(1) En una de las brillantes fiestas dadas al duque de Burdeos, fiestas en que por todas partes resonaba la música nacional de *viva Enrique IV*, se sirvió una torta de reyes adornada de una bandera blanca y flores de *lis* (el 6 de enero, en casa de la duquesa de Sommerset, en Plumont), la haba tocó al ilustre viajero, que la puso con disimulo en su bolsillo.

— *Vos sois rey, señor*, le dijo la duquesa.

— Puede ser, respondió el príncipe sonriéndose; pero en este momento debo ocultarlo.

tísimo debo estar de haberlo hecho, solo porque cuento algunos amigos mas sabre la tierra. ¡ Ah! cuando la última estacion de la vida, habrá enteramente helado mi espíritu; cuando con frente fatigada y encalvecida se habrán formado vacíos en mi imaginacion y no se me presenten ya ardientes ideas, yo volveré atrás y con reflejos de la edad pasada, doraré la presente. Si, cuando los dulces recuerdos se despiertan, cuando los rotos eslabones del tiempo pasado se buscan á la luz del reconocimiento y de la fidelidad, ¿ no es esto renacer? Se transporta uno á los hermosos dias de la vida y se hacen reverdecer sus palmas. El alma se parece á la naturaleza, que tiene muchas primaveras y muchas juventudes.

He descrito sitios y hombres; pero nunca se ha escapado de mi pluma una expresion ofensiva. Mis sentimientos de legitimidad monárquica habrán podido chocar á alguno; pero el poeta que se levanta con su pensamiento, escudo que le viene del cielo, cuando este pensamiento es leal debe hallar en él una garantía. Escudado con su conciencia, tiene *derecho de asilo* en la de los demás; la mas santa de las libertades es la de los afectos del alma, y suceda lo que quiera, digamos con el célebre M. Bignon: *Los hombres y las cosas pasan; pero el derecho y la justicia quedan.*

FIN DE LOS TRES REINOS.

TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES,

ó

COLECCION SELECTA Y ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS ANTIGUAS Y MODERNAS,
NACIONALES Y EXTRANJERAS,

publicada bajo la direccion

DE D. JAIME TIÓ.

El Editor.

ESTA *Biblioteca* contendrá los partos mas prodigiosos del entendimiento humano; la historia, que enseña, corrige y mejora; el teatro, que tambien mejora, corrige y enseña; libros de crítica, de moral y de religion, viajes que deleiten y admiren, las epopeyas de los principales pueblos y los mejores poemas del nuestro.

Una agradable variedad de escritos y de escritores de todos tiempos satisfará sin duda alguna al lector mas exigente, cualquiera que sea su gusto, sea cual fuere su inclinacion. Con este fin alternaremos unos libros con otros para que así sea su lectura mas deliciosa. Ya daremos una

de esas obras sesudas, profundas y filosóficas en que se encierran las meditaciones de un sabio, las reflexiones de la experiencia, los arcanos que adivinan los genios para divulgarlos luego en pro de todo el género humano, uno de esos libros en fin en que se refleja el alma de Kant ó el espíritu de Bentham, y en seguida otro de naturaleza enteramente distinta. Aquel habrá nacido entre las tinieblas del norte, este bajo los rayos del sol del mediodía, y será fogoso como la imaginación de Alfieri, ardiente como el entusiasmo de Mery, sublime como el pensamiento de Espronceda, apasionado como el corazón de Zorrilla y libre como el genio de nuestros mejores vates.

No excluimos á los escritores de novelas, pues injusto fuera segregarlos, cuando sus escritos sean historias de las costumbres de diferentes siglos como las de Scott, fisiologías de pasiones como las de Gœthe y de Balzac, cuadros llenos de ingenio y de entusiasmo como los de D'Arlincourt, ó historias del arte como las de Hugo y de Saintine. Antes al contrario, á obras de esta naturaleza las daremos siempre lugar en nuestra *Colección*, para que el ánimo descansa después de lecturas serias ó se solace tras de severos estudios.

Con este objeto nos hemos procurado relaciones con los principales editores extranjeros, que nos remitirán cuanto salga de sus prensas aun antes que se publique en su país. Si conviniere saldrán al mismo tiempo las obras originales, así las de ámena literatura, como las de profundo estudio, que sus traducciones, que se harán directamente del idioma en que aquellas estén escritas.

Si se mira la parte económica de nuestro **TESORO** se hallará que, siendo la mas barata de cuantas colecciones se han publicado en España, es al mismo tiempo la mas hermosa, pues no se queda atrás de las que hacen en Paris Charpentier y Gosselin, á quienes hemos tomado por modelos. En un tomo de tres á cuatrocientas páginas, de letra clara, pero muy compacta y bien legible, de que puede servir de muestra esta obra, encerraremos siempre la materia que

otros editores pongan en dos , resultando así nuestros libros á la mitad del precio á que se venden los de las ediciones vulgares cuando menos.

Condiciones de la suscripcion.

Esta interesante COLECCION , adornada con PRIMOROSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE ACERO , se publica por tomos de igual tamaño , los cuales por su letra compacta contienen la materia de dos volúmenes regulares sin cansar por esto la vista del que los lee.

De este modo se evita el inconveniente de que se extravíen , rasguen ó ensucien entregas que aun deben encuadernarse , y al recibir cada una de ellas puede ya leerse sin quedar la impaciencia de curiosidad hasta que llegue la segunda.

Su precio es excesivamente módico , pues por solos 12 rs. vn. en Barcelona y 14 fuera de ella , cada tomo de 300 páginas , y 10 y 12 reales respectivamente los que no lleguen á este número , los mismos que cuesta la suscripcion á cualquier gabinete de lectura , pueden hacerse los suscriptores con una *selecta biblioteca* , quedando así compensadas las ventajas que algunos creen encontrar en las suscripciones por cuadernos , las cuales en último resultado aumentan siempre considerablemente el coste total de las obras.

Publícase un tomo cada mes ; y mas adelante se dará uno cada quince dias si así pluguiese á la mayoría de los suscriptores.

Estos no tienen que pagar nada adelantado , sino solo dejar nota de su nombre y habitacion , donde se les pasarán los tomos que podrán satisfacer á medida que los vayan recibiendo , sin que tengan obligacion de suscribirse á toda la coleccion , pues podrán hacerlo á las obras que mejor les convengan.

Fuera de suscripcion se venderán estas mucho mas caras.

Obras publicadas en esta Colección.

- EL PEREGRINO, escrito en francés por el vizconde D'ARLINCOURT, y traducido por D. Jaime Tió; 4 tomo de 416 páginas con lám. Para los suscriptores. 42 rs.
- HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV (contiene hasta la batalla de Monjuich), escrita por D. FRANCISCO MANUEL DE MELO, y terminada por D. Jaime Tió; 4 t. de 400 pág. lám. 42 rs.
- EXPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona; con un prólogo y notas por D. Jaime Tió; 4 t. de 260 pág. lám. 40 rs.
- GUERRA DE GRANADA, HECHA POR EL REY D. FELIPE II CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES; historia escrita por D. D. HURTADO DE MENDOZA; seguida de LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES, por el mismo autor; 4 t. de 270 pág. lám. 40 rs.
- SATANIEL. Novela histórica escrita en francés por FEDERICO SOULIÉ, y traducida por D. J. Tió; 4 t. de 350 pág. lám. 42 rs.
- OBRAS EN PROSA DE SILVIO PELLICO.— MIS PRISIONES. Memorias del autor, traducidas del original italiano por J. Llausás. Las precede una noticia biográfico-crítica por *A. de Latour*, y las completan notas y aclaraciones históricas de *Pedro Maroncelli*. — DEBERES DEL HOMBRE, traducidos por M. Milá; 4 t. de 325 pág. lám. 42 rs.
- LA ESTRELLA POLAR, segundo viaje del *Peregrino* por el vizconde D'ARLINCOURT; traduccion de D. J. V. M. de G. 4 t. de 416 pág. lám. 42 rs.
- LELIA.—ESPIRIDION. Por JORGE SAND. Traducidas, la primera por D. J. Tió, y la segunda por D. J. de Luna; 2 t. el primero de 333 pág. y el segundo de 354 lám. Cada uno. 42 rs.
- VIDA Y AVENTURAS DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE. Por ALEMÁN. Dos tomos de 300 pág. lám. Cada uno. 42 rs.
- LA TORRE DE LONDRES, por W. HARRISON. Traducida del inglés por Viale y Baeza; 2 t. de 300 pág. lám. Cada uno. 42 rs.
- MASANIELLO, ó los ocho dias de revolucion en Nápoles. Por DEFAUCONPRET. Traducida y adicionada por D. F. de P. Fors de Casamayor. 4 t. de 253 pág. lám. 40 rs.
- HISTORIA DE LA HERMOSA CORDELERA Y DE SUS TRES AMANTES.— EL MUTILADO. Por SAINTINE. Traducidas y adicionadas con las biografías del Petrarca y de Laura, por J. Tió. 4 t. de 300 pág. lám. 42 rs.
- LOS TRES REINOS, tercer viaje del *Peregrino*, por el vizconde D'ARLINCOURT; traduccion de D. J. V. M. de G. 4 t. de 382 pág. lám. 42 rs.

En prensa.

TEATRO DE DUMAS. Primera serie: contiene: *Enrique III*, *Cristina de Suecia*, *Margarita de Borgoña*, *Catalina Howard*. Traducción de J. Tió. 4 t. lám.

A la que seguirán otras varias.